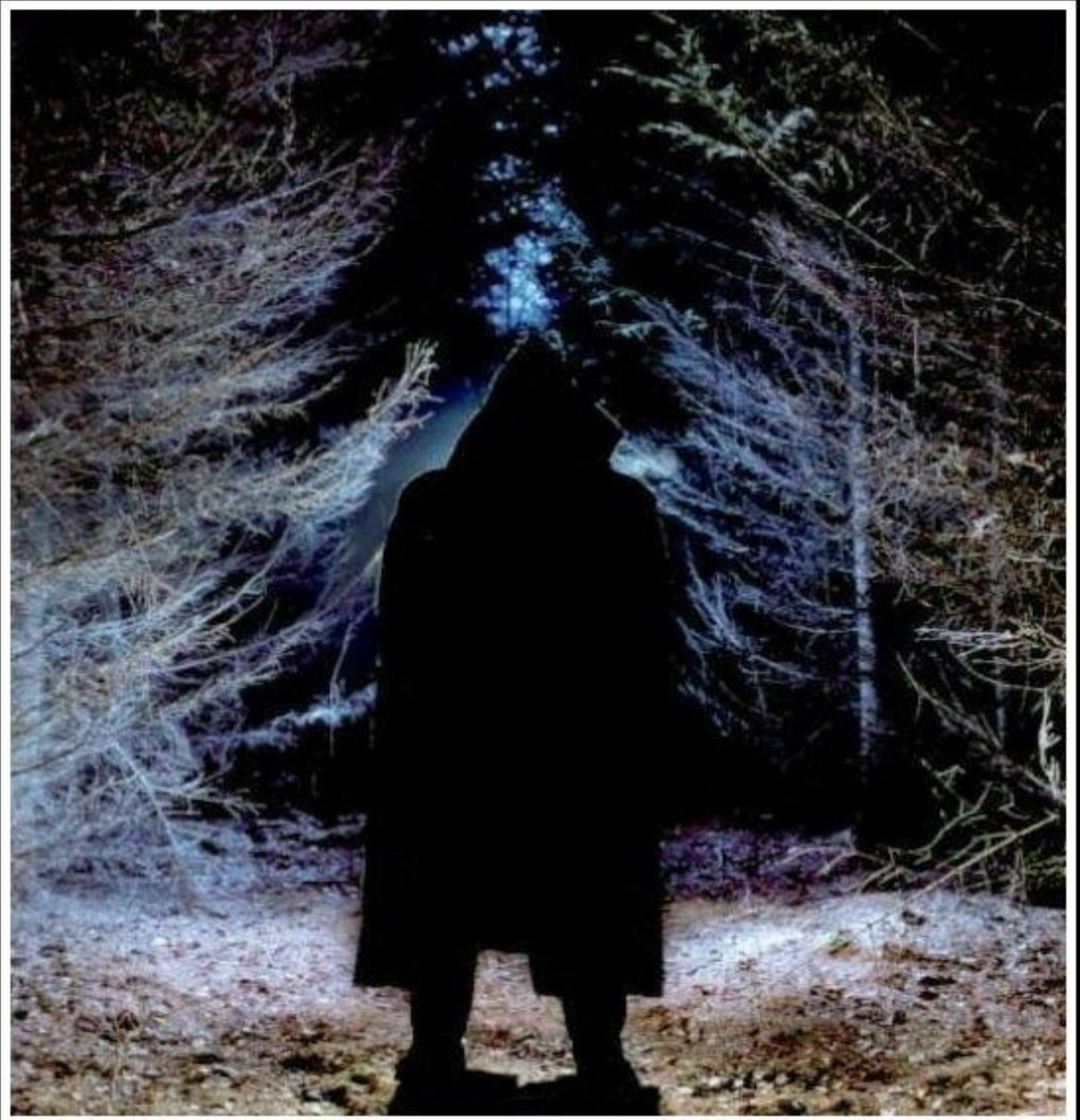


**John Connolly**

# **MALVADOS**



**Lectulandia**

A finales del siglo xvii, los colonos de una pequeña isla de Maine —llamada no por casualidad Santuario— fueron exterminados por unos asesinos armados de mosquetes y cuchillos. Desde entonces, la isla se ha repoblado y ha disfrutado de trescientos años de paz. Hasta ahora. Porque una banda de criminales se dirige hacia allí en busca de la mujer que traicionó al cabecilla de todos ellos y lo envió a la cárcel. En su camino sólo se interponen dos personas: Sharon Macy, una agente de policía novata, aunque decidida, y el jefe de policía de la isla, un hombre gigantesco, extraño y taciturno conocido con el nombre de Joe Dupree, alias Melancolía. Pero Dupree no es un hombre cualquiera. Es el guardián de todos los secretos que alberga la isla: sabe que Santuario vio correr sangre inocente en el pasado y que no tolerará una nueva matanza. En Santuario, el mal encontrará quien le plante cara.

**Lectulandia**

John Connolly

**Malvados**

ePub r1.0

Arnaut 22.09.13

Título original: *Bad men*

John Connolly, 2003

Traducción: Juan Manuel Salmerón

Ilustración de la portada: fotografía de Aleksey Fursov. © 2008, Aleksey F. Images

Diseño de portada: Redna G.

Editor digital: Arnaut

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A mi hermano, Brian

## Prólogo

*... sabe que no son torres: son gigantes  
hundidos en la fosa, y eso explica  
que sus bustos se yergan arrogantes.*

DANTE ALIGHIERI, *Infierno*, Canto XXXI

## Moloch sueña.

En la oscuridad de la celda de una cárcel de Virginia se remueve como un diablo viejo al que hostigara el recuerdo de su humanidad perdida. El sueño vuelve a acosarlo, el Primer Sueño, porque en él está su principio y su fin.

En el sueño se halla a la vera de un espeso bosque y la ropa le huele a grasa de animal y a agua salada. En la diestra sostiene algo que pesa: un mosquete, cuya correa de cuero cuelga hasta casi tocar el suelo. Al cinto lleva un cuchillo, un cuerno con pólvora y una bolsa con balas. La travesía hasta la isla ha sido dura, porque el mar estaba embravecido y las olas los sacudían con la fuerza de una mano enorme. En el camino han perdido a un hombre, ahogado al volcar una de las canoas, y con él las olas se han tragado un par de mosquetes y una bolsa de cuero llena de pólvora y de balas. No pueden permitirse perder armas. Son hombres perseguidos, aunque también ellos persiguen esa noche. Es el año del Señor de 1693.

Tres siglos después de la época en que transcurre el sueño, Moloch se revuelve en la litera fluctuando por un instante entre el sueño y la vigilia, antes de hundirse de nuevo en ese mundo de imágenes, de sumergirse en él más y más profundamente, como un hombre que se ahoga en el recuerdo; pues el sueño no es nuevo y a estas alturas sabe que le llega cuando descansa la cabeza en la almohada y al final se rinde a él, con el corazón latándole en los oídos, la sangre palpitando.

Y corriendo.

Sabe, en un momento en que emerge de su sueño intranquilo, que ha matado y que volverá a matar. Ensueño y realidad se confunden, porque Moloch ha matado mientras soñaba y mientras estaba despierto, aunque ahora los dos reinos se le han vuelto indistintos.

*Estoy soñando.*

*No estoy soñando.*

*Lo estoy. Lo estaba.*

Pisa arena. Detrás de él han varado las canoas y hay hombres a su alrededor esperando a que ordene emprender la marcha. Son doce en total. Les hace una seña con la mano y los blancos echan a caminar tras él hacia el bosque, los indios enmudecen y corren delante. Uno de ellos se vuelve y se ve que tiene la cara picada y llena de cicatrices y que le falta una oreja, que le cortaron los de su misma tribu.

Es un wabanaki, un wabanaki mercenario, un paria. Viste las pieles con el pelo vuelto hacia dentro, como se estila en invierno.

—Tanto —dice el indígena, nombrando al dios del mal. El tiempo inclemente, el hombre ahogado, incluso el hecho de estar él allí, rodeado de hombres blancos a quienes odia, todo puede considerarse obra del dios malo. Los demás llaman

«Cuervo» al wabanaki. No conocen su nombre tribal, aunque se dice que una vez fue un gran hombre entre su gente, el hijo de un jefe, un *sagamore*, y que algún día habría sido jefe también si su gente no lo hubiera desterrado. Moloch no contesta y el indígena sigue adentrándose en el bosque tras sus compañeros exploradores sin decir nada más.

Luego, cuando despierte, Moloch se sorprenderá de nuevo de lo bien que conoce estas cosas (pues el sueño viene repitiéndose con más frecuencia en los últimos meses, e incluso con más detalle). Sabe que no se fía de los indios. Hay tres, dos wabanaki y un mikmaq, a cuya cabeza han puesto precio en Fort-Anne; hombres viciosos que lo sirven a cambio de alcohol, armas y la promesa de que les permitirán cometer violaciones. Ahora le son útiles, pero no se siente seguro con ellos. Su propia gente los repudia y son lo bastante inteligentes para saber que los hombres a los que se han aliado también los desprecian.

En su sueño, Moloch decide que habrá que matarlos cuando hayan hecho su trabajo.

Delante, en la espesura, se oye ruido de una breve lucha e instantes después aparece el asesino mikmaq. Trae sujeto a un muchacho de unos quince años, cuyos gritos sofoca con su manaza. El muchacho forcejea para liberarse y da patadas al aire, impotente. Los sigue uno de los wabanaki, con el mosquete del chico. Lo han sorprendido antes de que pudiera disparar alertando a los suyos.

Moloch se acerca y el chico lo reconoce y deja de forcejear. Mueve la cabeza e intenta decir algo. El indio le retira la mano de la boca pero sigue oprimiéndole la garganta con un cuchillo, para que no grite. Ahora que puede hablar, al muchacho no se le ocurre nada que decir, pues no hay nada que decir. Solamente echa vaho, que se eleva blanquecino en el aire helado como si fuera una esencia que abandonara el cuerpo, como si su alma huyera del dolor que su ser físico está a punto de sufrir.

Moloch le aprieta la cara con las manos y le dice:

—Robert Littlejohn, ¿te mandaron que me vigilaras?

Robert Littlejohn no contesta. Moloch puede notar que tiembla entre sus manos. Le sorprende que hayan mantenido ese grado de vigilancia durante todo el tiempo. Al fin y al cabo, han pasado muchos meses desde su marcha forzada.

Lo impresiona lo mucho que deben de temerlo.

—Aunque parece que se sienten muy seguros cuando sólo dejan a un chico para que vigile los accesos del norte de Santuario. —Le suelta la cara y lo acaricia con la yema de los dedos—. Eres un chico valiente, Robert.

Se yergue y hace una seña al indio, y el mikmaq empieza a rajarle la garganta al muchacho, sujetándole la cabeza por el pelo y tirando de ella hacia atrás para que el cuchillo corte mejor. Moloch se aparta para evitar que lo salpique la sangre, pero sigue mirando al muchacho a los ojos, mientras la vida lo abandona. En su sueño,



Moloch se siente decepcionado por la muerte del chico. No hay miedo en sus ojos, pese a que sus últimos momentos en este mundo han debido de ser terroríficos. En lugar de miedo, Moloch ve una promesa, no formulada pero que deberá cumplirse.

Cuando el muchacho ha muerto, el mikmaq se lo lleva a lo alto del acantilado y lo arroja al mar. El cadáver se hunde y desaparece de la vista.

—Andando —dice Moloch.

Se adentran en el bosque, mirando bien donde ponen los pies para no pisar ramas que podrían crujir con fuerza y alertar a los perros. Hace mucho frío y empieza a caer una nieve que, arrastrada por el fuerte viento, les golpea la cara, pero Moloch conoce el terreno sin necesidad de que los exploradores lo guíen.

Delante, el mikmaq levanta la mano y el grupo se detiene. No hay señales de los otros indígenas. En silencio, Moloch se acerca al guía. El indio señala al frente. Moloch no ve nada hasta que el centinela da una larga chupada y el tabaco rojea vivamente un instante. Aparece una sombra por detrás y el cuerpo del hombre se encorva sobre el mango del cuchillo. La pipa cae al suelo y lo siembra de ceniza roja que se apaga con un chisporroteo en la nieve recién caída.

De pronto empiezan los ladridos y uno de los animales de los colonos, más lobo que perro, surge de unas matas y se acerca amenazadoramente al hombre que Moloch tiene a su izquierda. Salta y se oye un disparo, y el perro da una sacudida y se retuerce en el aire, y con un gemido cae muerto en un rodal de suelo pedregoso. Los hombres salen ahora de sus emboscaduras y se oyen voces que llaman, mujeres que gritan, niños que lloran. Moloch apunta con su mosquete a un colono cuya silueta aparece en la puerta de una de las cabañas, y al que las ascuas moribundas del fuego de dentro convierten en un blanco fácil. Es Alden Stanley, un pescador como el mesías al que tanto adora. Moloch aprieta el gatillo y Alden Stanley desaparece durante un instante en medio de una nube de humo y chispas. Cuando la nube se disipa, Moloch ve los pies de Stanley que se agitan en el umbral hasta que quedan quietos. Ahora sus hombres se disponen a luchar cuerpo a cuerpo y empuñan cuchillos y blanden hachas de mango corto, aunque aquellas gentes difícilmente pueden presentar batalla. Se creían a salvo en este remoto lugar pensando que bastaba con la vigilancia de un centinela soñoliento y un muchacho subido a una roca y los han pillado desprevenidos. Se lanzan sobre ellos sin darles tiempo ni de cargar las armas. Los colonos triplican en número a sus asaltantes, pero eso no cambiará el resultado. Ya los han vencido. Sus hombres no tardarán en escoger a sus víctimas entre las mujeres supervivientes y las muchachas jóvenes, a las que luego matarán también. Moloch ve a uno de ellos, Barone, ya dominado por la lascivia. Lleva a una niña en brazos, de unos cinco o seis años, de lindo cabello rubio, con un vestido negro muy holgado cuyos pliegues cuelgan como alas de sus brazos levantados. Moloch sabe cómo se llama. En ese momento, Barone la arroja al suelo y se echa

sobre ella.

Tampoco en su sueño siente Moloch deseos de intervenir.

Al contrario: ve a una mujer que huye hacia el interior y sale corriendo tras ella. Apenas le cuesta seguirla: hace mucho ruido y las piedras y raíces le arañan la planta y el talón de los pies descalzos, ralentizando su carrera. Moloch la adelanta y la espera emboscado, de manera que, cuando sale de su escondite, ella aún sigue mirando hacia atrás, a la matanza, y la pálida luz que se filtra por las ramas proyecta la sombra de él sobre su cara.

Y cuando la mujer lo ve, su miedo aumenta, aunque él ve también rabia y odio.

—Tú —dice ella—. Tú los has traído.

Con la mano derecha, Moloch le propina una bofetada y la derriba. Ella intenta levantarse, sangrando por la boca. Moloch se arroja sobre ella y le levanta el camisón por encima de los muslos y del vientre. Ella empieza a darle puñetazos, pero él suelta el arma y con la mano izquierda le sujeta los brazos sobre la cabeza. Con la derecha se busca en el cinto y entonces ella oye el sonido del acero en el cuero cuando él desenvaina el cuchillo.

—Te dije que vendría —susurra él—. Te dije que volvería.

Se inclina más hasta que casi le toca los labios con la boca.

—Me conoces, esposa.

El cuchillo brilla a la luz de la luna y, en su sueño, Moloch pone manos a la obra.

Así pues, Moloch duerme, creyendo que sueña; y muy al norte, en la isla con la que sueña, Sylvie Lauter abre los ojos.

Es enero del año del Señor de 2003. El mundo está torcido. Descansa de lado como si el mundo físico hubiera acabado pareciéndose a la imagen que ella tiene de él. Para ella siempre ha estado inclinado, desequilibrado. Nunca ha encajado bien en él. En la escuela se ha hecho un sitio entre los demás marginados, los que llevan el pelo teñido y los ojos bajos. Le dan cierta sensación de pertenencia, aunque ellos rechazan la idea misma de pertenencia. Ninguno pertenece a nada. El mundo no los aceptará.

Pero ahora ese mundo se ha alterado. Los árboles crecen oblicuos y se ha abierto una puerta que deja ver el firmamento nocturno. Extiende la mano para tocarlo pero una telaraña le empaña la vista. Aguza la mirada y ve un destello radiado en el cristal que se hace añicos. Parpadea.

Hay sangre en sus dedos y en su cara.

Y siente dolor. Tiene las piernas terriblemente oprimidas y el pecho le duele mucho. Al respirar es como si le clavaran agujas. Traga y la lengua le sabe a cobre. Con la mano derecha se limpia la sangre de los ojos y su visión se aclara.

El capó del coche se ha empotrado en un roble y sus piernas se pierden en medio

de la chatarra del salpicadero y del motor. Recuerda el momento en que el coche se desvió sin control pendiente abajo. La noche se rebobina ante sus ojos. El accidente mismo es un caos de imágenes y sonidos. Recuerda que se sintió extrañamente tranquila cuando el coche chocó contra una gran porción de hormigón levantado y la parte delantera del vehículo se elevó por los aires. Recuerda que el parabrisas se llenó de ramas y de hojas verdes; el ruido sordo del impacto; el gruñido de Wayne, que le recordó el sonido que emite cuando algo lo asombra, cosa que ocurre a menudo, o cuando tiene un orgasmo, cosa que ocurre a menudo también. Sigue rebobinando y se ve a sí misma y a Wayne en lo alto de una pendiente artificial, en lo que antes eran almacenes de armas y búnkeres del ejército, dispuestos a lanzarse en punto muerto pendiente abajo. Ahora entra en el garaje y ve a Wayne robando el coche. Ahora está de espaldas en una cama y Wayne le hace el amor. No lo hace bien, pero es Wayne, su novio.

Wayne.

Se vuelve a la izquierda y lo llama, pero nadie le contesta. De nuevo articula el nombre y consigue susurrarlo.

—Wayne.

Pero Wayne está muerto. Tiene los ojos entornados y la mira como con pereza. Por la boca mana sangre y tiene el eje del volante clavado en el pecho.

—Wayne.

Rompe a llorar.

Cuando abre los ojos, ve unas luces enfrente. Gente, piensa, gente que acude en su ayuda. Las luces se pasean por el parabrisas y el capó destrozado. Una de ellas, iluminando el habitáculo con una claridad difusa, pasa por encima y ella se pregunta cómo pueden moverse de tal manera.

—Ayudadme —dice.

Una de las luces se acerca a la ventanilla abierta de su derecha y por fin Sylvie puede ver el bulto que hay detrás. Es una forma encorvada envuelta en hojas, ramas, barro y oscuridad. Huele a tierra húmeda. Alza la cara y a la tenue claridad que se difunde de la lámpara que lleva en la mano Sylvie ve una piel gris, unos ojos oscuros como burbujas de aceite y unos labios agrietados y pálidos, y sabe que pronto se reunirá con Wayne, que emprenderán juntos el viaje al otro mundo, donde al fin ella encontrará el puesto que le corresponde en el gran orden que le ha estado oculto tanto tiempo. No tiene miedo. Sólo quiere que el sufrimiento cese.

—Por favor —le dice a la mujer muerta del parabrisas, pero la mujer retrocede y Sylvie nota que tiene miedo, que allí hay algo que incluso los muertos temen. También las otras luces se retiran y Sylvie extiende la mano, implorante—. No os vayáis —ruega—. No me dejéis sola.

Pero no está sola.

Oye un sonido sibilante cerca y una figura aparece flotando al otro lado del cristal. Es más pequeña que la mujer y no lleva luz. Su pelo blanquea a la luz de la luna y lo tiene tan largo y tan revuelto que casi le cubre la cara. Se acerca más y Sylvie siente que la invade el cansancio. Se oye gemir a sí misma. Abre la boca para decir algo pero le fallan las fuerzas para cerrarla.

La figura de la ventana se pega al coche y con las manos, de dedos pequeños y grises, agarra el canto del cristal e intenta bajarlo más. Aunque la sangre y las lágrimas le enturbian de nuevo la vista, Sylvie puede ver que es una niña que trata de entrar en el coche, acompañarla en su agonía.

—Cielo —murmura.

Sylvie intenta moverse y el dolor la recorre con la violencia de una descarga eléctrica, la obliga a girar la cabeza a la derecha de manera que sólo puede ver a la niña de reajo. La mente se le aclara un momento. Si siente dolor, es que está viva. Si está viva, aún hay esperanza. Todo lo demás no son sino imaginaciones de una mente desquiciada por el sufrimiento y la angustia.

La mujer de la lámpara no era una muerta.

La niña no flota en el aire.

Sylvie nota que algo le pasa por encima rozándole el pecho. Revolotea ante sus ojos y cuando choca contra el techo y las ventanas del coche sus alas chasquean sordamente. Es una mariposa nocturna. Hay más. Las nota en la piel y en el pelo.

—Cielo —dice titubeando, mientras ahuyenta con las manos débilmente los insectos—. Llama a alguien. Ve a avisar a tu mamá o a tu papá. Diles que hay una señora que necesita ayuda.

Los ojos se le cierran. Sylvie está perdiendo el conocimiento. Está muriéndose. Se equivocaba. No hay esperanza.

Pero la niña no se va. Al contrario, se cuelga en el coche por la estrecha abertura que queda entre la ventanilla y la puerta, primero pasa la cabeza, luego los hombros. El sonido sibilante aumenta de volumen. Sylvie siente que algo frío le roza la frente, las mejillas, que al final se le posa en los labios. Ahora hay más mariposas y el sonido que producen suena más y más fuerte, como aplausos que estallaran aquí y allá. Las trae la niña. De algún modo son parte de ella. El frío que nota en los labios se intensifica. Sylvie abre los ojos y ve la cara de la niña junto a la suya, y que con una mano le acaricia la frente.

—No...

Nota entonces unos dedos que le hurgan en la boca, que se abren paso por entre los dientes, y siente en la lengua piel vieja que se deshace como si fuera polvo. Sylvie piensa instintivamente en las mariposas, en lo que sentiría si tuviera una en la boca. Los dedos se han adentrado en ella y palpan, sondan, agarran, tratan desesperadamente de llegar a su calor, a su entraña viva. Ella se resiste e intenta

gritar, pero la manita sofoca su voz. La cara de la niña está ahora muy cerca de la suya, pero sigue sin verla bien. Es una imagen borrosa, como una acuarela olvidada bajo la lluvia, las formas se difuminan, se funden unas con otras. Lo único que ve claramente son los ojos: negros y hambrientos, ávidos de vida.

La niña retira la mano y pega la boca a la suya, intenta abrírsele con la lengua y los dientes, y Sylvie nota un sabor a tierra, a hojas podridas, a agua oscura y sucia. Trata de quitársela de encima y palpa los viejos huesos bajo el manto de vegetación y prendas ásperas, mugrientas.

Ahora es como si la niña fantasma estuviera chupándole las últimas energías que le quedan; es una niña muerta alimentándose de una niña moribunda.

Es una niña de gris.

Y está hambrienta, muy hambrienta. Sylvie le clava los dedos en el cuero cabelludo y se lo araña con las uñas. Quiere obligarla a desistir, pero la niña se ha agarrado a su cuello y le oprime la boca con la suya. Ve que otros bultos vagos se aglomeran detrás, luces que se juntan, atraídos por la voracidad de la niña de gris, aunque no comparten su apetito y el miedo que le tienen sigue repeliéndolos.

De pronto deja de notar la boca, los huesos de la niña. Las luces se han ido y llegan otras, más potentes, que alumbran de verdad. Un hombre se le acerca y ella cree reconocerlo. Pronuncia su nombre:

—¿Sylvie? ¿Sylvie?

Sylvie oye sirenas que se acercan.

—No te vayas —murmura. Le coge el brazo y lo atrae hacia sí—. No te vayas — repite—. Volverán.

—¿Quiénes? —pregunta él.

—Los muertos —contesta ella—. La niña.

Quiere escupir el sabor de la niña, y por la barbilla le chorrea sangre y polvo. Empieza a temblar, y el hombre la abraza y procura confortarla, pero nada puede confortarla.

—Estaban muertos —dice—, pero llevaban luces. ¿Para qué necesitan luz los muertos?

Y el mundo por fin se vuelve negro y ella obtiene la respuesta que buscaba.

Las olas rompen contra la costa de la isla. No hay luz en casi ninguna casa. No ruedan coches por Island Avenue, la calle mayor de la pequeña localidad. Más tarde, cuando amanezca, el jefe de correos, Larry Amerling, se sentará a su mesa y esperará el barco correo que trae la primera correspondencia del día. Sam Tucker abrirá el mercado de Casco Bay y pondrá a la venta la hornada diaria de rosquillas, cruasanes y pasteles. Llenará las cafeteras y saludará por su nombre a los que se pasen a llenar sus tazas antes de tomar el primer ferry del día con destino a Portland. Más tarde,

Nancy y Linda Tooker abrirán el Dutch Diner para la tradicional jornada de siete horas —de siete a dos, siete días a la semana—, y los que puedan permitirse tomarse la vida con más calma bajarán tranquilamente a desayunar y a cotillear un rato, comiendo huevos revueltos con beicon y mirando por la ventana el pequeño embarcadero al que el ferry de Archie Thorson llega y del que parte con razonable regularidad y con puntualidad algo menos razonable. A mediodía, Jeb Burris dejará de atender el motel Black Duck y pasará a atender el bar Rudder, aunque tampoco en invierno el trabajo le quita mucho tiempo. De jueves a sábado, Good Eats, el único restaurante de la isla, abre para ofrecer cenas, y Dale Zipper, el cocinero y propietario, bajará al atracadero a negociar el precio de langostas y cangrejos. Los camiones de Construcciones Jaffe, la mayor empresa del ramo de la isla (con un total de veinte empleados), saldrán a realizar las tareas del día, que van desde la construcción de viviendas a la reparación de barcos, pues Covey Jaffe se precia de tener una plantilla flexible. Como es principios de enero, sigue sin haber escuela, por lo que el colegio de primaria Dutch Island aún no ha abierto sus puertas y no habrá niños mayores que vayan en el ferry a los colegios del continente. A algunos de ellos se les ocurrirán nuevas travesuras, buscarán nuevos lugares en los que fumar marihuana y echar un casquete, preferiblemente sin que los vean sus padres ni la policía. Muchos aún ignorarán la muerte de Wayne Cady y Sylvie Lauter, y cuando a la mañana siguiente se enteren del accidente, y pasen los primeros momentos de conmoción, empezarán a temer posibles represalias de los adultos en forma de coacción parental y mayor vigilancia policial. Pero al principio sólo habrá consternación y llanto; los chicos recordarán lo mucho que desearon a Sylvie Lauter y las chicas pensarán con una especie de afecto en los manoseos adolescentes de Wayne Cady. Se empinarán botellas en secreto y hombres y mujeres jóvenes visitarán la casa de Cady y la de Lauter y recibirán en un silencio apurado el abrazo de los padres desconsolados.

Pero de momento, la única luz que hay encendida en Island Avenue, sin contar la docena de farolas de la isla, se encuentra en el edificio del ayuntamiento, sede de los bomberos, de la biblioteca y de la policía. En la pequeña oficina de la policía local hay un hombre sentado en una silla. Se llama Sherman Lockwood y es uno de los policías de Portland que prestan servicio por turno en la isla. Aún tiene las manos y el uniforme manchados de la sangre de Sylvie Lauter, y cristales del parabrisas incrustados en la suela de las botas. A su lado hay una taza de café frío. Tiene ganas de llorar, pero se las aguantará hasta que llegue a su casa del continente y despierte a su mujer, la abraza con fuerza y dé rienda suelta a los sollozos. Tiene una hija de la edad de Sylvie y su peor pesadilla es verla algún día como ha visto a Sylvie esa noche, la promesa de que vive sólo porque no ha muerto. Extiende la mano y a la luz de la lámpara de la mesa ve la sangre que le ha quedado en las uñas y en los pliegues

de los nudillos. Podría ir al baño y lavarse las últimas huellas de la chica, pero el lavabo de porcelana está lleno de motas rojas y teme perder el dominio de sí si ve esas manchas. Así que Sherman aprieta los puños, se los mete en los bolsillos de la chaqueta y procura no temblar.

Por la ventana, Sherman puede ver un gran bulto que se recorta contra el firmamento. El bulto es un hombre, un hombre casi medio metro más alto que él, un hombre incomparablemente más fuerte y más triste que Sherman. Sherman no es un nativo de Dutch Island. Nació y creció en Biddeford, al sur y no lejos de Portland, donde sigue viviendo con su esposa y sus dos hijos. La muerte de Sylvie Lauter y de su novio, Wayne, le resulta terrible y dolorosa, pero no los ha visto crecer como el hombre de la ventana. Sherman no forma parte de esa comunidad estrechamente unida. Él es un forastero y siempre lo será.

Aunque el gigante también es un extraño. Su corpulencia, su torpeza, el recuerdo de las muchas burlas, de los muchos rumores de que ha sido objeto, han hecho de él un extraño. Nació aquí y morirá aquí sin llegar a sentir que pertenece a la comunidad. Sherman decide reunirse con el gigante dentro de un momento. Aunque no inmediatamente.

No inmediatamente.

El gigante tiene la cabeza algo levantada, como si aún pudiera oír el barco de bomberos de Portland llevándose los cadáveres de Sylvie y de Wayne al continente, donde se les practicará la autopsia. Dentro de un par de días, los isleños se reunirán en el cementerio para ver cómo entierran los ataúdes en silencio. Sylvie y Wayne serán sepultados uno al lado del otro al acabar el oficio colectivo que se celebrará ante la pequeña iglesia baptista de la isla. Quinientas personas irán de la iglesia al cementerio y después habrá café y sándwiches en la sede local de la American Legion, y quizá también algo más fuerte para quienes más lo necesiten.

Y el gigante estará con los dolientes, y llorará con ellos, y se preguntará cosas.

Porque sabe lo último que dijo la chica y siente un temor inexplicable.

Los muertos.

*Estaban muertos, pero llevaban luces.*

*¿Para qué necesitan luz los muertos?*

Pero de momento la isla está de nuevo en calma. Se llama Dutch Island en los mapas, un islote de forma oval a hora y media de ferry de Portland, una de las islas del archipiélago de Casco Bay más alejadas de la costa. Se llama Dutch Island para quienes se han venido a vivir aquí hace poco, ya que la isla no ha dejado de atraer su porción de nuevos residentes que no podían o no querían seguir viviendo en el continente. Se llama Dutch Island para los reporteros que cubrirán el funeral; Dutch Island para los legisladores que decidirán su futuro; Dutch Island para las inmobiliarias que harán subir el precio de las viviendas; y Dutch Island para los

veraneantes que todos los años vienen a pasar un día, una semana, un mes en sus playas, sin llegar a conocer su verdadero carácter.

Pero otros la llaman por su antiguo nombre, el nombre que los primeros pobladores, las gentes del sueño de Moloch, le dieron antes de que los exterminaran. La llamaban Santuario, y para Larry Amerling, para Sam Tucker, para el viejo Thorson y para un puñado de personas más sigue llamándose Santuario, aunque sólo la llaman de esa manera cuando hablan entre sí, y pronuncian su nombre con una suerte de reverencia y quizá con cierto temor.

También el gigante la llama Santuario, porque su padre le contó la historia de la isla, como a él se la contó su padre, y así generación tras generación hasta los primeros antepasados del gigante. Pocos forasteros lo saben, pero el gigante es dueño de grandes porciones de isla que su familia compró cuando nadie quería aquella tierra, cuando incluso el estado se negaba a comprar islas en Casco Bay. Su manera de administrar la isla es una de las razones por las que la isla sigue intacta, por las que su patrimonio se conserva con tanto respeto y su memoria se guarda con tanto celo. El gigante sabe que la isla es especial y por eso la llama Santuario, como todos aquellos que reconocen su deuda con el lugar.

Y es posible que también la llame Santuario el joven que mira el mar en Pine Cove, de pie en medio de las olas. No parece que lo afecte el frío, ni que lo estremezcan las olas al romper, ni que el agua mine sus pies bien plantados en el suelo. Viste prendas de algodón crudo y una pesada chaqueta de piel de vaca que su madre le cosió junto al fuego, mientras él la miraba pacientemente, día tras día.

El muchacho tiene la cara muy pálida y los ojos oscuros y vacíos. Se siente como si hubiera despertado de un largo sueño. Se pasa los dedos por los moratones de la cara que el hombre le dejó marcados y luego se toca la cicatriz de la garganta por la que pasó el cuchillo. Tiene las yemas arrugadas, como si hubieran estado mucho tiempo en agua.

Para el muchacho, como para la isla, no existe el pasado; sólo existe el eterno presente. Mira hacia atrás y ve los bultos que se mueven en el bosque, que se deslizan por entre los árboles. La espera ya casi ha terminado y su promesa no formulada está a punto de cumplirse.

Vuelve al mar y sigue velando sobre el mundo que espera más allá.



# El primer día

*Volvieron a preguntarme cómo me llamaba,  
a preguntarme cómo me llamaba.  
Y dos murieron antes de poder moverse,  
murieron antes de poder moverse.  
«Así me llamo», les dije, «así me llamo,  
para que lo sepáis...».*

Canción del forajido (tradicional)

# 1

El gigante se arrodilló y observó a la gaviota abrir y cerrar el pico. El ave tenía el cuello torcido de manera extraña y en el único ojo visible el hombre vio su reflejo distorsionado: la frente encogida, la nariz enorme y saltona, la boca pequeña que desaparecía en los pliegues de la barbilla. Parecía flotar en la negrura de la pupila del animal como una luna en un cielo oscuro y sin estrellas, y su dolor y el de la gaviota fueron el mismo. De una rama de haya cayó una hoja y, arrastrada por el viento, rodó alegremente sobre la hierba y pasó rozando las plumas del animal. El ave, perdida en su agonía, no hizo caso. Sobre su cabeza se cernía la mano del gigante, con una promesa de muerte y piedad.

—¿Qué le pasa? —preguntó el chico. Acababa de cumplir seis años y llevaba viviendo casi uno en la isla. En todo ese tiempo no había visto a un animal moribundo.

—Tiene el cuello roto —contestó el gigante.

El viento que venía del Atlántico le revolvió el pelo y le pegó la chaqueta a la espalda. Desde donde estaba acucillado veía cómo la costa este de la isla declinaba abruptamente hacia el mar. Allí no había playa, todo eran rocas. Giacomelli, el viejo pintor, tenía allí una barca, en un claro junto a la orilla, aunque la usaba muy poco. En verano, cuando las aguas estaban más en calma, se lo veía a veces en el mar, arrastrando un hilo de pescar. El gigante no sabía si Giacomelli, o Jack, como lo llamaban los isleños, había pescado algo en su vida, aunque suponía que para Jack pescar era lo de menos. Muchas veces el pintor ni se molestaba en cebar el anzuelo, y cuando un pez era lo bastante tonto para morderlo, Jack lo desenganchaba y volvía a echarlo al mar, si es que advertía el tirón del hilo. Pescar era un simple pretexto, una excusa para sacar la barca. Y mientras el hilo colgaba inofensivamente, él trazaba al carboncillo, con mano rápida, múltiples esbozos de lo que parecía una interminable serie de vistas de la isla.

Poca gente vivía en aquella parte de la isla. Estaba muy expuesta, según algunos. Acederillas, hierbas carniceras y zarzamoras poblaban extensiones enteras de terreno, pero sobre todo abundaban los árboles, que raleaban hacia los acantilados. De hecho, aquellas casas eran lo más parecido a un núcleo de población que había al este de la isla: la del chico y su madre, la de Jack, la de Bonnie Claessen, que se alzaba en el promontorio del norte, y unas cuantas más esparcidas a razonable distancia. El

panorama, sin embargo, era bello, siempre que a uno no le importara contemplar el mar abierto.

La voz del niño lo sacó de su ensimismamiento.

—¿Puedes ayudarla? ¿Puedes curarla?

—No —contestó el gigante. Se preguntaba cómo había llegado hasta allí el animal y por qué yacía en medio de la hierba con el cuello roto. Creyó ver que movía débilmente el pico abierto y agitaba la lengua sobre la hierba. Podía haberlo atacado un animal u otra ave, aunque no se apreciaban marcas. El gigante miró a un sitio y otro pero no vio más seres vivos. No volaban gaviotas, ni había estorninos ni herrerillos. La única ave que se veía era aquella gaviota moribunda.

El niño se arrodilló y quiso tocar el ave con el dedo, pero el gigante se lo impidió agarrándole la mano.

—No hagas eso —dijo.

El niño lo miró. No había piedad en su rostro, pensó el gigante. Sólo había curiosidad. Pero si no había piedad, tampoco había comprensión. El niño era demasiado joven para comprender y por eso lo quería el gigante.

—¿Por qué? —preguntó el niño—. ¿Por qué no puedo tocarla?

—Porque siente dolor y si la tocas harás que le duela más.

El niño lo consideró.

—¿Y tú puedes hacer que se le pase el dolor?

—Sí —contestó el gigante.

—Pues hazlo.

El gigante puso la mano izquierda ahuecada sobre el cuerpo de la gaviota y con el pulgar y el índice de la mano derecha le rodeó el cuello.

—Será mejor que no mires —le dijo al niño.

Éste sacudió la cabeza. Al contrario, tenía los ojos fijos en las manos del gigante y en el cuerpo blando y caliente del ave que esas manos abarcaban.

—Hay que hacerlo —dijo el gigante. Con los dedos ciñó el cuello del animal al tiempo que tiraba de él y lo retorció. La cabeza de la gaviota giró ciento ochenta grados y su agonía acabó.

Entonces el niño rompió a llorar.

—¿Qué has hecho? —dijo—. ¿Qué has hecho?

El gigante se levantó e hizo ademán de agarrarlo del hombro, pero el niño se retiró, temeroso ahora de aquellas fuertes manazas.

—He evitado que sufriera —dijo el gigante. Se daba cuenta del error que había cometido al rematar al animal delante del pequeño, pero no tenía experiencia en el trato con la gente menuda—. Era lo único que se podía hacer.

—No, la has matado, la has matado.

El gigante retiró la mano.

—Sí —dijo—. La he matado. Estaba sufriendo y no tenía salvación. A veces lo único que se puede hacer es evitar el sufrimiento.

Pero el niño corría ya de vuelta a su casa, con su madre, y el viento traía su llanto al gigante, que permanecía de pie en el césped bien cortado. El hombre tomó delicadamente el cadáver de la gaviota con la mano derecha y lo llevó a los árboles, donde, usando el canto de una piedra, cavó un hoyo, metió en él al animal, lo cubrió de tierra y hojas y puso la piedra sobre el montón. Cuando se levantó, la madre del niño venía a su encuentro por el césped, y el chico se pegaba a ella, protegiéndose con su cuerpo.

—No sabía que estabas aquí —dijo la mujer. Se esforzaba por sonreír y los dos estaban cohibidos y alarmados por la congoja del niño.

—Pasaba por aquí —dijo el gigante—. Pensé en entrar un momento a ver cómo estabas. Entonces vi a Danny acuclillado en la hierba y me acerqué a ver qué hacía. Había una gaviota muriéndose y...

—¿Qué has hecho con ella? —lo interrumpió el niño.

Tenía la cara surcada por las marcas de las lágrimas y de los dedos sucios con los que se las había enjugado.

El gigante lo miró.

—La he enterrado. Allí. He señalado el lugar con una piedra.

El niño se soltó de su madre y se encaminó a los árboles con expresión recelosa, como si temiera que el gigante hubiera escamoteado el cuerpo del ave para sus propios y oscuros fines. Cuando vio la piedra, se detuvo ante la tumba de la gaviota, con los brazos colgando a los lados. Con la punta del pie empezó a remover la tierra, como si quisiera destapar unas plumas, manchadas ahora de tierra como un viejo vestido de novia, pero el gigante había enterrado al ave muy hondo y nada asomaba de ella.

—¿No podía salvarse? —preguntó la madre.

—No —contestó el gigante—. Tenía el cuello roto.

La mujer se fijó en el niño y vio lo que estaba haciendo.

—Danny, deja eso.

El niño volvió con su madre y no miró al gigante hasta que estuvo a su lado. Ella le puso la mano en el hombro y lo atrajo hacia sí.

—No había nada que hacer, Danny. El pájaro estaba herido. Joe ha hecho lo único que podía hacer. —Y dirigiéndose en voz baja al gigante, añadió—: Ojalá no te hubiera visto matarla. Podías haber esperado a que se fuera.

La amonestación hizo enrojecer al gigante.

—Lo siento —dijo.

La mujer quiso consolar a la vez al hombre y al niño y sonrió para sí. «Con lo grande y fuerte que es», pensó, «lo turba y deja anonadado la pena de un niño y lo

que siente por la madre del niño. En qué curiosa situación me encuentro, girando en torno a este hombretón que a su vez gira en torno a mí, casi tocándonos, pero sin tocarnos. Le costó tanto, tanto...».

—Aún es muy joven —dijo ella tranquilizadamente—. Con el tiempo aprenderá.

—Sí —dijo el gigante—, supongo que sí.

Sonrió de oreja a oreja compungido, mostrando sus dientes separados. Luego, dándose cuenta de pronto de que estaba enseñándolos, dejó de sonreír. Se agachó hasta quedar a la altura del niño y dijo:

—Adiós, Danny.

Danny seguía mirando la tumba de la gaviota y no contestó. El gigante se volvió a la mujer:

—Adiós, Marianne. ¿Lo de cenar juntos sigue en pie?

—Desde luego —contestó ella—. Bonnie cuidará de Danny esta noche.

Él sonrió de nuevo tímidamente.

—Dile adiós al oficial Dupree, Danny —dijo la mujer a su hijo viendo que el gigante se iba—. Dile adiós a Joe.

Pero el niño volvió la cara y la sepultó entre los pliegues de la falda de su madre.

—No quiero que te vayas con él —dijo—. Y no quiero quedarme con Bonnie.

—Calla —fue lo único que pudo decir su madre.

Y el gigante llamado Joe Dupree se encaminó a su Explorer con las uñas sucias y sintiendo aún el calor del ave en la palma de la mano. Si hubiera habido forasteros que le vieran la cara, les habría llamado la atención la tristeza que se reflejaba en ella. Pero a los nativos de la isla, la expresión del semblante del policía les habría resultado tan familiar como el sonido de las olas o los peces muertos en la orilla.

Por algo lo llamaban Joe Melancolía.

Nació enorme. Su madre solía bromear diciendo que si Joe Dupree hubiera sido una niña, podría haberla parido a ella. Hubo que hacerle una cesárea y Eloise Dupree no pudo tener más hijos. Le faltaba poco para cumplir cuarenta años cuando dio a luz a su hijo y ella y su marido estuvieron de acuerdo en que fuera hijo único.

El niño empezó a crecer y a crecer. Por un tiempo temieron que padeciera acromegalia, la enfermedad de los gigantes, y que fueran a perder a su querido hijo a una edad temprana, o que la enfermedad redujera a la mitad o menos su tiempo de vida. El viejo doctor Bruder, que por entonces no era tan viejo, los mandó a un especialista, quien después de realizar una serie de pruebas les aseguró que el hijo no era acromegálico. Aunque, ciertamente, su corpulencia podía acarrearle problemas de mayor, como trastornos cardiovasculares, artritis, problemas respiratorios. Quizá más tarde podía pensarse en una intervención quirúrgica, pero les aconsejaba que

esperasen.

Joe Dupree siguió creciendo. Superó en altura a sus compañeros de escuela e instituto. Los pupitres se le quedaban pequeños, las sillas le resultaban incómodas. Destacaba entre los de su clase como la semilla de un gran árbol que, arrojada a la parte de bosque equivocada, tuviera que sobrevivir entre alisos y acebos, y su rareza saltaba a la vista de cualquiera. Los chicos mayores se metían con él y lo trataban como a un bicho raro. Cuando él quería defenderse, los otros eran superiores en número y en astucia. Ni siquiera en los deportes podía resarcirse. Era muy corpulento, pero no era hábil ni ágil. Su corpachón y su fuerza no le servían para competir. Carecía de los instintos necesarios tanto como de las aptitudes para ello. Su gran volumen era una carga en el campo de fútbol y un estorbo en la lucha. Parecía destinado a pasarse la vida cayendo y levantándose una y otra vez.

A los dieciocho años, Joe Dupree alcanzó su estatura y peso máximos, con más de dos metros diez de altura y ciento cincuenta y cinco kilos de peso. Su mole era un lastre en todos los sentidos. Era inteligente, pero por su aspecto los compañeros lo consideraban tonto. En lugar de demostrarles que se equivocaban, se identificó con la imagen que tenían de él. Era el monstruo de la isla (pues el solo hecho de haberse criado en la isla ya lo condenaba; era un extraño para los niños de Portland, que menospreciaban incluso a los isleños normales). Se encerró en sí mismo y al acabar el instituto se puso a trabajar de chófer en la isla para Covey Jaffe. No entró en el cuerpo de policía de Portland hasta que su padre estaba a punto de jubilarse. Su corpulencia era casi un impedimento y acabaron aceptándolo por el historial de su familia. Cuando su padre se jubiló, pareció natural que Joe Dupree lo sucediera en el puesto de agente permanente en la isla, ayudado por los policías del continente en servicio rotatorio.

El padre de Dupree había muerto tres años antes, seis meses después de la muerte de Eloise. Sencillamente, no soportó vivir sin su mujer. Otra explicación no podía tener el súbito declive de su salud, contra el que nada pudieron hacer doctores ni especialistas. Habían pasado juntos cuarenta y siete años, viviendo en una casa modesta en aquella isla, la más lejana de las habitadas, una pareja profundamente enamorada y bien establecida en el centro de una estrecha comunidad. Dupree los echó muchísimo de menos, a su padre sobre todo, pues debía seguir los mismos pasos que él, recorrer los mismos caminos, tratar a la misma gente, llevar el mismo uniforme. Entre las dos generaciones había un lazo que no podía romperse y él lo reforzaba cada día que trabajaba.

En los peores momentos, Dupree recordaba su infancia y los cuentos que su padre le contaba, leyendas y relatos de la Biblia: la historia de Goliat, que medía más de seis codos; la de la cama de Og, rey de Basán, que medía nueve; la de los gigantes de la mitología griega, los hijos del cielo y de la tierra, a los que los dioses del Olimpo

mataron y enterraron en la tierra, y cuyos cuerpos crearon las montañas del mundo; la de los titanes, parientes de los dioses; la de Agrio el Indómito, que nació perfectamente desarrollado y con armadura, y que guerreó con los dioses del Olimpo después de la derrota de los Titanes; y la de Ymir, de la mitología nórdica, el primer ser y padre de la dinastía de los gigantes, con cuyo cuerpo se hizo el centro de la tierra. Ni divinidades ni espíritus menores, los gigantes eran seres intemporales cuya destrucción decretaban los hombres y los dioses.

Dupree sabía por qué se lo contaba: quería que se sintiera especial, parte de una gran estirpe, un don de los dioses, quizás, incluso, de Dios mismo. Le contaba historias de Pecos Bill, de Paul Bunyan, del ejército de gigantes de Federico el Grande. Todo obedecía a su gran deseo de consolarlo. No funcionó, porque en la Biblia no había chicas que se reían ni chicos que se burlaban, y a los gigantes míticos los vencieron las armas y las guerras, no palabras y aislamientos forzados; pero a su padre lo quería por intentarlo.

Dupree se volvió a mirar la casa de Marianne Elliot. Danny había entrado ya, pero su madre estaba en el umbral mirando el mar oscuro y las blancas nubes que flotaban sobre él como rayos de sol que se hubieran filtrado a través de cielos tormentosos. Se preguntó cuántas veces la había visto así. Al principio pensó que era el mar, que la hipnotizaba, como les ocurría a veces a quienes venían de fuera y no conocían aquellas aguas. Pero una o dos veces la había pillado desprevenida y le había llamado la atención el desasosiego que se pintaba en su rostro. Sí, era un semblante preocupado, incluso asustado. Se preguntaba si no habría perdido a alguien en el mar y aun así siguiera ligada de algún modo a él, como las viudas de pescadores ahogados que no quieren alejarse de la gran tumba que no les entregará a sus seres queridos. Ella pareció darse cuenta de que la miraba, pues de pronto se volvió, se despidió con un ademán y entró también en la casa.

Dupree arrancó el Explorer, tomó la carretera de la costa y siguió por ella hacia el este. La carretera no daba toda la vuelta a la isla. Al noroeste, en Stepping Stone Hill, y al sudoeste, hacia Hunger Cove, había zonas prácticamente inaccesibles en coche, pero como nadie vivía allí, el hecho de que no hubiera carreteras no era un gran inconveniente. Aun así, todas las primaveras Dupree enrolaba a un grupo de voluntarios e iban a podar los árboles y matorrales que habían empezado a poblar los caminos que bajaban al mar, por si algún día se necesitaba transitar por ellos. Era un trabajo duro, pero mucho menos pesado que tener que construir un camino nuevo en pocos años, o verse obligados a abrirse paso entre la maleza en caso de emergencia.

En la isla vivían durante todo el año unas mil personas, cifra que en verano se triplicaba como mínimo. La isla era grande: tenía ocho kilómetros de largo por tres de ancho, y era una de las más de setecientas cincuenta islas, islotes y escollos dispersos por los quinientos kilómetros cuadrados de Casco Bay. Era más grande y estaba más

poblada que su rival más cercana, Great Chebeague, pero su tamaño no significaba sino que la mayoría de la gente, con la excepción de la comunidad que se había formado en torno al atracadero mayor del ferry, y a la que se conocía como el Cove, vivía relativamente aislada. La población se incrementaba en verano, pero no tanto como en las islas de Casco Bay más próximas al continente, como Peaks, Chebeague o Long Island, pues Dutch estaba mucho más al este y más expuesta que la mayoría de las otras. En invierno sólo se quedaban las familias antiguas, cuya historia se confundía con la de la isla, y cuyos nombres llevaban cientos de años resonando por aquellos bosques: Amerling y Tooker, Houghton y Hall, Doughty y Dupree.

Había subido la calefacción del coche al máximo, pues hacía un frío tremendo, incluso para ser enero. Se decía que se avecinaba una tormenta y Thorson, el capitán del ferry, había puesto un aviso anunciando una posible suspensión del servicio para la semana siguiente. Ya en varias ocasiones, Dupree había tenido que aplacar acaloradas discusiones en el atracadero surgidas por acusaciones de excesiva prudencia por parte de Thorson. Quienes visitaban ocasionalmente la isla comprendían mal lo importante que era la línea de ferry para los que residían todo el año en la isla. La compañía Casco Bay Ferries, que ofrecía transporte regular a muchas de las islas, no prestaba servicio en Dutch Island, debido a la distancia y a la relativa escasez de pasajeros, aunque su barco correo sí pasaba todos los días. La familia Thorson llevaba más de setenta años prestando servicio de ferry en la isla, conduciendo chicos al instituto, estudiantes a la universidad, abuelos a visitar a nietos, trabajadores a trabajar, pacientes al hospital, novios a ver a sus novias (y en el caso de Dale Zinner, a ver a su novio, aunque la gente prefería no hablar de la orientación sexual de Dale, y algunos se negaban a ir a su restaurante porque..., en fin, «no era normal»), hijos a ver a padres mayores que vivían en residencias..., la lista no tenía fin. Quien quería comprar un televisor nuevo tenía que dejar el coche en el aparcamiento, subir a bordo del ferry con un carrito, llegarse a Circuit City, comprar el aparato y entonces coger un autobús o un taxi para volver al muelle a tiempo de tomar el ferry de Thorson de vuelta a casa. Lo mismo pasaba con estufas, piezas de máquina, neumáticos nuevos, medicamentos, munición, ropa para los niños, juguetes navideños y cualquier otra cosa que a uno se le ocurriera que no fueran los productos alimenticios que se vendían en Casco Bay Market. El ferry de Thorson transportaba sobre todo personas. Para compras de mayor importancia, como un coche nuevo o maquinaria agrícola grande, Covey Jaffe tenía un ferry grande que podía alquilarse, pero sin el ferry de Thorson, que servía para las pequeñas cosas de cada día, la vida en la isla habría pasado de difícil a casi imposible. La decisión de salir o no con el ferry cuando se pronosticaba tormenta le correspondía a Thorson, pero Dupree suponía que al día siguiente o al otro hablaría con el viejo y quizá le dijera que el exceso de precaución era casi tan malo como la temeridad, en lo que al



ferry se refería.

De camino, Dupree hizo algunas llamadas, visitó a algunos residentes ancianos, atendió algunas quejas, aconsejó amablemente a algunos adolescentes descarriados e inspeccionó las residencias de verano de los ricos para asegurarse de que ventanas y puertas seguían intactas y nadie había intentado destinar parte de su riqueza a causas más dignas. Aquello formaba parte de la labor habitual y a él le gustaba. Pese al calendario de turnos —veinticuatro horas de trabajo, veinticuatro horas libres, veinticuatro de trabajo, seguidas de cinco días libres—, Dupree trabajaba casi tanto tiempo extra sin cobrar como horas laborales le tocaban. Era inevitable cuando vivía en la isla y podían abordarlo al salir de la iglesia o en la tienda, o incluso mientras se ocupaba del jardín o arreglaba el tejado. Así funcionaban las cosas en la isla. Las ceremonias se dejaban para los funerales.

De vuelta a la ciudad, Dupree pasó por una vieja torre de vigilancia, una de la serie de torres que construyeron en las islas de Casco Bay durante la segunda guerra mundial. Las compañías de suministros usaban algunas de almacén o para instalaciones, pero no aquélla. La puerta de la torre estaba abierta y la cadena que la cerraba se hallaba enrollada en el escalón superior. Las torres atraían a los muchachos del lugar como la miel atrae a las moscas, pues eran lugares seguros y bastante alejados en los que podían experimentar con drogas, alcohol y muchas veces otras cosas. Dupree estaba convencido de que los rincones oscuros de aquellas torres tenían la culpa de muchos de los embarazos no deseados de la isla.

Aparcó el Explorer, sacó su gran Maglite de debajo del asiento y se dirigió a la torre por entre la hierba baja. La habían construido cerca de la orilla y era una de las más pequeñas, apenas tres plantas, y su utilidad como atalaya quedaba virtualmente negada por los árboles que crecían a su alrededor. Con todo, a Joe le extrañó ver que a algunos de aquellos árboles los habían podado drásticamente, cortándoles las puntas de las ramas.

El policía se detuvo al pie de los escalones y escuchó. Dentro no se oía nada, pero él se sentía intranquilo. Aquello, pensó, estaba convirtiéndose en su estado natural. Desde hacía algunas semanas se sentía cada vez más inquieto cuando patrullaba la isla en la que llevaba viviendo casi cuarenta años. Le parecía que había cambiado, pero cuando intentaba explicárselo a Lockwood, el viejo policía, éste se echaba a reír.

—Llevas mucho tiempo aquí, Joe. De vez en cuando necesitas hacer un viaje a la civilización. Estás volviéndote un aprensivo.

Lockwood podía tener razón al aconsejar a Joe que pasara más tiempo fuera de la isla, pero se equivocaba en lo que al origen de su malestar se refería. Otros, como Larry Amerling, el jefe de correos, le habían expresado a Joe su sensación de que algo ocurría en Dutch Island, aunque cuando ellos hablaban de esas cosas llamaban a la isla por su antiguo nombre.

La llamaban Santuario.

Había habido... *incidentes*: repetidos robos en la torre de vigilancia central, con rotura incluida del candado y de la cadena más fuertes que Dupree pudo encontrar, y un crecimiento extraordinario de la vegetación en los caminos que llevaban al Asentamiento (y además en invierno, cuando lo único que crece es la oscuridad y los carámbanos). Nadie visitaba en invierno el lugar de la antigua masacre, cierto, pero si los caminos se llenaban de plantas, después, en primavera, costaría Dios y ayuda despejarlos de nuevo.

Y luego estaba el accidente de la semana anterior, en el que Wayne Cady murió en el acto y Sylvie Lauter un poco después. Lo del accidente preocupaba a Dupree más que ninguna otra cosa. Se encontraba detrás de Lockwood cuando la chica dijo sus últimas palabras sobre las luces y los muertos, y Dupree recordó lo que una vez le dijo su padre: «A veces no hay fosa lo bastante profunda para enterrar a un mal muerto».

Miró hacia el sur y pensó que podía distinguir huecos entre los árboles: las marismas y pantanos que rodeaban el Asentamiento. Llevaba muchos meses sin visitarlo. Quizás era el momento de hacerlo.

En ese instante le llegó un ruido que quedó del interior de la torre, como si alguien raspaba algo. Dupree desabrochó la funda de su Smith & Wesson y apoyó la mano en la culata. Se colocó a un lado de la puerta y dijo en voz alta.

—Policía. Sal de ahí ahora mismo, ¿me oyes?

El ruido se oyó de nuevo, más fuerte. Sonaron unos pasos y una voz, baja y nasal, dijo:

—No es nada, Joe Dupree, no es nada, Joe Dupree. Soy yo, Joe Dupree, Richie.

Joe dio unos pasos atrás y Richie Claessen apareció en lo alto de la escalera principal de la torre. La luz del sol que se filtraba por la única y sucia ventana que había a aquella altura iluminaba tenuemente su rostro.

—Richie, acércate —dijo Joe. Y sintió que sus hombros se relajaban.

*¿De qué tenía miedo? ¿Por qué me he llevado la mano a la pistola?*

Richie apareció en el umbral sonriendo bobamente. Tenía veinticinco años y una edad mental de unos ocho. Siempre estaba vagando por la isla, para desesperación de su madre, aunque nunca le había ocurrido nada ni —eso creía Joe— nunca le ocurriría. Richie conocía la isla seguramente mejor que nadie y no había nada que le diera miedo. En los cálidos meses de verano incluso dormía al raso. Nadie se metía con él, salvo quizá los listillos del lugar cuando llevaba un par de copas de más y querían impresionar a sus chicas.

—Hola, Joe Dupree —dijo Richie—. ¿Qué tal?

—Bien, gracias, Richie. Ya te he dicho que no te acerques a estas torres.

Al hombre niño nunca le desaparecía la sonrisa del rostro.

—Lo sé, Joe Dupree. No te acerques a las torres. Lo sé, Joe Dupree.

—Pues si lo sabes, ¿qué estás haciendo aquí?

—Estaba abierta, Joe Dupree. La torre estaba abierta. He entrado a mirar. A mí me gusta mirar.

Dupree se arrodilló y examinó la cadena. El candado estaba abierto, pero cuando quiso comprobar el cerrojo y lo cerró, éste no quedó fijo. Salía y entraba del agujero con un leve chasquido.

—¿Y esto lo has hecho tú?

—No, Joe Dupree. Estaba abierto. Yo he entrado a mirar.

Tendría que traer otro candado, pensó Dupree. Los críos volverían a romperlo, pero debía tomarse la molestia. Cerró la puerta de la torre y enrolló la cadena a la manivela para dar la impresión de que estaba cerrada firmemente. De momento serviría.

—Vamos, Richie, te llevo a casa.

Le dio la linterna al disminuido y observó sonriendo cómo enfocaba los árboles y lo alto de la torre.

—Luz —dijo Richie—. Estoy haciendo luces, como los otros.

Dupree se detuvo.

—¿Qué otros, Richie?

Richie se quedó mirándolo y sonrió.

—Los otros, los del bosque.

Danny tomó una lata de gaseosa del frigorífico y fue a la habitación de su madre. Ésta estaba arrodillada en la alfombra y revolvía unos papeles que había extendido en la cama. Tenía la misma expresión que cuando iban en ferry a Portland y ella debía ir al banco o al concesionario.

—¿Estás bien, cariño? —le preguntó al verlo a su lado.

Danny asintió.

Ella se sentó en los talones y le dirigió una seria mirada.

—Joe tenía que hacer lo que hizo, ¿no te das cuenta? Era lo mejor para la gaviota.

El niño no contestó, pero se le ensombreció el rostro ligeramente.

—Me voy a ver a Jack —dijo. Al ver que su madre fruncía el ceño, su rostro se ensombreció aún más—. ¿Qué?

—Ese viejo... —empezó a decir ella, pero él la interrumpió.

—Es mi amigo.

—Lo sé, Danny, pero... —No encontraba las palabras justas y se calló—. Pero bebe —dijo al final sin convicción—. Bebe y a veces mucho.

—No cuando estoy yo.

Ya habían discutido antes sobre ese tema, desde el día que Jack se cayó y se hizo

un corte en la cabeza con el canto de una mesa y Danny vino a llamarla corriendo, con las manos y la camiseta llenas de sangre. Ella pensó que su hijo se había herido, y el alivio que sintió cuando supo la verdad se transformó rápidamente en rabia contra el anciano por darle semejante susto, aunque breve. Joe acudió y procuró a Jack los primeros auxilios y luego estuvo hablando con él largo rato en el porche de su casa, y desde entonces el viejo tenía mucho más cuidado. Ahora sólo bebía al atardecer. También pintaba más que nunca, aunque Marianne apenas apreciaba su arte.

—Siempre pinta lo mismo, una y otra vez —le dijo a su hijo cuando, como buenos vecinos, fueron a ver al anciano la primera vez y le llevaron galletas.

—No es lo mismo —protestó el chico—. Siempre es diferente.

Pero ella casi no había mirado la pequeña acuarela que el viejo pintor le había regalado al chico cuando se despidieron, las rocas a ambos lados de la ensenada de un gris azulado, el mar de un verde oscuro y ominoso. «¡Qué feo!», pensó ella. Todas las pinturas del viejo eran feas. Parecía incapaz de ver algo que no fuera lo más aburrido y deprimente del paisaje. No pintaba gente. Ni siquiera sabía pintar pájaros o nubes, o, si sabía, nunca se molestaba en incluirlos en sus pinturas. Grises, verdes y azules aguados, al parecer, éstos eran los únicos colores de su paleta.

Pero el chico había colgado la acuarela encima de su cama y estaba más orgulloso de ella que de ninguno de los muchos pósters, postales y dibujos que tapizaban las paredes, más incluso que de su propio trabajo, que su madre creía mucho mejor que lo que el viejo borracho pintaría nunca. Eso sí, Marianne jamás se lo diría a la cara al pintor. Éste podía tener sus defectos, pero la falta de generosidad no era uno de ellos. La casa en la que vivían se la había alquilado él, y, para como estaban los alquileres en la isla, aún le pidió poco. Tenía muchas cosas que agradecerle.

—Mamá, por favor —dijo Danny.

Si no cedía, habría berrinche y se distraería de lo que estaba haciendo, y no podía distraerse. Renunció y lo despidió con un ademán.

—Vale, ve. Pero si ves que algo va mal con Jack, por poco que sea, te vienes derecho a casa, ¿me oyes?

Danny asintió solemnemente y se dirigió a la puerta. Su madre se levantó y se acercó a la ventana, que daba al camino que comunicaba serpenteando su propiedad y la de Jack. Al principio lo había guiado ella misma, unas veces llevándolo de la mano y otras siguiéndolo ansiosamente camino adelante. Después empezó a dejar que recorriera solo el breve trayecto que separaba las dos casas. No se encontraba lejos y podía observar casa paso que daba. Pensaba que era importante dejarle cierta independencia, cierto margen de maniobra para que madurara. Quería que fuera más fuerte, pero a la vez temía las consecuencias que pudiera tener dejarlo sin su protección. Era el dilema de todos los padres, lo sabía, pero una madre sin un hombre con el que compartir la crianza de un hijo varón lo experimenta de manera más

intensa. A veces pensaba que debía tomar decisiones que contravenían su carácter para compensar la ausencia de alguien.

El niño echó a caminar con la lata de gaseosa en la mano, y parecía un brillante pedacito de lienzo separado del resto, con su cazadora que relucía entre los árboles. La madre lo siguió con la mirada hasta que llegó a la casa del anciano. Lo vio llamar a la puerta y esperar con paciencia, hasta que la puerta se abrió y desapareció.

Vincent Giacomelli, llamado «Jack», llegó a Dutch Island en la primavera de 1967, después de perder su trabajo en una universidad pija de la Costa Este. Podía considerarse una historia andante del arte, si bien sus conocimientos y su gusto artístico nunca lo facultaron para pintar ni siquiera con un ápice del talento e imaginación de aquellos sobre los que hablaba. Las cosas empezaron a torcerse en el verano de 1965, cuando su mujer lo dejó por un profesor de física que conducía el tipo de coches deportivos de lujo que los físicos (quienes, según su experiencia, eran tan aburridos que, comparados con ellos, los matemáticos casi parecían divertidos) se suponía que no sabían ni que existían. Cuando ella se fue, la vida de Jack empezó a desmoronarse, o quizás ya estaba desmoronándose y por eso lo dejó su mujer. Jack nunca fue una persona muy segura y casi todo aquel periodo de su vida era confuso. A decir verdad, la confusión duró hasta que, dos meses atrás, cuando se cayó y se golpeó la cabeza, Joe Dupree lo sentó en una silla y le habló como él sabía hablar, con esa calma que daba a entender que si uno no se enmendaba y seguía sus consejos, ya podía ir haciendo las maletas, echar la llave a la puerta e irse para el continente, porque Joe Dupree no estaba dispuesto a tolerar tonterías en su isla.

Lo que Jack no podía explicarse es que no estuviera resentido con el policía. Después de todo, la gente llevaba cuarenta años diciéndole que se enmendara y él nunca había hecho maldito caso del consejo. Pero Joe Dupree era diferente. No tenía otra explicación. Cuando Joe Dupree lo miraba a uno con esa extraña expresión de tristeza que tenía, uno se sentía como una cebolla a merced de un diestro cuchillo, que quitaba capa tras capa hasta no dejar más que el verdadero corazón.

O hasta no dejar nada, eso dependía de lo que quitara, o de la clase de cebolla que uno fuera. A Jack le preocupaba un poco pensar que Joe Dupree siguiera pelando y encontrara alguna terrible verdad sobre Jack que él mismo nunca había sospechado que existiera o de algún modo se hubiera negado a afrontar. Era el temor de que no tuviera nada que ofrecer, salvo arte malo y promesas incumplidas, y de que Joe Dupree pudiera revelar esa verdad. Una vez sacada a la luz, nunca más podría ocultarse.

Después de aquella conversación, Jack dejó de beber por un tiempo. No mucho, desde luego, nunca había estado mucho tiempo sin beber, y era poco probable que ni aun Joe Dupree tuviera tanto ascendiente sobre un borracho empedernido como él,

pero ahora se moderaba, sólo bebía al atardecer y nunca, nunca se llevaba una botella a la cama, como hacía en los buenos viejos tiempos. Lo que sí hacía era pintar más de lo que había pintado jamás.

Llevaba mucho tiempo haciendo pinitos con la pintura. Ganó bastante dinero vendiendo a los turistas óleos malos y peores acuarelas, a veces en un puestecito que instalaba en el puerto de Portland los fines de semana en que hacía buen tiempo, fingiendo ser un viejo lobo de mar e inventando la clase de historias familiares que mucha gente de la isla podía reivindicar como verdaderas, pero que en su caso eran más falsas que el fondo del sombrero de un mago. Sin embargo, ganaba lo bastante para vivir holgadamente en una casa que hacía tiempo que tenía pagada y que ahora era suya y legaría a quien quisiera, a un par de primos, a unos cuantos sobrinos, o a su hermana Kate, quien, si la voluntad de Jack se cumplía, se llevaría un buen chasco cuando él se fuera al otro mundo.

Sonó el timbre de la puerta. Jack fue a abrir, sus viejas zapatillas resonaban mientras avanzaba por la tarima desnuda. Tenía setenta y un años, y aunque a veces seguía sintiéndose joven, su cuerpo se empeñaba en recordarle que no lo era. Medía más de uno ochenta y tenía la espalda ligeramente encorvada, tenía barriga y el pelo y la barba ralos y amarillentos. Por el cristal helado de la puerta vio la silueta del niño, deshecha en trocitos negros y rojos como acuarelas en aceite. Abrió la puerta y retrocedió afectando sorpresa.

—Hombre, si es Danmonster.

El niño entró sin esperar a que lo invitaran, se dirigió deprisa al estudio del pintor y sólo entonces se volvió hacia el anciano.

—¿Puedo?

—Claro, claro. Todo derecho. Yo me sirvo café y voy ahora mismo.

Fuera, el día empezaba a declinar y arrancaba destellos en las ventanas de casas distantes. Jack tomó su taza de café de la cocina, le agregó un poco de agua caliente y se reunió con el chico en el estudio. Era un recinto pequeño, una antigua habitación de invitados que Jack había reformado reemplazando una de las paredes por unas puertas de cristales correderas, de manera que el piso se prolongaba en la hierba que se extendía hasta llegar a los árboles que había al borde del acantilado bajo, a cuyo pie el agua era de un azul oscuro y ominoso. El niño se había plantado ante el caballete y miraba el cuadro en el que Jack trabajaba. Era otro óleo, y otro intento de captar la imagen del agua. Otro intento frustrado, pensó Jack. Era el principio de incertidumbre en acción: la maldita cosa no paraba de cambiar, de evolucionar, y tratar de fijarla era convertirse en cómplice de una mentira. Con todo, había algo relajante en el ejercicio, aunque con cada movimiento de la mano, con cada pincelada, se acercara más al fracaso.

—Éste no es como los otros —dijo el niño.

—¿Cómo? —preguntó Jack, que se había abstraído pensando en sus errores—. ¿Qué has dicho?

—Digo que éste no es como los otros. Es diferente.

—Diferente ¿en qué?

Jack se colocó junto al niño y, con el ceño fruncido, observó más de cerca el lienzo. Había unas marcas, unas estrías negras en las olas. Miró al techo preguntándose si no sería agua sucia que había goteado de una grieta que no hubiera visto, pero no advirtió nada. El techo estaba blanco e inmaculado.

Con cuidado, tocó el lienzo con el dedo y luego lo retiró despacio. Las marcas parecían de pintura, aunque al tacto no podía percibir la textura de las pinceladas. Miró más atentamente y vio que las marcas negras estaban debajo de algunas pinceladas suyas, las pinceladas horizontales que a veces daba intentando captar el movimiento del mar. De algún modo había pintado sobre las manchas sin verlas.

Pero eso era imposible. No podía haber dejado de advertir aquellas manchas en la pintura.

Empezó a retroceder ladeando la cabeza y preguntándose qué podían representar aquellas marcas, y cuando llegó al umbral del recibidor, se detuvo. Las manchas empezaban a cobrar una forma clara y supo lo que representaban. Supo también que él no podía haber hecho aquellas marcas en el lienzo, pues Jack Giacomelli nunca añadía nada a la naturaleza, que era su única inspiración.

—Son personas —dijo el niño—. Has pintado personas.

Danny tenía razón.

Se veían dos cuerpos flotando en las oleosas aguas de su cuadro.

Dos cuerpos humanos.

La isla había permanecido tranquila durante muchísimo tiempo.

Su pasado dormía plácidamente bajo la superficie y su respiración hacía que los árboles oscilaran, que las aguas se ondularan, que las hojas muertas se persiguieran por la hierba como pajaritos pardos volando. Dormía como puede dormir alguien que ha padecido mucho, con un sueño que es a la vez huida y reparación. El recuerdo de los que sufrieron y murieron allí en días pasados se fundía con la conciencia de la isla, y era un recuerdo tan unido a la tierra, a los árboles y al mar que resultaba imposible decir si alguna vez habían existido realmente como entidades independientes.

Pero había lugares en la isla que eran un testimonio de quienes un día vivieron en su gracia, y su paso por ella se había incrustado en las piedras mismas. En el corazón de la isla, a apenas kilómetro y medio de Cove, había una serie de depresiones en el suelo rodeadas de piedras. Vistas desde el suelo no se distinguía forma alguna y las piedras parecían colocadas al azar, aunque no lo estaban. Vistas desde arriba, la

naturaleza del monumento resultaba clara. Aquello eran esquinas y chimeneas y hogares; aquello eran patios, cobertizos y corrales.

Allí vivió gente.

El fin de esas personas, cuando llegó, marcó a la isla y los cimientos de las viviendas se hundieron mucho más de lo que quienes las construyeron pensaron o imaginaron, y las piedras se fundieron con las piedras hasta que los muros y las paredes dejaron de verse, y lo hecho por el hombre y por la naturaleza pasó a ser una y la misma cosa. Sólo aquellas formas apreciables desde arriba y las lápidas medio enterradas que había alrededor de una única cruz identificaban el lugar por lo que era.

Era el Asentamiento.

Durante un tiempo —cincuenta años en la memoria de los hombres, pero apenas un segundo en la vida de la isla— no volvió a haber matanzas y la isla quedó nuevamente deshabitada, hasta que vinieron otros hombres, hombres que huían de las consecuencias de sus acciones, pues los lugares que acarrean una historia de dolor y violencia atraen a veces más dolor y más violencia. Y la isla toleró su presencia durante un tiempo, hasta que no pudo más, hasta que el suelo fue incapaz de absorber más sangre, las piedras fueron incapaces de resistir al ennegrecimiento de fuegos prendidos con odio.

Los hombres que vinieron a la isla se trajeron a una mujer contra la voluntad de ella. Eran hombres perseguidos por sus crímenes y por todos ellos ofrecían una recompensa. Como en el continente los buscaban los soldados, se hicieron a la mar, esperando encontrar un sitio donde poder ponerse a salvo por un tiempo.

Así llegaron a la isla.

Eran cuatro. Iban armados y estaban curtidos en la lucha. Habían combatido contra los indios, contra los ingleses, contra los franceses. No temían a nadie.

A la mujer la encontraron unos pescadores a los que una tormenta hizo perder el rumbo y que buscaron refugio en las cuevas de la isla. Se había construido un refugio en las ruinas del antiguo poblado y se había alimentado de frutas, aves y peces, y tenía encendido un fuego con la esperanza de atraer socorro.

Llevaba allí dos semanas y casi había perdido el juicio cuando la encontraron.

De los hombres no había ni rastro.

Los pescadores la llevaron al continente y le preguntaron por lo ocurrido. Poco pudo decirles. El primer día se la turnaron. Al segundo, el barco de los hombres desapareció, pese a que lo habían varado bien y lo habían atado a un tronco caído.

Al tercer día empezaron los susurros.

Al principio parecía que eran las hojas agitadas por el viento, pero éste no soplaba. Las voces parecían llegar de todas partes y los hombres empezaron a inquietarse. Por los márgenes del bosque se veía ir y venir a bultos imprecisos. La mañana del cuarto día, sabiendo que no podría huir, la dejaron atada a un árbol y se



internaron en el bosque. Al poco de irse, la mujer oyó unos disparos.

Los hombres no regresaron.

Eran sujetos malos y peligrosos, y los soldados rastrearon la isla, pero sólo encontraron a uno. El soldado que lo descubrió pensó al principio que se trataba del cadáver de un animal pequeño, pero luego lo tocó con el fusil y notó el cráneo bajo el pelo. Empezaron a cavar. Primero dejaron al descubierto el cuero cabelludo, luego la cara, por último los brazos, que tenía extendidos en cruz, y sólo con trabajo pudieron sacarlo de la tierra.

Se llamaba Gabriel Moser y lo habían enterrado vivo.

O quizá la palabra «enterrado» no sea correcta, pues la tierra no se veía removida y la hierba crecía intacta en torno a la coronilla.

Se diría que a Gabe Moser no lo habían enterrado. A Gabe Moser lo habían embutido en la tierra y se había asfixiado en la oscuridad.

El hombre llamado Joe Dupree sabía todo esto. Conocía la historia de la isla, igual que su padre y su abuelo la habían conocido antes que él, y ellos le habían transmitido ese conocimiento.

*El primero que vino se llamaba Thomas Lunt y trajo consigo a su mujer, Katie, y a sus hijos, Erik y Johann. Eso fue en la primavera de 1691. Con ellos iban los Leggits, Robert y Marie. Marie estaba embarazada y poco después dio a luz a un varón, William. En las semanas siguientes fueron llegando más. Éstos son sus nombres. Recuérdales. Es importante que los recuerdes...*

Entonces Joe Dupree no lo entendía, pues era muy joven. Después, cuando creció, fue aprendiendo más y más cosas de la isla y de lo que allí había ocurrido. Comprendió la importancia de mantener la paz en la isla y de no permitir que nada turbara su tranquilidad. Inevitablemente, la gente hace tonterías de vez en cuando, pues donde hay seres humanos siempre hay vicios, pero durante muchos años no hubo muertes violentas en la isla.

Dupree llegó a Liberty Avenue y apagó el motor del Explorer. La carretera iba de sudoeste a nordeste cruzando la isla casi en línea recta, salvo en la curva que describía para sortear el Asentamiento. Se la llamó Liberty Avenue (en lugar del ordinario Central Avenue) después del ataque a Pearl Harbor, cuando Casco Bay se convirtió en la base norte de la flota del Atlántico. En Long Island se instaló un gran depósito de combustible, y toda suerte de embarcaciones imaginables, desde pequeños cruceros a portaaviones, recorrían las rutas del cabo para repostar. De Bailey Island a Two Lights se tendió por el suelo oceánico un cable que detectaba el paso de objetos metálicos, y dos barcos vigilaban las redes submarinas de Hussey Sound y las abrían para dejar paso a la flota militar.

Las dos baterías defensivas costeras más grandes se emplazaron en Peaks Island, para custodiar el principal acceso a Portland, y en Dutch Island, la mayor de las islas

periféricas. Las dos estaban igualmente equipadas. La batería de Dutch Island constaba de dos cañones de cuarenta centímetros, tan grandes como los emplazados en la costa atlántica, fundidos y fabricados en Watervliet Arsenal, Albany. Medían dieciocho metros, pesaban cincuenta toneladas, y para transportarlos a la isla tuvieron que construir una lancha especial. Sólo los dispararon una vez, para probarlos, y al hacerlo se estremecieron todas las ventanas de la isla. Nunca más los utilizaron. Al acabar la guerra, los desmantelaron y los destruyeron.

Pero quedaron los emplazamientos, grandes montañas artificiales erigidas a lo largo de la costa sudeste de la isla, que poco a poco fueron invadidos por la maleza. Una red de túneles recorría el interior de esas montañas, y aunque sus grandes puertas de hierro colgaban ahora de goznes rotos, ni los jóvenes más valientes de la isla se atrevían a adentrarse en ellos. Puertas que un día estaban abiertas aparecían inexplicablemente cerradas al siguiente. Había ecos donde no debía haberlos y luces donde no tenía que haber más que tinieblas. Los adolescentes de la isla solían usar lo que quedaba de los emplazamientos para montar en bici o, si eran más temerarios, para conducir coches en diagonal por las pendientes a toda velocidad, para, en el último momento, dar un volantazo a la izquierda o a la derecha y quedar de cara a la carretera, sudando a chorros y dando gritos de emoción.

A eso fueron allí Sylvie Lauter y Wayne Cady. Habían robado un viejo Dodge del garaje de una de las residencias de verano, porque así, si dañaban el vehículo, no lo descubrirían hasta pasados muchos meses, si es que, claro está, no lo dejaban en tal mal estado que tenían que abandonarlo en el lugar, como había ocurrido en más de una ocasión.

La pareja estuvo bebiendo, pues había latas tiradas en el asiento trasero del coche. A juzgar por la cantidad de rodadas recientes que había en el lugar, pudieron hacer dos o tres carreras antes de que Cady perdiera el control del coche y se estampara a toda velocidad contra el roble. Aún se veían claramente las huellas de los neumáticos en el último trecho y había fragmentos de metal y cristal alrededor del árbol, cuyo tronco había quedado descortezado y cubierto de savia. Al pie del árbol habían puesto flores, un par de latas de cerveza y un paquete de Marlboro con dos cigarrillos dentro.

Joe Dupree pasó los dedos por el tronco dañado y se los frotó, desmenuzando los trocitos de corteza que habían quedado entre ellos. Wayne Cady se había golpeado tan fuerte contra el volante que se lo había clavado en el pecho, muriendo casi en el acto. Su novia impactó violentamente contra el parabrisas, pero murió por el aplastamiento de la parte inferior de su cuerpo. El viejo Buck Tennier, que vivía como a cuatrocientos metros de allí, oyó el estrépito del choque y llamó a la policía. Cuando Joe Dupree y Lockwood llegaron al lugar del siniestro, Buck estaba arrodillado junto al coche y hablaba con Sylvie. Fue entonces cuando ésta pronunció sus últimas palabras. Los dos policías sacaron a Sylvie y a Wayne del coche con

herramientas especiales después de que el doctor Bruder, que seguía registrado como ayudante forense, certificara su defunción. Los cuerpos fueron trasladados a la comisaría en la única ambulancia de la isla y luego al continente. Dupree se encargó de decírselo a los padres de Sylvie y al gandul del padre de Wayne Cady. Los tres se echaron a llorar, incluso Ben Cady, pese a que estaba bien bebido cuando Dupree llamó a su puerta.

El enorme policía se estremeció. Dio un puntapié a un pedazo de cristal y se quedó mirando la oscuridad del bosque. Y recordó lo que había dicho Richie Claessen.

*Los otros, los del bosque.*

La isla había permanecido tranquila durante mucho tiempo.

Ahora, algo había despertado.

Harry Rylance extendió el mapa encima del capó del Mazda alquilado y, mientras lo miraba, una gota de sudor cubrió Galveston. Recordaba vagamente que Galveston había sido una vez arrasada y luego reconstruida. Él había estado en Galveston y no entendía por qué se molestaron en reconstruirla. Quizás era resentimiento. Una vez, una puta de Galveston le robó la cartera mientras él estaba después del coito, y desde entonces no podía oír el nombre de Galveston sin ponerse tenso. Menos mal que las ocasiones en que oía hablar de Galveston eran más bien pocas, cosa que Harry agradecía mucho.

Ahora estaba allí, mirando una oscura mancha de sudor que se filtraba poco a poco en el mapa sobre el mismísimo culo del mundo de la puta ladrona. A lo mejor era una señal, pensó. Si suspendía la cabeza sobre el mapa y dejaba que cayera otra gota de sudor, puede que diera en la página y le dijera dónde se encontraba, porque si no, era muy probable que Harry Rylance estuviera jodidamente perdido. No pasaría nada si estuviera solo en aquella maldita carretera olvidada de Dios. Bueno, no puede decirse que no pasaría nada exactamente, no, pero al menos podría averiguar en silencio dónde se hallaba. En cambio...

—¿Ya sabes dónde estamos? —preguntó Veronica, en ese tono de hastío y de queja que parecía que a Harry se le metía en el cráneo por algún punto situado justo encima del puente de la nariz hasta llegar al centro del cerebro, donde empezaba a picotear lo que allí encontraba.

Pues sí, así era. Harry no estaba solo. Llevaba consigo a Veronica Berg, y aunque Veronica era más o menos todo lo que un hombre puede desear en la cama (Harry no carecía de imaginación, pero las cosas que Veronica estaba dispuesta a hacer en cuanto ponía el culo en las sábanas casi lo asustaban a veces), fuera de la cama podía ser inaguantable. Estaba sentada en el asiento del copiloto, con las gafas de sol puestas, un codo apoyado en la ventanilla abierta y un cigarrillo colgando de los dedos, y mandaba desesperadas señales de humo al cielo invernal.

Porque ésa era otra: hacía un calor impropio de la estación. Diablos, era enero y enero no tiene por qué ser caluroso. Harry Rylance era de Burlington, Vermont, y en Burlington, Vermont, enero significa ir a esquiar y quedarse helado y quitar la nieve de la entrada de casa. Si en Vermont uno suda en enero, es porque está en su casa con la calefacción demasiado alta. El sur no es sitio para ir en enero, ni en ninguna otra

estación, si por Harry fuera. Harry no había hecho la ruta del sur de Estados Unidos. Desistió de seguir mirando el mapa lleno de venas azules de su guía Rand McNally, resignado al hecho de que su intento de ver el bosque en lugar de los árboles no lo había iluminado más, y volvió a concentrarse en el mapa local. Harry no era un gran lector de mapas, circunstancia que tendía a ocultar. Un hombre que admite que no sabe leer un mapa ya puede empezar a montar a caballo a mujeriegas y a escuchar canciones de moda. Harry se preguntaba si no sería una peculiaridad que tenía él, una especie de dislexia. Era, sencillamente, incapaz de identificar el mapa, con su maraña de azules y rojos y sus manchas verdes, con el paisaje natural que veía a su alrededor. Era como si le enseñaran el interior de un cuerpo, lleno de venas, arterias y carne sanguinolenta, y le pidieran que dijera quién era.

—Digo... —repitió Veronica.

Harry sintió que la presión en medio de la frente iba en aumento. La voz de Veronica le perforaba ahora de lo lindo. Si seguía así, pronto cedería su cabeza.

—Te he oído. Si supiera dónde estamos, no estaríamos aquí.

—¿Y eso qué demonios significa?

—Significa que, si me dejaras en paz un minuto, a lo mejor averiguaría dónde nos hallamos y podríamos ir a donde deberíamos estar.

—No tendríamos que haber dejado la autopista.

—La dejamos porque dijiste que te aburrías. Que querías ver paisaje.

—Esto no es paisaje.

—Bueno, pues bienvenida al sur. La guerra civil fue lo mejor que ha pasado aquí. Por lo menos atrajo a algunos visitantes.

—No tendrías que haberme hecho caso.

—Me diste pocas opciones.

—Y no me hables en ese tono.

—Oye, en casa ya me he dejado a una esposa. No necesito otra.

—Que te jodan, Harry.

Y, por el tono en que lo dijo, Harry supo que la había herido y que tendría que volver a ganarse su cariño si quería expandir sus horizontes sexuales con Veronica Berg. El congreso anual de compañías aseguradoras no tenía visos de ir a ser tan excitante como para que Harry quisiera pasarse todo el fin de semana sentado en medio de un grupo de tíos trajeados y empalmados. Metió la mano por la ventanilla y le tocó la húmeda cara con la palma. Ella la retiró enseguida, mandándole una clara señal: si no dejaba que le tocara la cara con la mano, era muy probable que el resto de su cuerpo siguiera siendo para él un oculto misterio a menos que empezara a ganar pronto el terreno perdido.

—Lo siento, nena. No quería decir eso.

Veronica se enjugó una lágrima falsa con la yema del dedo.

—Pues deberías tener más cuidado con lo que dices. A veces puedes hacer mucho daño, Harry Rylance.

—Lo siento —repitió él.

Se inclinó y la besó en la boca, procurando obviar el aliento a tabaco. Ésa era otra: su maldito vicio de fumar. Si había algo que...

—Harry, viene alguien.

Harry alzó la vista y, en efecto, se veía una nube de polvo y humo que se acercaba. Se apresuró a coger el mapa y empezó a hacer señas al vehículo que venía. Cuando estuvo más cerca y el polvo se disipó un poco, Harry pudo ver que se trataba de un Packard azul que tenía al menos veinte años. Al volante iba un joven de pelo rubio y raya a la derecha, con el flequillo que le caía sobre un ojo. Se detuvo y miró a Harry retirándose el flequillo.

Harry pudo oír que, a sus espaldas, Veronica murmuraba con aprobación. El chaval era guapo, sí, quizá tirando a bello gracias al pelo rubio, pero un buen mozo en cualquier caso. Harry se preguntó si no estaría volviéndose marica, pero decidió que el mero hecho de que volverse marica lo preocupara debía de significar que no lo era. Con todo, pensó, mejor que el chaval no hiciera nada contra la ley, porque si lo metían en la cárcel, su compañero de celda no tendría que comprar cigarrillos nunca más.

—¿Perdidos? —preguntó el joven. Lo dijo en voz bastante alta, cosa extraña.

Harry se acercó y comprobó que el joven era mayor de lo que a primera vista le había parecido: pasaba de los veinte como mínimo, aunque su voz sonaba como la de uno de treinta que espera que le ocurra algo por debajo del ombligo.

«Puto paleta», pensó Harry.

—Cogí una salida equivocada en la autopista —dijo Harry, con lo cual no reconocía que estaba perdido pero tampoco afirmaba que sabía dónde estaba. Era una cosa de hombres.

—¿Adónde se dirigen?

¡Coño! ¿Adónde se dirigen? ¿Quién hablaba así?

—Vamos a Augusta.

—Estamos bastante lejos de Augusta. Queda en otro estado.

—Lo sé. Queríamos tomarnos nuestro tiempo.

—¿De vacaciones?

—Trabajo.

—¿En qué trabaja?

—Vendo seguros.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué vende seguros?

Harry frunció el ceño. Lo que faltaba. Estaba claro que el chaval era un deficiente mental del sur que se paseaba por las carreteras secundarias con un viejo Packard hecho polvo buscando a quien dar la tabarra. No hacía ni dos horas que habían bajado del avión y el fin de semana ya estaba resultando una mierda.

—La gente necesita estar asegurada.

—¿Por qué?

—Por si les pasa algo. Supón que estampas tu coche. ¿Qué haces?

—Este coche no es mío.

Dios.

—Vale. Supón que lo estampas y el tipo al que le pertenece te pide cuentas.

—Lo arreglo.

—Supón que ha quedado tan destrozado que no tiene arreglo.

—Entonces no podría arreglarlo.

Harry se pasó la mano por la cara con una sensación de frustración.

—Aquí habrá huracanes, ¿no?

—Sí.

—¿Qué haces si un huracán te derriba la casa?

El joven se lo pensó y luego asintió.

—Eso si tuviera casa —dijo y arrancó el Packard—. Sígueme, os llevaré a donde tenéis que ir.

Harry sonrió con alivio y volvió corriendo al coche.

—Lo seguimos —le dijo a Veronica.

—Por mí vale —repuso ella.

—Y mete esa lengua, que te cae la baba por la barbilla.

Siguieron al Packard unos ocho kilómetros y Harry empezó a preocuparse.

—¿Adónde coño nos lleva? —dijo.

—A lo mejor conoce un atajo.

—¿Un atajo adónde? ¿A Louisiana?

—Harry, es su tierra. La conoce mejor que nosotros. Tranquilízate.

—Creo que el chaval es retrasado. Me preguntaba por los seguros.

—Tú vendes seguros. La gente pregunta por eso constantemente.

—Ya, pero no la gente como él. Parecía que no sabía lo que es un seguro.

—A lo mejor ha tenido una mala experiencia con los seguros.

—¿Por ejemplo?

—A lo mejor reclamó algo a tu compañía.

—Muy graciosa. Y es *nuestra* compañía.

—Yo sólo contesto al teléfono. No vendo pólizas falsas.

—No son pólizas falsas. ¿Así hablas a la gente de nuestro trabajo?

—Si no son pólizas falsas, ¿cómo es que la gente no paga como debería?

—Es complicado.

—Explícamelo.

—No lo entenderías.

—Que te jodan, Harry.

—¿Adónde coño va ahora?

El Packard había girado a la derecha y se detenía ante un viejo caserío. El joven se apeó, subió los escalones de la puerta, la abrió y desapareció dentro.

—No me lo creo —dijo Harry.

Se metió por el camino de entrada y se detuvo junto al Packard. El lugar daba la impresión de haber conocido tiempos mejores, que ahora apenas si eran un recuerdo. Unos árboles guarecían el patio, aunque no quedaba claro para qué servían, pues no se veían más casas en los alrededores. Alguna vez pudo ser una granja activa. Había un granero a la derecha y, en la puerta abierta, un oxidado John Deere, con las ruedas desinfladas y sin tubo de escape. Por entre los árboles, Harry vio barbechos llenos de hierba que llevaban sin cultivarse mucho tiempo. Lo único que allí se criaba era la suciedad y las malas hierbas. También reinaba el silencio: no había perros, ni gente, vamos, ni siquiera un par de flacos pollos buscando algún grano entre el polvo. Una veranda descascarillada de pintura blanca corría a lo largo de la fachada de la casa. También de la fachada misma, de las ventanas y de la puerta se estaba saltando la pintura. Toda la casa daba pena.

Harry abrió la portezuela del coche y llamó a su guía.

—¡Eh, chaval! ¿Qué pasa aquí?

No hubo respuesta, y de pronto Harry, que se tenía, en general, por una persona tranquila, perdió la calma.

—¡Joder! —exclamó—. ¡Joder, joder, joder!

Saltó del coche y echó a correr furioso hacia la casa. A sus espaldas oyó a Veronica que le decía que esperara. No le hizo caso. Lo único que quería era volver a la autopista, encontrar un hotel y tomarse unas copas. Podían conducir de noche hasta llegar a Augusta y renunciar a la idea de tomarse el viaje con calma. Y que se jodiera Veronica.

Llegó a la puerta y se asomó adentro. La entrada daba directamente a un salón. Todas las cortinas estaban echadas y la estancia se hallaba a oscuras. Pudo ver las formas de unas sillas y de un televisor en un rincón. Enfrente había una cocina y, contigua a ella, una habitación que habían transformado en trastero. A la izquierda se veían unas escaleras que llevaban al segundo piso.

Pese al calor, todas las ventanas estaban cerradas. No había ni rastro del chaval.

Harry entró y arrugó la nariz. Algo olía allí mal, pensó. Oyó un zumbido de moscas.



—¿Qué pasa? —preguntó Veronica, de nuevo en tono gemebundo, aunque, esta vez, Harry apenas lo notó.

—Quédate en el coche —le dijo— y echa el seguro a las puertas.

—¿Qué...?

—¡Por el amor de Dios, haz lo que te digo!

Veronica se calló y Harry oyó que cerraba las portezuelas con el seguro. Enfrente, ni ruidos ni movimientos turbaban la oscuridad, excepto por el zumbar de los insectos, que aún no podía ver.

Harry entró en la casa.

Muchos kilómetros al norte de allí había dos policías sentados a una mesa en la Sebago Brewing Company del Puerto Antiguo de Portland. Eran poco más de las cuatro y ya empezaba a oscurecer. En esa época del año había pocos turistas y las calles, como el bar, estaban tranquilas. Se decía que se avecinaba una tormenta y que iba a nevar.

—Me gusta más sin turistas —dijo el primer agente, una mujer menuda y morena, con el pelo corto, que apenas le llegaba al cogote. Era de constitución delgada y, sin uniforme, casi parecía delicada, pero Sharon Macy era, en realidad, fuerte y ágil. Y bonita, pensaba Eric Barron; pero que muy bonita. Había entrado en el cuerpo de policía hacía sólo seis meses y en ese tiempo Barron había hecho lo imposible para no ligar con ella. Era listo y había visto a otros colegas echarle los tejos en bares y clubes, algunos de ellos escondiendo la alianza, como si Macy se chupara el dedo. Él, en cambio, se había aguantado y ahora creía ser uno de los pocos policías que podía proponer a Macy ir a tomar una cerveza después del servicio, para relajarse, digamos, sin que ella recelara. Podía notar que empezaba a confiar en él y a sentirse cómoda en su compañía, y parecía no importarle que le tocara el brazo o apoyara la pierna contra la suya. Pequeños pasos. Barron creía mucho en los pequeños pasos. Por eso, si hubiera querido, podría haber sido un buen policía: sin ostentación ni afán de gloria, un agente probo y concienzudo. Por desgracia, Barron no era un buen policía. Engañaba a mucha gente, pero ni aun quienes lo consideraban un buen policía se fiaban de él. Daba mal rollo. Nadie le pediría nunca que le cuidara al hijo o fuera a recoger a una hija que acabara de entrenar como *cheerleader*. Aquello no podía decirse con palabras, exactamente, pero Barron era la clase de hombre que ponía en guardia a un padre. Los chavales del barrio, incluso los más alborotadores, sabían que era mejor no meterse con él. Barron prefería pensar que se debía al respeto que le tenían, pero secretamente sabía la verdadera razón. Podía verla en sus caras, la de los chicos en particular.

A Barron no le gustaban las mujeres como Macy —mejor dicho, no le gustaban las mujeres adultas—, pero Macy era delgada y tenía un culo infantil, y lo que más le

gustaba a Barron era experimentar. Además, llevaba un tiempo fuera de circulación y con la moral algo baja. Últimamente tenía unas ganas tremendas y eso le daba muchos quebraderos de cabeza. Necesitaba desahogar sus frustraciones.

—En la isla hará mucho frío —dijo. Y le frotó las manos, como si quisiera estimular la circulación de unos miembros congelados. Ella sonrió, retiró las manos y las metió debajo de la mesa.

«Maldita sea», pensó. «Mala señal».

—No me importa —repuso ella—. La verdad es que estoy deseándolo. Nunca he estado allí.

Barron echó un largo trago a su cerveza.

—Allí no hay nada —dijo—. Sólo unos cuantos palurdos viviendo alguna estúpida fantasía isleña. Gente endogámica la mayoría. Gente que toca el banjo.

Ella sacudió la cabeza.

—Sabes que no es verdad.

—No lo has visto. Créeme, a las veinticuatro horas de vivir en la isla, este sitio te parecerá como Nueva York y Las Vegas juntos.

Barron habló con ese tono de sabelotodo que sacaba de quicio a Macy. Macy era una agente en prácticas, mientras que Barron era su superior. Había hecho las dieciocho semanas de instrucción básica y ahora estaba terminando los seis meses de prácticas con un superior. Le quedaban casi otros dos años, con traslados a nuevos destinos cada seis meses, pero no le importaba. Lo que quería era alejarse de Barron. A su lado se sentía violenta y su actitud con ella no era la que suele tener un superior con un colega novato quince años más joven. Barron significaba malas noticias. Era uno de los pocos agentes acusados de violencia policial, lo que, en opinión de Macy, desprestigiaba a la policía de Portland en el momento menos oportuno. El cuerpo de policía era objeto de investigación federal y la moral se resentía. Muchos buenos policías trabajaban simplemente para jubilarse y abrir un bar en algún sitio. Agentes como Barron no hacían sino empeorar las cosas.

Pero él le había dicho que la invitaba a una cerveza para celebrar que terminaba sus prácticas con él y no había podido negarse. Había dos o tres policías más en el Sebago, aunque no era un local habitual. Barron no frecuentaba los bares de policías. Macy sospechaba que no era la única que se sentía incómoda con él.

Macy dio un sorbo de cerveza y se quedó mirando los coches que pasaban por Middle Street. Ya iba acostumbrándose a Portland, pero la ciudad le recordaba un poco a Providence, donde vivían sus padres. Había mucha gente joven, aunque la Universidad de Portland no era tan importante como la de su ciudad y seguía dándole la impresión de ser una ciudad pequeña. Le gustaba que hubiera buenos bares y locales de comida aceptables en el centro de la ciudad. No echaba mucho de menos Providence y se alegraba de dejar atrás los malos recuerdos. Si las cosas hubieran

funcionado allí, ahora estaría casada y quizá pensando en tener un hijo. Pero las cosas no funcionaron, claro, y por eso estaba ahora sentada en un bar a unos doscientos cuarenta kilómetros de allí, con las piernas cansadas y dolor de espalda.

Era extraño, pero una de las cosas que le gustaban de Max era la impresión de que, aunque pasaran medio siglo juntos, seguiría descubriendo nuevas cosas en él. Al final no tardó ni año y medio en descubrir en él una novedad que dio al traste con toda esperanza de matrimonio. Max no podía ser fiel. Sería capaz de metérsela al ojo de una cerradura si viera que no tiene la llave ya metida. Cuando no podía ligarse a una estudiante desesperada en Thayer Street o a una secretaria aburrida durante la *happy hour* de cinco a ocho (que, por cierto, fue como Macy, una secretaria aburrida de un gabinete legal, lo conoció), se iba de putas. Incluso parecía preferir a las putas, como supo ella la última vez que se vieron, cuando a él lo soltaron bajo fianza, después de que ella hubiera hecho las maletas y regresado humillada con sus padres. Él se lo confesó todo, escupiendo tanto veneno y bilis sobre la mesa de la cena que parecía que la formica iba a corroerse. Les decía a las putas que no tenía pareja y disfrutaba cuando le preguntaban que cómo era posible que un chico guapo como él no tuviera novia. Incluso mientras se lo contaba, estando profesionalmente acabado (irse de putas era el menor de sus problemas, pues había estado un tiempo bajo vigilancia a raíz de la investigación sobre las actividades del alcalde de Providence, y ahora lo acusaban de soborno y corrupción), ella notaba que seguía sintiéndose halagado. Max estaba enfermo, pero la enfermedad era tanto moral como psicológica. Macy daba gracias a Dios por haber descubierto la verdad antes de casarse.

De eso hacía dos años y, poco después, Macy empezó a considerar la posibilidad de ingresar en la policía. Había trabajado de voluntaria en un centro para mujeres víctimas de abusos domésticos y algunas de ellas le habían contado historias sobre sus relaciones con la policía que ponían los pelos de punta. También había historias bonitas y esperanzadoras, pero ella se había quedado con las malas. Ella quería cambiar las cosas. Así de simple. Poco después de romper, y mientras trataba de aceptar lo ocurrido, había visitado Portland y decidido que le gustaba. La ciudad estaba lo bastante cerca para ir a visitar a sus padres cuando quisiera, pero lo bastante lejos para evitar encontrarse con los ex socios de Max (o, Dios no lo quisiera, con Max mismo). La vida no era muy cara y la policía reclutaba agentes. Sus conocimientos legales, aunque mínimos, y su experiencia en el centro de mujeres maltratadas le facilitaron enormemente la admisión. No se arrepentía, aunque trabajar con Barron había sido hasta el momento su peor experiencia.

Observó que Barron se había callado. Vio que miraba hacia la barra con una expresión tan hostil que le entraron ganas de irse al instante, de alejarse de él tanto como fuera posible, aunque sus ojos no la mirasen a ella. Miraban a un hombre de estatura algo superior a la media que estaba hablando con el barman. Era guapo,

pensó Macy, de una belleza siniestra. Enseñó algún documento de identidad e hizo un par de preguntas. Cuando se marchaba, descubrió a Barron y se quedó un momento parado, pero fue suficiente. Le sostuvo la mirada hasta que Barron desvió los ojos, y entonces salió del bar. Macy lo vio subir a un viejo Mustang y dirigirse al Franklin Arterial.

—¿Quién era? —preguntó.

—Nadie. Basura.

Se excusó para ir al baño y le dijo al barman que le sirviera otras dos cervezas. Macy no se había bebido ni la mitad de la primera y no tenía pensado tomar otra. Echó un vistazo al bar y vio a Odell, de Property. El hombre se le acercó y chocó su vaso con el de ella.

—Se te acabaron los seis meses de prácticas —dijo—. Felicidades.

Ella se encogió de hombros y sonrió.

—¿Conoces al que estaba hablando con el barman hace un momento, que conduce un Mustang?

Odell asintió.

—Charlie Parker.

—¿El detective?

Sabía que Parker, el detective, había descubierto a unos cuantos tipos malvados. Tenía mucha fama, aunque era una fama controvertida. Había oído decir que Parker estaba husmeando en el departamento. Tenía curiosidad de saber por qué.

—El mismo.

—Me da la impresión de que a Barron no le cae bien.

—A Eric Barron le cae bien muy poca gente y Parker no es la clase de personas que pueda contarse entre esa gente. Tuvieron un altercado hace un par de años. Parker estaba investigando la muerte de una mujer, Rita Ferris, una prostituta del lugar. Al poco de cerrarse el caso, Barron vio a Parker en Old Port Billiards y le comentó algo de la mujer.

—¿Y?

—Barron fue al servicio y, unos minutos después, Parker lo siguió. Sólo salió Parker. Barron nunca contó lo que pasó ahí dentro, pero se ganó una cicatriz en la comisura derecha de la boca —Odell se llevó el dedo a la boca—, cicatriz que, yo que tú, no le mencionaría.

—La gente que se mete con la policía no suele salir tan bien parada.

—¿Te imaginas a alguien apresurándose a defender el honor de Barron?

—Supongo que no. He oído que Parker ha estado haciendo preguntas sobre polis.

—Polis, guardias jurados, guardaespaldas. Ése siempre está jodiendo a la gente que no debe.

—¿Y sabes por qué?

—Por algo que ocurrió hará un par de meses. Un tipo intentó ligarse a un chaval en la calle, en Gorham. El crío había inhalado gas de encendedor y estaba medio ido, por lo que no recuerda mucho. Dijo que el tipo llevaba uniforme bajo la chaqueta y que cree que le vio una pistola. Sus padres tienen dinero y pagaron a Parker para que hiciera algunas preguntas. Temen que el tipo lo intente otra vez, con su hijo o con otros niños.

Barron volvió del baño y saludó a Odell inclinándolo levemente la cabeza.

—Bueno, nos vemos —le dijo Odell a Macy, y se despidió de Barron inclinando la cabeza—: Eric. —Entonces volvió con sus amigos.

—¿Qué quería? —preguntó Barron.

—Nada, felicitar me porque acabo las prácticas. —Podía percibir que Barron estaba a punto de estallar. El hombre tenía la mecha corta y era mejor apagarla antes de que el barril de pólvora explotara.

—Cuéntame más cosas de la isla —le pidió.

Barron le dijo que Dutch Island, o Santuario, como a veces la llamaban, quedaba dentro de la jurisdicción de la policía de Portland, aunque fuera la más distante de las islas habitadas de Casco Bay. Dutch no era la única isla que necesitaba policía, pero sí la menos hospitalaria. Los agentes de Portland no tenían que pasar tiempo en ella. Había un policía que residía en la isla y otros dos que se turnaban. En la otra isla dependiente de la policía de Portland, Peaks Island, dos oficiales iban y venían en bote todos los días. Pero cuando el bote iba a Dutch, muchas veces sólo había a bordo un policía.

—¿Por qué tiene dos nombres?

—Para que parezca más interesante —contestó Barron—. Pero, créeme, no lo es. ¿Qué más quieres saber?

—¿Cómo es él?

—¿Quién?

—Ya sabes, Dupree. ¿Cómo es?

Barron chasqueó la lengua con repugnancia.

—¿Joe Melancolía? Es un bicho raro.

—Dicen que es un gigante. Quiero decir, un gigante de verdad. Como los del circo, o como el luchador ese que muere.

—Andre, el Gigante. No, Joe no es tan grande como Andre. Pero sí es grandísimo, el hijoputa. Y fuerte. Nadie se mete con Joe Melancolía.

—¿Por qué lo llaman así?

—Porque es un triste cabrón, por eso. Habla poco, es un tipo reservado. Más vale que te lleves unos libros, porque te aseguro que no pasarás muchas noches en vela hablando con él.

—¿Tú has estado en la isla?

—Una vez que la mitad del personal se quedó en casa con gripe. No me gustó mucho la isla. Tampoco me gustó mucho Joe Dupree.

«Apuesto a que el sentimiento era mutuo», pensó Macy.

—Supongo que no pasan muchas cosas.

—No muchas. Chavales que se aburren y roban coches, entran en casas. Algún que otro conductor bebido. Digamos que se trata, sobre todo, de policía de barrio.

—Pero no siempre.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Barron.

—Dicen...

—¿Quiénes?

—Pues la gente. Dicen que Joe Dupree mató a un hombre en la isla.

Barron chasqueó la lengua como antes.

—Sí, mató a uno de los hermanos Lubey, Ronnie Lubey. Si hubiera sido un poco más rápido, a lo mejor su pareja no se hubiera llevado un montón de perdigones en la pierna. Lubey estaba como una cuba, llegaron Dupree y Muñeco de Nieve...

—¿Muñeco de Nieve?

—Sí, un puto nombre idiota para un idiota. Si le hubieran metido el tiro en la cabeza, seguramente le habrían hecho menos daño. Lo que decía: llegaron Dupree y él, Muñeco de Nieve, y éste recibe el disparo y Dupree mata a Ronnie Lubey. Lo suspendieron del servicio un tiempo, pero la investigación lo absolvió. Eso fue todo. Nadie derramó muchas lágrimas por Ronnie. Era un mal tipo. Su hermano sigue viviendo en Dutch. Odia a Joe Dupree como la madera al fuego.

Barron se interrumpió. Se sentía idiota por decir lo que iba a decir, como si temiera que Macy se riera de él o lo llamara mentiroso. Cuando él entró en el cuerpo, su primer compañero, Tom Huyler, lo invitó a una cerveza y le contó más o menos lo que él iba a contarle a Macy, y el viejo Huyler no era de los que bromeaban. Era miembro de la Iglesia protestante holandesa, y cuando esa gente esboza una sonrisa, es como ver hielo ártico resquebrajándose. Sí, Huyler conocía la historia. Después de todo, fue su propia gente la que llegó primero a la isla.

Y la que fue exterminada.

Porque, desde luego, Dutch Island era un lugar tranquilo, casi siempre. Había disputas domésticas, algún que otro borracho que quiere escalar un árbol con el coche. Pero también recordaba lo que Huyler le había contado de los primeros pobladores de la isla, hombres que se refugiaron allí después de una serie de enfrentamientos con los indios del lugar a finales del siglo XVII.

Luego, según los libros de historia, hubo un conflicto interno entre los isleños y desterraron a alguien. Ese alguien regresó a la isla con otros y acabó con toda la población, que eran unas diez, doce familias, con niños. Hasta hacía un siglo o siglo y medio no había vuelto gente al lugar, y ahora la comunidad era lo bastante grande

para necesitar una policía propia.

Y a veces desaparecía gente. Casi siempre la peor. Eso era lo curioso del caso. Desaparecían los que no les servían a nadie, ni aun a su propia familia. Borrachos, violadores, maltratadores. No todos acababan igual, claro, y la isla seguía teniendo su lote de gentuza; estos maleantes se andaban con mucho cuidado con respecto a dónde iban y qué hacían. No se alejaban mucho de sus casas ni se acercaban a los bosques del centro de la isla, aún menos a lo que se conoce con el nombre de Asentamiento, el lugar donde reposan los restos de los primeros pobladores.

Huyler estaba ahora muerto, víctima de un ataque al corazón hacía dos años, pero Barron aún podía verlo allí sentado, vaso de cerveza en mano, hablando con esa voz queda que tenía, en la que de vez en cuando sonaba un eco extraño, reliquia de su herencia familiar. Barron nunca puso en duda una sola palabra de lo que dijo, ni siquiera cuando le contó lo ocurrido la última vez que estuvo de servicio en la isla, y la muerte de George Sherrin. Pues George Sherrin era la causa de que los residentes más insanos de la isla se abstuvieran de ir a los bosques por la noche. Nadie quería seguir los pasos del viejo George, no señor.

Los Sherrin siempre habían dado de qué hablar. Los hijos eran rebeldes y maleducados: lo que se dice chicos difíciles. El viejo Frank Dupree, el padre de Joe Melancolía, tuvo que llevar en más de una ocasión a uno u otro de los chicos Sherrin a su padre y decirle a éste que lo habían pillado rompiendo ventanas o maltratando a un pobre animal; y el chico se dejaba llevar a casa en silencio, y al viejo Frank se le caía el alma al suelo al ver cómo George hacía entrar al chaval y cerraba la puerta sin hacer ruido. Frank sospechaba que allí pasaba algo, algo malo y podrido, pero nunca pudo convencer a Enid, la temerosa señora Sherrin, de que hablara, y los trabajadores sociales que se acercaban a casa de los Sherrin se arriesgaban a que los recibieran a punta de arma o a tener que escapar corriendo de los perros.

Hasta que un día George Sherrin desapareció. Había ido al bosque con el camión, cargado con una sierra y unas cadenas para cortar ilegalmente un poco de leña y tener combustible barato para el invierno, y no regresó. Hasta dos días después su mujer no se molestó en dar parte, y Frank Dupree pensó que, si no lo había matado ella misma, quizás es que quería disfrutar de dos días sin él, porque si George maltrataba a sus hijos, Frank no dudaba de que su mujer lo sabía y quizás intentaba que la maltratara a ella de vez en cuando para dar una tregua a los hijos.

Frank Dupree y Tom Huyler salieron en dirección al bosque y a las pocas horas encontraron el camión de George Sherrin y, junto al camión, la sierra. Se veía un corte en un gran pino, que George había empezado a talar, pero al parecer algo debió de interrumpirlo, pues no acabó la tarea. Buscaron a George, pero no encontraron ni rastro de él. Luego volvieron con unas veinte personas de la isla, formaron una cadena y peinaron el bosque, árboles y arbustos, pero George seguía sin aparecer.

Unos días después dejaron de buscar. Y varias semanas después dejaron de preocuparse. Los hijos de George empezaron a mejorar en la escuela, un trabajador social comenzó a visitar la casa y Enid Sherrin y sus hijos empezaron a tomar dos veces al mes el pequeño ferry con destino al continente y a hablar con un médico que tenía lápices de colores en el cajón y un paquete de Kleenex en la mesa.

Al año siguiente una fuerte tormenta azotó la costa y Dutch, dado que era una de las islas más expuestas, se llevó la peor parte. Hubo rayos y truenos, y los rayos abatieron dos árboles. Bajo uno de ellos encontraron a George Sherrin. El pino quedó medio descuajado, y como los árboles circundantes detuvieron su caída, la cepa quedó al descubierto como si fuera una boca dentada. En el hueco que dejaba en el suelo descubrieron los restos de George Sherrin, y se abrió una investigación por asesinato. Los huesos no presentaban daños —no estaban rotos, ni fracturados, ni perforados—, pero alguien tuvo que meter a George Sherrin debajo del árbol, porque está claro que él no excavó un hoyo allí y se enterró a sí mismo. Detuvieron a Enid Sherrin y la interrogaron, pero sus hijos la respaldaban y todos contaron lo mismo. Su madre estuvo con ellos todo el tiempo después de marcharse su padre. ¿Quién, si no, iba a ocuparse de ellos?

Había más rompecabezas para los investigadores. El árbol y los huesos se analizaron y los resultados eran incoherentes. Según los interpretaban los expertos, George Sherrin debía de haber estado enterrado treinta años para que las raíces del árbol crecieran como habían crecido, pues lo envolvían y traspasaban como si lo tuvieran bien sujeto. Pero George Sherrin sólo llevaba un año desaparecido y aquella proliferación de raíces era inexplicable. No, debía de haber otra explicación.

Pero nadie la encontró.

—Ésta es la historia —concluyó Barron.

Macy lo miró atentamente para ver si bromeaba. No, no bromeaba.

—¿Y dices que ha desaparecido más gente?

—Yo no digo eso. El único caso del que he oído hablar es el de George Sherrin. Creo que los otros no son más que ganas de dar pábulo a la leyenda. Mira, la gente se va de la isla porque tiene sus razones y si te he visto, no me acuerdo. Pero lo que acabo de contarte sobre George Sherrin es verdad. Eso va a misa, te lo aseguro.

Apuró la cerveza y levantó la mano pidiendo otra ronda. Macy le acercó su segunda cerveza, que no había tocado.

—Tómame la mía, yo no quiero más.

—¿Te vas? Eh, no te vayas. Quédate un rato más.

Quiso agarrarla de las manos, pero ella alcanzó su chaqueta y evitó el contacto por poco. Se la puso y vio que Barron seguía con la mirada cómo se subía la cremallera por el pecho.

—No, debo irme. Tengo cosas que hacer.



—¿Qué cosas? —preguntó él, y ella advirtió algo en su tono y se alegró de que hubiera más gente en el bar, de que no estuvieran solos en un coche o, peor aún, en casa de Barron. Aquella tarde le había propuesto ir a su casa a ver una película de televisión por cable y quizá comprar un poco de comida tailandesa. Ella rehusó y por eso estaban allí. De pronto le pareció que era la decisión más sabia que había tomado en muchísimo tiempo.

—Cosas —contestó—. Gracias por la cerveza y, en fin, por haberme ayudado con las prácticas.

Pero Barron se había ido hacia la barra con la cerveza que ella no se había bebido, se inclinó por encima de la barra y la vació en el fregadero. Macy sacudió la cabeza, echó mano de su mochila y salió del bar.

En el coche camino de casa, Macy pensó en lo que Barron le había contado sobre Dupree, la isla, George Sherrin. Pensó también en Barron e, instintivamente, se estremeció recordando su tacto. Las semanas de prácticas con él habían sido difíciles. Al principio no fue mal. Barron guardada las distancias y se comportaba según las normas. Pero poco a poco Macy empezó a sentirse violenta por lo mucho que él empezaba a acercársele, por la complacencia y orgullo con la que le contaba historias de violencia infligida a «chulos» y «gamberros», por las miradas que algunos chicos de la calle le echaban cuando se les acercaba, miradas de perro apaleado. Hasta las últimas semanas no había intentado Barron tirarle los tejos más abiertamente. Tenía mucho cuidado, pues sabía que se exponía a una denuncia por acoso, o a que intervinieran sus superiores si descubrían que estaba intentando tener una relación con un agente en prácticas a su cargo, pero el deseo ahí estaba. Era como una comezón que Macy notaba.

Ella sabía que era bonita y que, al menos en apariencia, tenía una especie de vulnerabilidad que atraía a cierta clase de hombres. Mejor dicho: atraía a toda clase de hombres, y había aprendido a esquivar sus requiebros con una gracia digna de una bailarina. Barron era más sutil que la mayoría, pero quizás esa misma sutileza era lo más desagradable. Mientras que casi todos los hombres emprendían un ataque frontal, Barron se le acercaba sigilosamente, como un ratero. Eran los peores y había que tener muchísimo cuidado.

Pensó también en un incidente que había ocurrido la noche anterior y que aún la turbaba. Ella y Barron estaban haciendo la ronda habitual e iban por Congress. De pronto, a la luz de los faros, vieron a un individuo con una chaqueta de aviador negra Alpha Industries, la capucha de una sudadera gris colgando por la espalda de la chaqueta y un gorro. Al ver el coche de policía, el sujeto empezó a caminar rápido en dirección contraria.

—Vamos a ver qué hace este menda —dijo Barron, y apretó un poco el acelerador para seguir al del gorro a la misma velocidad. Éste miró por encima del hombro y

echó a correr.

—A ver, a ver... —continuó Barron. Por el tono en que lo decía, lo mismo podía referirse a la vuelta de los pantalones de campana o al *revival* del rock progresivo—. Aquí tenemos la prueba fehaciente de que muchos criminales son tontos. Si este tipo hubiera mantenido la calma diez segundos —y giró el volante a la derecha al ver que el sospechoso torcía en Pine—, ahora estaría libre y a salvo. Pero no, decide adelantar a Miss Ford Crown Victoria, y una cosa te digo: a ése le falta un tornillo. Mira el rastro que va dejando. Es como perseguir a una avioneta fumigadora. Muy bien, jódete. Vamos a deslumbrarlo.

Barron encendió las luces y la sirena y pisó el acelerador. El tipo empezaba ya a desfallecer. Cuando entraron en el aparcamiento detrás de él, casi pareció agradecido de tener que parar. Barron se apeó y los dos agentes se le acercaron formando una V cada vez más ceñida. El fugitivo había levantado las manos y respiraba como si fuera a echar el hígado. Cuando Barron estuvo lo bastante cerca para reconocerlo, pareció sorprendido. Apenas se le notó, pero resultó evidente.

—Hombre —dijo—, Terry Scarfe. Mira, Macy, es Terry Scarfe. ¿Qué tal, Terry? ¿Te han dejado salir? ¿Cómo coño se les ocurre?

—A lo mejor lo sometieron a votación —dijo Macy.

El nombre de Scarfe figuraba en una lista de presos en libertad condicional que habían hecho circular entre los agentes. Según los demás policías, era un conocido delincuente del lugar. No pasaba del metro y medio de estatura y estaba flaquísimo. Aunque debía de ser joven, tenía la cara muy arrugada, como si aún llevara marcada la huella del último pie que se la había pisado.

—Sí, como en el Gran Hermano. Tú, Terry, eres el peor concursante. ¡Largo de nuestra preciosa cárcel! ¿Llevas algo, Terry?

Scarfe sacudió la cabeza.

—¿Estás seguro? Más vale que no te encuentre algo con lo que puedas hacer sangre. Si crees que las compañías aéreas son algo estrictas, espera y verás lo que soy yo. Como te encuentre una uña afilada, te detengo por tenencia de arma ofensiva. Y eso sumado a lo ofensivo que ya eres tú, para que veas. Así que te pregunto otra vez, Terry: ¿llevas algo que nosotros deberíamos saber? ¿Algo que corte? ¿Que pinche?

Scarfe pudo articular:

—Nada, ya te lo he dicho.

—Al suelo —ordenó Barron.

—Va, hombre, que está frío. ¿No te he dicho que...?

Barron se abalanzó sobre él y lo arrojó al suelo. Scarfe cayó de rodillas pesadamente y quiso protestar, pero Barron lo empujó de nuevo y el otro se dio con la barbilla en el suelo.

—No deberías hacer esto —gimió Scarfe, mientras Barron lo registraba.

—Levántate —dijo Barron cuando terminó.

Scarfe se puso en pie y se sacudió la suciedad de las manos.

—¿Por qué huías de nosotros? —preguntó Barron.

—No huía de vosotros. Iba a un sitio.

—¿Adónde?

—A un sitio.

—¿Quieres que te llevemos? ¿Desde cuándo estás en libertad condicional?

—Desde el lunes.

—¿Desde el lunes? —preguntó Barron enfáticamente—. ¿Quieres decir que sólo llevas dos días fuera y ya te pillamos escapando y negándote a colaborar con tu querida policía local?

—Te digo que no escapaba. Soy un hombre ocupado. Tengo cosas que hacer.

—¿Y esas cosas puedes hacerlas en la cárcel?

Scarfe lo miró con desconcierto.

—No.

—Lo digo porque parece que tienes mucha prisa por volver al trullo. Pensaba que a lo mejor eran cosas en general. Independientes de la geografía, me refiero.

Scarfe mantuvo la boca cerrada.

—Eres un gilipollas, Terry —dijo Barron en tono más serio—, eres un gilipollas y vas a acabar metiéndote en un lío gordo como no andes con pies de plomo. Ahora lárgate.

Macy se quedó mirando a Barron con incredulidad.

—¿Le dejas que se vaya?

—¿Por qué íbamos a arrestarlo? ¿Por vestir de un modo demasiado juvenil para su edad?

—Ha intentado huir.

—Ya, pero... Eh, ¿aún estás aquí?

Scarfe se había parado como si no supiera qué hacer ahora que los dos policías estaban discutiendo.

—Te he dicho que te vayas, así que lárgate antes de que cambie de opinión.

Scarfe miró por última vez a Macy, se encogió de hombros y se alejó a buen paso hasta que desapareció en la oscuridad. Los dos policías se miraron.

—Anda, Macy —dijo Barron—. No me jodas así.

—¿Joderte?

—Critícame delante de un gusano como Terry Scarfe.

—No corría porque sí. Algo se traía entre manos.

—¿Y cuál era nuestro deber? ¿Detenerlo, dejarlo doce horas rascándose la barriga y luego llevarlo al juzgado? A lo mejor damos con un buen juez y le suspenden la condicional, y entonces ¿qué? Otros seis meses en la cárcel. ¡Buen negocio! Terry

nos es más útil en la calle. Oye cosas y a lo mejor podemos sonsacárselas en el futuro. Ahora está en deuda con nosotros. Lo tenemos entre la espada y la pared.

Macy no dijo nada. Volvieron al coche y regresaron a Congress.

—Vamos, Macy —dijo Barron—, olvídale.

Pero Macy se sintió muy incómoda el resto de la ronda y habló poco con Barron hasta que llegaron a la comisaría. Allí, él la agarró del brazo.

—¿Amigos? —le preguntó.

Macy lo miró a los ojos y supo que era mejor decir que sí.

—Claro. Era sólo que Scarfe me daba mala espina. Deberíamos haberlo detenido.

—Es tonto. Si está metido en algo, pronto lo sabremos. Y si por lo menos vuelve al trullo, que sea para algo más que para lo que le queda de condena. —Esbozó la mejor de sus sonrisas y se dirigió a las taquillas.

Macy lo vio alejarse y se preguntó si de verdad había visto lo que creía que había visto: que al registrar a Scarfe, Barron se guardó en la palma las papelinas blancas que le encontró en el bolsillo. No dijo nada a nadie. No se imaginaba que Barron fuera un drogadicto, quizá se quedaba las papelinas para usarlas en el futuro, seguramente para pagar a informadores yonquis, aunque esto tampoco le parecía una explicación. Fuera cual fuera el motivo, llevar drogas encima era un riesgo que a Barron no le merecía la pena correr.

Cosa que abría la posibilidad de que Barron quisiera proteger a Scarfe. De camino a casa, Macy se alegró una vez más de que las prácticas con Barron se acabaran; y pese a lo que éste le había contado, sentía curiosidad por lo que le esperaba en la isla. Macy no era una persona crédula, y aunque el oficio de policía tiende a propiciar cierta dosis de superstición —calzado, rutas, balas que dan suerte—, aún seguía algo impresionada por lo que Barron había dicho y, más particularmente, por la convicción con la que lo había dicho. Barron se creía realmente lo que le había contado de George Sherrin y sobre Dutch Island; o, si no, como mínimo tenía menos dudas de lo que uno habría esperado que tuviera. En cualquier caso, había estimulado su curiosidad, si bien eso sería lo único que Barron iba a estimular en Sharon Macy.

También sentía curiosidad por conocer al policía que Barron y los demás llamaban Joe Melancolía. Su historia era bien sabida en Portland: su padre y su abuelo habían sido agentes de policía y habían prestado servicio en la isla durante casi toda su vida. Era un arreglo peculiar, pero que convenía a la policía. Los Dupree conocían la isla y sus costumbres, y siempre que habían probado con un policía ajeno a la comunidad sin la presencia de algún miembro de la familia Dupree, el experimento había fracasado: la delincuencia —delincuencia común, pero delincuencia al fin y al cabo— había aumentado, y los nervios de los agentes en servicio temporal se habían crispado más y más. Al final, y dado que nadie quería prestar servicio en la isla, la familia Dupree se convirtió, de hecho, en la primera

familia de policías de Dutch Island.

Pero el matrimonio del viejo Frank Dupree sólo engendró un hijo, y ese hijo era tan grande que hasta los colegas policías lo tenían por un fenómeno. Macy había oído decir que habían tenido que modificar un coche de policía para adaptarlo a su corpulencia. Llevaba el arma reglamentaria de la policía de Portland, una Smith & Wesson del 45, pero él había ajustado el guarda gatillo para que sus dedazos entraran por él más holgadamente. En cierta ocasión uno de los periódicos locales publicó una historia del «Gigante de Dutch Island», y en verano venían turistas a verlo y a fotografiarse a su lado. A Joe esto no le importaba, o si le importaba, nunca alteraba su eterna expresión de perplejidad taciturna.

Joe Melancolía. Macy sonrió y dijo el nombre en voz alta.

—Joe Melancolía.

Los faros iluminaron la señal de la carretera interestatal —llevaba los limpiaparabrisas en marcha porque empezaban a caer las primeras gotas de lluvia— y tomó la salida norte.

—Santuario —dijo en voz alta, para ver cómo sonaba el nombre. Decidió que le gustaba más que Dutch—. En fin, seguro que es mejor que dirigir el tráfico.

Moloch yacía en silencio en su litera. De una televisión cercana llegaba el sonido de un boletín de noticias. Se hablaba de guerra, de una conflagración en Oriente Medio. Sus compañeros presos estaban llenos de una avidez de sangre que disimulaban como fervor patriótico, aunque la mayoría no era capaz de encontrar Nebraska en el mapa, no digamos un sitio más lejano. Moloch dejó de escuchar el ruido de fondo. No iba con él. Tenía asuntos más importantes en los que pensar.

Su abogado no pudo decirle gran cosa sobre la vista del gran jurado cuando se encontraron diez días antes, sentados a una mesa de acero vacía, en el área de visitas de la cárcel.

—Lo único que sé es que tienen a uno llamado Verso.

Moloch torció el gesto, aunque fue la única muestra de irritación que dio.

—¿Es Verso el objetivo del gran jurado?

—No lo sé.

Moloch se inclinó más hacia el hombrecillo.

—Señor Braden, ¿para qué le pago si no sabe nada?

Braden no se inmutó. Sabía que Moloch estaba desahogándose.

—¿Has acabado? —preguntó.

Moloch se reclinó en la silla y asintió.

—Supongo que Verso ha hablado con ellos y les ha ofrecido algo a cambio de inmunidad judicial. Verso es un caso feo y tú ya estás entre rejas para el futuro inmediato, así que es posible que el fiscal quiera oír lo que puedes ofrecerles para

encerrar a Verso.

—¿Y qué gano yo si testifico? ¿Una celda con vistas?

—La libertad condicional en un plazo de ocho a diez años. Testificar beneficiará tu caso.

—No pienso pasarme otra década en la cárcel, señor Braden.

Braden se encogió de hombros y se reclinó en el asiento.

—Tú decides. Yo estaré en el vestíbulo durante el juicio. Puedes pedir tiempo en cuanto descubras adónde quieren llegar con sus preguntas. Si tienes dudas, acógete a la quinta enmienda.

Moloch se quedó mirando la mesa. Luego dijo:

—Tienen algo. No quieren a Verso, me quieren a mí. Yo soy el blanco.

—Eso no lo sabes seguro —repuso Braden.

—Sí, lo sé —dijo Moloch. Juntó las manos, palma contra palma—. Le pago bien, señor Braden. Lo contraté porque es usted listo, pero no crea ni por un momento que es más listo que yo. Sé dónde vive. Conozco los movimientos de su familia. Sé cómo se llama el chaval al que su hija...

—Mejor que no sigas...

—... al que su hija se folla en su semisótano mientras usted ve *El ala oeste de la Casa Blanca*. Sé esto, señor Braden, y usted sabe quién soy yo. Sospecho que el estado de Virginia no tiene intención de soltarme. De hecho, creo que el estado de Virginia tiene muchas esperanzas de que me ejecuten y mi celda quede libre para otro. Quieren cargos capitales. Esa audiencia del gran jurado es una trampa, ni más ni menos.

—No tengo pruebas...

—Me importan un bledo las pruebas. Dígame su impresión, su impresión visceral. Dígame que me equivoco.

Pero Braden no dijo nada.

—O sea, que han corrido voces.

—Rumores, sospechas —dijo Braden—. Nada más.

—De que Verso no es el blanco.

—De que Verso no es el blanco —repitió Braden.

—¿Ha hablado usted con el fiscal?

—No habría querido entrevistarse conmigo.

—Si Verso fuera el blanco, se habría entrevistado con usted. Usted podría haber negociado mi inmunidad. Más le vale creer que llevo todas las papeletas para salvarme.

Braden extendió las manos.

—Hago lo que puedo.

Moloch se preguntó si Braden no se alegraría secretamente de que lo declararan

culpable de delitos castigados con la pena capital. No debería haber amenazado al abogado. El hombre ya le temía bastante.

Moloch se inclinó hacia él.

—Escuche, señor Braden. Quiero que recuerde un número de teléfono. No lo apunte, sólo recuérdelo.

Clara y cuidadosamente, Moloch le susurró los siete dígitos al joven abogado.

—Cuando se confirmen los detalles de la vista, quiero que llame a este teléfono y se los comunique. No llame desde su oficina. No llame desde su casa. No use su móvil. Si es usted listo, hará un viajecito de un día, a Maryland, por ejemplo, y llamará desde allí. ¿Le ha quedado claro?

—Sí.

—Si lo hace bien, se libraré de mí.

Braden se levantó y llamó a la puerta de la sala de visitas.

—Guardia —dijo—, hemos terminado.

Se fue sin volverse a mirar a su cliente.

Ahora ya estaba todo en marcha. Moloch había recibido un mensaje, comunicado en clave durante una conversación telefónica aparentemente inocua. Estaban moviéndose. Se hacían progresos. Todo estaría a punto en el momento oportuno.

Cerró los ojos y pensó en la guerra.

En la cafetería Rue de la Course de North Peter había sentado un hombre de pelo gris que tomaba café y leía el periódico local. Por los ventanales se veían pasar grupos de jóvenes que se internaban en el Barrio Francés. Podía oír el zumbido de un ritmo de bajo que venía del bar Coyote Ugly contiguo, y que luchaba por imponerse sobre el jazz ligero que salía por el altavoz que tenía detrás. Le gustaba el Rue de la Course y lo prefería al Café du Monde, donde poco antes había comido buñuelos y escuchado a unos músicos callejeros. En el Café du Monde servían café solo y café con leche, pero al hombre del pelo gris lo mismo le daba una cosa que otra. Le gustaba el café solo, pero acompañado de un poco de leche fría. La camarera asiática del Café du Monde no estaba preparada para complacerlo y por eso había tenido que irse a otra parte. El Rue de la Course había sido un descubrimiento fortuito. Pero era como si se lo hubieran recomendado.

El Rue de la Course tenía ventiladores de techo y paredes revestidas de lo que parecía chapa batida y en las mesas había lámparas de banquero con tulipa verde. Lo sorprendía que siguiera siendo una cafetería, con el dinero que podría ganarse transformándolo en un bar. Quizá fue bar alguna vez, pues el rótulo blanco de la puerta seguía indicando que vendían vino y cerveza, aunque la pizarra de la barra sólo enumeraba cuarenta clases de cafés y tés, helados o con moca. El hombre del pelo gris, que se llamaba Shepherd, prefería el café a la antigua usanza, con el

mínimo de leche y de lío. No le importaba que no sirvieran bebidas alcohólicas. Shepherd bebía poco. Odiaba ver cómo el alcohol volvía tontos a hombres y mujeres. De hecho, Shepherd tenía pocos vicios. No fumaba, no tomaba drogas y casi no practicaba sexo. No le interesaban ni los hombres ni las mujeres, aunque había salido con unos y otras para cerciorarse de que no echaba nada en falta. Como su aversión al alcohol, eso lo ayudaba a mantener la mente despejada.

Conque allí estaba, tomando café en una taza decorada con la imagen de un hombre que llevaba una gabardina y leía un periódico sentado a una mesa, lo cual venía muy a propósito, pues también Shepherd llevaba una gabardina y leía un periódico sentado a una mesa. Círculos dentro de círculos. Dos mesas más allá había sentada una joven con un uniforme de hospital que tomaba notas de un libro de texto. Debió de sentirse observada por el hombre, porque alzó la vista. Shepherd le sonrió distraídamente y siguió leyendo el periódico.

A Shepherd no le gustaba Nueva Orleans. Era una ciudad tercermundista en un país desarrollado, en la que el soborno estaba tan a la orden del día que la corrupción era la norma en lugar de la excepción. Cuando caminaba por sus calles, no veía más que fealdad, la abyección de la condición humana desvergonzadamente expuesta. Sentado en el Magnolia Café había visto a un hombre de expresión severa en la puerta de un famoso bar de *striptease*, y detrás a una mujerona de rostro aún más severo, con rollos de grasa derramándose por encima de ropa interior blanca sucia. A qué va la gente a sitios como éstos, se preguntaba Shepherd; a que lo estafen, incluso a que lo amenacen, a oler perfumes baratos de mujeres putas como ellas solas. Esa corrupción del espíritu y del alma lo repugnaba, pero al menos era evidente, explícita. Había otras formas de corrupción mucho más insidiosas.

La mujer del uniforme de hospital se levantó, metió el libro de texto y el cuaderno en una cartera y se fue. Un minuto o dos después, Shepherd hizo lo mismo. La siguió a cierta distancia por la acera de enfrente y la vio tomar Decatur Street. No le preocupó perderla de vista entre la gente, pues sabía adónde iba. A su izquierda, unos estorninos sobrevolaban chillando una vieja chimenea en Chartres Street. Más arriba, el cielo de enero estaba gris y triste. Los turistas miraban un momento a los pájaros con curiosidad y luego seguían su camino, un tanto desconcertados por el espectáculo. El número de pájaros iba reduciéndose poco a poco, conforme se posaban dentro de la chimenea, bultos negros que descendían a una oscuridad más profunda.

Cuando llegó al final de Decatur Street, la mujer había desaparecido. Esperó diez minutos, se dirigió a la verja de un conocido bloque de pisos y pulsó el número nueve, seguido de la tecla almohadilla. Se oyó un clic y luego una voz de mujer que decía:

—¿Quién es?



—Me llamo Jeff. Llamé antes para pedir cita. —Había visto su anuncio ofreciendo «masajes sensuales» el día anterior y había llamado para pedir una cita.

—Suba —dijo la mujer.

La puerta se abrió con un pitido y Shepherd entró en el patio y siguió las luces interiores hasta una escalera. Subió tres tramos y se detuvo ante la puerta número nueve. Iba a llamar cuando la puerta se abrió.

La mujer se había quitado el uniforme de hospital y ahora vestía una bata de raso. Aún llevaba las puntas del pelo mojadas de la ducha. Se esforzó por recordar la cara de él, desconcertada.

—Usted estaba en... —empezó a decir.

Pero Shepherd ya la agarraba con firmeza por la garganta con una mano enguantada y la arrastraba hacia dentro. Cerró la puerta suavemente, la sujetó contra la pared y sacó la mano derecha del bolsillo de la gabardina para que ella pudiera ver el cuchillo que empuñaba.

—Si gritas, te hago daño —dijo—. No quiero hacerte daño. Si contestas a mis preguntas, te prometo que no te pasará nada. ¿Me entiendes?

La joven asintió y él la soltó.

—Ve a sentarte.

La siguió al salón. Las cortinas estaban corridas y la única iluminación de la estancia era una lámpara cubierta por un pañuelo rojo. A la derecha había una puerta abierta. Al otro lado se veía una mesa de masaje cubierta con una toalla blanca limpia.

—Siento haberte engañado —dijo Shepherd. Se mantenía levemente ladeado respecto de ella y tenía la pierna derecha algo adelantada para protegerse sus partes. Ya había tenido problemas con otras mujeres.

Ella parecía a punto de llorar. Shepherd lo percibió en su voz cuando preguntó:

—¿Qué quieres?

Shepherd asintió satisfecho.

—Bien. No quiero robarte más tiempo del necesario. Quiero que me digas dónde está tu novio.

Ella no contestó.

—Tu novio —repitió él—. Verso. ¿O ya lo has olvidado?

—No sé nada de él.

Shepherd dio un suspiro. Con un confuso movimiento de carne y metal, su mano trazó una línea roja desde el hombro de ella hasta la parte superior del pecho izquierdo. La mujer empezó a chillar y Shepherd le tapó la boca.

—Te lo he dicho —dijo—. No quiero hacerte daño, pero si me mientes me obligarás a hacerlo. Voy a preguntártelo otra vez: ¿dónde está tu novio?

—Lo tiene la policía.

—¿Dónde lo tiene?

—En Virginia.

—En Virginia ¿dónde?

—No lo sé.

Shepherd blandió el cuchillo de nuevo y ella dijo, en voz más alta:

—No lo sé. Lo trasladan de un sitio a otro constantemente. Y ya no es mi novio. Llevo sin verlo desde que se entregó. Lo único que sé es que pronto estará en Norfolk. Hay una audiencia del gran jurado. Va a testificar.

—¿Cuándo fue la última vez que te llamó?

Ella se quedó callada.

—Mi paciencia tiene un límite —la avisó.

—Esta mañana —dijo ella al fin.

—¿Antes o después de que yo te llamara?

—Después. Iba a salir cuando sonó el teléfono.

El aparato se encontraba sobre una mesa a la izquierda de Shepherd. Había un contestador automático conectado a él, pero estaba apagado.

—¿Por qué tienes el contestador apagado?

—Esta noche tenía pensado salir, ir al cine. Tú eras mi único cliente.

—Levántate —ordenó Shepherd.

Hizo lo que le decía. La llevó al teléfono y le dijo que se arrodillara dándole la espalda.

—¡Por favor! —dijo ella.

—Tú arrodíllate. Voy a llamar al número de la última llamada recibida y no quiero que hagas tonterías mientras marco.

De mala gana, ella se arrodilló. Shepherd pulsó los botones, escuchó.

—Chesapeake Inn and Suites —dijo una voz de hombre.

Shepherd colgó.

«Subnormal», pensó.

Se alejó unos pasos de la mujer arrodillada. Ella no se volvió.

—Por favor —dijo—. No me hagas daño.

—No te lo haré —dijo Shepherd.

Era un hombre de palabra. Ella no sintió nada.

Harry Rylance nunca se había tenido por una persona nerviosa. En el negocio de los seguros, ninguna persona nerviosa se ha ganado jamás bien la vida. Los nervios son para los tontos que compran las pólizas. Todo el negocio descansa en el miedo. Sin miedo, la industria de los seguros se hundiría como una piedra y Harry se hundiría con ella, pero debía reconocer que ese día estaba bastante nervioso. El muchacho retrasado y de aspecto horrible había desaparecido y a Harry su instinto le

decía que debía largarse de aquella casa y rogar a Dios que Veronica y él encontraran el camino de regreso a la autopista.

Pero la casa olía a carne podrida y estaba llena de moscas.

Y la curiosidad es algo terrible.

Harry cruzó el salón pisando con cuidado y encogiéndose cada vez que crujía una tabla. En la cocina vio un montón de recipientes de algún establecimiento de comida para llevar llenos de huesos pelados de esos pollos enanos que las empresas de comida rápida crían en algún irradiado atolón del Pacífico; de otro modo, pensaba Harry, no se consiguen muslos y alas tan pequeñas. En la cocina había una sartén, con el fondo lleno de trozos de grasa quemada pegados, y al lado una cazuela con un guiso que olía a podrido y en cuya superficie flotaban unos bichos. Junto a la cocina había un viejo frigorífico que zumbaba y traqueteaba como un anciano loco metido en una jaula de hojalata. Harry fue a abrirlo pero se detuvo. Podía verse reflejado en el metal, con las facciones distorsionadas. Detrás de él había algo blanco.

Harry se dio media vuelta y arremetió contra las cortinas que colgaban inmóviles de la ventana en la quieta atmósfera. De la escurridera cayó un plato y se estampó contra el suelo, espantando las hormigas que había. Se oyó el chasquido de una cucaracha.

—¡Mierda! —dijo Harry y abrió la puerta del frigorífico.

Aparte de un cartón de leche, que debía de llevar allí semanas, estaba vacío.

En el congelador encontró bolsas llenas de carne. Había un montón.

Cerró las puertas del frigorífico y volvió al salón. Arriba no se oía nada.

—¿Hola? —llamó Harry—. Chaval, ¿todo bien ahí arriba?

Empezó a subir y entonces oyó algo: dos palabras de una canción, que se repetía una y otra vez, en un disco rayado.

—*don't care*

—*don't care*

—*don't care*

Elvis, pensó Harry. El *don't care* del Rey.

Llegó al final de la escalera. Enfrente había un dormitorio, pero estaba vacío y se veía la cama deshecha y las sábanas retiradas de donde el ocupante se había levantado. Contiguo al dormitorio había un cuarto de baño, a juzgar por las baldosas del suelo, pero olía tan mal que empezaron a llorarle los ojos. La puerta estaba entornada. Harry le dio un golpecito con el pie y la puerta se abrió lentamente.

Había un hombre sentado en la taza. Tenía los pantalones bajados por los tobillos y de la mano le colgaba un periódico. De forma instintiva, Harry quiso disculparse.

—Ay, per...

Harry retrocedió y se tapó la boca, pero ya era demasiado tarde. Notó el líquido en los dedos y se inclinó para terminar de echar la pota.

Al hombre del retrete le habían disparado allí sentado y se veía una mancha de sangre detrás de lo que le quedaba de cabeza. Tampoco de la cara quedaba mucho, pero por las piernas fibrosas, el pelo gris y las carnes colgantes, Harry calculó que tendría unos setenta años. En la camiseta blanca se veían rodales de sudor amarillentos y por los hombros le había chorreado sangre y parecía que llevara charreteras. Tenía la piel llena de ampollas.

Harry quiso salir corriendo, pero la música de Elvis seguía oyéndose en lo que seguramente era un dormitorio al final del pasillo. Se dirigió despacio a la puerta y se asomó.

La pareja del dormitorio era más joven que el viejo del váter, mucho más joven. Harry calculó que no llegaban a los treinta. Al hombre le habían disparado en el suelo y yacía desnudo junto a un cajón abierto, cuyo contenido estaba tirado por el suelo. Había una caja de balas esparcida a su alrededor, pero no se veían armas. En la espalda se le veía un orificio de bala, aunque apenas se reconocía en medio de las heridas que le habían infligido al cuerpo. Harry tuvo arcadas, pero como no le quedaba nada que echar, eructó gas ácido.

La mujer tenía el pelo moreno y había quedado sentada de lado contra los cojines y el cabezal de la cama. También estaba desnuda. Habían retirado las sábanas del cuerpo, que tenía mejor aspecto. A su pesar, Harry se acercó y de pronto cayó en la cuenta de algo. Aquello no era frenesí, pensó Harry. No, aquellas heridas obedecían a un designio. Había...

—¡Dios santo! —murmuró Harry.

De los muslos y de las nalgas le habían cortado trozos de carne. También al hombre le faltaba carne, menos cantidad, pero porque era delgado y musculoso, parecido al viejo del váter.

Harry se representó una imagen: la del frigorífico que, aparte del cartón de leche rancia, estaba vacío.

Y la de la carne. Carne fresca.

Entonces echó a correr.

Bajó las escaleras a toda velocidad, de dos en dos. La puerta de la calle seguía abierta y pudo ver a Veronica sentada al volante y tamborileando con los dedos en el salpicadero, impaciente. Al verlo aparecer abrió mucho los ojos.

—Abre la puerta —le gritó Harry—. ¡Rápido!

Sin apartar de él la mirada, Veronica tentó la puerta del conductor en busca de la manija. Al poco dejó de mirarlo para mirar más allá por detrás de él. Harry la oyó gritar su nombre antes de que el mundo empezara a dar vueltas y viera primero el coche desde un ángulo lateral, luego el suelo, luego el cielo, la casa y la hierba, todo girando en una vertiginosa confusión de imágenes que parecía interminable pero en realidad apenas duró un segundo.

Y sin llegar a entender cómo, Harry moría y su cabeza, rodando, iba a detenerse al pie de los escalones del porche.

Y, allá en Dutch Island, el hombre al que algunos llamaban Joe Dupree Melancolía yacía en su cama y contemplaba la lluvia que caía cada vez más fuerte, hasta que le impidió ver la panorámica que tenía por la ventana. Los huesos, los dientes, las articulaciones, todo le dolía, como si el esfuerzo de soportar su gran carga empezara a pesarles demasiado. Joe gimió y hundió la cara en la almohada, y los ojos se le anegaron en lágrimas.

«Que esto se acabe», suplicó, «por favor, que esto se acabe».

En la oscuridad al otro lado de la ventana apareció una cara: la cara de un niño, de piel gris azulada, de ojos negros. El niño extendió la mano como para tocar el cristal, pero no lo hizo. Se quedó mirando al hombre de uniforme que yacía hecho un ovillo en la inmensa cama, hasta que al final el dolor fue remitiendo y Joe Dupree concilió un sueño agitado, en el que oía murmullos, veía figuras grises y túneles subterráneos, sentía al niño de piel putrefacta que lo miraba fijamente mientras dormía.

## El segundo día

*Ni una palabra en la prensa,  
está perfectamente claro,  
a nadie le importa que ella se haya ido.*

*Ahora el miedo a ser hallado  
es algo menos profundo  
en un rostro que nunca  
fue capaz de reír.*

PINETOP SEVEN, «El miedo a ser hallado»

*Me conoces, esposa.*

El sueño acababa y los rasgos de Moloch se precipitaban ante él igual que lluvia. Como si hubieran hecho muchas fotografías y luego las hubieran roto; las figuras, captadas en diferentes encuadres, se veían mezcladas y sonreían familiarmente mirando a extraños; pero en ese aluvión de imágenes, en ese torrente de recuerdos, él siempre era el mismo. En una estaba sentado junto a unos padres desconocidos, entre hermanos perdidos y olvidados. En otra era un niño corriendo por la playa y el mar; en otra más sostenía un pez de un anzuelo; o gritaba junto a una hoguera en el campo. Aquello era su historia, su pasado, pero parecía abarcar no una vida sino muchas vidas. Algunas imágenes eran más claras que otras, algunos recuerdos más vívidos, pero todos tenían que ver con él, todos formaban parte de la gran cadena de su existencia. Él era de color y era sepia. Era negro y era blanco. Era de su tiempo y era intemporal.

Moloch se despertó y supo que habían estado observándolo. Notaba la oreja como en carne viva por el contacto del material áspero y barato de la almohada, que otra vez había empapado de sudor. Pensó que podía oler a la mujer que tenía ante sí, tocar su piel, sentir la cuchilla que rasgaba su carne. Se revolvió en la litera pero no se levantó. Trató de identificar al hombre que lo observaba por el olor que despedía, por su respiración, por el tintineo de los instrumentos que llevaba al cinto. Por su mente aún pasaban imágenes del sueño y de pronto se dio cuenta de lo muy excitado que estaba, pero se esforzó por concentrarse en la figura que había al otro lado de los barrotes. Era una buena práctica. La cárcel le había embotado tanto las facultades que aprovechaba todas las ocasiones que se le presentaban para aguzarlas de nuevo. Eso era lo peor de la prisión: la monotonía, la terrible identidad de los días, que hacía de cualquiera un profeta, un adivino capaz de predecir lo que pasaría en cada momento, dónde estaría exactamente, la irrevocable fatalidad de todo, sólo alterada por los brotes ocasionales de enfermedad y violencia.

Todos los días los despertaban a las seis de la mañana, momento que anunciaban las sirenas, las toses y las descargas de los inodoros. Dos horas después las puertas se abrían y todos los presos salían al frío cemento a esperar la primera revista del día. No les estaba permitido hablar durante los seis recuentos diarios. Seguía la ducha (Moloch no desaprovechaba ninguna ocasión de lavarse, porque consideraba que la

incuria era preludio de un derrumbe mayor) y luego el desayuno, que siempre tomaban sentados en la misma silla de plástico, una comida que parecía pensada únicamente para proporcionar energía sin nutrir. A continuación Moloch iba a la lavandería, donde comenzaba su jornada laboral y se relacionaba poco con los demás reclusos. Luego venía la revista de mediodía, seguida del almuerzo, luego más trabajo, al final del cual había recreo de una hora en el patio, después la cena, otra revista, y retiro a la celda para leer, pensar. A las ocho pasaban revista de nuevo y a las diez apagaban las luces. Las primeras semanas, Moloch se despertaba para pasar las últimas revistas, a medianoche y a las cuatro; luego dejó de levantarse. En más de tres años no había recibido visitas, aparte de su abogado. Hacía pocas llamadas y aún menos a amigos. Llevaban mucho tiempo esperando la ocasión propicia y él estaba preparado para aprovecharla.

Ahora la ocasión había llegado.

Moloch se volvió en la cama, dueño nuevamente de su cuerpo. Con los ojos cerrados, se concentró en lo que olía y oía.

Loción para después del afeitado. Perfume con toques de sándalo.

Estertores de garganta al exhalar el aire. Congestión.

Ruidos digestivos. Café en un estómago vacío.

Era Reid.

—Arriba, vamos —dijo la voz de Reid—. Es tu gran día.

Moloch alzó la cabeza y vio al hombre delgado al otro lado de los barrotes, con el ala del sombrero perfectamente paralela a la frente, las arrugas del uniforme como hechas por cuchillas que llevara bajo la ropa. Reid miró a un lado y pidió que abrieran la 713. Moloch siguió sin moverse un momento más, respirando hondo, tras lo cual se levantó de la litera y se pasó las manos por el pelo.

Moloch conocía la fecha. Hay reclusos que pierden la noción del tiempo. Muchos lo hacen deliberadamente, pues nada abate más rápido el ánimo de un hombre condenado a veinte años que el contar los días que lo separan de la libertad. Los días en la cárcel pasan despacio: son cuentas de una larga sarta, un rosario interminable de plegarias desatendidas.

Moloch era diferente. Él contaba los días, las horas, los minutos, hasta los segundos si le entraba el prurito. Cada momento que pasaba en la cárcel era un agravio que se le infería, y cuando llegara la hora de devolver aquellos insultos quería estar seguro de que no se dejaba a nadie. Su cuenta había llegado a mil doscientos cuarenta y cinco días, siete horas y —se miró el reloj— tres minutos pasados en la penitenciaría Dismal State, en Virginia. Lo único que sentía es que la persona de la que quería vengarse no viviera lo bastante para permitirle desahogar plenamente su rabia.

—Firmes, brazos abiertos.



Hizo lo que se le decía. Entraron dos guardias, uno de ellos con cadenas colgando de los brazos. Le ataron los brazos y los pies, y al pecho le ciñeron una cadena a la que ataron las manillas.

—¿No tengo que lavarme los dientes? —preguntó.

El guardia tenía el semblante inexpresivo.

—¿Para qué? No vas a ninguna cita.

—Eso no lo sabes. A lo mejor tengo suerte.

Reid casi se echó a reír.

—Lo dudo. Ni ahora tendrás suerte, ni la tendrás nunca.

—La suerte de las personas siempre puede cambiar.

—No creía que fueras tan optimista.

—No me conoces.

—Te conozco lo bastante para saber que morirás vestido de recluso.

—¿Eres mi juez y mi jurado?

—No, pero en su momento seré el que te ejecute. —Se echó a un lado para dejar pasar a los guardias que sacaban a Moloch.

—Hasta la vista, señor Reid.

El viejo asintió.

—Dices bien. Porque seré la última cosa que veas.

En el patio de la prisión lo esperaba un Toyota Land Cruiser negro. Junto a él había dos investigadores armados de la oficina del fiscal del distrito. Moloch les dirigió un gesto de buenos días, pero ellos no respondieron. Lo que sí hicieron fue observar cómo lo encadenaban a la anilla que había en el suelo del todoterreno y comprobar las cadenas y cinturones hasta que se convencieron de que estaba bien sujeto. Una tela metálica separaba los asientos traseros de los delanteros. Por dentro no había manivelas en las portezuelas traseras, y del techo hasta el suelo del maletero caía otra tela metálica detrás de Moloch.

La puerta se cerró de golpe.

—Ahora cuidádmelo mucho —dijo uno de los guardias—, no quisiera que se lastimara ni le pasara nada.

—Cuidaremos de él —contestó uno de los investigadores, un negro alto llamado Masters.

Su compañero, Torres, cerró la portezuela de Moloch y se sentó al volante.

—Ponte cómodo —le dijo a Moloch—, tienes un largo viaje por delante.

Pero ahora Moloch estaba callado, contento, al parecer, de disfrutar un poco del sabor de la vida fuera de los muros de la cárcel.

Dupree estaba tomando café en la comisaría. Técnicamente era su día libre, pero pasaba por allí y...

La verdad es que era sólo una excusa. No podía permanecer mucho tiempo lejos de la comisaría. La mayoría de los policías lo sabían y no les importaba.

—Doug Newton —dijo. El café se lo había traído del mercado y estaba comiéndose uno de los donuts que había comprado para los dos agentes de servicio.

Frente a él estaba Ron Berman, dando golpecitos con un lápiz en la mesa, alternativamente con la punta y con la goma. A Dupree le parecía más bien irritante, pero no dijo nada. Apreciaba a Berman y, dado que otros policías tenían hábitos mucho más irritantes que el de repiquetear con un lápiz en la mesa (se preguntaba si, por ejemplo, Phil Tuttle, la pareja de turno de Berman, se había lavado alguna vez las manos después de mear), se alegró de dejarle tranquilo con su lápiz, de momento.

—Doug Newton —repitió Berman—. Cogí la llamada y la anoté, pero, la verdad, los dos tenemos otras cosas que hacer y no es la primera vez que llama con la misma historia.

Dupree tomó el registro que Berman le tendía. Allí estaba anotado con la clara letra de Berman. A las siete y media de la mañana, nada más llegar Berman y Tuttle, y cuando aún no había amanecido en las calles, Doug Newton había llamado denunciando que una niña vestida de gris hostigaba a su madre moribunda.

Otra vez.

—Ya fuiste la última vez, ¿no? —preguntó Berman.

—Sí, fui. Organizamos una búsqueda. Incluso pregunté a la policía de Portland y a la del estado si tenían alguna denuncia por desaparición de una chica que respondiera a la descripción que Newton me dio. Nada.

La primera vez, Tuttle respondió a la llamada de Newton y, como tenía poca paciencia, le advirtió que no hiciera perder el tiempo a la policía. Ahora, aquella misma mañana, Doug Newton había llamado por tercera vez, aunque para denunciar algo diferente.

Esta vez decía que la niña había intentado entrar por la ventana de la habitación de su madre. Él había oído los gritos de la anciana y había llegado justo a tiempo de ver a la niña perderse entre los árboles.

O eso decía él.

—¿Crees que está volviéndose loco? —preguntó Berman.

—Vive con su madre y no se ha casado —contestó Dupree.

—A lo mejor lo único que necesita es echar un polvo.

—No sabía que fueras psicólogo.

—Soy pluriempleado.

—¿No podrías dejar de pluriemplear ese lápiz? Es como oír al peor batería del

mundo.

—Lo siento —se disculpó Berman. Metió el lápiz en el cajón y lo cerró por si la tentación de cogerlo de nuevo resultara muy fuerte.

—Supongo que Doug es un poco raro, pero yo no diría que está loco —dijo Dupree—. No tiene imaginación para inventarse cosas. En toda su vida no ha ido más que a dos estados y apuesto a que duda de la existencia de los otros cuarenta y ocho, ya que no los ha visitado personalmente. Por lo tanto, o está enloqueciendo, o, en efecto, anoche una niña vestida de gris intentó entrar en la habitación de su madre.

Berman reflexionó.

—O sea, que está loco.

Dupree le devolvió el registro.

—Aparentemente está más loco que una cabra. Iré a hablar con él hoy mismo. Sólo nos faltaría que se pusiera a disparar a las *scouts* que venden galletas. ¿Alguna otra idea?

Berman pareció turbado.

—Creo que le gusto a Nancy Tooker, la camarera del bar. Ayer me sirvió más beicon de la cuenta, gratis.

—En la isla escasean los solteros. Y ella es una mujer desesperada.

—Es una mujer enorme.

—Y ya entrada en años.

—Más que entrada en años. Y le cuelga la piel de los brazos, ya me entiendes...

—Alerones.

—¿Cómo?

—Así se llaman: alerones.

—Dios mío, ¿esas cosas tienen nombre? ¡Qué espanto! ¿Crees que sería buena idea decirle que estoy casado?

—Pero no estás casado.

—Lo sé, pero podría casarme. Merecería la pena con tal de tenerla alejada.

—Mi consejo es que no le aceptes nada más gratis. Dile que va contra las normas de la policía. Si no, acabarás pagándolo en especie.

Por un momento, pareció que Berman iba a vomitar el desayuno.

—Calla, no lo digas ni en broma.

Con todo, le sorprendía ver a Dupree de tan buen humor esa mañana. Berman supuso que quizá podía tener relación con el lento cortejo que su colega dedicaba a la señora Elliot, pero no dijo nada.

Dupree hizo oscilar sus tríceps.

—Aletas bingo —dijo—. Inmensos alerones que te envuelven mientras yaces entre los brazos de Nancy Tooker, su desnuda...

Berman se desabrochó la funda de la pistola.

—A que te pego un tiro.

—Guarda la bala para ti —dijo Dupree yéndose—. Puede ser tu única escapatoria.

Lejos de allí, al sur, y cerca de la población de Great Bridge, Virginia, un hombre llamado Braun volvía caminando hacia su coche con dos tazas de café en una bandeja de cartón y unos sobrecitos de azúcar que le sobresalían del bolsillo del pecho. Cruzó la calle, se sentó en el asiento del copiloto y le pasó una de las tazas de café a su compañero, que se llamaba Dexter. Dexter era negro y bastante feo. Braun era pelirrojo pero guapo. Había oído todos los chistes de pelirrojos. La mayoría se los había contado Dexter.

—Cuidado —dijo—, que quema.

Dexter miró con asco la taza completamente blanca.

—¿No has encontrado un Starbucks?

—Aquí no hay Starbucks.

—Mentira. En todas partes hay Starbucks.

—Aquí no.

—Mierda. —Dexter sorbió el café—. No está mal, pero no es Starbucks.

—A mí me gusta más que Starbucks. Por lo menos sabe a café.

—Puede, pero eso es lo bueno de Starbucks. Es café, pero no sabe a café. Es que no debe saber a café. Debe saber a Starbucks.

—¿Pero no a café?

—No, no a café. Café puedes tenerlo en cualquier parte. Starbucks sólo puedes tenerlo en Starbucks.

El móvil de Braun empezó a zumbar. Lo cogió y pulsó el botón verde.

—¿Sí? —Escuchó un rato, y luego añadió—: Vale. —Y colgó.

—Todo listo —le dijo a Dexter, pero Dexter no lo escuchaba.

—Mira —dijo Dexter señalando con la barbilla.

Braun siguió la mirada de su compañero. En una esquina, un niño negro que tendría poco más de diez años pero aparentaba ser más joven acababa de ceder su puesto de camello a un chico mayor.

—Parece joven —dijo Braun.

—Acércate, míralo a los ojos y no te parecerá tan joven. La calle ya lo ha desgastado. Lo corroe por dentro.

Braun asintió, pero no dijo nada.

—Ése podría haber sido yo —dijo Dexter—. Podría haberlo sido.

—¿Tú vendías esa mierda?

—Algo parecido.

—¿Cómo saliste?

Dexter sacudió la cabeza y sus ojos perdieron el brillo por un momento. Se vio a sí mismo con sus Levi's recién estrenados —Levi's, no esos vaqueros deformes y sin cintura que los chavales llevan ahora, llenos de correas y costuras blancas—, caminando por la cancha de baloncesto y pisando cristales con las zapatillas. Ex estaba sentado en un banco, solo, con los pies en el asiento, la espalda apoyada en la valla de la pista, con un periódico en las manos.

«Hola, tío».

Ex, diminutivo de Exorcista porque le gustaba esa película. Veintiún años y tan seguro de sí mismo que, aquel día de otoño, podía sentarse solo a leer el periódico como si no tuviera otra preocupación en la vida.

«¿Qué quieres?».

Sonreía como si fuera el mejor amigo de Dexter, como si la semana anterior no hubiera dejado cojo a un chaval de doce años por fallarle, un chaval que se quejaba y lloraba mientras Ex, con la rodilla apoyada en su pecho, le asestaba el cañón de la pistola en el tobillo y apretaba el gatillo con aquella misma sonrisa.

Al chaval lo llamaban «Cuchilla», porque su padre se llamaba Gillette. Era un buen nombre. A Dexter le gustaba, como le gustaba el de Cuchilla. Cuidaban uno del otro. Ahora Dexter no tenía a nadie que cuidara de él, pero él sí seguiría cuidando de Cuchilla lo mejor que pudiera.

Ex seguía sonriendo, pero el calor que alguna vez pudo haber en su rostro había desaparecido ya de ojos para abajo.

«He dicho “Hola, tío”. ¿No me dices nada?».

Dexter, de trece años, miró a Ex y de los bolsillos de su chaqueta de los Lakers sacó sus manos enguantadas. No estaba acostumbrado al peso del arma y necesitaba las dos manos para sostenerla.

Ex se quedó mirando el macizo cañón de la Bryco. Abrió la boca para decir algo, pero lo que dijo se perdió en el estruendo del disparo. Salió despedido hacia atrás, se dio con la cabeza en la valla y cayó al suelo como un saco, con las piernas estiradas sobre el respaldo del banco. Dexter lo miró. La bala le había impactado en el pecho y sangraba por la boca.

«Eh», murmuró. Parecía ofendido, como si el chiquillo le hubiera dicho alguna palabrota. «Eh, tío».

Dexter arrojó la pistola por encima de la valla y se fue.

—¿Dexter? ¿Te pasa algo? —Braun le dio un codazo en el brazo—. Que estoy aquí, tío, que estoy aquí.

—Tenemos que irnos.

—Sí, tenemos que irnos.

Echó una última mirada al chaval de la esquina —«Eh, tío»—, arrancó el coche y partió.

Casualmente, a unos treinta kilómetros al norte, dos hombres, de características raciales parecidas, estaban también tomando café, aunque éstos sí habían encontrado un Starbucks y bebían Grande Americano en tazones de la casa. Uno de ellos era Shepherd, el hombre de pelo gris y pocos vicios. Su compañero se llamaba Tell. Llevaba el pelo en rastas, como lo llevaba el jugador de baloncesto Allen Iverson y seguramente por las mismas razones: porque molestaba a los blancos. Tell estaba leyendo un periódico. Tell era muy escrupuloso en lo de leer el periódico todos los días. Desgraciadamente, aquel periódico resultaba ser un tabloide sensacionalista del día anterior, y, en opinión de Shepherd, Tell estaría mejor informado si leyera la etiqueta de una caja de cereales. El análisis no era el fuerte de la prensa sensacionalista, y Shepherd se consideraba una persona analítica.

Dos asientos más allá, en la cafetería por lo demás vacía, había un árabe que hablaba por el móvil en voz muy alta, dando con el dedo en la mesa para recalcar lo que decía. De hecho, hablaba en voz tan alta que Shepherd dudaba de que tuviera el móvil encendido. Parecía que quería que lo oyeran desde Oriente Medio y que sostenía el móvil por pura costumbre. Llevaba hablando así por lo menos diez minutos, y Shepherd veía que Tell estaba impacientándose. Lo había visto empezar a leer la misma historia de sexo y músicos ya tres veces, una más de las que necesitaba habitualmente para enterarse de lo que leía. A decir verdad, también él estaba algo molesto. No le gustaban los móviles. Bastante grosera era ya la gente sin necesidad de otra excusa para ser maleducada.

Tell alzó la vista.

—Eh, amigo —le dijo al árabe—. ¿Puede hablar más bajo?

El árabe no le hizo caso. Lo cual hizo sospechar a Shepherd que o bien era muy arrogante o muy tonto, pues Tell no parecía ni remotamente la clase de persona a la que uno no hace caso. Tell parecía más bien la clase de persona que le parte a uno la cara si no le hace caso.

Tell puso cara de asombro y se inclinó para hablarle más de cerca.

—Digo que si hace usted el favor de hablar más bajo. Estoy intentando leer el periódico.

Shepherd pensó que Tell se mostraba muy educado. Eso lo preocupó.

—Que te jodan —contestó el árabe.

Tell parpadeó, dobló el periódico. Shepherd estiró el brazo y retuvo al amigo.

—No —dijo.

En la barra, un miembro del personal los miraba con interés.

—¿Has oído lo que ha dicho el moro ese hijoputa? —se quejó Tell.

—Sí. Olvídalo.

El árabe seguía hablando, aunque ya se había terminado el café con un sorbo

ruidoso. Tell se levantó. Shepherd hizo lo mismo y le cortó el paso. Tell se puso dos o tres veces de puntillas, dio media vuelta y se dirigió a la calle.

—Se acabó el espectáculo —le dijo Shepherd al de la barra.

—Eso parece. —Parecía algo decepcionado.

Tell estaba ya esperando en la furgoneta y tamborileaba con los dedos en el volante marcando un ritmo. Shepherd se sentó al lado.

—¿Nos vamos? Tenemos un plan que seguir.

—No, aún no nos vamos.

—Muy bien.

Esperaron. A los diez minutos salió el árabe. Seguía hablando por el móvil. Se subió a un todoterreno negro, viró en redondo y se dirigió al norte.

—Odio los todoterrenos —dijo Tell—. Son cabinas enormes en chasis de camioneta, se conducen mal, son peligrosos y ecológicamente nocivos.

Shepherd se limitó a suspirar.

Tell arrancó la furgoneta y siguió al todoterreno. Lo hizo hasta que el árabe torció en el callejón de un restaurante de lujo de Oriente Medio. Entonces aparcó, abrió la portezuela y se encaminó al callejón. Shepherd lo siguió.

—Eh, Sadán.

El árabe se volvió y vio a Tell que iba hacia él. Trató de poner en marcha la alarma con las llaves del coche, pero Tell se las arrebató de las manos antes de que pudiera hacerlo. Las tiró al suelo, le quitó el móvil de la mano izquierda y lo arrojó también por tierra. Por último, llevó al árabe a la parte de atrás del edificio para que los transeúntes de la acera no los vieran.

—¿Me recuerdas? —preguntó. Empujó al árabe contra la pared—. Soy míster Que Te Jodan. ¿Por qué coño me hablas a mí así? Yo he sido educado contigo, so mierda. Te he pedido una cosa por las buenas, ¿y tú qué haces? Faltarme al respeto, conductor de todoterrenos hijoputa.

Le dio un par de bofetadas. Al árabe se le crispó la cara del miedo. Estaba gordo y tenía unos dedos rollizos cargados de anillos de oro. No era un rival digno de Tell.

—Lo siento.

—No, no lo sientes —dijo Tell—. Tienes miedo, que no es lo mismo. Si yo no hubiera venido a buscarte, tú te habrías desentendido, y la próxima vez que estuvieras en un Starbucks volverías a hablar en voz alta, molestando y jodiendo a la gente.

Le dio un puñetazo en la nariz y notó que se la rompía. El árabe se dobló llevándose las manos a la cara.

—Después no me digas que lo sientes. Mírate. Mi gente llegó aquí encadenada. Apuesto a que tú has venido con el culo en primera clase. —Y le dio un fuerte manotazo en la cabeza—. Que no vuelva yo a verte hablando por teléfono, hijoputa. Estás avisado.

Echó a caminar. A sus espaldas, el árabe se apoyó en la pared y se miró las manos llenas de sangre. Luego se agachó para recoger sus cosas: primero las llaves del coche, luego el móvil. Al asirlo, el móvil hizo un ruido al rozar contra el cemento.

Tell se detuvo y se volvió a mirarlo.

—Puto imbécil —dijo.

Echó a andar hacia él sacándose el arma de la chaqueta. El árabe lo miró con asombro. Tell le dio una fuerte patada en el vientre y el árabe cayó al suelo. Mientras Shepherd lo miraba, le apoyó el arma en la cabeza y apretó el gatillo. El hombre dio una sacudida y la mano con la que sostenía el móvil se distendió.

—Te lo advertí —dijo Tell—. Te lo advertí.

Se guardó de nuevo el arma en el cinto y volvió con Shepherd. Shepherd miró por última vez al árabe muerto y echó a caminar junto a Tell. Se quedó mirando extrañado a su compañero.

—Creía que tu familia era de Albany —dijo.

Leonie y Powell estaban sentados en silencio a las puertas del Palacio de Justicia viendo cómo los dos investigadores de la oficina del fiscal conducían adentro a Moloch. Leonie llevaba el pelo a lo afro y a Powell le recordaba un poco a esas negrazas tías buenas de los setenta, tipo Cleopatra Jones y Foxy Brown. No es que Powell la hubiera llamado nunca negraza a la cara, ni siquiera tortillera, aunque él creía que era una negraza tortillera. No dudaba que Leonie lo mataría si pronunciaba esas palabras delante de ella, y si, por un milagro, evitaba que lo matara (y la única manera que veía de que así fuera era matarla él primero), entonces Dexter iría por él y acabaría el trabajo. Dexter y Leonie eran como hermanos. Al parecer, también Braun se llevaba bien con ella. Powell no iba a acostarse con Dexter ni con Braun por muchos chistes que contara Braun o por mucho que Dexter sonriera o chocara esos cinco.

Powell se reclinó en el asiento y se pasó los dedos por el pelo largo, dedos que se perdieron en los bucles de la nuca. Llevaba el pelo largo por la nuca y corto por delante, como un músico de glam metal de los ochenta, y creía sinceramente que era un peinado bonito. Tenía la cara bronceada de forma artificial y los dientes tan blanqueados que por la noche brillaban. Echaba miradas de protagonista de serie B, de esas que rebosan falsedad. Incluso algunos profesionales le habían hecho fotos hacía cinco o seis años. Un par de periódicos que cubrían su juicio las publicaron. La cosa lo complació secretamente, aunque al final, cuando lo pusieron en libertad, no recibió ofertas para trabajar de actor.

—Hace calor —dijo Powell.

Leonie no dijo nada.

Powell la miró, pero ella tenía la vista clavada en el Palacio de Justicia. Sabía que



Leonie odiaba su bravuconería, pero ésa era en parte la razón de que estuviera con ella. Él estaba con Leonie y Tell estaba con Shepherd porque él y Tell eran los nuevos y había que vigilarlos. Era la costumbre y a él no le importaba. Él tendría que haber estado más bien con Shepherd, pero Tell era un hijoputa tan suspicaz que cualquiera sabe lo que podría decirle a Leonie si lo pusieran con ella un día entero. Bueno, tendrían que pasarse un mes limpiando la furgoneta de lo que echara de sí. Comparado con Tell, Powell no era mal diplomático.

De modo que Powell mantuvo la boca cerrada y esperó, recreándose con la imagen de una Leonie retozando con una serie de chicas blancas, chinas, latinas, y con él mismo en medio. Ja, se decía, si supiera lo que estoy pensando...

Sharon Macy se pasó la mañana haciendo la colada, yendo a recoger ropa a la tintorería y despachando todos los asuntos que había dejado pendientes mientras trabajaba. Después fue en coche al Gold's Gym, en Maine Mall, donde realizó su acostumbrado entrenamiento cardiovascular, y se pasó tanto tiempo en el StairMaster que, cuando se bajó, sentía las piernas como flanes y la máquina estaba empapada de sudor. Luego se acercó a un Big Sky Bread Company y estuvo tentada de dar al traste con su duro trabajo comiéndose un Danish, pero al final se decidió por una sopa y un sándwich.

Comió en un reservado mientras hojeaba la edición sureña del *Forecaster*, el periódico local gratuito de South Portland, Scarborough y Cape Elizabeth. En Cape Elizabeth, un policía pedía cabezas de maniquí para mostrar en público su colección de sombreros de policía de todo el mundo; el equipo de golf South Portland Red Riots había donado un nuevo autobús al colegio municipal y en Mountain Road, Falmouth, habían encontrado un par de guantes de hombre. Macy no salía de su asombro pensando que alguien se tomara la molestia de poner un anuncio en el *Forecaster* para devolver un par de guantes perdidos. Había gente rara allí: personas reservadas, que preferían vivir y dejar vivir, pero también capaces de actos de generosidad conmovedores cuando las circunstancias lo exigían. Se acordaba de la primera nevada del año anterior, una ventisca que barrió la costa desde más allá de Boston y cubrió de nieve el estado hasta Calais, muy al norte. Por la mañana temprano oyó ruidos en el aparcamiento de su apartamento, y cuando se asomó, vio a dos desconocidos que estaban quitando la nieve de su coche. Y no sólo de su coche, sino de todos los coches del aparcamiento. Y luego se echaron las palas al hombro y pasaron al siguiente aparcamiento. Aquella amabilidad con gente desconocida le parecía sumamente admirable.

Saltó a la crónica policial y repasó la lista de arrestos y citaciones judiciales: los detenidos habituales por conducir en estado de embriaguez, robos, un par de arrestos por posesión de marihuana. Reconoció uno o dos nombres, pero no había nada digno

de mención. Si lo hubiera habido, supuso que ya se habrían enterado por radio macuto.

Tomó el *Casco Bay Weekly*, el periódico gratuito de Portland. Éste no tenía una sección de crónica policial; una omisión que era la causa de cierta tirantez entre el periódico y la policía de Portland. En no pocas ocasiones, el diario había pedido a la policía detalles sobre arrestos, pero no había obtenido más que registros en los que no figuraban ni nombres ni cargos, y eso los hacía virtualmente inútiles. El periódico ponía el grito en el cielo, la policía se resistía más y más, y la vieja espiral de hostilidad entre periódico y policía de Portland seguía creciendo. La vida, pensaba Macy, no sería la misma si no hubiera gente que criticara a la policía.

Cuando acabó de comer, fue al centro y estacionó en el aparcamiento del mercado. Compró unos cuantos productos frescos en uno de los puestos para poder disponer del aparcamiento dos horas, y se encaminó por Congress a la biblioteca del Instituto de Historia de Maine. Recorrió el sendero que bordea la WadsworthLongfellow House y entró en la sala de lectura, sin hacer caso de la señal que la invitaba a dejar su nombre y la razón de su visita en el registro de la biblioteca. Calculó que el bibliotecario que había sentado a la mesa era septuagenario, pero a juzgar por el brillo de ojos con el que le sonrió distaba mucho de estar muerto.

—Hola. Quisiera todo lo que tenga sobre Dutch Island —dijo.

—Claro —contestó el hombre—. ¿Puedo preguntarle por qué le interesa la isla?

—Soy agente de policía. Voy a ir pronto allí y tengo curiosidad por saber algo del lugar.

—Entonces trabajará usted con Joe Dupree.

—Sí, eso creo.

—Es un buen hombre. Yo conocí a su padre y también era un buen hombre.

Desapareció entre las estanterías que tenía detrás y volvió con una carpeta de papel manila decepcionantemente delgada. El bibliotecario advirtió su expresión.

—Lo sé, pero no se ha escrito mucho sobre Dutch. De hecho, hace falta una buena historia del archipiélago de Casco Bay, la verdad. No tenemos más que estos sueltos de prensa y esto otro. —Sacó un delgado fajo de páginas escritas a máquina de la carpeta, grapadas toscamente—. Lo escribió Larry Amerling hará unos diez años. Es el jefe de correos de la isla. Es lo más detallado que tenemos, aunque también puede encontrar algo en el libro de Caldwell *Islas de Maine* y en el de Miller *En kayak por la costa de Maine*.

Le llevó los libros que decía y, cuando ella se sentó a una de las mesas, volvió a su escritorio. Había dos o tres personas más en la biblioteca, pero Macy era la más joven de la sala, con más de medio siglo de diferencia. Abrió la carpeta, tomó la *Breve historia de Dutch Island* de Amerling y empezó a leer.

Torres y Misters condujeron a Moloch de vuelta al Land Cruiser apretando el paso, y las correas de las piernas hicieron que el preso se tambaleara ligeramente en los últimos metros.

—Eres un idiota, Moloch —dijo Torres.

Moloch trató de no perder la concentración. La audiencia del gran jurado había sido una lata. Habían encontrado el cadáver de una mujer y Verso —bajito, estúpido Verso— estaba dispuesto a declarar que había ayudado a Willard y a Moloch a llevarla al bosque después de que Moloch la matara.

Me la suda.

En cuanto la intención del fiscal resultó clara, Moloch empezó a hablar como un inválido, gangueando y de forma casi ininteligible.

—¿Le ocurre algo al acusado? —había preguntado el juez, y Moloch mismo le contestó.

—Lo siento, señoría —dijo, hablando lo bastante claro para que lo entendieran—. Pero es que anoche estaba besando a su mujer y la puta cerró las piernas.

Aquello fue el fin de la vista.

—¿Me oyes? —repitió Torres—. Eres un idiota.

—¿Por qué soy un idiota? —inquirió Moloch, sin mirar a los hombres que llevaba a ambos lados. Tampoco miró las cadenas que llevaba en manos y pies, porque ya estaba acostumbrado a andar arrastrando los pies. No se caería. Los investigadores no le permitirían caer, no mientras hubiera gente mirando, pero sí lo obligaban a caminar deprisa, privándolo incluso de la pequeña dignidad de caminar como un hombre.

—Ya sabes por qué.

—Es que me dieron ganas de tocarle los huevos al juez.

—Y seguro que se los tocaste —dijo Torres—, seguro. Y no creas que no lo pagarás, porque lo pagarás. Fíjate en lo que te digo. Te quitarán los libros, no te dejarán hacer otra cosa más que cagar, dormir y cascártela.

—Entonces pensaré en ti, aunque quizá no cuando duerma.

—Eres un idiota, eres hombre muerto. Búrlate del juez, pero no te vas a librar.

—A palabras necias, señor Torres, oídos sordos.

Llegaron al coche. Moloch sonreía, por lo menos a las cámaras. Lo metieron en la parte trasera, amarraron de nuevo sus cadenas a la anilla.

—Ha sido un placer estar con vosotros —dijo Moloch—. Aprecio la compañía.

—Pues yo no puedo decir que esté deseando volver a verte —dijo Torres.

—¿Y tú, señor Misters? —preguntó Moloch, pero Misters no respondió—. Señor Misters —repitió Moloch, paladeando las palabras, alargando las eses con un sonido sibilante que parecía agua que se evaporara de la superficie de una estufa—. ¿No se llamaba así un grupo de músicos pésimos de los ochenta? «Broken Wings» era suya, ¿no?

Misters siguió mudo.

—No es muy hablador tu colega, ¿verdad? —le dijo Moloch a Torres.

—Es que es muy exigente con las personas con las que habla.

—Bueno, a lo mejor encuentra algo que decirme antes de que acabe el viaje.

—¿Eso crees?

—Estoy seguro. Yo puedo ser un interlocutor muy interesante.

—Lo dudo.

—Ya lo veremos —dijo Moloch—, ya lo veremos.

Y se pasó ocho kilómetros canturreando el estribillo de «Broken Wings», una y otra vez, hasta que Torres perdió los estribos y lo amenazó con amordazarlo. Sólo entonces, cuando el investigador estuvo suficientemente irritado, se calló Moloch.

En la biblioteca, Macy había perdido la noción de lo que la rodeaba. Ya no veía al viejo bibliotecario ni a los demás lectores, no oía abrirse la puerta principal, ni sentía la corriente de aire frío que entraba cuando se abría. Estaba sumida en la historia de Dutch Island, la historia de Santuario.

Los indígenas norteamericanos lucharon duramente para no perder su dominio sobre las islas de Casco Bay. Al igual que los turistas modernos, los indígenas pasaban los veranos en las islas, pescando marsopas, focas y a veces incluso ballenas. Chebeague era su base, pero también ocupaban otras islas y no veían con buenos ojos la invasión de los colonos blancos. Las islas constituían los centros de población de las nuevas colonias: eran fáciles de defender, más seguras que el continente, y ofrecían una fuente abundante de alimento del océano. Macy observó que muchas de ellas, como Dutch Island, tenían varios nombres: Great Chebeague se llamaba antiguamente Merry Island y luego Recompense; Peaks Island se llamó Munjoy's, Milton's y Michael's, según los sucesivos propietarios.

Pese a ser relativamente seguras, las islas siguieron sufriendo frecuentes ataques a finales del siglo XVII. Los colonos que huían de las atrocidades cometidas en Harpswell Neck y otras islas cercanas a la costa construyeron un fuerte en Jewell, una de las islas más alejadas de la costa. En septiembre de 1676, un año cruento de ataques a blancos en Casco Neck y Back Cove, ocho canoas de guerreros atacaron a las familias que vivían en Jewell. Éstas quedaron tan afectadas que se retiraron a Richmond Island. El resto del año, los indígenas recorrieron la costa aniquilando todos los asentamientos entre los ríos Piscataqua y Kennebec. Los colonos presentaron batalla, aunque algunos huyeron a lugares más seguros del interior. En 1689 los indígenas asaltaron Peaks Island, la isla más accesible desde el continente, y mataron a muchos de sus habitantes. Al año siguiente volvieron y obligaron a huir de la isla a los colonos que se quedaron.

Dutch Island, así llamada por un marinero holandés de nombre Chris Herschdorfer que naufragó y pasó un tiempo en la isla, era otra cosa. Distaba más del continente y a los indios, que sólo disponían de piraguas de corteza de abedul, les resultaba más difícil la travesía. Además, no se fiaban de la isla y parece que preferían dejarla sin explorar.

En 1689, poco después de que los indios asaltaran Peaks, el mayor Benjamin Church, cuyos soldados estaban en la isla durante el ataque indígena, condujo una expedición a Dutch y halló que era muy boscosa y apenas tenía lugares donde atracar. Aun así, en 1691, un hombre llamado Thomas Lunt, cansado de las continuas batallas que se veía obligado a librar con los indígenas, llevó a un grupo de colonos precisamente allí. En total se le unieron treinta colonos en las primeras dos semanas en la isla, que él rebautizó Santuario, entre ellos supervivientes de los ataques de Jewell y Peaks, y su número siguió aumentando durante los meses siguientes. Decidieron establecerse en el interior, confiando en que eso los haría menos vulnerables a los ataques sorpresa.

En este punto, la historia de la isla de Amerling resultaba menos detallada y más especulativa, pero parece ser que uno de los colonos, un hombre llamado Buer, empezó a comportarse de manera cada vez más extraña. Abandonó a su familia y comenzó a pasar cada vez más tiempo solo en el espeso bosque del centro de la isla. La esposa de uno de sus compañeros colonos lo acusó de intentar violarla, y cuando el marido y tres hombres más salieron a darle caza, el fugitivo mató a uno de ellos de un disparo de mosquete y buscó luego refugio en casa de su esposa, rogándole que lo escondiera y diciendo que no había hecho nada. Pero su mujer, que temía por su vida (pues el cambio que había sufrido su marido la había sorprendido tanto como a los demás), lo delató a sus perseguidores. Entonces lo ataron al poste de un granero, pero de algún modo logró escapar, robó una barca y desapareció en el continente.

Volvió unos meses después, en el invierno de 1693, a la cabeza de una partida de hombres armados e indígenas rebeldes, y exterminó a los colonos de Santuario, su esposa incluida. Uno de los colonos, una mujer, sobrevivió lo suficiente para contar lo que había ocurrido. Incluso ahora, trescientos años después, Macy se estremecía leyendo los detalles. Violaron y torturaron. A muchas de las mujeres las ataron y las arrojaron a un pantano, donde se ahogaron. No hicieron distinción entre adultos y niños.

Muchos de los perpetradores de la matanza fueron perseguidos y eliminados, pero Buer y su lugarteniente, un italiano llamado al parecer Barone, escaparon. Algunos afirmaban que Buer no era su verdadero nombre, y que en Massachusetts se buscaba a un hombre llamado Seera, cuya descripción coincidía con la suya, por haber matado a dos mujeres. Sea como sea, desapareció después de los sucesos de Santuario y no volvió a saberse de él. También Barone se esfumó. La búsqueda de los asesinos la

dirigieron tres cazadores de la isla que viajaron al continente para negociar en nombre de la colonia y no estaban, pues, presentes en el momento de la matanza. Se contaba que dieron con no pocos de los participantes en el ataque y que hicieron sumaria justicia con ellos. Muchos años después, el nieto de uno de aquellos cazadores se hallaría entre los que repoblaron Santuario. Se llamaba Jerome Dupree.

Amerling refería también el secuestro de una mujer en 1762, la desaparición de los hombres que la llevaron a Dutch y el subsiguiente descubrimiento de uno de ellos enterrado en el bosque. El nombre de Dupree aparecía una y otra vez y fue un antepasado de Joe Dupree quien confeccionó la cruz de piedra que había entre los vestigios del antiguo asentamiento y las tumbas de los que murieron allí. No mencionaba a George Sherrin, el que encontraron enredado entre las raíces de un árbol.

Lo que más intrigó a Macy fue el último párrafo. Decía:

«Para los que consideran la isla desde fuera, su historia puede parecer sangrienta y extraña. Pero los que llevamos viviendo aquí muchos años, y cuyos padres, abuelos y tatarabuelos yacen enterrados en el cementerio de la isla, estamos acostumbrados a las cosas extrañas de Dutch Island. Hay senderos en el bosque que desaparecen en una semana y otros nuevos que aparecen en su lugar, de manera que un hombre puede recorrer un día un camino que conoce y acabar al final en parajes que no conocía. Estamos acostumbrados a los silencios y a los sonidos que son característicos de este pedazo de tierra. Vivimos bajo la sombra de su historia y caminamos gracias a los que se fueron antes que nosotros».

Macy cerró el delgado volumen y volvió a la mesa. Los nombres que había leído en la historia de Amerling seguían resonándole en la cabeza. Church, Lunt, Buer, Barone.

Barone. Barron.

Seguramente no era más que una coincidencia, pensó, aunque una coincidencia que explicaría por qué Barron era tan desagradable, si esta circunstancia formaba parte de una rancia tradición familiar.

—¿Ha encontrado lo que buscaba? —preguntó el bibliotecario.

—No —contestó Macy—. Esperaba encontrar respuestas.

—A lo mejor tiene más suerte en la isla.

—A lo mejor —dijo ella.

En Santuario, Joe Dupree también empezaba a encontrarse sin respuestas. Había

ido a ver a Doug Newton, como le había prometido a Berman. Newton y su madre vivían cerca de Seal Cove, en el extremo sur de la isla. La casa era una de las más vetustas de Santuario y de las mejor conservadas. Doug la había pintado la primavera anterior y parecía resplandecer entre los árboles que la rodeaban.

La anciana tenía los días contados. Dupree podía observarlo en la cara, olerlo en la habitación. Cuando muriera, los médicos encontrarían alguna complicada explicación de su muerte, pero para Joe y Doug, y quizá para la anciana misma, no había nada complicado en ella. Sencillamente era vieja. Tenía casi noventa años y su cuerpo iba perdiendo la última batalla por mantenerla viva. Respiraba de forma leve y seca, y la piel de su cara y de sus manos era casi translúcida de puro pálida. No padecía dolores, pero no había nada tampoco que pudieran hacer por ella en un hospital, y por eso su hijo se la había llevado a su casa, para que muriera allí. Debra Legere, que tenía cierta experiencia de enfermera, pasaba todos los días cuatro o cinco horas al lado de la anciana, a veces más si Doug tenía trabajo, aunque ya casi estaba retirado. Dupree se imaginaba que debía de haber algo entre Debra, que era viuda, y Doug, que nunca se había casado, pero no pensaba meter las narices en ello. Fuera como fuera, los dos eran baptistas y probablemente lo que hubiera entre ellos no pasaría de ciertos límites.

Dupree se asomó por la ventana del dormitorio de la anciana y miró al patio de abajo. Aquel lado de la casa caía a plomo. Abajo había una cocina, pero como Doug no había tenido necesidad de ampliarla, la pared era completamente vertical. Por lo que Dupree veía, era imposible que una niña pudiera alcanzar la ventana más alta de la casa.

—¿Llevaba la niña una escalera, Doug? —preguntó en voz baja.

La madre de Doug se había despertado un momento al entrar ellos en la habitación, pero luego había vuelto a quedarse dormida.

Doug estuvo a punto de ofenderse, pero luego decidió que no merecía la pena.

—Sé lo que estás pensando —dijo—. No hay nada que no me haya preguntado yo mismo: ¿cómo pudo subir hasta aquí arriba? La respuesta es: no lo sé. Sólo te digo lo que vi.

—¿Estaba cerrada la ventana?

Dupree comprobó la ventana de guillotina. Le pareció que la hoja estaba suficientemente firme.

—Sí, si no recuerdo mal. Podría ser que no la cerrara bien y el viento la abriera, pero esa noche no había viento y, además, ¿cómo va a levantar el viento la hoja de una ventana, con lo que pesa?

Dupree se quedó mirando el bosque. La ventana daba al nordeste. Desde allí se podía ver la atalaya central de la isla y algunos de los árboles que delimitaban el Asentamiento.

—¿Crees que estoy loco? —preguntó Doug.

Dupree meneó la cabeza. No sabía qué pensar, aunque se le antojaba harto improbable que una niña pudiera subir como por arte de magia seis metros para atacar a una anciana en su habitación.

—Siempre me has parecido una persona con la cabeza bien asentada —dijo al cabo—. ¿Qué puedo decir? Mantén las ventanas cerradas y las puertas también. ¿Tienes armas?

Doug asintió.

—Varias.

—Pues, por el amor de Dios, no las uses. No quisiera tener que encerrarte por disparar a alguien.

Doug dijo que lo tendría en cuenta. No era exactamente una promesa de que no dispararía a nadie, pero algo era algo.

Dupree se disponía a irse cuando algo como un papel, al parecer impulsado por la corriente, voló de un rincón junto a las cortinas y cayó al suelo. El policía se agachó para examinarlo de cerca y vio que era una mariposa nocturna. Era fea y gris y tenía unas marcas amarillas por todo el cuerpo. Movía las alas débilmente.

—Doug, ¿puedes pasarme un frasco de mayonesa vacío, o algo con tapa?

El anciano encontró un frasco de mermelada. Dupree recogió la mariposa del suelo y enroscó la tapa con cuidado. Con la navaja que llevaba, le hizo un agujero para que el insecto respirara, aunque temía que no le quedase mucho tiempo de vida.

Levantó el frasco ante la luz de la ventana y, haciéndolo girar, examinó las alas y las marcas de la mariposa.

Doug Newton la miró con atención y sacudió la cabeza.

—Es la primera vez que veo una mariposa nocturna como ésta —dijo.

Dupree, a su lado, sintió una punzada de dolor que se le extendió por el vientre. De pronto, el cuento de Doug Newton sobre la niña que levitaba no le pareció tan inverosímil.

—Yo no —dijo.

Llevaban seis kilómetros recorridos desde la prisión, siguiendo la orilla del río, cuando vieron el cuerpo. La penitenciaría de Dismal Creek estaba al final de una carretera aislada, con poco tráfico que no fuera de vehículos celulares. Quien se encontrara en problemas en aquella carretera y necesitara ayuda, probablemente tendría que esperar mucho tiempo.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Mistery.

—Parece una mujer —contestó Torres—. Para.

La mujer yacía a un lado de la carretera, con las piernas abiertas y la cabeza y los hombros hundidos en la hierba alta que crecía en el arcén. Tenía la falda levantada y



se le veían las piernas y parte de las nalgas. Pararon a unos metros del cuerpo y Torres se apeó. Mistery iba a hacer lo mismo cuando Torres le dijo que no bajara.

—Quédate vigilándolo.

—No va a ir a ningún sitio —dijo Mistery, pero no se alejó del coche y siguió atento a Moloch, que miraba todo aquello con interés.

La mujer no se movía y Torres pudo verle la sangre en la espalda. Se agachó y apartó la hierba que le tapaba la cara.

—Oh, Dios...

Vio carne viva donde tenía que haber estado la cabeza y volvió la cara a tiempo de que el balazo le impactara en el tabique nasal. Se desplomó. Mistery ya echaba mano de su propia arma cuando una sombra se proyectó sobre él y, al mirar, vio a uno de los suyos, a un hermano, apuntándole con una escopeta. De entre la hierba del otro lado de la carretera surgió otro hombre, éste más joven, rubio y guapo de cara, casi femenino. Tras él había un hombre musculoso con el pelo rojo y corto que llevaba unos vaqueros ceñidos y gastados y una camiseta con la bandera de Estados Unidos. El pelirrojo le arrebató el arma y con sujeciones de plástico le ató las manos a la espalda. Entretanto, el rubio se acuclilló junto a Torres y le quitó las llaves del cinturón y la pistola de la funda. Luego se dirigió al Land Cruiser, abrió la puerta y desencadenó a Moloch.

Moloch se apeó del coche y se desentumeció los miembros, alcanzó el arma de Torres que el chaval le daba, se fue hacia Mistery, que estaba acuclillado, y le apuntó a la cabeza.

—Y ahora, señor Mistery, ¿no tiene nada que decirme?

Mistery no contestó. Miró a Moloch con una mezcla de miedo y repugnancia.

—Podría pegarte un tiro —dijo Moloch—, pegarte un tiro como al perro maleducado que eres. —Y lo encañonó—. ¡Bang! —exclamó. Se llevó el arma a la boca y sopló un humo imaginario que salía del cañón—. Pero no voy a pegarte un tiro —añadió.

—¿Nos lo llevamos? —preguntó Dexter.

—No.

—Si lo soltamos, nos denunciará.

—¿De veras? —preguntó Moloch. Se quedó mirando a Mistery—. Oh, si mis ojos pudieran ver y mi lengua hablar —dijo—, ¡qué maravillas diría! —Se volvió hacia el joven blanco—. Déjalo ciego y córtale la lengua. De todas maneras, nunca la usó mucho.

Procedieron rápidamente. Echaron el todoterreno al agua, con los cadáveres de Torres y de la mujer dentro. A Mistery lo dejaron en la orilla, sangrando y aturdido. No tardaron ni tres minutos.

Braun hizo una llamada con su móvil y a los pocos segundos llegaron Powell y Leonie, que habían estado vigilando a un lado y otro del lugar de la emboscada. Llevaban furgonetas con el logo de una empresa forestal inexistente, de manera que si pasaba algún coche por allí antes de acabar el trabajo, pudieran decir que habían ido porque había caído un árbol. Al final no los molestó nadie. El pequeño convoy, cinco hombres y una mujer en dos furgonetas, se dirigió a gran velocidad a la autopista rumbo al norte.

Dexter, Leonie y Moloch condujeron en silencio un buen rato; el primero miraba cada dos por tres al espejo retrovisor. Tres coches más atrás iban Braun, Powell y el chico, cosa que a Dexter le parecía muy bien. El chico, que se llamaba Willard, le ponía los pelos de punta, y el contraste entre su belleza y aparente inocencia y lo que había debajo era tanto más inquietante. Con todo, Moloch lo quería y al final se había revelado útil. Él encontró a la mujer, rastreando carreteras secundarias, bares y moteles baratos durante casi una semana, hasta que dio con la «mejor candidata», como la describió. Luego la mató y llevó el cadáver puntualmente al lugar de la cita.

Dexter era un tipo listo, quizá no tanto como él creía, pero sí bastante inteligente. Había leído algo, sobre todo libros de psicología. Dexter pensaba que quien ha de tratar con gente debe intentar aprender cuanto pueda sobre los principios generales que los gobiernan. Le gustaba sobre todo la gente poco normal, porque, en su trabajo, tratar con gente poco normal formaba parte de su día a día. Lo sabía todo sobre sociópatas y psicópatas y demás desviados, y había empezado a categorizar a los bichos raros según el diagnóstico que llevaba a cabo de su anormalidad.

Pero en cuanto a Willard..., Dexter no había encontrado ningún libro que tratara de nadie parecido a Willard. Willard no cabía en ninguna categoría. De hecho, Dexter dudaba incluso de que Willard fuera completamente humano, aunque esto era algo que no se le ocurriría decir en presencia de Moloch ni de nadie. Pero a veces había sorprendido a Willard mirándolo fijamente, y mirarlo a los ojos era como caer en el vacío. Dexter suponía que morir en el espacio debía de ser como verse reflejado en los ojos de Willard: era la nada pura hecha oscuridad. Ni siquiera era hostilidad; era simplemente vacío.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Moloch.

—En cosas.

—Pues ahora no hables mucho de ellas.

—Lo que decía, cosas.

Tras él, Leonie veía pasar los coches callada.

—¿Cosas como Willard?

—¿Cómo lo sabes?

—Te estaba observando. Te vi mirar en el espejo. Te cambió la cara. Para mí eres como un libro abierto, Dex.

—No me gusta. Siempre he sido sincero contigo y te digo lo que pienso. Anda por ahí fuera.

—Nos ha sido útil.

—Sí.

—Y leal.

—Leal a ti.

—Que es lo que importa.

—Con respeto, tío, has estado en la cárcel estos últimos años. Es difícil trabajar con alguien que no responde más que ante un hombre con uniforme de preso.

—Pero tú te las has arreglado.

—Con mucha paciencia, y lo de Verso fue una suerte.

—Sí —dijo Moloch—. Supongo que algo se está haciendo con respecto a él.

—Ahora mismo.

—Tendrías que haberle pedido a Willard que lo hiciera. Nunca le gustó Verso.

—A mí tampoco, pero no lo detestaba tanto como para mandarle a Willard. ¿Has visto lo que le ha hecho a la mujer? La ha dejado horrible.

—¿Antes o después?

—No se lo he preguntado.

—Tampoco yo pienso preguntárselo.

—Yo creo que antes.

—¿Esta conversación lleva a algún sitio, Dexter?

—Échale un vistazo al periódico, está por ahí detrás.

Moloch, sentado en la penumbra de la parte trasera de la furgoneta, buscó entre las cajas y las cortinas hasta que encontró un ejemplar del *Post-Register*. En la portada venía la noticia del descubrimiento de cuatro cadáveres en una casa al sur de Broughton.

Cuatro cuerpos y dos cabezas, una de hombre y otra de mujer, en el frigorífico.

—También están dándolo en la tele. Yo me imagino que Willard estuvo escondido allí durante un tiempo. Puedes apostar lo que quieras a que alguien lo vio y a que tu cara va a aparecer pronto en la prensa junto a la suya. Cada vez está peor.

En la oscuridad de la furgoneta, Dexter oyó a Moloch suspirar con pesar.

—¿Quieres decir que puede dar problemas?

—Eso mismo.

—Entonces yo también puedo darlos.

Dexter se volvió a mirarlo.

—Si estamos aquí es por ti. No por Willard.

Pasaron unos minutos antes de que Moloch hablara de nuevo.

—No lo pierdas de vista, pero por ahora no hagas nada.

«Tío», pensó Dexter, «llevo sin perderlo de vista desde que lo conocí».

Powell iba medio durmiendo y Braun y Willard no hablaban. A Braun, Willard no le caía mal. A diferencia de Dexter, el pelirrojo no tenía nada contra Willard. Pensaba que era otro de los locos de Moloch y nada más, aunque eso no significaba que quisiera hablar con él más de lo estrictamente necesario. De las cinco personas que acompañaban a Moloch al norte, Braun era quizá la más normal. Era un asesino, pero, como Shepherd, no se complacía en la violencia gratuita y había accedido de buen grado a vigilar la carretera mientras los otros se ocupaban de los investigadores. Braun se había metido en aquello por dinero: sabía conducir, podían fiarse de él al volante. Todos los grupos necesitan un Braun.

Braun sólo quería su parte de la pasta. Suponía que al final alguno saldría herido, pero no era culpa suya. Eso era cosa de Moloch. Braun se habría ido muy contento con el dinero sin hacer daño a nadie, pero Leonie, Dexter, Willard y los demás necesitaban algo más. Ellos querían un poco de acción. Echó una mirada a Willard, pero el chaval iba mirando absorto la carretera. A Braun le era indiferente el silencio, como le era indiferente Willard.

Sin embargo, palpó el mango del cuchillo que llevaba en el muslo y se sintió bastante más seguro.

A Braun le era indiferente Willard, pero tampoco se fiaba de él.

Braun era el más inteligente de todos.

Willard miraba el asfalto y pensaba en la mujer. Le había costado bastante acallar sus gritos después de matar al hombre. Había intentado poner en marcha el coche y casi lo había conseguido antes de llegar él y romper la ventana de un machetazo. Cuando Willard cogió las llaves y las sacó del contacto, algo se apagó en los ojos de la mujer. Fue la muerte de la esperanza, y aunque empezó a suplicar, supo que era el fin.

Willard la hizo callar.

—No voy a hacerte daño —le dijo—, te lo prometo. Cálmate. No voy a hacerte ningún daño.

La mujer lloraba y por la barbilla le resbalaban mocos y lágrimas. Le suplicaba con palabras casi ininteligibles. Willard le mostró el machete y lo arrojó lejos.

—Vamos, tranquila —dijo—. ¿Lo ves? No tienes nada que temer.

Y ella quiso creerlo. Quiso creerlo con tanta fuerza que lo creyó y le permitió tomarle la mano y ayudarla a salir de coche. Willard le aconsejó que volviera la cara al pasar junto al cadáver del hombre —«Mejor que no veas eso»— y la condujo a la casa. Pero la puerta abierta, la oscuridad del interior, la asustaron de nuevo. Echó a correr y él tuvo que perseguirla y derribarla aferrándola por las piernas. La sujetó por ellas y la arrastró hacia la casa —ella se agarraba a la tierra, se rompía las uñas— sin

preocuparse de que gritara. No había nadie que pudiera oírlo. Willard miró con deseo el machete que yacía en la hierba. Era su favorito. Siempre podía volver por él, pensó.

Y dentro tenía muchos más juguetes.

Shepherd vio primero el coche del repartidor de pizza. El Saturn llevaba en el techo un enorme trozo de pizza de plástico, como si fuera la aleta de un tiburón. Shepherd le deseó muchas propinas, porque el trabajo dejaba bastante que desear por lo que respecta a dignidad. Arrancó la furgoneta y se detuvo junto al repartidor, que estaba sacando cajas de pizzas de la bolsa aislante de los asientos traseros. Oyó que se abría la puerta trasera de la furgoneta y se caló el pasamontañas. Segundos después, Tell, también enmascarado, obligó al repartidor a entrar en la parte trasera a punta de pistola. No había nadie más en el aparcamiento del hotel.

—Oye, tío —dijo el chaval—, no llevo más que diez dólares de cambio.

—Quítate la chaqueta —ordenó Tell.

El chico hizo lo que se le decía y le dio la prenda a Tell. Shepherd se asomó por entre los asientos de delante y le dio con la pistola en el hombro.

—Te quedas aquí sin moverte. Mi amigo repartirá la pizza en tu lugar. Después nos iremos. Te dejaremos en algún punto del camino. De ti depende que te dejemos vivo o muerto. ¿Entendido?

El muchacho asintió.

—¿Vas a la universidad? —preguntó Shepherd.

El muchacho volvió a asentir.

—Así me gusta. Eres listo.

La puerta de la furgoneta se cerró y quedaron solos dentro. Tell, vistiendo la chaqueta Pizza Heaven del repartidor, subió las escaleras hasta el segundo piso del motel y llamó a la puerta. Se quitó el pasamontañas y esperó.

—¿Quién es? —dijo una voz.

—Pizza —contestó Tell.

La cortina se descorrió y vio una cara en la ventana. Acto seguido se abrió la puerta. Apareció un hombre con una camisa blanca y una corbata roja, y detrás otro, de raza blanca, con entradas y barriga.

—¿Cuánto es? —preguntó el investigador del fiscal al tiempo que Tell metía una mano en la bolsa aislante.

—Para el señor Verso —dijo Tell—, que está en la casa.

El fondo de la bolsa estalló y el investigador retrocedió tambaleándose. El segundo disparo de Tell lo tumbó en la cama. Verso salió corriendo del baño, pero Tell le disparó en la espalda antes de que llegara a la puerta, y luego, de pie ante él, le pegó otros dos tiros en la nuca. Le disparó otra vez al hombre de la cama y volvió

rápidamente a la furgoneta. Shepherd arrancó en cuanto Tell llegó a la puerta.

—El pasamontañas —dijo.

—¡Coño! —Tell se lo puso antes de subir. Detrás, el repartidor de pizzas estaba sentado hecho un ovillo.

—¿Estás bien? —le preguntó Tell.

—Sí —contestó el chaval.

—Lo has hecho muy bien —dijo Tell—. No tienes de qué preocuparte. Ponte esto en la cabeza.

Le pasó la bolsa aislante al chico, que hizo lo que le ordenaban. Volvieron a la autopista y pararon en un área de descanso vacía. Tell abrió la puerta trasera y condujo al muchacho a uno de los bancos de madera.

—A la derecha tienes un teléfono. Yo, en tu lugar, no lo usaría en los próximos veinte minutos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Respiras bien con eso puesto?

—Sí.

—Bien.

—¿Señor? —dijo el chico.

—¿Qué?

—No me mate, por favor.

Como Shepherd había dicho, el chico era listo. Tell apuntó a la bolsa con la pistola con silenciador.

—No te mato —dijo, y apretó el gatillo.

Compraron café y hamburguesas en un local de comida rápida en la salida 122 y comieron en la furgoneta esperando a Shepherd y a Tell. Evitaban los peajes y respetaban los límites de velocidad. En la parte trasera de la furgoneta, Moloch se había cortado el pelo y afeitado la barba, y ahora llevaba unas gafas de montura negra. Su carnet de conducir decía que era John R. Oster, de Lancaster, Ohio.

—¿Cuánto tiempo más? —preguntó Moloch.

—Una hora, quizá —dijo Dexter—. Hasta entonces podemos descansar.

Moloch sacudió la cabeza.

—Nos vamos. Ya están buscándome y mi foto no tardará en aparecer en todas las televisiones desde aquí hasta Canadá. Tenemos que encontrarla y rápido.

Pese a lo dicho, aún no estaba muy preocupado. Varias veces había dicho que México era su destino preferido en caso de escapar, porque México no extraditaba a estadounidenses condenados a muerte: la corte suprema mexicana consideraba que las condenas a muerte contravenían un artículo de la constitución según el cual todos los hombres son capaces de rehabilitarse. Moloch no lo creía en absoluto, pero

esperaba que hubiera presos que recordasen sus comentarios y los fueran transmitiendo. Eso no bastaría para evitar que establecieran puestos de control en el norte y en el oeste, igual que en el sur, pero confiaba en que la policía concentrara sus esfuerzos en vigilar las carreteras del sur.

Se reclinó en el asiento y cerró los ojos. Era fuerte y había tomado una decisión. Dejó que el sueño se apoderara de él y soñó con una mujer.

Una mujer moribunda.

Danny rogaba.

—Mamá, por favor, sólo diez minutos más... Cinco minutos, ¡por favor!

Marianne lo miró por encima de las gafas. Danny iba en pijama, lo que ya era algo, pero había tardado una hora en convencerlo de que se lo pusiera. En el último año parecía haber crecido muchísimo y a ella empezaba a costarle cada vez más tratar con él. Danny siempre estaba preguntando, dudando, poniendo en cuestión los límites de su autoridad. Pero el incidente del pájaro lo había confundido, había puesto de manifiesto lo vulnerable que era y por un momento se lo había devuelto a ella, había apoyado la cabeza contra su pecho, llorando por...

¿Por qué? ¿Porque Joe Dupree había matado al ave moribunda con sus propias manos, para acabar con su sufrimiento, o porque no le habían permitido tocarla, jugar con ella primero? A veces Danny maltrataba a los animales: ella lo había visto hacerlo, lo había sorprendido quemando hormigas con un casco de botella y apedreando gatos. Suponía que no era el único chico que se comportaba así, por no comprender realmente el sufrimiento que causaba. En eso, quizá Danny era como todos los niños de seis años. Eso esperaba. No quería pensar que pudiera tratarse de algo más serio, algo que había heredado de su padre, algún gen defectuoso que se hubiera transmitido de generación en generación y que se revelaría cada vez más perverso conforme su hijo creciera. No quería pensar que su Danny —pues era suyo, de eso no cabía duda— pudiera convertirse en un hombre como su padre.

Y ahora Danny le preguntaba también, le preguntaba por él, y a ella le pesaba que las mentiras que se veía obligada a decirle lo hirieran. Danny parecía tener vagos recuerdos de su padre, y cuando le dijo que había muerto lloró. No la primera vez, curiosamente, sino la segunda, como si hubiera necesitado el tiempo que medió entre una y otra para asimilar el hecho y hacerse cargo de lo que significaba.

¿Cómo murió?

En un accidente de coche.

¿Dónde?

En Florida.

¿Qué hacía en Florida?

Trabajar.

¿En qué?



Vendiendo cosas.

¿Qué cosas?

*Miseria. Dolor. Miedo.*

Coches.

¿Está enterrado, como la gente del cementerio?

Sí, está enterrado.

¿Podemos visitarlo?

Algún día.

*Algún día.* Algún día también se vería obligada a decirle la verdad, pero no ahora. Tiempo habría para la rabia y la vergüenza. Por lo pronto, era su Danny y lo protegería del pasado y de los errores que su madre había cometido. Le revolvió el pelo; él lo interpretó como un gesto de consentimiento y volvió a sentarse en el sofá.

—No, Danny, se acabó. Vete a la cama.

—¡Mamá!

—¡No! Vete a la cama ahora mismo, Danny Elliot. No hagas que me levante de la silla.

Danny le echó su mirada más envenenada y salió corriendo. Pudo oír cómo subía las escaleras, cerraba la puerta de un portazo y se arrojaba sobre la cama con todo el peso de su enfado.

Marianne dio un profundo suspiro y se quitó las gafas. Le temblaban las manos. Quizá resultaba sorprendente que Danny fuera un chico tan juicioso, dada la vida que había tenido que llevar. Los dos primeros años y medio se los habían pasado en la carretera, sin quedarse nunca mucho tiempo en el mismo sitio, recorriendo el país y huyendo de sus perseguidores. Esos años fueron un infierno, eran una borrosa sucesión de pueblos y ciudades desconocidas, como una película que se pasara a cámara lenta y desenfocada. Los primeros meses fueron los más duros. La despertaba el menor crujido del suelo, el menor susurro de la basura en las calles, el menor golpeteo de las ramas en la ventana. Incluso el chasquido de los interruptores en moteles baratos la despertaba sobresaltada.

Pero los peores tiempos llegaron cuando, en mitad de la noche, veían faros de coches barrer la habitación y se oían voces de hombre. A veces reían y se relajaban un poco. Pero sobre todo temía las voces apagadas porque sabía que, cuando fueran por ella, lo harían en silencio y no le darían tiempo a reaccionar, a huir.

Por último, Danny y ella llegaron y se establecieron allí, el último lugar en el que los buscarían, porque ella había hablado muchas veces de la Costa Oeste, de un lugar siempre soleado con playas para Danny. Es lo que deseaba de verdad. Llevaba mucho tiempo soñando con establecerse en un lugar así, pero el sueño no había de realizarse. Temía a los que la buscaban (pues sin duda seguían buscándola, pese al tiempo transcurrido), hasta el punto de que ni en toda la Costa Oeste, con ser grande, podría

escondese. En lugar de eso se había refugiado en el frío y en la oscuridad invernal, en una comunidad que actuaría como un primer sistema de alarma cuando llegaran.

Miró en el frigorífico, donde tenía una botella de vino sin abrir por si alguna de sus nuevas amigas llamaba y le proponía pasarse una tarde acurrucadas en el sofá viendo comedias. Le entraron ganas de abrirla en ese momento y tomarse un vaso, pero debía mantener la cabeza despejada. En la mesa de la cocina tenía extendidas las cuentas de la casa, que había abandonado la noche anterior pensando que después de dormir un poco le parecerían menos complicadas. Con su trabajo en el mercado de Casco Bay no ganaba lo bastante para cubrir los gastos, y Sam Tucker, con la promesa de que le haría recuperar las horas a lo largo del mes, ya le había pedido que se quedara en casa el resto de la semana. Eso significaba o bien que tendría que buscarse otro trabajo, de ser posible en Portland —con lo que debería buscar a alguien que recogiera a Danny del colegio y se ocupara de él por las tardes—, o que debía sacar dinero del «fondo especial». Para esto último tenía que ir al continente y eso siempre la ponía nerviosa. Incluso los bancos más grandes eran un riesgo: tenía repartido el dinero en cinco bancos distintos de tres estados —en total no más de siete mil dólares en cada cuenta—, pero siempre temía que el fisco o algún inspector bancario del que nadie sabía nada descubriera las conexiones. Entonces sí que tendría problemas.

Además, tampoco quería gastar el dinero. Estaba manchado. Siempre que era posible, trataba de limitarse a lo que ganaba. Y eso estaba volviéndose cada vez más difícil. Guardaba, no obstante, la mochila, cierto, escondida entre cajas y maletas en el ático, pero había prometido no tocarla. Siempre existía la posibilidad de sucumbir a la tentación, de sacar demasiado dinero y concederle a Danny y concederse a sí misma algún capricho, llamando así la atención. Aquélla era una comunidad pequeña, y aunque no se metieran en asuntos ajenos, no quería decir que no sintieran por lo menos curiosidad. Era lo malo de vivir en un lugar tan relativamente aislado; sin embargo, el sacrificio merecía la pena.

Estaba también el hecho de que debía reservar aquel dinero por si necesitaban escapar rápidamente. Si empezaba a coger pequeñas cantidades, dando por supuesto que siempre quedaba mucho, corría el riesgo de que esas pequeñas cantidades se convirtieran en una gran cantidad y el fondo se agotara pronto.

Y, sin embargo, había mucho dinero, muchísimo: casi ochocientos mil dólares. ¿Qué mal podía haber en tomar un poco, comprar un televisor como Dios manda, un poco de ropa nueva, incluso la consola que quería Danny? Tan poquito dinero de tanto...

Resistió la tentación. No, la única solución era ir al banco. Se quitó las gafas, las metió en el estuche y empezó a recoger los papeles.

Casi había terminado cuando llamaron a la puerta.

Habían decidido que Leonie llamara a la puerta. Si había alguien vigilando, vería a una negra guapa que sonreía luminosamente. No resultaría amenazante.

Leonie oyó pasos que se acercaban y vio que apartaban una cortina en la penumbra. Sonrió cohibida y agitó un mapa que llevaba en la mano. «Hola, me he perdido y la noche es fría. Ayúdeme. Dígame dónde me he extraviado». Ni siquiera miró a la izquierda, donde estaban Dexter con una pistola en el muslo, y Braun, detrás de él, ni a la derecha, donde Willard, el ñiñohombre, esperaba sin pestañear, tapando con la mano izquierda la hoja del cuchillo para que la luz del porche, si la encendían, no se reflejara y llamara la atención. Moloch se había quedado aparte, de momento, con Shepherd, Powell y Tell.

Transcurrieron unos segundos, seguidos del ruido de una cadena al quitarla y de un pestillo.

La puerta se abrió.

Joe Dupree estaba en la puerta vestido de paisano. Marianne tuvo que alzar levemente la cara para mirarlo a los ojos. Le brillaban en medio de las sombras que lo rodeaban.

—¿Joe? ¿Ocurre algo?

Dupree sacudió simplemente la cabeza.

—Pasaba por aquí. Le he traído esto a Danny.

De detrás de la espalda sacó una pequeña gaviota de madera y se la dio. Ella la tomó con cuidado y la miró a la luz. En algunas partes se veía tallada casi toscamente, pero estaba claro que no era por impericia o descuido. Al contrario, el primitivismo de la talla era deliberado y quería captar algo de la naturaleza del animal. Joe se había esmerado sobre todo en la cabeza y había tallado el pico un poco abierto. Marianne vio incluso una lengüecita. La pintura acababa de secarse. Aún podía olerla.

—¡Qué bonito! —exclamó, admirada de ver que las manos de aquel hombretón habían creado algo tan pequeño y maravilloso, pues no se las imaginaba empuñando un cuchillo. Debió de llevarle horas, pensó. El hombre había matado al ave y luego dedicó horas a revivirla en madera.

—¿Quieres entrar?

—No quisiera molestarte.

—Acabo de terminar lo que tenía que hacer. Iba a abrir una botella de vino — mintió.

Él dudó y ella insistió.

—No estás de servicio, ¿verdad?

Joe no necesitaba hacerse de rogar; sólo un poco. Marianne recordó de nuevo

todos aquellos meses que él se pasó rondándola, como una arañita macho se aproxima poco a poco hacia la hembra, sin sentirse segura, temiendo por su vida. En este caso, las proporciones físicas estaban invertidas, pero ella seguía teniendo el poder. Marianne se preguntaba por qué tardaba él tanto en acercársele, pues ya había visto cómo la miraba cuando empezó a trabajar en el mercado, la timidez con la que respondía a sus corteses comentarios. Supo la respuesta en cuanto se lo preguntó a sí misma. Sabía que era por su aspecto, por la conciencia que tenía de su diferencia, y por eso había sido ella quien rompió el hielo, aprovechando las ocasiones que se le presentaban de hablar con él, de pasear con él por Island Avenue cuando sus caminos se cruzaban, lo que hacía sonreír y darse codazos a los lugareños. Ni siquiera entonces estaba ella segura de que le interesara el hombre en sí mismo. Más bien era su timidez lo que la atraía, la fragilidad de su amor propio lo que la seducía en un hombre tan corpulento.

Se echó a un lado para dejarle entrar y percibió su olor cuando pasó: olía a madera, a savia y a sal marina. Aspiró de la forma más discreta que pudo y sintió que algo palpitaba en su interior. Joe no era un hombre convencionalmente bello. Tenía algunos dientes separados, como si fueran demasiado pequeños para formar una hilera continua de esmalte en su enorme boca. Tenía el rostro alargado, pero las mejillas y la barbilla eran anchas. En los ojos y en la boca se le veían arrugas y Marianne supo enseguida que eran consecuencia de algún dolor físico o psicológico y que aquel hombre sufría mucho. No dejó de sorprenderse cuando empezó a encontrarlo atractivo y supuso que era, en parte al menos, una combinación de su poder y de su corpulencia, así como su amabilidad y su sensibilidad, que lo hacían capaz de tallar un ave en un trozo de madera; de tratar con Jack el pintor y sus problemas; capaz de relacionarse, de hecho, con la mayoría de los isleños de manera que éstos lo querían y lo respetaban, incluso cuando se veía obligado a castigar a alguien por alguna infracción menor. Marianne Elliot había pasado tanto tiempo junto a hombres que usaban su poder para herir e intimidar que la gentileza y humanidad de Dupree no podían por menos de atraerla. Se preguntaba cómo sería hacer el amor con él y la sorprendía sentir el calor repentino que esa fantasía le provocaba. Llevaba mucho tiempo sin atender a sus propios deseos, dedicada en cuerpo y alma a Danny y sumida en el constante estado de alerta en que vivían.

Ahora, ante el corpulento policía que se había sentado con cuidado a la mesa de la cocina, en una silla pequeña que lo obligaba a doblar mucho las piernas, Marianne pudo observar lo musculosos que eran sus hombros, la forma de su pecho debajo de la camisa, la anchura de sus brazos. Las manos, dos veces más grandes que las suyas, se movían suspendidas en el aire. Las ahuecó y las colocó sobre la mesa, luego las extendió y se las llevó a los muslos. Por último, dobló los brazos y al hacerlo sacudió la mesa e hizo temblar levemente un cuenco. Parecía más grande incluso en los

confines de aquella reducida cocina, que daba la impresión de estar atestada. Marianne no había visto su casa, pero estaba segura de que tenía muy pocos muebles y aún menos objetos personales. Lo frágil o valioso lo tendría en lugar seguro. Sintió una enorme ternura por aquel hombre grande y tuvo ganas de tocarlo, pero se contuvo y volvió al asunto del vino. Había una botella de Two Roads Chardonnay en el frigorífico, un regalo que se compró a sí misma en Boston. Lo tenía guardado para una ocasión especial, hasta que se dio cuenta de que no había ocasiones especiales.

Marianne iba a abrir la botella —a aquellas alturas ya estaba acostumbrada a hacerlo todo ella misma— cuando él le preguntó si se la dejaba abrir. Le pasó la botella y el sacacorchos. La botella de vino parecía una de cerveza en su mano.

Él leyó la etiqueta.

—Flagstone. No lo conozco.

—Es sudafricano.

—Robert Frost —dijo él.

—¿Perdón?

—El vino. Se llama así por un poema de Robert Frost. El de las dos carreteras que se separan en un bosque.

Marianne no lo había entendido y se sintió algo avergonzada por no haber visto la relación.

—Un poema como ése difícilmente se olvida en una isla llena de árboles —dijo él, clavando el sacacorchos.

—Por lo menos uno no se pierde demasiado si se equivoca de carretera —contestó ella—. Sólo hay que seguir recto hasta que te mojas los pies.

El corcho de plástico salió de la botella. Marianne observó que apenas había tenido que hacer fuerza. Puso dos vasos en la mesa y lo vio servir.

—Aquí la gente sigue perdiéndose —dijo—. ¿Has ido al Asentamiento?

—Jack nos llevó a Danny y a mí al poco de llegar. No me gustó. Me pareció... triste.

—Creo que el recuerdo de lo que pasó allí aún está vivo. Todos los años se nos queja algún turista de que las rutas que conducen hasta allí deberían estar mejor señalizadas, porque se pierden y les cuesta encontrar la carretera. Ésos son los peores, los bocazas con camisas caras.

—Entonces a lo mejor merecen perderse. ¿Y por qué no lo señalizáis mejor?

—Hace mucho tiempo que se decidió que la gente que necesitaba visitarlo sabría cómo llegar. No es lugar para quienes no respetan a los muertos. No es lugar para quienes no lo encuentran triste.

Joe le pasó un vaso y se llevó el suyo delicadamente a los labios.

—Por la felicidad —dijo.

—Por la felicidad —contestó ella, y él vio esperanza y tristeza en sus ojos.

Si Marianne sentía curiosidad por el gigante, él no sentía menos por ella. Joe Dupree sabía poco de aquella mujer, aparte de su nombre y de que se había traído dinero suficiente para alquilar una casa pequeña pero cómoda, pero aun así se había sentido atraído por ella y había creído, por improbable que pudiera parecer, que también ella podría sentir algo por él. Tuvo que armarse de todo su valor para proponerle que cenaran, después de meses de tímidos tanteos, y le costó unos segundos asimilar que aceptara.

Con todo, algo en ella lo inquietaba. No, no era verdad. No era en ella exactamente, sino en su vida, algo que era un secreto. Joe Dupree había aprendido a conocer a las personas. Su padre le había enseñado la importancia que aquello tenía, y la vida en la isla, viendo las mismas caras, los mismos problemas día tras día, le había permitido aguzar sus facultades, reconsiderar sus primeras impresiones según iba revelándose la realidad de los individuos. Le miró las manos mientras ella le ponía de nuevo el corcho a la botella, la metía en el frigorífico, se sentaba frente a él sonriendo algo nerviosamente y con la mano derecha empezaba a tocarse el dedo anular como si llevara un anillo.

Ese gesto se lo había visto hacer muchas veces, casi siempre cuando entraba un desconocido en la tienda o la asustaba un ruido fuerte. Instintivamente empezaba a tocarse un anillo que no llevaba.

«Su marido», pensó Joe.

«Su marido es la clave».

Bill Gaddis no era un hombre feliz. Había un montón de razones por las que Bill no era feliz ni aun en los mejores momentos, pero ahora tenía una razón concreta. Estaba dejando a una tía buena en la cama para responder a alguien que llamaba con insistencia a la puerta, y eso para él era el colmo de la infelicidad. En otras circunstancias podría haber cedido a la tentación de hacer caso omiso, pero aquellas gentes tenían la costumbre de ser buenos vecinos, y los buenos vecinos que llaman a la puerta, si ven las luces encendidas y que nadie responde, piensan al instante que puede haber pasado algo, que alguien se ha caído por las escaleras o se ha resbalado en la cocina, y nadie quería tener que decir: «Dios, yo fui anoche y estuve llamando a la puerta un rato. Si me hubiera asomado a las ventanas o hubiera intentado entrar por la puerta de atrás, hoy estarían vivos». Y Bill no quería que el viejo Art Bassett o Rene Watterson entraran por la puerta trasera y dieran voces y buscaran por toda la casa esperando encontrarse a alguien tirado en el suelo en medio de un charco de sangre, para encontrárselo en realidad a él con el culo al aire y la mente puesta en otras cosas.

Ahora se preguntaba incluso por qué se habían establecido allí. En Pensilvania, ¡Dios mío!, en Pensilvania. Para Billy Gaddis, los únicos que se iban a vivir allí eran

fanáticos religiosos que creían que los botones eran pecado, y la gente que cree que los botones son pecado muy probablemente miraría con malísimos ojos sus actividades. Comparado con esa gente, Billy Gaddis era casi un Anticristo. Camp Hill, Pensilvania, ni siquiera figuraba en los mapas, pero Bill sabía que habían ido a parar allí precisamente por eso, porque aquel lugar era difícil de encontrar.

Tenía cosas buenas, sin embargo. Su mujer había conseguido trabajo como cajera en el Holiday Inn de New Cumberland, justo al salir de la autopista de peaje, un par de tardes por semana. Los fines de semana iba también un par de horas al Zany Brainy de Camp Hill Mall, donde pasaba un rato con niños para resarcirse de que nunca tendría hijos. Él mismo trabajaba de camionero para una empresa papelera, y se veían lo justo para explicarse a sí mismos por qué se veían tan poco. Al principio él se acercaba con el camión al Holiday Inn y se sentaba en el Elephant & Castle, el pub inglés que había junto al hotel. Cuando ella terminaba su turno, cenaban allí, casi siempre en silencio, luego volvían a casa y dormían en la cama lo más separados posible. Al final, ella se compró un coche, pero Bill siguió yendo al Elephant & Castle. Allí conoció a una mujer llamada Jenna, algo mayor que él pero aún muy guapa, y muy pronto tuvo aún más razones para dar las gracias por el tiempo que su mujer se pasaba trabajando y la regularidad de sus horas de trabajo. Ahora alguien estaba llamando a la puerta y privándolo de un descanso más que merecido.

Bill se puso una bata, se la arregló para tapar la desfalleciente erección y se dirigió a la puerta maldiciendo. Dejó apagadas las luces del recibidor y corrió la cortina de la ventana lateral. No reconoció a la mujer de la puerta, pero parecía guapa, incluso más guapa que la mujer que acababa de dejar, lo que ya era decir. Llevaba un mapa en las manos.

Bill maldijo en voz más alta. ¿Cómo podía perderse nadie justo enfrente de un centro comercial? ¡Diablos! Desde el césped de su casa podía ver él claramente el centro comercial al final de Yale Avenue. Estuvo un momento mirando a la mujer, particularmente sus pechos, y profirió otra maldición, esta vez susurrándola y con más admiración que cólera, y abrió la puerta.

Apenas tuvo tiempo de darse cuenta de que la mujer empuñaba un arma, pues se la hundió de inmediato en la carne blanda de la sotabarba y lo puso contra la pared. Detrás de ella entró un hombre pelirrojo, y detrás de éste, dos hombres más: un joven muy guapo y un tipo con un bigote enorme que se parecía a Richard Roundtree después de una paliza y que entró directamente en la casa.

—¡Qué coj...!

—¡Silencio! —gritó la mujer. Le pasó la mano izquierda por el cuerpo y la detuvo un momento en sus partes.

—¿Interrumpimos algo?

Bill oyó un grito en la habitación y el ruido que hacían al sacar a Jenna de la

cama.

—¿Estáis los dos solos? —preguntó la mujer negra.

Bill empezó a asentir enérgicamente, pero se detuvo de pronto al pensar que aquel gesto podía costarle la tapa de los sesos. El guapo se colocó junto a la puerta entreabierta e instaron a Bill a pasar al salón. Jenna ya estaba allí, envuelta en una sábana y sollozando. Bill hizo ademán de acudir a ella, pero la mujer lo detuvo y le hizo señas de que se arrimara a la pared. Apenas pudo lanzarle a Jenna una mirada impotente.

Oyó entonces que la puerta principal se cerraba y pasos por el recibidor. Dos personas, pensó Bill. El guapo y...

Moloch entró en el salón.

—¡Billy Boy! —exclamó. Miró un momento a la mujer y luego a él—. Veo que no has cambiado.

—¡Oh, no, Dios santo! —dijo Bill—. Tú no.

Moloch se le acercó, le pellizcó las chupadas mejillas con la mano derecha y le dijo:

—Y dime, Billy Boy, ¿así recibes a tu cuñado?

Dupree asintió con aprobación.

—La casa está muy bonita —dijo—. Has hecho muchas cosas este último año.

Marianne estaba enseñándole la casa y él la seguía sosteniendo el vaso lo más delicadamente que podía. A ella seguía pareciéndole que el vaso se perdía en su mano y apenas tenía capacidad para un trago de los suyos. Se habían detenido un momento en la puerta de su dormitorio y Marianne pudo sentir la tensión. No fue una mala sensación. Se asomaron a la habitación de Danny, que dormía profundamente, y volvieron abajo.

—Quise darle un toque personal y Jack no se opuso. Nos ayudó todo lo que pudo.

—Es un buen hombre. No ha habido más problemas, ¿verdad? Como antes.

—¿Lo dices por la bebida? No, no que yo sepa. Danny lo quiere mucho.

—¿Y tú?

—No me cae mal. Aunque pinta fatal.

Joe se rió.

—Tiene un estilo peculiar, digamos.

—Pero se ha portado muy bien desde el principio y le estoy muy agradecida. Cuando llegamos fue más bien duro. La gente no parece fiarse mucho de los forasteros.

—Es una comunidad isleña. La gente tiende a cerrarse y no es fácil hacerse un sitio entre ellos. Hay que dejar que se abran, que vayan conociéndote. Además, la isla está cambiando. No es exactamente el extrarradio de Portland, pero se parece



bastante, porque hay mucha gente que trabaja en el continente. Luego hay gente rica que viene y compra propiedades a orillas del mar, con lo que los precios suben y las familias que llevan viviendo en la isla durante generaciones no pueden ayudar a sus hijos a establecerse. La valoración de las propiedades en primera línea de mar se basa en una venta que se hizo el año pasado, y el tasador, para hacer la tasación, sólo tuvo en cuenta los precios de los tres últimos meses. El valor del solar aumentó en un cien por cien debido a ello, casi de la noche a la mañana. Todo era legal, pero no por eso menos injusto. Las comunidades isleñas están desapareciendo. ¿Sabes que hace cien años había trescientas comunidades isleñas en Maine? Ahora sólo quedan dieciséis, incluyendo ésta. Los isleños se sienten amenazados y tienden a unirse para sobrevivir, y por eso a los que vienen de fuera les cuesta establecerse. Cada grupo desconfía del otro y nunca se reconcilian. —Tomó aliento—. Lo siento, estoy echándote un discurso. Los isleños me importan. Esta gente me importa. Toda esta gente —añadió.

Marianne percibió de nuevo la tensión y se recreó en ella un momento.

—Pero tu trabajo en la tienda es un buen modo de empezar —continuó—. Así la gente va conociéndote, aprendiendo a confiar en ti. Después te será muy fácil.

Marianne no estaba tan segura. Algunos de los que iban a la tienda no decían más que «Por favor» y «Gracias», y a veces ni eso. Las personas mayores eran los peores. Veían su presencia en la tienda como una especie de intrusión. Los mejores eran los jóvenes. Se alegraban de ver caras nuevas en la isla y ya habían intentado ligar con ella un par de veces, aunque sin éxito, porque no quería que las jóvenes de la isla la consideraran una rival. Había decidido prescindir de los hombres por un tiempo. A decir verdad, había tenido muchos hombres, y luego algunos, pero Joe Dupree era distinto.

Joe no era como su marido, ni mucho menos.

Moloch se sentó en uno de los mullidos sillones y echó un trago de cerveza.

—¿Dándote el lote, Billy Boy? —dijo—. Carne nueva, ¿eh?

Bill había dejado de gimotear. A la fuerza. Moloch lo había amenazado con pegarle un tiro si no dejaba de hacerlo.

Bill no contestó.

—¿Dónde está? —preguntó Moloch.

Bill seguía callado.

Moloch tragó saliva y torció el gesto como si se hubiera tragado un clavo.

—Curiosa cerveza —dijo—. Llevo sin probarla más de tres años y aún me sabe a mierda. Te lo preguntaré una vez más, Bill. ¿Dónde está tu mujer?

—No lo sé —respondió Bill.

Moloch miró a Dexter y éste asintió.

Dexter sonrió y agarró del brazo a Jenna. Era una mujer entrada en carnes, casi

rolliza, con el pelo rojo que ella se había teñido dos tonos más oscuro. La mascarilla se le había corrido y se le veían unos churretes mejillas abajo. Empezó a forcejear con Dexter y la sábana se le deslizó, y mientras ella intentaba recogerla, Dexter la empujaba de nuevo al dormitorio. Ella retrocedía tratando de soltarse.

—Nooo... —decía—. No, por favor.

Y miraba a Bill pidiendo ayuda, pero la única ayuda que Bill podía ofrecerle era traicionar a su mujer.

—Trabaja hasta tarde esta noche —dijo precipitadamente—. En el centro comercial.

Terminó de decirlo y pareció que lo que acababa de hacer le diera náuseas.

Moloch asintió.

—¿A qué hora sale?

Bill miró el reloj que había sobre la repisa de la chimenea.

—Como dentro de una hora.

Moloch miró a Dexter, que se había quedado en la puerta del dormitorio.

—¿Y bien? —dijo Moloch—. ¿A qué esperas? Dispones de una hora.

Dexter esbozó una sonrisa aún más amplia. Se llevó a Jenna al dormitorio y cerró la puerta con cuidado. Bill intentó separarse de la pared, pero la negra le hundió enseguida la pistola en la mejilla.

—Te lo he dicho —replicó Bill—. Te he dicho dónde estaba.

—Y te lo agradezco, Billy Boy —contestó Moloch—. Tú ahora estate sentadito.

—Por favor —dijo Bill—. No permitas que le haga nada.

Moloch pareció asombrado.

—¿Por qué? —preguntó—. No es como si fuera tu mujer.

Joe la ayudó a recoger los vasos.

—Quiero preguntarte una cosa —dijo.

Ella se secó las manos.

—Claro.

—Pues... —se interrumpió como esforzándose por encontrar las palabras justas—. Yo he de conocer a la gente que llega a la isla. Como digo, es una comunidad pequeña y muy cerrada. Si algo ocurre, yo tengo que saber por qué ocurre. ¿Me entiendes?

—No, la verdad. ¿Estás diciéndome que quieres saber algo de mí?

—Sí.

—¿Por ejemplo?

—Quién es el padre de Danny.

—El padre de Danny está muerto. Rompimos cuando Danny era pequeño y luego él murió no sé dónde en Florida.

—¿Cómo se llamaba?

Ella estaba preparada para este momento.

—Se llamaba Server, Lee Server.

—¿Estabais casados?

—No.

—¿Cuándo murió?

—En el otoño del noventa y nueve. En un accidente de coche cerca de Tampa.

Era cierto. Un hombre llamado Lee Server murió al chocar su camioneta con el camión de un repartidor en la interestatal. Los periódicos dijeron que no se le conocían parientes vivos. Server iba bebido y, según los informes, tenía numerosos antecedentes por conducir ebrio. No hubo mucha gente disputándose el sitio ante su tumba cuando lo enterraron.

—Tenía que preguntar —dijo Joe.

—¿De veras?

Él no contestó, pero las arrugas de sus ojos y boca parecieron más pronunciadas.

—Oye, si quieres que dejemos lo de mañana por la noche, lo entenderé.

Ella le tocó el brazo.

—Sólo dime una cosa: ¿me preguntabas como policía, o como futuro compañero de cita?

Joe se ruborizó.

—Un poco como ambos, supongo.

—Pues ya lo sabes. Y sigo queriendo verte mañana. Hasta he sacado mi mejor vestido del armario.

Él sonrió y ella no cerró hasta que lo vio llegar al coche. Entonces suspiró y se apoyó de espaldas en la puerta.

Muerto.

Su marido estaba muerto.

Quizá si lo decía muchas veces se convertiría en realidad.

Bill se había hecho un ovillo contra la pared y se tapaba los oídos para no oír los ruidos que llegaban de la habitación. Tenía los ojos prietamente cerrados, y sólo la sensación del cañón de la pistola en la frente lo obligó a abrirlos. Despacio, se quitó las manos de los oídos. Ahora reinaba el silencio.

Era un momento de tregua.

—Menudo miserable —dijo Moloch—. Ves que otro hombre se tira a tu tía y no haces nada. ¿Cómo puedes vivir siendo como eres?

Bill habló. Tenía la voz cascada y tuvo que aclarársela para poder articular una frase coherente.

—Si hiciera algo me mataríais.

—Te respetaríamos. Incluso podríamos dejarte vivir. —Lo tentaba con la salvación como si fuera un perro al que enseñan un buen bocado que no es para él.

—¿Cómo me habéis encontrado?

—Cuando huyas, Bill, procura que no te vean y no caigas en los mismos errores. Pero quien juega mal desde el principio, juega mal siempre. Te jugaste demasiado, Bill, y luego viste que no podías pagar lo que debías. Esos errores la gente los comenta.

Bill volvió a cerrar los ojos un instante.

—¿Qué piensas hacer conmigo? —preguntó.

—Con vosotros —corrigió Moloch—. Mira, Bill, estoy empezando a pensar que tu mujer no te importa, y esa mujer de la habitación tampoco. ¿Cómo se llama, por cierto?

—Jenna —contestó Bill.

Moloch se mostró asombrado.

—No parece una mujer llamada Jenna. Demasiado guarra para llamarse así. Pero si tú lo dices, Bill, no voy a dudar de tu palabra en eso. Ahora que hemos reformulado la pregunta para incluir a tu amiguita y a tu esposa, podemos seguir. Creo que sabes lo que quiero. Dímelo, y a lo mejor llegamos a un acuerdo tú y yo.

—Yo no sé dónde está tu mujer.

—Dónde están —dijo Moloch—. Diablos, Bill, no piensas más que en singular. Es un error muy irritante que quizá no vivas lo bastante para corregirlo. Tiene a mi hijo y mi dinero.

—No ha dado señales de vida.

—Willard —dijo Moloch.

Willard dirigió su mirada perezosa y torva hacia él.

—Rómpele un dedo.

Y eso hizo Willard.

Joe Dupree pasó un momento por la comisaría. Todo estaba tranquilo, según le dijo Tuttle. En cuanto Berman volviera, se echaría un rato, añadió, y trataría de dormir un poco.

Dupree recorrió varias carreteras sin señalizar, pues la mayoría de las rutas de la isla carecían de nombre. Los policías que llegaban del continente tardaban años en conocer la isla, y por eso los que prestaban servicio en ella preferían quedarse un tiempo. Había que saber los números de teléfono cuando alguien llamaba, porque la gente identificaba las casas por los vecinos que residían en ellas, incluso cuando esos vecinos ya no vivían en ellas o habían muerto. Uno se inventaba puntos de referencia, cambios de sentido, cruces de carretera, y se guiaba por ellos.

Dupree volvió a pensar en Marianne y en su pasado. Había visto algo en sus ojos

cuando dijo lo del padre de Danny. No le decía la verdad, al menos no toda la verdad. Le había dicho que no estaba casada con el padre de Danny, pero él la había visto tocarse inconscientemente el dedo anular. Marianne se dio cuenta a tiempo y empezó a tirarse de un pendiente, y él no dio muestras de haber reparado en el gesto. Era evidente, pues, que no quería hablar de su marido con un policía, ni siquiera con el policía con el que había quedado para cenar al día siguiente. Lógico. Después de todo, ella apenas si lo conocía y él había percibido su miedo: miedo de su marido y, a la vez, de las consecuencias que pudieran tener las confidencias que hiciera sobre él. Dupree estuvo tentado de hacer averiguaciones sobre el tal Server, pero luego cambió de opinión. No quería que su instinto profesional enturbiara la cita del día siguiente. Si conseguía que lo suyo con Marianne funcionara, quizás ella le contara todo cuando lo creyera oportuno.

Dexter salió de la habitación justo cuando Bill dejaba de gritar.

—Me alegro de que lo hayas hecho ahora y no antes —le dijo a Moloch—. Podrías haberme distraído.

Bill rompió a gritar de nuevo. Estaba pálido y conmocionado.

—¿Te encuentras bien, Bill? —le preguntó Moloch. Parecía sinceramente preocupado—. Mueve la cabeza si es así, porque cuando te recuperes, Willard podrá pasar al siguiente dedo. A menos, claro, que tengas algo que decirnos.

Bill temblaba. Alzó la cara y miró el reloj de la repisa de la chimenea por encima del hombro izquierdo de Moloch.

—¡Ay, mierda! —exclamó. Volvió la vista hacia la habitación, cuya puerta había quedado entreabierta. En la pared vio la sombra de Jenna que se vestía. Moloch lo miró riendo.

—¿Te preocupa que vuelva y te pille con la menda de ahí al lado? Contéstame, Bill, quiero oír tu voz. Mover la cabeza es de maleducados. Como vuelvas a hacerme gestos, o tardes más de dos segundos en contestarme, le pediré a Willard que te rompa cierta cosa de la que sólo tienes una.

—Sí —masculló Bill—. Me preocupa que vuelva y me pille.

—Una persona con más conocimiento ya se habría dado cuenta de que tiene problemas más serios que el de que su esposa lo pille con la amante. Tu capacidad para negarte a ver lo obvio es realmente notable, Bill. Bien, ¿dónde están mi mujer y mi hijo?

—Te lo he dicho, no ha dado señales de vida, al menos a mí no.

—Ajá, vamos haciendo progresos. Si no se ha puesto en contacto contigo... Y, para ser francos, Bill, yo preferiría no tener que hablar contigo, tal como yo la entiendo... Si no se ha puesto en contacto contigo, digo, entonces se ha puesto en contacto con su hermana, ¿verdad?

—Sí.

—Pero eres un mierda tan grande, Bill, que ni tu mujer te dice dónde está su hermana.

—No me dice nada.

—Pero seguro que conoces cómo se comunican, ¿o no?

—Por teléfono, supongo.

—¿Dónde tienes tus facturas de teléfono?

—En el armario de la tele. Hay una carpeta. Pero ella nunca usa el teléfono de casa. He mirado.

—¿Recibe correo?

—Sí.

—¿Dónde lo guarda?

—En una caja con llave que hay en el cajón inferior de su mesita de noche.

Moloch hizo un gesto a Willard y el chaval fue a la habitación a buscar la caja.

Cuando salía del cuarto, unos faros de coche iluminaron el recibidor, bañando sus caras y proyectando sombras huidizas por la estancia. Leonie le puso a Bill la pistola en los dientes, obligándolo a abrir la boca, y le metió el cañón.

—Chúpalo —le susurró—. Si veo que separas los labios, aprieto el gatillo.

En la habitación se oyó un movimiento repentino: Jenna intentaba alcanzar la ventana y pedir socorro, supuso Moloch. Willard fue más rápido y el movimiento cesó. Moloch oyó cómo se cerraba la portezuela del coche; pasos que se acercaban; que introducían la llave en la cerradura; la puerta que se abría y se cerraba; la mujer que entraba.

Pasó al salón. Era mayor de lo que él recordaba, aunque hacía cuatro años que no la veía. En el ínterin, lo habían traicionado, habían huido a distintas partes y se habían inventado una nueva vida. Aun estando él en la cárcel, seguían temiendo la venganza.

Patricia tenía el pelo largo y exuberante como su hermana menor, pero también más gris. No era tan bonita como ella y siempre tenía un aspecto cansado, aunque eso quizá fuera consecuencia de su matrimonio con el gilipollas de Bill. No es que le importase, pero Moloch se preguntaba por qué estaba con él. Quizá se debía a que, después de todo el miedo que estaba pasando, necesitaba a alguien a su lado en quien pudiera confiar siquiera a medias.

Patricia vio a su marido, acurrucado en el suelo y con la pistola de la mujer en la boca; a Dexter, que aún no se había puesto la camisa; a Braun, con una revista abierta en el regazo.

Y a Moloch, que le sonreía desde el sillón y la saludaba levantando una botella de cerveza.

—Hola, querida —dijo—. Estoy en casa.

Todo estaba en silencio. Incluso Bill había dejado de lloriquear y ahora se limitaba a mirar a su esposa meciendo la mano dañada. Ésta estaba delante de Moloch con la cabeza gacha. Tenía la mejilla roja por la primera bofetada, y el labio superior partido.

—Mírame —dijo Moloch.

Patricia no se movió y él le pegó otra vez. Fue una bofetada ligera, pero más humillante que si la fuerza del golpe la hubiera despedido a la otra punta de la habitación. Ella notó cómo las lágrimas le resbalaban por las mejillas y se odió por mostrarse débil ante él.

—Dejaré que vivas —dijo Moloch—. Si me ayudas, dejaré que viváis tú y Bill. Aquí se quedará alguien con vosotros, para asegurarnos de que no hacéis tonterías, pero se os permitirá vivir. No voy a matarla. Sólo quiero mi dinero. Ni siquiera quiero al niño. ¿Entiendes?

Ella se contuvo, no quería sollozar con fuerza y torció las comisuras de los labios. Miró a su marido. Quería que estuviera a su lado, que fuera fuerte por ella, más fuerte de lo que nunca había sido. Quería que desafiara a Moloch, que desafiara a la mujer de la pistola, que la siguiera incluso a la muerte. Pero su marido nunca había sido fuerte. Siempre le había fallado, y estaba segura de que también en aquella ocasión, cuando más lo necesitaba, le fallaría.

Moloch también lo sabía. Observaba lo que ocurría entre ellos, lo comprendía. Quizá pudiera servirse de eso si...

Willard salió del dormitorio. Llevaba las manos y la camisa manchadas de sangre. Una salpicadura roja le cruzaba la cara. Poco a poco la vida fue volviendo a sus ojos. Era como si despertara de un sueño, un sueño en el que había descuartizado a una mujer cuyo nombre apenas sabía y cuya cara ya no recordaba.

Bill gritó el nombre de la mujer muerta del dormitorio, y su mujer supo al fin que todo lo que venía sospechando era verdad.

—No, Bill —fue lo único que dijo.

Y entonces ocurrió algo. Se miraron y hubo un instante de inteligencia entre ellos, entre la mujer engañada y su patético marido, cuya debilidad había llevado a aquellos hombres a la puerta de su casa.

—Lo siento —dijo él—. Lo siento mucho. No le digas nada.

Bill sonrió, y aunque había cierta locura en ello, fue, a su modo, algo extraordinario, como una flor en un yermo, y en medio de su dolor y de su miedo, su mujer pudo sonreírle con más amor y más cariño de los que nunca pensó que sentiría por él. Iban a arrebatarse todo, o lo poco que les quedaba, pero en aquellos momentos últimos por fin estarían juntos.

Ella se volvió a mirar a Moloch.

—¿Cómo podría vivir si traiciono a mi hermana y a mi sobrino? —susurró.

Moloch dejó caer los hombros.

—Dexter —dijo—, haz que nos diga lo que sabe.

La cara de Dexter se iluminó. Echó a andar hacia ella y Leonie lo miró un instante. Era la oportunidad de Bill y no la desaprovechó. Con su mano sana descargó un golpe que alcanzó a Leonie en el pómulos derecho, cerca del ojo. La negra cayó hacia atrás. Bill quiso arrebatársela el arma y con el codo la golpeó otra vez. La pistola quedó libre.

En la otra punta de la estancia, Braun ya echaba mano de su arma. Willard seguía como aturdido, pero también se sacaba ya el arma del cinturón. Bill barrió la estancia con la mano armada en busca de Moloch. Moloch agarró a Patricia y se la puso delante a modo de escudo.

Con el raballo del ojo, Bill veía a los dos hombres que empuñaban las armas; a Willard, paralizado en el sitio; y a Leonie, que se ponía de rodillas y aún se tambaleaba por efecto de los golpes; todos gritándole.

Miró a su mujer, que le sonrió de nuevo de aquella manera, y él la amó.

Apretó el gatillo y en el pecho de su mujer se abrió una herida roja. Por un momento, todo fue ruido.

Y, después, silencio.

Nadie decía nada. Bill yacía muerto junto a la pared. Shepherd y Tell estaban en la puerta, atraídos por el alboroto. Patricia Gaddis seguía viva. Moloch se había agachado a su lado.

—Dímelo —decía—. Dímelo.

Le metió el dedo en la herida del pecho y ella dio una sacudida, como un pez en el hilo de pescar.

—Dímelo y paro.

Ella le escupió sangre y empezó a temblar. Moloch la tomó por los hombros al ver que agonizaba.

—La encontraré —prometió—. Los encontraré a los dos.

Pero ella ya estaba muerta.

Moloch se puso en pie, se dirigió hacia Willard y le dio un puñetazo en la cara. Willard dio unos pasos atrás tambaleándose y Moloch lo golpeó de nuevo, obligándolo a arrodillarse.

—No vuelvas a hacerlo —dijo Moloch—. Yo te diré lo que quiero que hagas y tú lo harás. De ahora en adelante, respiras porque yo te lo permito. Mata cuando yo te lo diga.

Willard murmuró algo.

—¿Qué dices?

Willard se quitó las manos de la destrozada nariz.



—La he encontrado —dijo Willard—. He encontrado la caja.

Las cartas tenían matasellos de Portland, Maine. Patricia no debería haberlas guardado —su hermana se lo advertía—, pero eran todo lo que conservaba de ella y atesoraba cada palabra suya. A veces se sentaba a solas en el dormitorio e intentaba captar algo de su hermana pequeña, algún rastro de su perfume. Aunque el olor de su hermana se había desvanecido por completo, Patricia creía que aún podía percibir algún tenue resto, porque el recuerdo de ella nunca la dejaría.

—No es una ciudad grande, pero no resultará fácil encontrarla —dijo Dexter.

Estaban alejándose de la casa de Camp Hill. Al principio, Moloch creyó que los vecinos no habían oído los disparos, pues al salir de la casa no vieron a nadie asomado a la puerta o al jardín, pero unos minutos después se oyeron sirenas. Para entonces ya habían abandonado la furgoneta que habían aparcado en la parte trasera de la casa a modo de precaución, riesgo que había merecido la pena.

—Tampoco utilizará su verdadero nombre —continuó Dexter.

Moloch levantó la mano para imponerle silencio.

*Tampoco utilizará su verdadero nombre.*

Si utilizaba otro nombre, necesitaría documentos de identidad, y ella sola no podía habérselos procurado. Debió de recurrir a alguien, alguien que ella creía que no la traicionaría. Moloch repasó mentalmente los nombres y sopesó todas las posibilidades, hasta que al final dio con el que buscaba.

Meyer.

Karen Meyer.

Su esposa habría recurrido a una mujer.

Se dirigieron a Philly, allí tomaron habitaciones en un par de moteles de carretera. Dexter y Braun comieron en un Denny's y luego les llevaron comida a los demás. Willard y Leonie tenían heridas que podían llamar la atención, y Moloch no podía correr el riesgo de que lo vieran. Shepherd y Tell estaban viendo la tele en su habitación y oían a los analistas comentar el orden de batalla.

—Tío, a estos cerdos vamos a mandarlos de un bombazo a la Edad de Piedra —dijo Tell.

A juzgar por sus casas, a Shepherd le parecía que aquellas gentes no distaban tanto de la Edad de Piedra. Bien mirado, para la mayoría sería como un viaje corto pero lleno de peripecias. Aun así, Shepherd creía que se lo habían buscado.

—Ojo por ojo —dijo Tell.

—Así funciona el mundo —concordó Shepherd.

Como siempre, Dexter y Braun compartían también habitación. Braun estaba leyendo un libro y Dexter viendo un DVD en su reproductor portátil.

—¿Qué estás viendo? —le preguntó Braun.

—*Grupo salvaje*.

—¡Guau! ¿Y qué más tienes?

—*Dos hombres y un destino. La cosa. El último pistolero*.

Braun dejó de leer un momento.

—¿Siempre ves películas en las que los protagonistas mueren al final?

Dexter miró a Braun.

—Me parecen... oportunas.

Braun le sostuvo la mirada.

—Sí —dijo—. Supongo.

Y volvió a su libro. Leía la *Historia de la guerra del Peloponeso* de Tucídides. Braun creía en el conocimiento del pasado sobre todo si tenía que ver con lo militar, pues él mismo había sido soldado en cierto momento de su vida. Los atenienses se disponían a enviar su gran flota, cargada de arqueros, honderos y jinetes, para conquistar Sicilia, contra el consejo de los más prudentes. Braun no conocía los detalles de lo que iba a ocurrir —por eso estaba leyendo el libro, por cierto—, pero de sus estudios de historia militar recordaba lo bastante para saber que el imperio ateniense zarpaba rumbo a su perdición.

Moloch estaba tumbado en la cama de su habitación y zapeó hasta que encontró un boletín de noticias y vio que sacaban el Land Cruiser del río y llevaban los cuerpos tapados a una ambulancia. En la pantalla apareció una foto de Misters. Aún conservaba los ojos y la lengua cuando hicieron la foto. La policía estaba buscando testigos presenciales del accidente y tomando moldes de las huellas de los neumáticos de las furgonetas. No tardarían en relacionar los asesinatos de Pensilvania con la fuga de la cárcel. Moloch calculó que tenían veinticuatro horas, quizá cuarenta y ocho, para hacer lo que tenían que hacer antes de que la red se extendiera más hacia el norte.

Ahora le parecía extraño, pero hubo un tiempo en que a Marianne le gustó el nombre de él. Se llamaba Edward; no Ted, ni Ed, ni Eddie. Edward. Sonaba aristocrático. Era solemne, no ridículo.

Lo que nunca le gustó era su apellido, cuyo origen no entendió hasta que fue demasiado tarde. Sólo cuando aprendió a calarlo y a no fiarse de las apariencias, empezó a darse cuenta de la clase de hombre con el que estaba liada. Una vez leyó un artículo de prensa sobre una escultora que trabajaba con piedra y que decía que la obra que estaba creando se hallaba ya dentro del bloque, de manera que su tarea consistía, simplemente, en quitar la materia sobrante que la cubría. Después, Marianne se identificó con la escultora, porque fue viendo que lo que ocultaba la fachada de su marido era algo infinitamente más complejo y más temible de lo que ella había imaginado; y así fue como empezó a temer su nombre, cuando al final empezó a buscar claves que explicaran al hombre con el que se había casado y las cosas secretas que hacía.

Tenía muchas formas, muchos derivados: Moloch, Malik, Melech, Molech. Aparecía en tradiciones amonitas, cananeas, semitas. Moloch: el antiguo dios del Sol; el que traía las pestes; el dios de la riqueza de los cananeos. Moloch: el príncipe de País de las Lágrimas; el Moloch de Milton, manchado con la sangre del sacrificio humano. Los israelitas le entregaron a sus primogénitos quemándolos en la hoguera. Se dice que Salomón construyó un templo dedicado a él cerca del Gehena, las puertas del infierno.

Moloch. ¿Qué clase de persona llevaba semejante nombre?

Y, sin embargo, al principio estuvo cariñoso con ella. Cuando una vive en Biloxi, Mississippi, donde los casinos flotantes atraen a gentes de la peor calaña, a los que no pueden permitirse ir a Florida o a Las Vegas, o a los que no se fijan en lo que los rodea mientras haya una mesa de juego, un repartidor de cartas y quizás una camarera dispuesta a consolarlos a cambio de una ficha de cincuenta dólares, entonces el hombre que no intenta tocarte el culo es poco menos que un galán.

Y Moloch era diferente. Ella trabajaba en el Biloxi Black Beauty, un falso casino flotante pintado, pese a la alusión negra de su nombre, con tantas capas de rosa que sólo de verlo daba dentera. Las camareras estaban obligadas a llevar corsés blancos como si fueran prostitutas decimonónicas que limpiaran después de irse el cliente, y

faldas fruncidas que hace cien años no habrían enseñado más que un poquito de piel pero que ahora eran tan cortas que los pliegues de las nalgas quedaban constantemente a la vista y los frunces de las faldas eran como telones levantados para que se viera el acto principal. En teoría, los hombres no debían tocarles otra parte del cuerpo que no fuera la espalda o el brazo. Pero en realidad las propinas eran mejores si una no se atenía demasiado estrictamente a la letra de la ley y les permitía algún atrevimiento. Si se propasaban demasiado, bastaba con hacer una seña a los guardas jurados que moteaban el casino con sus chaquetas verdes, tan omnipresentes como las macetas de palmeras artificiales, si bien éstas tenían más probabilidades de desarrollarse como individuos que los gorilas del Black Beauty. Ellos entonces se acercaban al borracho (pues los que se comportaban así siempre estaban borrachos), uno por cada lado, y, hablándole con calma, lo retiraban rápidamente de la mesa y se lo llevaban sin olvidarse de recoger sus fichas y bebidas, pues al cliente, al estar borracho, le habría resultado difícil discutir, caminar y, al mismo tiempo, no perder de vista las fichas que le quedaban. Cuando el jugador se iba, sin que el crupier hiciera el menor caso de su ausencia, no tardaba otro en ocupar su puesto en la mesa.

Con todo, quejarse no compensaba. Había montones de chicas deseando ocupar el sitio de las que tenían fama de causar problemas o de no saber encajar las atenciones de los hombres que se gastaban alegremente sus ahorros a cambio de un par de bourbons aguados gratis.

Marianne nació en el seno de una familia de Tunica, ciudad de la región algodonera del noroeste de Mississippi, cerca de la frontera con Arkansas. Se crió casi al lado de Sugar Ditch, un barrio donde los descendientes de esclavos vivían entre alcantarillas abiertas a un par de manzanas de la calle mayor. Su padre tenía un pequeño restaurante en Magnolia Street, pero Tunica era tan pobre que el modesto negocio apenas si podía mantenerse. El banco embargó el local y cegó las ventanas con tablas. Su padre se hundió y su familia se hundió con él. El hombre se volvió depresivo y luego violento. El día en que propinó a Marianne un golpe tan fuerte en la cabeza que la dejó sorda de un oído durante una semana, su madre hizo las maletas y se llevó a sus dos hijas a Biloxi, donde vivía su hermana, y nunca más volvió a Tunica. Vivieron casi en la miseria, pero la madre de Marianne era muy ahorradora y pudo mandar a sus dos hijas a la escuela de tal forma que, con el tiempo, pudieran abrirse paso en la vida. Después se reconcilió con su marido y él se fue a vivir con ella y su hermana los tres años que le quedaban de vida, un pobre hombre destruido por la mala suerte, escaso juicio y la incapacidad de dejar de beber antes de apurar la botella. Lo enterraron en Tunica, y dos años después enterraron a su mujer con él, aunque para entonces Tunica había cambiado. Los casinos habían llevado riqueza a lo que antes no era sino un lugar de paso a cosas mejores. Ahora había un reloj de carillón en un parquecito del centro que daba las horas con música, había recogida de

basuras gratis, incluso señales viales (cuando Marianne era joven, la ciudad no podía permitirse el lujo de ofrecer a los visitantes una señal oficial que les indicara dónde estaban, circunstancia que el difunto Harry Rylance sin duda habría lamentado). Marianne pensó en volver a Tunica para huir de Biloxi, pues no le faltaría trabajo en los casinos y la calidad de vida era considerablemente mejor que la del trecho de la Costa del Golfo en el que vivía, pero entonces conoció a Moloch.

El origen de la decadencia de su padre y el espectáculo que le ofrecían noche tras noche los casinos la habían vuelto recelosa e intolerante incluso con las personas que bebían con moderación, pero Moloch no bebía alcohol. En cuanto se sentó y colocó cuidadosamente sus fichas en la mesa, ella acudió a servirle, pero él rehusó el cóctel que le ofrecía y le dio un billete de diez dólares por cada gaseosa que le servía. Jugó al póquer con serenidad y ganó más partidas que ningún otro jugador, y al menos quedó en tablas tres de cada cinco veces. Llevaba una chaqueta de lino negra sin una sola arruga y una camisa blanca con el cuello desabotonado. Era alto pero corpulento, ancho de hombros, fino de cintura y fuertes muslos. Tenía el pelo moreno, sin un sola cana, y la cara chupada, surcada de arrugas que le bajaban verticales desde las mejillas a la boca, como viejas heridas que hubieran cicatrizado. Tenía los ojos de un azul verdoso y las pestañas largas y negras. Marianne no habría dicho que era exactamente guapo, pero tenía carisma. También olía bien. Llevaba una de esas lociones de afeitado que hacen que las mujeres se paren cuando se cruzan con los hombres que las llevan y se sientan indefensas. Y acabó ganando en el juego: no tanto para llamar la atención, pero sí lo suficiente para que la banca exhalara un suspiro de alivio cuando se levantó de la mesa. Gracias en no poca medida a su generosidad, Marianne acabó su turno aquella noche con doscientos dólares en billetes metidos en el bolso. Eso casi la compensó de los borrachos y los pelmas.

Cuando salió del trabajo decidió volver a casa a pie, para estirar las piernas y estar un rato sola. Marianne era una mujer atractiva y había aprendido a aprovecharlo en el casino pero a disimularlo en la calle, por lo que no atrajo muchas miradas camino de Lameuse Boulevard y Old Biloxi.

El hombre se abalanzó sobre ella desde el callejón de un restaurante cerrado. Aun en el poco tiempo que tuvo de verle la cara antes de que le tapara la boca con la mano izquierda y la sujetara del cuello con la derecha, lo reconoció. Lo habían echado del casino poco antes por meterle la mano entre las piernas y toquetearla dolorosamente, sin que ella pudiera desasirse por lo bien agarrada que la tenía. Hasta los burros de los seguratas pudieron ver la violencia con la que la zarandeaba y cómo apretaba ella la boca, pues los labios casi se le pusieron blancos. El jefe de personal le preguntó si quería presentar una denuncia, pero ella rehusó. Poner una denuncia significaba perder el trabajo en el Biloxi Black Beauty, y le costaría encontrar otro cuando se supiera que había llamado a la policía y el nombre del casino apareciera en los

registros policiales e incluso en la prensa local. No, no presentaría ninguna denuncia. Cuando volvió a las mesas, el hombre de la chaqueta negra de lino que tomaba gaseosa no le dijo nada, pero ella supo que había presenciado todo lo ocurrido.

Y ahora allí estaba de nuevo el pelma, con la mejilla amoratada porque seguramente ser un fanfarrón le había traído más problemas con la seguridad del casino de lo que había previsto, con el pelo rubio sudado, el traje color canela arrugado y el hombro izquierdo rasgado. Sujetándola de otro modo, la arrastró a la oscuridad susurrándole al oído:

—¿Qué, zorra? ¿Me recuerdas, so zorra? —Una y otra vez. Zorra, zorra, zorra.

El callejón tenía forma de L y formaba un recodo a la derecha que no se veía desde la calle. Cuando llegaron a él, el hombre le dio la vuelta y la arrojó sobre un montón de bolsas de basura negras. Marianne notó que algo afilado se le clavaba en el muslo. Abrió la boca para gritar y él le enseñó el cuchillo.

—Grita, zorra, y te rajo. Te rajo de arriba abajo. Bájate los pantalones, rápido, ¿me oyes?

Y mientras hablaba se hurgaba en sus propios pantalones tratando de quitárselos también. Tenía la bragueta abierta y la mano dentro. Se le acercó y blandió el cuchillo, que le pasó rozando la punta de la nariz.

—¿Me oyes, zorra? —Se inclinó y Marianne pudo verle la saliva que le caía por la barbilla—. ¡Quítatelos!

Ahora Marianne lloraba y se odiaba por llorar, aunque, a la vez, se desabotonaba los vaqueros y odiaba lo fácilmente que se desabrochaban los botones, y odiaba que aquello fuera a ocurrirle a ella y que se lo hiciera aquel hombre.

Odiaba, odiaba, odiaba.

Se oyó un chasquido y el hombre se quedó quieto. Movié los ojos a la derecha sin mover la cabeza, como si esperara que los globos oculares siguieran rotando y le permitieran ver al hombre que tenía detrás y que ahora le colocaba una pistola contra la nuca.

Al hombre de la camisa blanca y la chaqueta de lino sin una arruga.

—Suelta el cuchillo —dijo.

El cuchillo cayó al suelo, rebotó con la punta de la hoja y se perdió entre la basura.

—Camina hacia la pared.

El asaltante hizo lo que le decían y, al pasar junto a ella, Marianne percibió un fuerte olor a amoníaco y supo que se había orinado de miedo.

Y eso le gustó.

—Arrodíllate —dijo el hombre de la pistola.

El otro no se movió. El pistolero dio un paso atrás y le pasó el cañón del arma por la nuca. El hombre se inclinó hacia delante y cayó de rodillas.

—Pon las manos en la pared.

El hombre de la pistola se volvió hacia ella.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Marianne asintió. Podía sentir algo amargo que le rascaba en la garganta. Se lo tragó. El pistolero la ayudó a ponerse en pie.

—Ve al final del callejón y espérame allí.

Marianne se fue sin hacer preguntas. El violador seguía de cara a la pared, pero podía oírlo sollozar. Llegó al final del callejón y se apoyó en la pared, puso las manos en las rodillas e inclinó el tronco. Llenó sus pulmones de aire enrarecido, notó sabor de agua contaminada y grasa. Todo su cuerpo sufría sacudidas y las piernas le flaqueaban. Sin la pared en la que apoyarse, estaba segura de que se habría desplomado. Los transeúntes la miraban pero nadie se preocupó por ella. Aquella ciudad era para divertirse y la gente no quería que le aguara la fiesta una mujer enferma.

Su salvador, pues así lo llamaba ya ella, apareció donde ella estaba uno o dos minutos después. En ese lapso, Marianne oyó unos ruidos, como si golpearan la pared con una toalla mojada: el hombre venía arreglándose la pernera del pantalón.

—Vamos.

—¿Qué le has hecho?

—Pegarle un poco.

—Hay que llamar a la policía.

—¿Por qué? —El hombre parecía sinceramente extrañado.

—Podría intentarlo otra vez.

—No volverá a hacerlo. Llama a la policía si crees que lo necesitas, si con eso te sientes mejor, pero confía en mí, no volverá a intentar nada parecido. ¿Sigues queriendo llamar a la policía?

El hombre se detuvo a su lado. Marianne pensó en el interrogatorio al que la someterían, en las preguntas que le harían en el casino, en la cara que pondría el jefe cuando le dijera que no volviera el lunes, que no volviera nunca más, lo siento, así son las cosas.

—No —contestó—. Vámonos.

Él caminó con ella un par de manzanas, luego llamó a un taxi. La dejó en la puerta de su apartamento, pero declinó la invitación a subir.

—¿Volveremos a vernos? —preguntó él.

Marianne le anotó su número de teléfono en el dorso de un recibo y se lo dio.

—Sí, me gustaría. ¿Cómo te llamas?

—Edward.

—Gracias, Edward.

Cuando estuvo a salvo dentro, el taxi arrancó. Cerró la puerta, se apoyó en ella y

por fin pudo llorar.

El hombre se llamaba Otis Barger. Moloch lo leyó en su carnet de conducir. Otis era de Anniston, Alabama.

—Estás muy lejos de tu casa, Otis.

Barger no contestó. No podía. Tenía las manos y los pies atados con un alambre que Moloch había sacado del maletero del coche, y la boca amordazada con cinta adhesiva. Tenía un ojo hinchado y sangre en la mejilla. El pie derecho se le veía torcido de mala manera, porque Moloch se lo había roto con el tacón de la bota para que no pudiera huir mientras él llevaba a la joven a su casa. Yacía entre las bolsas de basura en las que, sólo veinte minutos antes, Marianne estuvo tirada mientras él se disponía a violarla.

Moloch sacó una fotografía de la cartera de Barger. En ella se veía a una mujer morena, ni guapa ni fea, y a un chico también moreno que sonreía.

—¿Tu mujer y tu hijo?

Barger asintió.

—¿Seguís juntos?

Barger asintió otra vez.

—Tu mujer merece algo mejor. No la conozco, pero tendría que ser una verdadera arpía para estar contigo. ¿Crees que te echará de menos cuando estés muerto?

Esta vez Barger no asintió, pero los ojos se le humedecieron.

Moloch le propinó una patada en el pie roto y Barger dio un grito que la mordaza ahogó.

—Te he hecho una pregunta. ¿Crees que te echará de menos?

Barger asintió por tercera vez. Moloch se levantó la pernera y sacó la pistola de la funda que llevaba en el tobillo. Miró a un lado y otro y hurgó con el pie en la basura hasta que encontró un cojín viejo. Se acercó a Barger y se arrodilló junto a él.

—No te creo —dijo—. ¿Qué es lo que le decías a la mujer que querías violar? ¿Zorra? ¿Es eso lo que le decías? —Le dio un cachete en la cabeza—. ¿Es eso?

Barger asintió por cuarta y última vez.

—Pues bien —dijo Moloch—. Ahora es mi zorra.

Le puso el cojín en la cabeza, hundió en él el cañón de la pistola y apretó el gatillo.

Marianne jamás se enteró de eso, aunque en los años siguientes pensó muchas veces en aquella noche y se preguntó qué habría sido del hombre del callejón. Moloch sólo decía que le había pegado y le había dicho que se fuera de la ciudad. Como no volvió a verlo en Biloxi, supuso que era verdad.



Pero...

Pero en los casi cuatro años que estuvieron juntos —primero seis meses viéndose y luego cuarenta meses casados y viviendo en una casita de Danville, Virginia—, ella fue cobrándole más y más miedo a aquel hombre: a sus cambios de humor, a su inteligencia, a su crueldad con ella. Sabía dónde golpearla para que doliera mucho y se notara poco. Conocía partes de su cuerpo en las que la simple presión de sus dedos bastaba para hacerla gritar de dolor. Tenían dinero, él siempre tuvo dinero, pero le daba lo justo para criar a los tres miembros de su pequeña familia, ellos dos y un hijo que tuvieron durante aquel terrible segundo año. Le pedía que le enseñara recibos de todo y le diera explicaciones hasta del último centavo que gastaba, y que le contara lo que hacía en cada momento y lo justificara.

Aquello empezó al poco de casarse. Marianne tenía la impresión de que lo único que él quería era el certificado de matrimonio. Él la cortejó, le prometió cosas, consiguió una casa donde vivir. Ella dejó el trabajo en Biloxi a las dos semanas de casarse y él le dijo que no buscara otro durante un tiempo, que viajarían, que conocerían un poco aquel gran país. Pasaron una corta luna de miel en México, estropeada por el mal tiempo y los humores de Moloch, pero el proyectado viaje por carretera nunca lo realizaron. Ella aprendió pronto a no mencionarlo, porque en el mejor de los casos él le decía murmurando que estaba muy ocupado, pero otras veces le agarraba la cara y empezaba a acariciarla para, poco a poco, apretar más con el dedo índice y el pulgar hasta obligarla a abrir la boca y, cuando el dolor empezaba a arrancarle lágrimas, besarla y soltarla.

—En otra ocasión —decía—. En otra ocasión.

Y ella no sabía si se refería al viaje o a algún capricho que él quería concederse.

La primera vez que le pegó de verdad fue un día que regresó de un «viaje de negocios» en Tennessee, a los cinco meses de casados. Marianne le dijo que había encontrado trabajo en una librería. Era sólo dos tardes por semana y todo el sábado, pero eso le permitiría salir de casa. Y así...

—No quiero que trabajes —replicó él.

—Pero necesito trabajar —contestó ella—. Me aburro.

—¿Te aburres? ¿Conmigo?

Las facciones de su rostro se hundieron hasta tal punto que ella casi tuvo la impresión de que le vería los dientes rechinando por los agujeros de las mejillas.

—No, no contigo. No me refería a eso.

—Entonces, ¿a qué te referías? Dices que te aburres, algo significará eso para un hombre. ¿Ya no te valgo? ¿Quieres buscarte a otro? O a lo mejor ya lo has encontrado y por eso quieres trabajar, para tener una excusa y salir de casa.

—No, no es eso, no es eso en absoluto.

Hablaba como si estuviera celoso, pero sus palabras no traslucían despecho.

Estaba interpretando un papel y, pese al miedo, así lo entendió Marianne. Pero por eso, por no saber por qué se molestaba él tanto, le resultaba más difícil la discusión.

—Vamos, cariño, no es eso... —dijo, y fue a tocarlo—. No seas...

Ni siquiera lo vio moverse. Estaban hablando y ella extendía la mano hacia él cuando de pronto se vio con la cara contra la pared y con el brazo retorcido en la espalda. Notó el aliento de él en la oreja.

—No seas ¿qué? Dime. ¿Crees que me conoces? Pues no me conoces. Tendré que enseñarte algo de mí.

Con la mano izquierda y el peso de su cuerpo la tenía sujeta mientras le metía la mano derecha por debajo del jersey, llegaba a la piel y empezaba a explorar su cuerpo arriba y abajo.

Y de pronto empezó el dolor: en el estómago, en los riñones, en la ingle. Abrió la boca con un grito mudo, el daño iba en aumento y pasaba del amarillo al rojo y al negro, y las últimas palabras que oyó fueron:

—¿Te enteras ahora?

Cuando recobró el conocimiento yacía en el suelo de la cocina y lo tenía encima. Al mes siguiente estaba embarazada. Incluso ahora, años después, seguía doliéndole pensar que Danny, su maravilloso, su precioso Danny, pudo ser concebido aquella noche. Quizás ése era el precio que debía pagar por tenerlo. Si era así, había estado pagando ese precio mucho tiempo, y a veces, cuando el pequeño lloraba mucho, Marianne veía asomar un destello a los ojos de Moloch y corría a calmar al niño, ahogándolo casi contra sí.

El hijo había sido un error. Moloch no quería hijos y habló de abortar, pero al final cedió. Ella creyó que lo hizo porque pensaba que eso la ataría más a él, aunque le decía que ahora eran una familia, que siempre lo serían.

Él no la odiaba. La quería. Eso le decía aunque le pegara.

Te quiero.

Pero si algún día intentas dejarme, te mataré.

El error de Moloch fue subestimarla. Los hombres siempre la habían subestimado: su padre, su tío (los días de Acción de Gracias se emborrachaba y le robaba besos a la sobrina en la paz de la cocina, abriendo la boca, atrapándola y tocándola mientras ella procuraba escaparse, aplacarlo sin ofenderlo para no poner en peligro la precaria posición que su familia ocupaba en la casa del tío), los hombres para los que trabajaba o con los que se acostaba. Le convenía. Donde ella se crió, los hombres temían y odiaban a las mujeres más inteligentes o fuertes que ellos. Era mejor no llamar la atención, sonreír bobamente. Eso le daba a una más margen de maniobra para cuando lo necesitara.

Y así empezó a escuchar retazos de conversaciones telefónicas y a utilizar su

coche, con el poco combustible que él le permitía gastar, para seguir a su marido. De vez en cuando, recogía recibos de compras que no había hecho ella, porque Moloch se había vuelto más distraído y ya no comprobaba todos y cada uno de los productos para la cocina y el baño. Buscaba ofertas de tres por dos, de compre uno y llévese otro; guardaba todo lo que le daban gratis con vistas a usarlo luego. Le llevó casi un año entero, pero poco a poco ahorró algún dinero.

Había partes de la casa que le estaban vedadas —el cobertizo, el ático—, pero ahora se arriesgaba a visitarlos. En un arranque de valor que le quitó el sueño durante días, llamó a un cerrajero y le explicó que había perdido las llaves del cobertizo del jardín y del ático y que su marido se enfadaría si lo descubría.

Y entonces empezó a explorar.

Lo primero que hizo fue confeccionar un plano de todo lo que había en el cobertizo para asegurarse de que volvía a poner los objetos en su sitio. El ático le resultó más difícil porque estaba lleno de trastos y de ropa vieja, pero también hizo un dibujo.

En el cobertizo no halló al principio más que una pistola envuelta en hule, escondida en una caja de clavos y tornillos. Le costó dos inspecciones más —en el curso de una de las cuales Moloch volvió a casa y ella tuvo que meterse las manos en los bolsillos por miedo a que él se las viera manchadas de polvo y orín— descubrir el agujero en una de las tablas del piso. Parecía un orificio de la madera, un nudo que faltara, pero cuando la levantó descubrió la bolsa.

No tuvo tiempo de contar todo el dinero que contenía, pero calculó que debía rondar los novecientos mil dólares, todo en billetes de veinte y de cincuenta. Volvió a colocar la tabla y regresó dos veces más al cobertizo para cerciorarse de que no había dejado rastro de su presencia.

En el ático había joyas, algunas antiguas, otras bastante nuevas. Encontró también un fajito de bonos al portador por valor de cincuenta mil dólares, y datos de cuentas bancarias a nombre de hombres y mujeres desconocidos, así como información de tarjetas de crédito muy detallada, que hasta incluía los números de seguridad de tres dígitos que figuran en el dorso de las tarjetas.

Halló también el carnet de conducir de una mujer llamada Carol-Anne Brenner, nombre que resonó vagamente en su memoria. Al día siguiente fue de compras y se pasó por el café internet del centro comercial. Introdujo el nombre de Carol-Anne Brenner en el buscador y aparecieron una médico, una atleta y una candidata a la beatificación.

Y también la víctima de un asesinato.

Carol-Anne Brenner, viuda, cincuenta y tres años. Asesinada en su casa de Pensacola, Florida, tres meses antes. El móvil, según la policía, fue el robo. Buscaban a un hombre como presunto autor del crimen. Acompañaba el informe un retrato

robot que representaba a un joven rubio, más guapo que apuesto, pensó ella. La policía creía que Carol-Anne Brenner pudo tener una aventura con el joven y que él la sedujo para robarle. No figuraba el nombre de él. Habían sacado todo el dinero de las cuentas bancarias de Brenner los días anteriores al descubrimiento del cadáver y todas las joyas habían desaparecido.

Al día siguiente, registrando de nuevo el ático, encontró más joyas, y bolsos vacíos, y fotografías de mujeres, unas veces solas, otras con sus familias. Encontró también cuatro carnets de conducir y dos pasaportes, todos con fotografías de su marido pero con nombres distintos. Los carnets de conducir estaban sujetos con un elástico, los pasaportes metidos en un sobre marrón. En la solapa había un número de teléfono anotado.

Marianne recordó el día en que le habían entregado aquel sobre. Lo trajo una mujer, una mujer de pelo corto y moreno y de andares vagamente masculinos, que se quedó mirándola con compasión y quizá cierto interés. El sobre iba precintado, y Moloch montó en cólera porque la mujer se lo había confiado a Marianne hasta que él confirmara que el precinto estaba intacto.

Marianne memorizó el número.

Dos días después llamó.

La mujer se llamaba Karen Meyer y se vieron en el centro comercial, mientras Danny dormía en el cochecito. Marianne no sabía por qué confiaba en ella, pero había sentido algo el día que la mujer llevó el sobre. Y para lo que ella necesitaba, Marianne no tenía a nadie más a quien recurrir.

—¿Para qué me has llamado? —preguntó Meyer.

—Necesito tu ayuda.

—No puedo ayudarte.

—Por favor.

Meyer miró alrededor, examinó las caras de la gente.

—Lo digo en serio. No puedo. Tu marido me hará daño. Nos hará daño a todos. Tú debes de saber mejor que nadie cómo es.

—Lo sé. Quiero decir, no lo sé. Ya no lo sé.

Karen se encogió de hombros.

—Pues yo sí lo sé. Por eso no puedo ayudarte.

Marianne notó que las lágrimas empezaban a resbalarle por las mejillas. Estaba desesperada.

—Tengo dinero.

—No el suficiente.

Karen se levantó para marcharse.

—No, por favor.

Marianne la sujetó firmemente de la muñeca y la retuvo. Karen se quedó quieta y miró la mano de la joven.

Marianne tragó saliva, pero siguió mirando a Karen a la cara. Le soltó la muñeca, deslizó la mano hacia la palma y probó a acariciarla. Por un momento creyó que la mano de Karen se estremecía, hasta que de pronto la retiró.

—No vuelvas a llamarme —dijo Karen—. Como me llames, se lo diré.

Marianne no la vio marcharse. Temerosa y humillada, se tapó la cara hasta que Karen se hubo ido.

Karen se presentó en su casa tres días después. Marianne fue a abrir la puerta y se la encontró allí a los diez minutos de que Moloch se hubiera ido para todo el día.

—Dijiste que tenías dinero.

—Sí, puedo pagarte.

—¿Qué necesitas?

—Una nueva identidad para Danny y para mí, y quizá para mi hermana y su marido.

—Te costará veinticinco mil dólares y sé que es un ojo de la cara.

Marianne sonrió a su pesar y, al cabo de un segundo, también Karen sonrió.

—Sí, bueno —admitió—. Quiero ser sincera. Te cobro mucho más de lo habitual, pero tengo que cubrirme. Si nos descubre, tendré que huir. ¿Lo entiendes?

Marianne asintió.

—Quiero la mitad ahora, la otra mitad después.

Marianne sacudió la cabeza.

—No puedo.

—¿Cómo que no? Dijiste que tenías dinero.

—Y lo tengo, pero no puedo tocarlo hasta justo antes de marcharme.

Karen se quedó mirándola.

—El dinero es de él, ¿verdad?

Marianne asintió.

—¡Mierda!

—Hay mucho más de lo que pides. Te prometo que lo tendrás en cuanto yo esté lista para partir.

—Necesito algo ahora.

—No tengo la mitad, ni nada parecido.

—¿Cuánto puedes darme?

—Doscientos.

—¿Doscientos?

Karen se dejó caer contra la pared y estuvo sin decir nada un minuto por lo menos.

—Dámelos —dijo al cabo.

Marianne subió al piso de arriba y sacó el rollo de billetes del único sitio seguro que había podido encontrar: una caja de tampones. Era una peculiaridad de Moloch: cuando tenía la regla ni siquiera dormía con ella. Le dio a Karen el rollo de billetes de uno y de cinco dólares.

—¿Quieres contarlo?

Karen sopesó los billetes.

—Imagino que es todo lo que has podido sacar, ¿verdad?

Marianne asintió. Luego añadió:

—Bueno, me quedo con cincuenta. Nada más.

—En fin, de momento es suficiente —dijo Karen, e hizo ademán de marcharse.

—¿Cuánto tardarás?

—Unas dos semanas. Podrás recogerlo cuando te vayas y entonces me darás el resto.

—De acuerdo.

Marianne abrió la puerta. La mujer aprovechó para acariciarle la cara. Marianne no se inmutó.

—Lo habrías hecho también, ¿verdad? —dijo Karen en voz baja.

—Sí.

Karen sonrió y le dijo:

—Tienes que perfeccionar tu técnica de seducción.

—Nunca tuve que usarla... en circunstancias similares.

—Supongo que porque no sentías nada.

—Supongo que no.

Karen sacudió la cabeza con tristeza, montó en su coche y se fue.

Marianne nunca entendió por qué Moloch conservó los carnets, los bolsos, los efectos personales de las mujeres. Suponía que eran como recuerdos, o una forma de tener presentes a las mujeres a las que pertenecían, una especie de *souvenirs*. O quizá simplemente los guardaba por vanidad.

Moloch nunca le dijo cómo se ganaba la vida exactamente. Cuando al principio le preguntaba a qué se dedicaba, le decía que era un «hombre de negocios», un «asesor independiente», un «vendedor», un «comercial». Marianne creía que las mujeres, y lo que les había ocurrido, sólo representaban una parte de lo que él era. Luego, cuando leía noticias de atracos en tiendas o bancos y veía que el dinero de su marido aumentaba; cuando oía que un hombre de negocios había sido asesinado en su coche y le habían robado una cartera que, según se supo después, contenía ciento cincuenta mil dólares en ganancias no declaradas, y veía que a la bolsa del cobertizo se sumaba poco después una cantidad ligeramente inferior a ésa; cuando se enteraba de que en

Altoona desaparecía una joven, hija de un hombre de negocios bastante rico, y encontraban su cadáver en una zanja poco después de que pagaran el rescate, Marianne pensaba en Moloch. Pensaba en Moloch cuando tocaba el dinero; pensaba en Moloch cuando notaba el olor a pólvora quemada que desprendía la pistola escondida en la caja, entre los clavos; y pensaba en Moloch cuando examinaba la suciedad endurecida que quedaba entre los tacos de sus botas y con cuidado sacaba un poco y lo guardaba en bolsas con cierre zip que ataba e introducía en los aplicadores de los tampones.

Aquellos últimos días observó un incremento de la actividad de su marido. Lo llamaban más a menudo por teléfono, el teléfono al que a ella no le estaba permitido contestar. Se ausentaba más veces y por más tiempo. La cifra del cuentakilómetros del coche aumentaba de trescientos en trescientos kilómetros. Él se distraía más y ahora apenas si miraba los recibos del mercado y hasta dejaba de controlar lo que ella gastaba de su asignación semanal.

Tres cosas pudo averiguar Marianne de la última operación de Moloch, se enteró por haber escuchado con atención y por los mapas y notas que él guardaba con llave en el ático. La primera era que tendría lugar en Cumberland, muy al norte del estado y cerca de la frontera con Maryland y Pensilvania. La segunda, que sería en un banco.

La tercera, que sería el último jueves del mes.

Lo planeó todo minuciosamente. Llamó a Karen desde una cabina y le dijo el momento exacto en el que pasaría a recoger los documentos. Se puso en contacto con su hermana, que vivía sólo a unos cuantos kilómetros de distancia pero con la que casi no hablaba debido a la paranoia de Moloch, y la puso al corriente de los planes, advirtiéndole que era posible que ella y el subnormal de su marido tuvieran que salir del estado, aunque lo harían con dinero. Para su sorpresa, a Patricia no pareció preocuparle la idea de partir también. A Bill acababan de despedirlo de una fábrica y lo consideró una oportunidad para empezar de nuevo en otro sitio.

Marianne preparó tres mudas de ropa para sí misma y para Danny, tras gastar el poco dinero que le quedaba en comprar prendas baratas en Marshalls: vaqueros sin marca, camisetas sencillas, jerséis de algodón rebajados. Colocó todo eso en el fondo de sus respectivas pilas de ropa, aunque tampoco debía preocuparse, porque Moloch estaba cada vez más distraído conforme el día de la operación se acercaba. Sería su gran golpe, presentía ella.

Lo que no podía saber era que las recientes acciones de Moloch formaban parte de una serie de estafas y crímenes que venía realizando desde hacía años, que había otros hombres implicados y que cometían fraudes, traficaban con droga, atracaban bancos de poblaciones perdidas.

Y asesinaban.

Y éstas eran sólo las actividades que reportaban beneficios, pues Moloch también

tenía sus aficiones. Tenía más en común con el violador Otis Barger de lo que parecía, con la diferencia de que él elegía mejor a sus víctimas entre la masa de putas, drogadictas y perdidas, y nunca había riesgo de que hablaran, porque cuando había terminado con ellas hacía desaparecer sus cadáveres en bosques y pantanos. La peculiaridad de Moloch —una, si la verdad se supiera, de muchas— era su aversión a practicar sexo vaginal con sus víctimas.

Después de todo, no quería serle infiel a su mujer.

Pero aunque hubiera sabido todo esto entonces, aunque hubiera conocido la insospechada profundidad de la degeneración de su marido, Marianne habría actuado como actuó. Se habría puesto en contacto con Karen, habría seguido deseando escapar.

Habría informado a la policía del atraco al banco.

La llamó poco después de sacar el dinero del escondite del cobertizo y meterlo en el maletero de su coche, junto con dos pequeños bolsos que contenían todas las cosas que quería llevarse. Tenía planeado dirigirse primero a la cita con Karen y luego a la estación de autobuses, donde abandonaría el coche. Allí compraría dos billetes para tres destinos diferentes, en tres ventanillas distintas, y sólo viajaría a un sitio, Nueva York. En Nueva York compraría billetes para tres ciudades distintas, y de nuevo iría sólo a una. Le parecía un buen plan.

Colocó a su hijo en su silla del coche y se dirigió al centro comercial, donde aparcó junto a un teléfono público. Tomó al niño en brazos, que seguía durmiendo, y con él entró en la cabina. Marcó el número de la policía de Cumberland y pidió que le pasaran con el inspector Cesar Aponte. Había leído su nombre en un periódico una semana antes, a propósito de un caso de violencia doméstica en el que una mujer que luchó por defender su vida había acabado en cuidados intensivos. Si no estaba de servicio, tenía otros tres nombres, todos vistos en la prensa.

Hubo una pausa y luego se oyó una voz masculina.

—Inspector Aponte al habla.

Marianne respiró y dijo:

—Hoy a las cuatro de la tarde van a atracar una sucursal del First United en Cumberland. El cabecilla del robo se llama Edward Moloch y vive en...

Gracias al sistema Racal, localizaron la llamada, pero cuando el coche patrulla de la zona llegó a la cabina del centro comercial, Marianne se había ido y nadie recordaba cómo era la mujer que había hecho la llamada. El único detalle que la anciana dependiente del Beanie Baby Boutique pudo recordar era que llevaba a un niño durmiendo en el hombro. Pegado a la parte trasera de la cabina había un sobre, tal y como Marianne les había dicho. El sobre contenía varios carnets de identidad falsos de Moloch y parte, sólo parte, del material del ático que ella creía relacionado



con el pasado criminal de su marido. Lo demás lo había dejado en casa.

Para entonces, Marianne había llegado al lugar de la cita con Karen, una gasolinera abandonada a unos ochocientos metros de la ciudad. Llegaba cinco minutos tarde. No vio el coche de Karen y por un momento temió con horror que se hubiera ido. Al poco apareció Karen en la otra punta del aparcamiento y le hizo señas de que se acercara. Ella se aproximó y aparcó junto a un viejo Oldsmobile.

Se apeó del coche y vio que Karen llevaba un sobre manila.

—¿Lo tienes? ¿Lo tienes todo?

—¿Y tú tienes mi dinero?

Marianne abrió el maletero. La mochila negra que había cogido tenía la cremallera cerrada. Cuando la abrió, unos cuantos presidentes muertos parpadearon a la luz del sol. Cinco de los fajos se veían desatados y atados de nuevo. Marianne se los entregó a Karen.

—Veinticinco mil. Los he contado esta mañana.

—Me fío.

Karen le dio el sobre. Marianne lo abrió ayudándose con la uña del pulgar.

—¿No te fías de mí?

—Si no me fiara, ¿crees que abriría el maletero delante de ti?

—Supongo que no.

Marianne examinó el pasaporte, el carnet de conducir, la tarjeta sanitaria. Ahora era Marianne Elliot en lugar de Marian Moloch. Su hijo, según el nuevo certificado de nacimiento, se llamaba Daniel. Donde debía figurar el nombre del padre ponía: «Desconocido».

—Me has puesto casi el mismo nombre de pila.

—Se ve que es la primera vez que haces esto. Lo primero que te traicionará es que dejes de responder a tu nuevo nombre. Eso despertará sospechas y llamará la atención. Marianne se parece lo suficiente a tu nombre para que no tengas ese problema.

—¿Y el padre de Danny?

Le había pedido a Karen que a su hijo le pusiera Daniel. Era el nombre que ella siempre quiso que llevara, pero Moloch le puso su propio nombre, Edward. Ahora era Daniel. Para ella siempre había sido Daniel.

—Cuando te pregunten, di que se llamaba Lee Server y que está muerto. Ahí verás una necrología de Server con todo lo que tienes que saber de él.

Marianne asintió. Encontró más documentos y carnets de identidad para Patricia y Bill, con fotos algo viejas porque eran las únicas que tenía a mano cuando Karen accedió a ayudarla. También llevaban los mismos nombres de pila.

—Debería pedirte más dinero —dijo Karen—. He tenido que pagar a ciertas personas. Los documentos se remontan en el tiempo y hasta he incluido los

certificados de defunción de tu padre y de tu madre. En el sobre verás una hoja escrita a máquina. Memoriza lo que dice y luego quémala. Es tu nueva familia, aunque ya no la conocerás. Eres hija única. Tus padres están muertos. Todo muy triste.

Marianne volvió a meter los documentos en el sobre.

—Gracias.

—¿Cómo demonios conociste a ese hombre? —preguntó Karen de pronto.

—Un tipo intentó violarme —contestó Marianne—. Él me salvó.

Se hizo un silencio.

—¿De veras? —preguntó Karen con tristeza.

—Me fié de él. Era... fuerte.

Entonces dio media vuelta y se encaminó al coche.

—Yo le puse los nombres que has visto en los papeles del ático —dijo Karen.

Marianne se detuvo.

—¿Qué quieres decir?

—Yo los inventé, todos menos uno. Recurrí a mí y lo hice.

—¿Quién es? ¿Quién es realmente?

—No lo sé. El único nombre que no inventé es el que te dijo a ti. Yo lo conocí por Moloch desde el principio. Supongo que ese nombre le gusta mucho.

Le arrojó a Marianne unas llaves de coche.

—Éste es tu nuevo coche. La documentación está en la guantera. Limpio.

—Te daré más dinero.

—No me costó mucho. Lo tenía escondido por si me veía obligada a huir. Supongo que ahora lo necesitas más que yo.

Karen la ayudó a trasladar el equipaje al maletero del nuevo coche y luego llevó la silla del pequeño al Oldsmobile mientras Marianne cargaba con Danny. El niño se había despertado y empezó a llorar.

—Será mejor que te vayas —dijo Karen.

Marianne sentó al niño, que no paraba de llorar, y se detuvo junto a la portezuela del conductor.

—Yo...

—Lo sé.

Y entonces, sin saber por qué, Marianne se fue hacia la mujer, la besó con ternura en la boca y la abrazó. Karen se quedó quieta un momento y luego la abrazó a su vez estrechamente.

—Buena suerte —susurró.

—Lo mismo digo.

Marianne subió al coche y partió.

En Cumberland había tres sucursales del First United y las tres quedaron bajo

vigilancia tras el aviso de Marianne. Ella no tuvo la culpa de que la información que había dado fuera equivocada. Cumberland era sólo la base: el banco estaba en realidad en Fort Ashby, dieciséis kilómetros al sur. Lo asaltaron nada más cerrar. Nadie resultó muerto, aunque al guardia de seguridad lo golpearon con una pistola y nunca se recuperó completamente de las heridas. La alarma silenciosa no se activó hasta que los atracadores —cinco en total— dejaron el banco. Cuando la policía pudo reaccionar, los ladrones se habían ido.

Moloch regresó a casa poco después del amanecer. La calle estaba en calma. Dio la vuelta a la manzana, aparcó en la misma puerta y entró en la casa. Se dirigió derecho a la puerta trasera, atravesó el jardín a oscuras y abrió la puerta del cobertizo.

Observó que faltaba la tabla del piso y que el agujero en el que guardaba el dinero estaba vacío, y entonces vio haces de linterna y oyó voces que gritaban órdenes y perros que ladraban.

Y cuando, parpadeando, apareció ante el grupo de hombres armados, pensó:  
«Zorra. Te mataré por esto».

## El tercer día

*¡Mujer viuda y doncella casada,  
prometida, traidora y traicionada!*

Sir WALTER SCOTT, «La prometida»

Empezaba a amanecer cuando llegaron a su destino. Se veía una tenue claridad al este, como el resplandor de un fuego lejano. De común acuerdo, se habían turnado al volante, porque Moloch no quería detenerse bajo ningún concepto. Ya podía olerla, estaba seguro. Y había resultado más fácil de lo esperado, porque habían concurrido una serie de circunstancias inesperadas: el necio de Verso, queriendo negociar su vida por la de él; el imbécil de su cuñado, jugándose el anonimato en apuestas insignificantes, y el comentario casual de Dexter de que su mujer no usaría su verdadero nombre, lo habían iluminado.

Casi todo el viaje había permanecido callado y despierto, mirando las luces rojas de los coches de la carretera que se dirigían al vacío, que iban desvaneciéndose en la distancia hasta que la oscuridad se los tragaba. Moloch había pasado tanto tiempo en la cárcel que ahora lo fascinaban los pequeños detalles de la vida que lo rodeaba, aunque era un interés distante, incluso frío: era la curiosidad del niño que observa maravillado la industriosa de las termitas o las hormigas antes de destruir el hormiguero o pegarle fuego al nido. Veía pasar los coches, atisbando a veces a los ocupantes a la breve luz de un fósforo o a la relajante claridad de las luces del salpicadero, y se admiraba de que hubiera tanta gente en la carretera a aquellas horas, pues ¿qué misión podía ser tan urgente, qué destino tan atractivo, para hacer que se pusieran en marcha en plena noche y renunciaran a dormir? No había un hogar que los esperase, ni un marido que dormitara, ni una esposa que durmiera, ni unos hijos que soñarán. Lo único que había era la ilusión del progreso y de la velocidad que les daba ese caparazón que era el coche en medio de la noche que los rodeaba. Aquellas gentes no viajaban; huían, poseídos por la creencia de que si corrían mucho podrían escapar de su pasado o de su presente, podrían escapar incluso de sí mismos. Moloch cerró los ojos y pensó en las personas que se habían cruzado en su camino y que, por eso, habían desaparecido de la faz de la Tierra. Para algunos, pensó, debió de ser casi un alivio. Se lamió los labios y esperó a que empezara el sueño.

Braun, cansado ya de la seria compañía de Willard, se había pasado con Dexter y Moloch a la primera furgoneta, mientras Leonie se ponía al volante de la segunda. En el último vehículo, Tell y Powell se habían enzarzado en una larga conversación

acerca de sus conquistas sexuales, reales e imaginarias, y Shepherd los juzgaba en silencio. Con el paso de las horas, Shepherd había ido abstrayéndose no solamente de los jóvenes que lo acompañaban en el coche, sino también de todo el grupo. No había tenido ocasión de hablar con Dexter y Braun desde que Moloch se fugara, y ahora tenía muchas ganas. Los tres se conocían bien porque ya habían trabajado juntos con Moloch. También Leonie compartía pasado con Dexter, aunque ella prefería guardarse sus pensamientos, que sólo comunicaba a Dexter para que, a su vez, si era necesario, éste se los comunicara a los demás.

A Shepherd lo preocupaban ciertos acontecimientos recientes, como el asesinato del investigador en Dismal Creek y la mutilación de su colega, y las muertes de la cuñada de Moloch y del marido de ésta. También tenía serias dudas sobre la salud mental de al menos un miembro del grupo.

De Powell sabía poco y, a decir verdad, cuanto menos supiera mejor. Venía muy bien recomendado y había pasado algunos años entre rejas en Maryland y Tennessee. Shepherd lo consideraba un zafio y un ignorante, y los retazos de conversación que oía a su derecha no cambiaban esta impresión. Tell le caía bien, pero aunque podía ver justificada la muerte del joven repartidor de pizza (era un chico listo, adujo Tell después del hecho, y podía haber visto más de lo que decía), no estaba convencido de que hubiera sido necesaria, y que Tell no fuera capaz de ver esta diferencia lo inquietaba. El incidente del teléfono móvil también indicaba que Tell tenía poca o ninguna paciencia. Shepherd, como ya se ha dicho, era poco amigo de los móviles, que, según él, estaban contribuyendo a crear una sociedad grosera y maleducada. Hubo un tiempo, y no hacía tanto de ello, en que las personas bajaban la voz en público, no sólo porque deseaban conversar con cierta intimidad, sino porque hablar en voz alta podía molestar a quienes les rodeaban. Ahora, todo aquello estaba acabándose, como estaba acabándose el dejarse el coche sin cerrar o la puerta de casa abierta. El hecho de que ahora la gente cerrase con llave sus puertas y protegiera sus casas de criminales como Shepherd era otra cuestión. Con todo, Shepherd nunca había creído que la solución al problema de los móviles fuera matar a quienes los usan de manera descortés. Era una lástima que nadie supiera nunca que el árabe había muerto por hablar en voz excesivamente alta. De otra manera, habría sido un buen ejemplo para los demás, un ejemplo que los persuadiría a cambiar de modales. Shepherd pensaba que Tell sería mejor si supiera mantener la calma, por ejemplo respirando hondo de vez en cuando en lugar de apretar el gatillo. Él se encargaría de ello.

Pero su principal fuente de inquietud era Willard, y sabía que Dexter compartía esa preocupación. Shepherd era de los que se creen que dominan sus propios apetitos. También sabía, por experiencias pasadas, que la disciplina y el control aumentaban las posibilidades de éxito de cualquier operación, y que una vez que estas cualidades

se perdían, era inevitable que se cometiera algún fallo. Estaba claro que Willard era incapaz de controlarse y, comparado con él, Tell era un budista. Shepherd no sabía qué lazos unían a Willard y Moloch, ni por qué se mostraba éste tan indulgente con el joven. A veces Moloch trataba a Willard con un cariño de amante, y otras casi como un padre, protegiéndolo y resistiéndose a aleccionarlo. Sintiera lo que sintiera Moloch por él, lo cierto era que Willard se volvía más y más problemático. En consecuencia, estaban dejando un rastro fácil de seguir que acabaría traicionándolos. Shepherd no estaba dispuesto a sentarse en el corredor de la muerte a ver si moría en la silla o por causas naturales. Con su parte del botín se pagaría una vida cómoda, si era cauto, y estaba decidido a vivir lo suficiente para disfrutarla. Tenía que hablar con Dexter y Braun porque había que hacer algo con Willard.

Si Leonie sintió malestar ante la perspectiva de pasar un tiempo con Willard, no lo manifestó cuando Braun le pidió que cambiaran de vehículo. Braun tenía razones para sospechar que Leonie sentía muy poco, o nada en absoluto, y que, por su carácter, ella y Willard podían muy bien ser parientes. Dexter la había usado para un par de trabajos, con el consentimiento de Moloch, pero Braun no sabía nada de ella aparte de una historia que Dexter le había contado. Cierta día estaba Leonie yéndose de un bar de lesbianas de Carolina del Sur —a Braun le habría sorprendido menos oír que Leonie comía en casa que oír que había encontrado un bar de ligue en Carolina del Sur— cuando un par de tipos se abalanzaron sobre ella en el aparcamiento. Braun sabía qué clase de tipos eran, se había criado con ellos: odiaban a las mujeres, sobre todo a las mujeres independientes, y no hay nada más independiente que una mujer que no necesite al hombre para practicar sexo. La metieron en el maletero del coche y la llevaron a una choza en el bosque. Braun no necesitó saber más de lo que le pasó a Leonie entonces, y Dexter tampoco le contó mucho, pero pudo imaginárselo. Después, al ver que no había cedido, la golpearon, la llevaron de vuelta al bar y la abandonaron en la puerta, con la ropa hecha jirones y llena de sangre. Pero ella no entró en el bar, sino que fue a su coche, en el que se había dejado la pistola, pegada con cinta adhesiva bajo el salpicadero —no había tenido la precaución de entrar en el bar con ella, un error que no volvió a cometer— y volvió a su apartamento, donde se lavó por dentro y por fuera, se curó las heridas, se tomó un par de somníferos y se metió en la cama.

A la mañana siguiente llamó a Dexter. Le contó todo lo que había ocurrido y él acudió a su casa. Dexter localizó a los dos tipos en la calle y los llevó de nuevo a la choza, donde Leonie estaba esperando. Él se quedó fuera, sentado en su furgoneta, escuchando a R.L. Burnside y mirando la carretera. Supo que unos cazadores encontraron a los dos hombres un par de días después. Uno de ellos aún estaba vivo, si bien murió en cuanto los médicos intentaron moverlo. Dexter supuso que Leonie se

habría llevado un disgusto al enterarse de que sólo uno había sobrevivido tanto tiempo. Por lo general era muy precisa en esas cosas, pero lo que le habían hecho la había trastornado tanto que seguramente se le nubló un poco el juicio.

Pero no era esta parte de la historia lo que había impresionado a Braun. Aquellos tipos habían recibido lo que se merecían, en esto no había que equivocarse, y Braun no iba a derramar una sola lágrima por ellos. No, lo que le había dado una idea de Leonie era lo que aquellos tipos vieron antes de morir. Uno estaba casado y el otro salía con una mujer que trabajaba por la noche en el servicio técnico de su ISP local. Leonie había ido a verlas mientras Dexter buscaba a los tipos y se había divertido con ellas como ellos se habían divertido con Leonie. Y había tomado unas fotos antes de irse.

Dexter decía que no habían salido mal, vista la cantidad de rojo que había.

No, Willard no se follaría a Leonie si tenía un poco de juicio en su linda cabecita.

Tell y Shepherd, por su parte, parecían haber congeniado. Shepherd le había dicho a Braun que estaba bastante impresionado por la manera como Tell había manejado el asunto de Verso. Como Shepherd, tampoco Braun estaba muy seguro de que Tell tuviera que matar al chico de la pizza, pero no había manera de conocer cuánto sabía el chaval, por lo que quizá Tell sólo había pecado de exceso de precaución.

Ocurriera lo que ocurriera, por lo menos estaba Dexter. Braun conocía a Dexter desde hacía más tiempo incluso que a sus propios padres. Eran como hermanos, los unía la sangre. Compartían coches, habitaciones, incluso mujeres; aunque si Braun conocía algún día a una mujer que le gustara tanto como Dexter, tenía pensado casarse con ella y no compartirla con nadie, ni siquiera con Dexter.

Esto no extrañaba nada a Braun.

—¿No te intrigan los nombres? —preguntó Dexter de pronto.

—¿Los nombres? —dijo Braun.

—¿Que algunos colores sean nombres y otros no?

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo Black, negro. Existe míster Black, o míster White, blanco. Y míster Green, verde, y míster Brown, marrón. Pero nada más. Yo nunca he conocido a nadie que se llame míster Azul, o Amarillo, o Rojo. Estos nombres sólo existen en las películas. ¿No te parece curioso?

—Pues nunca lo había pensado.

—¿Crees que es una idea interesante?

—No. Lo que creo es que te sobra tiempo. Lo que tienes que hacer es algo útil que te quite de la cabeza esas tonterías. Conduce.

—Hubo un tiempo —dijo Dexter— en que pensabas que yo decía muchas tonterías interesantes.

—Creía que eras profundo. Luego te conocí mejor.



—Estás diciendo que no soy profundo.

—Si fueras una piscina, los niños podrían chapotear en ti.

—Y si lo fueras tú, los niños se mearían en ti.

—Conduce, ¿vale? Cuanto antes lleguemos a donde vamos, antes me libraré de tu cabeza de polla tan superficial.

Pero los dos sonreían y Dexter pisaba el acelerador mientras se olvidaban, momentáneamente, de Moloch, que iba detrás, sumido en la penumbra.

No ver luces fue lo que alertó a Karen Meyer. Oyó la furgoneta que paraba ante su casa, pero no vio faros que alumbrasen el camino. Lo primero que pensó fue que era la policía, y mientras saltaba de la cama en bragas y se ponía unos vaqueros pasó revista mentalmente. Los pasaportes y carnets de conducir falsos los tenía escondidos en un panel que había detrás del horno de gas y al que sólo se accedía desmontando el horno por dentro, horno que ella tenía adrede lleno de grasa y sobras de comida para disuadir a quien quisiera buscar allí, aunque con ello el horno quedara casi inutilizable. Sus tintas y bolígrafos estaban en su estudio y se confundían con el material que usaba normalmente en sus diseños. Tenía una cámara Nikon cara, un Minolta más barata y una Canon digital. También podía aducir que eran instrumentos fundamentales de su trabajo, pues muchas veces tomaba fotos como parte de la labor preparatoria. El último lote de material había salido unos días antes y en la pizarra no había nada escrito. Pensó que estaba limpia.

Se había trasladado a Norwich, Connecticut, para estar cerca de su madre. Ésta había sufrido un derrame cerebral y tenía problemas de movilidad, y Karen, como única hija de la familia que era, se sintió en el deber de cuidarla. Sus hermanos vivían en la Costa Oeste, uno en San Diego y el otro en Tacoma, pero enviaban dinero para redondear el seguro médico de la madre y ayudar a Karen, aunque Karen, extraoficialmente, no necesitaba ayuda, porque sus actividades complementarias eran bastante lucrativas. Aun así, tampoco rechazaba el dinero que le daban, y con él había alquilado la bonita casa en Perry Avenue donde ahora vivía. Aunque quería mucho a su madre, no podía vivir con ella, además de que la anciana quería también conservar cierto grado de independencia. Disponía de un botón de emergencia y durante el día la atendía una enfermera, y Karen vivía a tres minutos de distancia. Era un arreglo perfecto para todos.

Se asomó a la ventana y vio la furgoneta. Era negra y estaba relativamente limpia; no era ni tan vieja que llamara la atención, ni tan nueva que destacara.

No se veían más vehículos.

No era la policía, pensó.

Sonó el timbre.

No era la policía.

Volvió al tocador y sacó la pistola del cajón. Era una Smith & Wesson LadySmith automática, con la culata pensada para una mano pequeña, de mujer. Nunca había disparado con ella fuera del campo de tiro, pero tenerla en casa la tranquilizaba. Aunque estaba decidida a no tratar con criminales violentos, nunca se sabía lo que puede hacer una persona desesperada.

Descalza, bajó sigilosamente las escaleras, con el arma pegada al muslo. No encendió ninguna luz. Las farolas de la calle proyectaban la sombra de una mujer sobre la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

Miró a la derecha, donde tenía instalado el panel de la alarma, y fue comprobando los sensores que tenía distribuidos por la casa. Puerta principal: activado.

—¿Karen? —dijo una voz de mujer—. ¿Karen Meyer?

—¿Quién es?

Salón: activado.

—Me llamo Leonie. Tengo problemas. Me han dicho que tú puedes ayudarme.

—¿Quién te lo ha dicho?

Comedor: activado.

—Un tal Edward.

Garaje: activado.

—¿Edward qué?

Cocina: desactivado.

El corazón le dio un vuelco. Notó algo metálico en la nuca. Una mano le asió la pistola.

—Tendrías que saber mi nombre —dijo una voz—. Después de todo, es el único que no me pusiste.

Dupree se despertó con dolores.

Le dolían las articulaciones y los músculos, y hasta las encías, pese a que la noche anterior había tomado analgésicos. Se sentía demasiado débil para levantar su propio peso de la cama, por lo que se quedó tumbado, mirando las sombras que se elevaban y se disipaban como humo en el techo. A veces se preguntaba si los síntomas que sentía también eran fantasmas, sombras proyectadas por la conciencia de su muerte inminente. En los últimos meses había padecido más dolores. El viejo doctor Bruder le había advertido que por su corpulencia y complexión estaba expuesto a una serie de enfermedades, y el dolor que sentía podía ser el principio de alguna de ellas.

—No estás ni mucho menos débil —le había dicho el médico jubilado mientras Joe permanecía sentado en un sofá de la consulta del anciano y Gary Cooper, en la pantalla del televisor, recorría una calle polvorienta, abandonado por su novia—, pero tampoco eres tan fuerte como pareces, o como la gente cree. Tu trabajo te estresa

mucho. Te quejas de que te duele el pecho, las articulaciones. Y yo te digo que debes parar.

Pero Dupree no siguió el consejo de Bruder, tal como éste había supuesto. Dupree tenía miedo. Si le decían que no podía seguir ejerciendo su profesión, entonces le apartarían de su puesto. Su trabajo en la isla era lo más importante para él. Sin él, estaría perdido. Moriría.

Dupree tenía treinta y ocho años y cumpliría treinta y nueve en mayo. Recordó una foto que, en cierta ocasión, vio de Robert Pershing Wadlow, el llamado «Gigante de Altona», el hombre más alto del mundo, en la que se veía a Wadlow descollando por encima de dos personas que lo flanqueaban y cuyas cabezas apenas le llegaban a los codos. Con dos metros setenta y dos centímetros, era más alto que la enorme estantería que había detrás. Tenía las manos metidas en los bolsillos de un traje negro y parecía inclinarse a la izquierda, como a punto de caer, azotado por un viento invisible. Dupree calculó que Wadlow tenía veinte años cuando le hicieron la foto. Dos años después murió, víctima de la gran maldición que era su naturaleza.

Tumbado en la cama de la casa en la que se había criado, Dupree recordó las historias de su padre, los cuentos de gigantes que le contaba para consolar a aquel niño que se sentía aislado de sus compañeros por culpa de su corpulencia. Su padre le había mentido. Eran mentiras por omisión, pero mentiras al fin, porque su padre adaptaba las historias a los problemas del hijo, cortando, distorsionando, suavizando.

Porque, en realidad, sus historias no trataban de gigantes.

Trataban de gigantes que morían.

Fuera seguía estando oscuro. A esas horas, por lo general ya estaría de camino a la comisaría, pero ese día había arreglado los turnos para poder pasar la tarde con Marianne. Permaneció tumbado en la cama y procuró descansar.

Sharon Macy se sentó en la pequeña cocina de su apartamento con una taza de leche caliente. Tenía muchas cosas en que pensar. A su padre lo ingresaban en el hospital la semana siguiente para someterlo a una serie de pruebas, porque se quejaba de dolores de espalda y de pecho. Él se reía de ella y de su mujer porque se preocupaban, pero en la familia se habían dado casos de cáncer y Macy sabía que todos temían que se repitieran. En otras circunstancias habría podido volver a casa inmediatamente, pero el departamento de policía se hundía bajo el peso de las enfermedades y las excedencias —era la razón por la que Macy, aunque aún en prácticas, estuviera de servicio en la isla— y sospechaba que sólo le permitirían faltar al trabajo por motivos de causa mayor. Además, su padre le había dejado claro que no quería verla en casa preocupándose por él. Cuando acabara su turno en Santuario dispondría de cinco días libres y entonces, en cuanto pisara el continente, se montaría en el coche y saldría para Providence, y allí vería qué hacer con los resultados de las

pruebas en la mano.

Macy pensó también en Barron y en las drogas que le había visto quitarle a Terry Scarfe. Quizá se equivocaba y no era lo que ella creía, pero lo dudaba. Deseó tener a alguien con quien poder hablar de aquellas cosas, y por primera vez desde que rompió con Max lo echó de menos, o al menos echó de menos lo que alguna vez Max representó.

«Al diablo con él», pensó. «Al diablo con todos».

Dejó la taza vacía en el fregadero, volvió a la cama y por fin se quedó dormida oyendo el ruido de un barco en la bahía, un barco cuya sirena resonaba como el grito de una criatura marina perdida en la oscuridad, y que sólo quisiera volver a la seguridad de los de su especie.

La llamada despertó a Terry Scarfe de un sueño profundo y resacoso, y por eso le costó unos segundos reconocer la voz y el característico acento de Europa del Este.

—Tenemos un trabajo para ti. Alguien compra tu experiencia.

Aun en su estado de aturdimiento, Terry sabía que su experiencia en lo que fuera era poco menos que nula, si es que no se referían a la experiencia a la hora de manejar dinero y contar los ceros.

—Claro —dijo. No iba a discutir. Necesitaba dinero. Pero aunque no lo necesitara, a aquella gente no podía negársele nada. Eran dueños de él y él lo sabía.

—Se te llamará, mismo sitio, quince minutos —dijo el hombre y colgó.

Terry Scarfe se levantó, se tambaleó unos segundos, vistió su esmirriado cuerpo con unos pantalones de chándal, unas zapatillas de deporte y una vieja camiseta, echó mano de su abrigo más pesado, caminó dos manzanas hasta la cabina telefónica, no sin comprarse de paso un café en el Dunkin Donuts, y allí esperó, temblando de frío pese al calor que desprendía el vaso entre sus manos.

La vida no había sido particularmente amable con Terry Scarfe. Casi siempre lo trataba como lo trataría alguien a cuya hermana se hubiera tirado. Y a veces como si se hubiera tirado a la hermana y a la madre. Tenía a sus espaldas un matrimonio fallido, fracaso que se debía, pensaba Terry, a una conjunción de factores, entre ellos una excesiva ingesta de alcohol la noche en que le pidió casarse, su arresto y encarcelación poco después de la boda y la implacable (y, de hecho, desagradabilísima) índole de la mujer a la que se había unido. Su mujer se divorció estando él en la cárcel por robo y volvió a casarse con otro cuando a él lo enchironaron por posesión de estupefacientes. Los hechos relevantes de la vida de ella, concluyó Terry, parecían coincidir con las vacaciones que le concedía a él el Gobierno. Quizá si pasara más tiempo fuera de la cárcel, la vida de ella no sería tan buena y la suya propia mejoraría considerablemente.

Una persona más inteligente que Terry habría podido concluir que sus ambiciones

criminales superaban con creces el talento de que disponía para realizarlas, pero, como la mayoría de los delincuentes, Terry no era particularmente inteligente. Por desgracia, las opciones que le ofrecía su carrera eran cada vez más limitadas, y pocas de ellas llevaban trazas de contar con la aprobación de las fuerzas del orden y de la ley, razón por la cual estaba esperando en la oscuridad junto a una cabina telefónica para hablar con una persona a la que no conocía y que era poco probable que le ofreciera trabajo de degustador de cervezas o probador de edredones de plumas. Cuando empezaba a notar que no sentía los pies, sonó el teléfono.

—¿Terry Scarfe? Me llamo Dexter.

Terry pensó que tenía voz de negro. No le importaba, era sólo que en Portland la gente de color tendía a destacar, y si el tipo estaba pensando en ir, eso podía dar problemas.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Hay una isla mar adentro que se llama Dutch Island.

—Sí. Dutch. Santuario.

—¿Cómo?

—Hay quien la llama Santuario, pero sí, Dutch, Dutch también va bien.

Oyó que el negro resoplaba.

—¿Has acabado?

—Sí, perdón.

—Tienes que averiguar todo lo que puedas sobre esa isla.

—¿Como qué?

—Policía. Ferris. Puntos de acceso.

—Necesitaré ayuda. Conozco a un tipo que vive allí. Poco amigo del policía grandullón de la isla.

—¿El policía grandullón?

—Sí, un puto gigante.

—¿Me estás vacilando?

—No, lo digo en serio.

—Bueno, averigua lo que puedas. Y que tu amigo te ayude a localizar a una mujer. Dice llamarse Marianne Elliot. Tiene un niño de unos seis años. Quiero saber dónde vive, amigos, novios y demás.

—¿Para cuándo?

—Para esta noche.

—Haré lo que pueda.

Terry creyó oír un ruido de fondo, un chasquido apagado. Sabía lo que era. A alguien le habían pegado un tiro.

—No —dijo Dexter—. Harás más de lo que puedas.

Dexter se quedó mirando el cadáver de Karen Meyer. Nunca había sido muy guapa, pero Leonie y Willard habían acabado con el poco atractivo que podía tener. Trabajaban bien juntos. Eso era preocupante. Dexter tendría que hablar con Leonie. No quería que se hiciera muy amiga de Willard. Shepherd y él habían hablado y, tal como iban las cosas, Willard no iba a durar mucho con ellos.

No les había costado mucho encontrar a Meyer. Ésta había trasladado su negocio al norte, pero había hecho correr la voz entre quienes, en un futuro, podían necesitar sus servicios. Dexter sólo tuvo que hacer una llamada para dar con su paradero.

Él siempre había pensado que Meyer era inteligente y poco sentimental. Lo importante con ella era el dinero, y suponía que la mujer de Moloch le había dado una gran porción del botín de su marido a cambio de su ayuda. Debió de ser mucho para que se atreviera a desafiar a Moloch. Dexter esperaba que los hubiera disfrutado, porque, en aquellos momentos últimos en su casa, había pagado con creces por lo que había hecho.

—¿Has encontrado a alguien? —preguntó Moloch.

—Sí. Nos costará cinco de los grandes hasta Boston, más un diez por ciento de lo que haya en la isla y algunos favores en el futuro.

—Será mejor que se los merezca.

—Y nos hace un regalo en prenda de buena voluntad.

Moloch esperó y Dexter sonrió.

—Nos entrega a un poli.

El cambio de turno se produjo sin contratiempos. Lockwood y Barker llegaron en el primer ferry y empezaron la inspección semanal del material médico y antiincendios de la comisaría. A las once, Dupree se puso en comunicación con ellos y luego se acercó a la oficina de correos de la calle Mayor y aparcó su viejo jeep en el aparcamiento que había a la derecha del edificio de tablonos blancos. Había llamado a Larry Amerling esa misma mañana para decirle que quería hablar con él de una cosa. Tuvo la impresión de que Amerling estaba esperando la visita.

Amerling sabía de la isla más que nadie, incluso más que el propio Dupree. Tenía la casa llena de libros y papeles sobre la historia de Casco Bay, incluyendo ejemplares de su propio libro, que publicó él mismo y vendía en el mercado y en las librerías de Portland. Amerling era viudo desde hacía diez años. Sus hijos vivían en el continente, pero lo visitaban con regularidad, acompañados de montones de nietos. Dupree solía pasar el día de Acción de Gracias con él, pues en su familia era tradicional regresar a la isla y celebrar la fiesta juntos. Eran buena gente, aunque fue Larry Amerling quien le puso el mote de Joe Melancolía. Sólo unas cuantas personas usaban el apodo, y pocos de ellos lo hacían delante de él, pese a que el nombre había tenido éxito entre los policías destinados a la isla.

Dupree pensó que Amerling estaría solo, pues el anciano solía hacer una pausa de media hora a eso de las once para despachar algún papeleo y tomarse su té verde, pero aquella mañana el jefe de correos tenía compañía. El pintor, Giacomelli, estaba apoyado en la pared tomándose un café que había comprado en el mercado. Parecía turbado. Y también Amerling. Dupree les hizo un gesto de saludo.

—¿Interrumpo algo? —preguntó.

—No —contestó Amerling—. Estábamos esperándote. ¿Quieres té?

Dupree se sirvió un poco de té verde en una de las delicadas tacitas de Amerling y la sostuvo con cuidado en la palma de la mano. Los tres hombres cambiaron cumplidos y chismes de la isla durante un rato, hasta que se hizo un silencio incómodo. Dupree se había pasado la mañana preguntándose cómo expresar con palabras sus inquietudes, transmitirlas de manera que no pareciera un loco supersticioso. Al final, Amerling le evitó pasar vergüenza.

—Jack ha venido por la misma razón que tú, creo —dijo Amerling.

—¿Cuál?

—En la isla está pasando algo.

Dupree no contestó. El siguiente que habló fue Jack.

—Creía que era yo solo, pero no. El bosque está distinto y...

—Sigue —dijo Amerling.

Jack miró al policía.

—No he bebido, si es lo que estás pensando, al menos no tanto para eso.

—No estoy pensándolo —repuso Dupree, aunque no se sabía si mentía o no.

—Pues a lo mejor lo piensas cuando oigas esto. Mis pinturas están cambiando.

Dupree esperó un instante.

—¿Quieres decir que se vuelven mejores?

Soltaron una carcajada que disminuyó un poco la tensión y pareció relajar al pintor.

—No, gracioso. Serán todo lo buenas que sean. Aparecen manchas en los lienzos. Son como seres humanos, pero yo no las he pintado. Se ven en las marinas y ahora también en los paisajes.

—¿Crees que alguien entra a escondidas en tu casa y pinta figuras en tus cuadros?

Lo dijo procurando no sonar incrédulo. Casi lo consiguió, pero Jack no se engañó.

—Sé que suena extraño. Lo curioso es que esas figuras no están pintadas.

Se agachó y tomó del suelo una tabla envuelta en una tela. Quitó la tela y dejó a la vista una marina. Dupree se acercó y vio lo que parecían dos personas en la playa. Eran dos figuras esquemáticas, pero allí estaban. Acercó un dedo.

—¿Puedo tocar?

—Desde luego.

Dupree pasó el dedo por la tabla, notando la marca de las pinceladas. Cuando

llegó a las figuras, se detuvo, y luego se llevó la yema a la nariz y la olió.

—En efecto —dijo Jack—. Las han grabado a fuego.

Tomó otra pintura y se la pasó a Dupree.

—¿Sabes lo que es esto?

Dupree se sintió violento sólo de mirar la pintura. Era sin duda una de las mejores de Jack. Fallaba con el mar y las colinas, pero los árboles los pintaba bien. Se veían casi todos pelados, y en segundo plano, casi oculta por la niebla, Dupree descubrió una cruz de piedra. Decididamente, era otro pintor.

—Es el Asentamiento —dijo—. He de decirte, Jack, que este cuadro no lo venderás nunca. Sólo de mirarlo me dan escalofríos.

—No es para vender. Éstos los pinto..., digamos que por curiosidad. Dime lo que ves.

Dupree sostuvo el cuadro con los brazos estirados y lo observó detenidamente.

—Veo árboles, hierba, marisma. Veo la cruz. Veo... —Se interrumpió y escrutó el lienzo más de cerca—. ¿Qué es eso?

Se veía una mancha gris entre dos árboles, cerca de la cruz. Dupree fue a tocarla con el dedo, pero se contuvo.

—No lo sé —contestó Jack—. Yo no lo he pintado. Hay más, si te fijas bien.

Y las había. Cuanto más de cerca miraba, mejor se apreciaban. Algunas se veían borrosas, como esas formas que se aprecian en las fotos cuando alguien se mueve y la velocidad de obturación es más bien lenta. Otras se veían más nítidas. A Dupree le daba la impresión de tener ante sí caras: ojos hundidos, bocas negras.

—¿Están pintados?

Jack se encogió de hombros.

—¿Te parecen pintados?

—No, parecen fotos.

—¿Sigues pensando que estoy bebido?

Dupree sacudió la cabeza.

—Diría que no lo estás tanto.

Amerling habló.

—¿Vas a decirme que has venido porque te preocupan los mapaches, o también tú has notado algo raro?

Dupree suspiró.

—Nada concreto, simplemente cierto malestar. No sé describirlo, es como una sensación en el aire, como el prelude de una tormenta eléctrica.

—Es la mejor descripción que he oído. También lo ha notado otra gente; personas mayores, sobre todo. No es la primera vez que sucede algo parecido. Ya ocurrió antes, cuando tu padre vivía.

—¿Qué pasó?



—Fue justo antes de que desapareciera George Sherrin, aunque no sucedió como ahora. Esa sensación duró poco, uno o dos días, y luego desapareció tan rápido como había llegado. Ahora es diferente. Está durando más.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace meses, diría yo, pero ha sido tan gradual que la mayoría ni siquiera lo ha notado hasta ahora, si es que lo ha notado.

—Pero ¿tú sí lo notaste?

—Llevo notándolo un tiempo. Y el accidente me lo confirmó; el accidente y lo que la chica de los Lauter dijo antes de morir.

—Estaba sufriendo. No sabía lo que decía.

—No creo. Y me parece que tampoco tú lo crees.

—Hablaba de los muertos.

—Lo sé.

Dupree se acercó a la ventana de la pequeña oficina y miró hacia Island Avenue. Todo estaba en orden, pero no tranquilo. Al contrario, parecía una comunidad a la espera del estallido de algún conflicto largamente previsto, o quizá no eran más que un policía atormentado, un borracho y un viejo romántico tratando de imponer su interpretación a un mundo inocente.

—En la isla ha muerto gente antes de ahora, en algunos casos de manera bastante violenta —expuso Dupree—. Hemos tenido accidentes de coche, incendios, incluso un par de homicidios. ¿Crees que todos vieron fantasmas antes de morir?

—Puede. —Amerling hizo una pausa—. Pero no lo creo.

—Entonces, ¿por qué iba a verlos la hija de los Lauter, y por qué ahora?

—¿Te habló tu padre de la isla?

Dupree miró de nuevo a Jack. Recordó cuando sacó al anciano a la veranda de su casa el día en que Danny Elliot lo encontró sangrando de una herida profunda en la cabeza. Estaba furioso con el pintor, quizá porque veía en él algunos de sus propios defectos, pero sobre todo porque había asustado al niño. Ahora iba a revelar una parte de sí mismo que había tenido oculta a todo el mundo. Jack, por mucho tiempo que llevara en la isla, no dejaba de ser un extraño.

Amerling adivinó sus pensamientos.

—Si te preocupa Jack, yo dejaría de preocuparme. Siente más como suyo este lugar que algunos de los que tienen abuelos enterrados en el cementerio. Creo que puedes hablar tranquilamente delante de él.

Dupree alzó las manos con ademán impotente ante el pintor.

—Lo entiendo —dijo Jack—. No te guardo rencor.

—Me habló de cosas —empezó a contar Dupree—. Me contó historias de familia, desde los orígenes. Hizo que las memorizara todas. Me habló de la matanza y de la nueva colonia que luego se estableció. Me contó lo de George Sherrin y por qué creía

que lo habían matado. Me lo contó todo. Yo nunca lo he entendido muy bien. Pienso que ni siquiera me lo creo todo.

—Pero ¿intentó explicártelo?

—Sí. Me explicó lo que él creía. O sea, que este lugar era diferente. Los indios no vinieron aquí, y eso que ocuparon la mayoría de estas islas antes de la llegada de los blancos. Pero por alguna razón no vinieron a ésta.

Amerling lo interrumpió.

—Tenían buenas razones para no venir. La isla es un poco rara. Es grande, pero está muy lejos del continente. Sólo disponían de canoas. Creo que, sencillamente, estaba demasiado lejos y no se tomaron la molestia.

—Puede. El caso —continuó Dupree— es que después llegaron los colonos y fueron exterminados. Mi padre pensaba lo que su padre: que lo ocurrido manchó la isla, que algún vestigio, algún recuerdo de aquellos sucesos quedó en el lugar. La violencia del pasado nunca desapareció. Algo de aquello sigue presente, como grabado en piedra. Ahora hay un equilibrio en la isla, y todo lo que pone en peligro ese equilibrio tiene que arreglarse. Si no... —Apuró el té—. Si no se arregla, algo en la isla lo soluciona a su modo. Mi padre pensaba que la isla había encontrado un modo de librarse de cuanto la amenazara, igual que un organismo expulsa las toxinas. Es lo que le pasó a Sherrin. Era tóxico y la isla se deshizo de él. Eso es lo que mi padre pensaba.

Terminó de hablar y se quedó mirando las hojas de té que quedaban en el fondo de la tacita. Parecía absurdo, pero recordaba la mirada de su padre cuando le contaba la historia de la isla. Su padre no era un hombre supersticioso. Al contrario, era el hombre más realista y enemigo de necedades que había conocido. Frank Dupree era la clase de persona capaz de llevar siempre una escalera para poder pasar por debajo y dejar en ridículo a los crédulos.

Amerling se sirvió más té y le ofreció la tetera a Dupree. El policía rehusó.

—¿Por qué tomas esto, por cierto?

—Me tranquiliza —contestó Amerling.

Dupree se lo pensó mejor y alargó la tacita.

—Lo que no mata engorda —dijo, y el cartero les sirvió más té a él y a Jack.

—Tu padre sabía que este lugar es distinto —comentó Amerling—. Hablamos un poco del tema y llegamos más o menos a la misma conclusión. A veces ocurren cosas malas en un lugar y éste ya nunca se recupera. El recuerdo persiste. Algunos son sensibles a él, otros no. Una vez leí que Tommy Lee Jones, el actor, me refiero, vivió en la villa en la que Marilyn Monroe se suicidó, o la mataron, o lo que uno crea que se la llevó de este mundo. A Tommy Lee Jones tampoco le importó. No era de éstos, según leí. Pero yo no creo que pudiera vivir en un sitio así, sabiendo lo que pasó. Creo, y puede que sea un disparate, que algo de su pasado queda, como la humedad

en las paredes.

—Lo que sucedió en Santuario fue mucho peor que un solo asesinato. Como dices, aquello manchó la isla, la marcó para siempre. Mucho tiempo después unos violadores raptaron a una mujer y desaparecieron. Luego está lo de George Sherrin, que aparece sepultado entre las raíces de un árbol. Yo estaba allí cuando lo desenterraron y vi lo que las raíces habían hecho con él.

Amerling se inclinó y tomó el vaso de té con las dos manos.

—Era un maldito hijo de perra. Cuando murió se contaron cosas de él. Maltrataba y abusaba de sus hijos y se dice que pudo hacer lo mismo con otros niños en el continente.

—También yo lo oí —dijo Dupree—. Mi padre creía que era cierto.

—Pues si tú padre lo creía, es que era verdad. Ahora sí que no lo dudo. La isla, o lo que viva aquí, no lo toleraba y se deshizo de él. No hay otro modo de explicarlo.

—Pero, entonces, ¿qué me dices de la chica de los Lauter y de Wayne Cady? ¿Crees que merecían lo que les pasó?

—No, no creo que la isla tuviera nada que ver en eso. Murieron porque habían bebido y quisieron robar un coche. Pero sí creo que su muerte atrajo algo a ese lugar, porque ahora hay como una conciencia. Esta tensión que todos sentimos existe por algún motivo. Creo que el accidente, la tragedia del accidente, tan repentino, tan terrible, atrajo algo. Ese algo acudió a ver lo que sucedía.

—¿Algo? ¿Algo como qué?

—No lo sé. ¿Has ido al Asentamiento últimamente?

—No, llevo tiempo sin ir.

—Resulta casi imposible llegar. Los caminos están cubiertos de vegetación. Hay árboles caídos, zarzas. Incluso los pantanos parecen haberse extendido.

—Dices que es casi imposible. ¿Acaso has ido?

Amerling hizo una pausa.

—Ayer. Jack vino conmigo. No nos quedamos mucho rato.

—¿Por qué?

—Allí es más intenso. Es como acercarse demasiado a la jaula del león. Uno siente la amenaza.

—Y no hay pájaros —añadió Jack.

—Ni allí, ni en ningún sitio —dijo Amerling—. ¿No te has dado cuenta?

A decir verdad, Dupree no lo había notado, pero, ahora que lo decían, en la isla reinaba un silencio que nunca antes había existido. La única ave que había visto fue la gaviota moribunda en el césped de Marianne.

—Ahí es donde tu padre y yo diferimos. Él creía que era algo inconsciente, como una fuerza de la naturaleza. Un árbol no piensa en reparar las brechas de su corteza, las repara y punto. Él pensaba que la isla hacía lo mismo.

—¿Y tú no?

—No, y las últimas palabras de la chica de los Lauter confirman lo que creo. Sea lo que sea, es consciente. Piensa, razona. Tiene curiosidad. Y cada vez es más fuerte.

«Dios mío», pensó Dupree, «parece mentira que esté teniendo esta conversación. Si me oyeran mis colegas, me pondrían una camisa de fuerza y me encerrarían en una habitación acolchada. Pero los jefazos no vienen por aquí y no saben lo que es esto. No lo entienden. Casi ninguno de ellos entiende mucho de las islas, pero ésta en concreto los supera. Esperemos que no ocurra nada que me obligue a explicárselo».

*Pues sí, jefe, supongo que podemos decir que la isla está encantada y creo que unos muertos fueron a echarle un vistazo a Sylvie Lauter. Ah, y llevaban luces, ¿no lo he dicho? Deben de gastar un montón de pilas y ésa es nuestra principal pista. Estamos rastreando la isla en busca de pilas...*

—Entonces, ¿por qué ahora? ¿Por qué es más intenso ahora?

—Por una conjunción de circunstancias, quizá. Porque en la isla hay un nuevo factor que no vemos o no hemos advertido.

—¿Crees que es peligroso?

—Puede serlo.

—¿Crees que es...? —Dupree se interrumpió, sin saber si quería usar la palabra que estaba pensando, y al final se decidió—: ¿Crees que es algo malvado?

—Malvado es un concepto moral, un concepto humano —dijo Amerling—. Es posible que lo que hay en la isla, sea lo que sea, no tenga una noción moral ni la necesite. Simplemente quiere lo que quiere.

—¿Y qué quiere?

—No lo sé. Si lo supiera, no estaríamos manteniendo esta conversación.

—Ni siquiera sé si quiero que la mantengamos, la verdad.

El jefe de correos sonrió.

—Si nos oyeran, dirían que somos dos viejos locos y un gigante que se vuelve tonto.

Larry Amerling no era de los que doran las palabras, pero Dupree sintió que el anciano le había leído el pensamiento.

—El padre de Sylvie Lauter —terció Jack— me dijo que había algunas cosas sin explicar en la muerte de su hija.

—Sí, eso he oído yo también —dijo Amerling—, sólo que me lo dijiste tú, Jack. —Y miró al pintor alzando una ceja.

—Pensé que te gustaría saberlo —replicó Jack—. ¡Diantre! Sabes todo lo demás. Supongo que una laguna en tu conocimiento te fastidia más que a otros.

Dupree no contestó de inmediato. No sabía si debía hablar, pero pensó que los dos hombres ya parecían saber tanto como él, si no más.

—Le encontraron restos de insectos en la boca y en las uñas —dijo—. Eran de un

tipo de mariposa nocturna que sale del gusano del tomate. Son grandes y feas y en septiembre ya no quedan, y no recuerdo haber visto ninguna en la isla hasta hace poco.

—Yo vi una en un árbol del cementerio, cuando enterraron a Sylvie Lauter —dijo Jack—. Me la llevé a casa, la busqué en un libro y la pinché en una tabla. Pensé que algún día podía pintarla.

—Pintarla mal —dijo Amerling—. Tendrías que pegar una nota explicando lo que es.

—No soy tan malo —replicó Jack.

—Sí, lo eres.

—Viniste a mi exposición en el Lions Club.

—Había comida gratis.

—Espero que te sentara mal.

—No, era muy buena, no como lo que había en las paredes.

Dupree los interrumpió.

—¡Caballeros! Parecéis dos perros viejos riñendo. ¿No os da vergüenza? —Levantó la gorra y le sacudió un poco el polvo—. Yo estaba en casa de Doug Newton. Allí había otra mariposa de esas. La vi en las cortinas de la habitación de la madre.

Más que a los dos hombres, parecía decírselo a sí mismo. Se pasó las manos por el pelo y se puso la gorra con cuidado. ¿Mariposas nocturnas? ¿Por qué mariposas nocturnas? Estos insectos se sienten atraídos por el fuego, por la luz. ¿Era algún tipo de atracción hacia Sylvie Lauter y la señora Newton? ¿Qué tenían las dos en común?

La respuesta le vino al instante.

Que estaban muriéndose, eso tenían en común. Su luz estaba muriendo.

—¿Qué hemos sacado en claro? —preguntó Dupree.

—No mucho —contestó Amerling—. Voy afuera, tengo la impresión de oír bullir la isla. Las aves eran la última señal. Mal asunto cuando las aves temen volar.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Dupree.

—Esperar, supongo. Cerrar bien las puertas. No acercarnos al Asentamiento por la noche. Lo que tenga que pasar, pasará pronto. Entonces sabremos lo que es. Para bien o para mal, lo sabremos.

Moloch decidió que al norte viajarían al amparo de la oscuridad y les permitió descansar el resto del día. Entrada la mañana, Powell y Shepherd fueron a Marie's Home Cooking y compraron comida para todo el día. De vuelta a Perry Avenue, pararon en un Big Gary's Liquor Store y compraron dos botellas de Wild Turkey para entrar en calor. Dexter y Braun, cuando terminaron de hablar en voz baja con Shepherd en la cocina de Karen Meyer, aprovecharon para descansar.

Por haber tratado con ella en el pasado, Moloch conocía a Meyer lo suficiente para sospechar que era la clase de mujer que recibe pocas visitas. Su casa era la última de la calle, la tapaban unos árboles y no daba a las casas de los vecinos. No sabía si tenía algún amante, pero no había fotografías en el frigorífico ni regalitos de amor en la estantería de los libros de cocina. Fue a su estudio, sin preocuparse de las huellas dactilares que dejaba. Si lo atrapaban, ya había pruebas más que suficientes para justificar su ejecución. Poco le importaba que añadieran el nombre de Karen Meyer a la cuenta final.

El estudio estaba limpio y el ordenador protegido con contraseña. Moloch supuso que quien quisiera acceder a él sin saber la contraseña tendría dos o tres intentos antes de que el ordenador empezara a borrar la memoria automáticamente. Registró el dormitorio y en el estante superior del armario encontró una caja de zapatos llena de cartas de una mujer llamada Jessica, casi todas de amor menos la última, fechada en octubre de 1997, en la que exponía las razones por las que rompía la relación. Al parecer, Jessica había conocido a otra persona. A Moloch le pareció curioso que Karen Meyer hubiera conservado la carta de la ruptura. Eso parecía sugerirle que en la personalidad de la falsificadora había un elemento masoquista. Quizás una parte de ella había gozado incluso con lo que Willard y Leonie le habían hecho en el sótano, aunque lo dudaba.

El cadáver seguía allí, en el sótano. Meyer había resistido más de lo esperado, cosa que lo sorprendió. Siempre había pensado que era una persona pragmática. Debió de saber que al final tendría que decirle lo que sabía, pero por alguna razón aguantó tanto que él llegó a temer que muriera antes de revelarle el paradero de su esposa y de su hijo. Aquella mujer sentía algo por ellos. Moloch se preguntó si Meyer y su mujer habrían sido amantes. La idea lo irritó y, a la vez, lo excitó.

Marianne Elliot. Había conservado el nombre de pila casi intacto, alargando sólo

el original Marian. Era una idea inteligente, típica de Meyer. Moloch sabía que los que adoptaban una nueva identidad a veces se delataban en los primeros meses por no atender a su nuevo nombre cuando los llamaban o por firmar cheques, contratos de alquiler o documentos bancarios con el antiguo nombre. Lo más fácil para evitar eso era que el nuevo nombre empezara por la misma letra, o, incluso mejor aún, por las dos mismas letras, que el antiguo. Así, James pasaba a ser Jason, y Linda, Lindsay.

Y Marian, Marianne.

Su hijo se llamaba ahora Danny, no Edward, como habían acordado. Bueno, quizá «acordado» no era la palabra exacta. Su mujer quería un nombre sencillo e infantil, pero a Moloch le gustaban los nombres serios. ¡La zorra no había tardado en cambiarle el nombre en cuanto desapareció de su vista!

A Moloch le importaba poco lo que le ocurriera al niño. Podía llevárselo cuando abandonara la isla, o dejarlo allí. Aún no lo había decidido. Lo que sí sabía es que no tenía instintos paternos, pero su mujer sería consciente, antes de morir, de que estaba en sus manos hacer lo que quisiera con su hijo. Con gusto lo entregaría a algún perverso sexual si creyera que aquello le haría a ella más angustiosos los últimos momentos de vida. De hecho, ya sabía a qué perverso darlo si llegaba el caso. Después de todo, tendrían que pagarle al policía de algún modo. Eso lo ayudaría a tener la boca cerrada y les ofrecería a ellos algo que utilizar en su contra si la conciencia empezaba a remorderle.

Volcó la caja de zapatos y vio cómo caían en la cama deshecha de Karen Meyer un montón de fotografías. Empezó a repasarlas, dando la vuelta a las que habían caído boca abajo, hasta que dio con la que suponía —y esperaba— que se encontraría allí. Ahora estaba diferente: tenía el pelo más oscuro y era como si quisiera parecer menos guapa de lo que era. Cuando la conoció en Biloxi, se maquillaba con tanta elegancia que lo impresionó, porque se esperaba, por la experiencia que tenía en el trato con camareras de casino, que todas parecieran novias de Mary Kay. Ahora no se ponía nada en la cara y llevaba el pelo lacio. Estaba muy pálida y la fotografía, hecha en un fotomatón, sugería que llevaba sin dormir bien mucho tiempo. Un hombre perspicaz que la mirara dos veces podría ver algo de la belleza que trataba de disimular, y un hombre extraordinario podría sospechar algo del pasado de sufrimiento y maltrato que la había llevado a aquello. En el regazo tenía al niño, que levantaba el dedo hacia la cámara y llevaba una corona de cumpleaños en la cabeza.

La había subestimado, y eso es lo que más lo irritaba, incluso más que la traición misma. Había creído que la conocía, que la conocía tan íntimamente como sólo alguien que hubiera explorado el placer y el dolor en ella podía conocerla. Creía que la había quebrantado, pues ¿qué era ella sino algo que usar, parte de una fachada para engañar a los que pudieran perseguirlo, el cabeza de familia amoroso con una bonita casa, una bella esposa, el niño que era sin duda el primer paso hacia un hogar lleno de

hijos y nietos?

Él no era el típico maltratador borracho o el vulgar sádico, como esos que al final obligan al objeto de su odio a volverse contra ellos con una pistola o un cuchillo por puro instinto de supervivencia. No, su capacidad para herir —emocional, física, psicológicamente— era mucho más sutil. El dolor, la tensión, nunca debían resultar insoportables, y había que alternarlos con momentos de amabilidad, incluso de ternura; prendas de amor, de necesidad, de dependencia. Así y todo, ella, no sabía cómo, había logrado ocultarle algo, alguna parte vital de su ser que Moloch no llegó a tocar y que le permitió escapar de él. Aquel logro de ella lo tenía impresionado. Quizás, en el fondo, se parecían más de lo que nunca imaginó.

Se metió la fotografía en el bolsillo de la chaqueta, volvió abajo y encendió el televisor. Los noticiarios informaban ya de que la búsqueda de los fugitivos se extendía no sólo a los estados fronterizos, sino también a estados tan al norte como Maryland. Peor aún, buscaban a cómplices de los que se sabía su identidad y ahora, además de Willard, tenía que preocuparse por Dexter y Shepherd, cuyas fotos habían aparecido en todos los noticiarios junto con los nombres falsos. La complicidad de estos dos hombres era un riesgo, aunque un riesgo calculado. En cuanto llegaran a Maine podrían realizar su trabajo en cuestión de horas, y después dirigirse a Canadá. La mayoría de las carreteras que cruzaban la frontera carecían de controles y quienes decidieran pasar al otro lado lo harían sin problemas. Dexter se ocuparía de eso.

Dexter era listo. Por eso se le había encomendado una parte tan importante de la organización cuando resultó evidente que Moloch tendría que declarar ante el gran jurado. Y a donde Dexter fuera, Braun y Leonie lo seguirían. En cuanto a Shepherd, era un tipo curioso. Parecía deslizarse por la vida sin dejarse arrastrar nunca a extremos de placer o de odio. Parecía que le pedía poco a la vida, aunque a veces se la quitara a otros. Para él no valían los sentimientos, y aunque era leal, lo era con la lealtad de quien ha firmado un contrato y se propone atenerse estrictamente a él. Cualquier violación de las cláusulas por parte de otros anularía el contrato y lo autorizaría a hacer lo que fuera necesario para eximirse de sus obligaciones.

Del palurdo de Powell y de Tell, el tipo de las trenzas pegadas al cráneo, tan tirantes como su rabia contenida contra el mundo, Moloch sabía poco, aparte de que Dexter respondía por ellos. Eran hombres que trabajaban por dinero y con eso bastaba. Moloch no sabía cuánto dinero se había gastado la zorra, pero estaba seguro de que habría para repartir por lo menos quinientos mil dólares o incluso seiscientos mil. Lo peor —la fuga, los asesinatos, la localización de su mujer— ya había pasado. Con un poco de suerte acabarían el trabajo pronto y en un par de días podrían dispersarse. Si había menos dinero del esperado, podían prescindir de Powell y de Tell. Los demás podrían llevarse lo que quedara. Moloch sólo necesitaba el dinero suficiente para salir del país. Después ya encontraría él medios de conseguir más.



Quizás, en el momento oportuno, llamara a Dexter.

Lo malo era que ahora detectaba en Dexter un fatalismo que Moloch no le había conocido antes, pese a que lo había visto con frecuencia en hombres como él. Tras años de violencia, las probabilidades de tener un fin violento aumentaban cada semana que pasaba. Habían vivido demasiado para pensar que, a aquellas alturas, tendrían una escapatoria fácil. Dexter no se había vuelto temerario, como les ocurría a algunos de su clase, y tampoco era excesivamente cauto. Pero aquel fatalismo, aquella resignación, los llevaba escritos en la cara. Daba la impresión de querer dormir, dormir y olvidar.

Moloch lo había visto hablando con Braun y Shepherd. No intervino. Conocía el tema de conversación: Willard, quien en aquel momento dormía en la habitación contigua al recibidor. Moloch quería a Willard y sabía que ese amor era correspondido. En Willard había una pureza que era casi tan bella como él, y, a diferencia de Shepherd, le sería leal hasta la muerte. Moloch no sabía lo que tenía Willard en la cabeza y a veces se preguntaba qué encontraría si sondeara en su mente. Temía que fuera algo parecido a entrar en la mente de una araña vagamente consciente de sí misma: encontraría negrura, paciencia y un apetito insaciable, pero también curiosidad, rabia y sensualidad. Moloch no sabía de dónde había salido Willard. No lo buscó, más bien fue Willard quien lo buscó a él y se le pegó. Lo abordó por primera vez en un bar de las afueras de Saranac Lake, pero Moloch ya llevaba advirtiendo su presencia un tiempo, pues el chico hacía semanas que le rondaba. Moloch no hizo nada contra él, aunque sí empezó a dormir con la pistola al alcance de la mano y la puerta de las habitaciones que ocupaba en los hoteles bien cerrada con llave. El chico le interesaba, sin saber exactamente por qué.

Luego, siete días después de que Moloch reparara en él por primera vez, el joven entró en el bar y se sentó en el reservado situado frente al suyo. Moloch vio de pronto que iba hacia él, y en el tiempo que tardó el chaval en salir de su reservado y llegar al suyo, Moloch desenfundó la pistola, le puso un silenciador debajo de la mesa, la envolvió en un par de servilletas y se la colocó entre las piernas, con el dedo índice de la mano derecha levemente apoyado en el gatillo.

El chaval se sentó despacio y puso las manos encima de la mesa.

—Me llamo Willard —dijo.

—Hola, Willard.

—He estado observándote.

—Lo sé. Y empezaba a preguntarme por qué.

—Tengo algo para ti.

—Soy hetero —dijo Moloch—. No quiero lo que vendes.

El chaval no se mostró ofendido por el deliberado insulto. Frunció ligeramente el ceño como si no entendiera por qué Moloch decía aquello.

—Creo que te gustará —continuó—. No está lejos de aquí.

—Estoy comiendo.

—Esperaré a que termines.

—¿Quieres algo?

—Ya he comido.

Moloch se comió su plato de arroz con pollo usando la mano izquierda y sin sacar la derecha de debajo de la mesa. Cuando terminó, dejó un billete de diez dólares y dos de uno para pagar la comida y la cerveza y le dijo a Willard que echara a andar delante de él. Alcanzó el abrigo, envolvió en él la pistola y siguió al otro hasta que salieron del bar y se hallaron en el aparcamiento. Era una noche de entre semana y sólo quedaban unos cuantos coches. Willard se encaminó a un Pontiac rojo, pero Moloch lo llamó.

—Iremos en el mío —dijo. Y le lanzó las llaves—. Y tú conduces.

No bien atrapó el chaval las llaves, Moloch lo golpeó con la culata de la pistola y lo puso contra el Pontiac. Le encañonó la cabeza y lo registró. No encontró nada, ni siquiera unas monedas. Cuando se retiró, vio que a Willard le caía sangre por la cara de la herida en la cabeza. Tenía el semblante perfectamente tranquilo.

—Puedes confiar en mí —dijo Willard.

—Vamos a donde hemos de ir y te limpiaré la herida.

—Ya me han herido otras veces —dijo Willard—. Se cura.

Subieron al coche y Willard condujo sin hablar unos quince kilómetros, hasta que llegaron a High Falls Gorge. Giró a la izquierda por la 86, siguió hasta un camino apartado y se detuvo ante una casita de madera de arce de dos plantas.

—Aquí es —dijo.

Se apeó y se dirigió a la puerta de la casa. Moloch lo siguió a unos metros de distancia.

—Como ocurra algo, lo que sea, te mato —dijo Moloch.

—Te digo que puedes confiar en mí.

Willard se agachó, sacó la llave de la maceta que había en la puerta y entró en la casa. Encendió las luces del recibidor y Moloch pudo ver que estaban solos. Pese a lo que le había asegurado el chico, Moloch registró todas las habitaciones, escudándose en él. La casa estaba vacía.

—¿De quién es esto?

Willard se encogió de hombros.

—No sé cómo se llaman.

—¿Dónde están?

—Se fueron el domingo. Sólo vienen algunos fines de semana. ¿Quieres ver lo que tengo para ti? Está en el sótano.

Llegaron a la puerta del sótano. Willard la abrió y encendió la luz. Había un

tramo de escaleras que llevaba abajo. Willard empezó a bajarlas seguido de Moloch.

Junto a la pared del fondo había una silla, y en la silla una chica de unos diecisiete o dieciocho años. Estaba amordazada y tenía las manos y las piernas atadas. Tenía el pelo moreno, muy oscuro, y la cara muy pálida. Llevaba una camiseta negra y una minifalda también negra. Las medias de malla estaban rasgadas. Incluso a la tenue luz del sótano, Moloch pudo verle pinchazos en los brazos.

—Nadie la echará en falta —dijo Willard—. Nadie.

La chica empezó a llorar. Willard la miró por última vez y dijo:

—Os dejo solos. Estaré arriba por si necesitas algo.

Y unos segundos después Moloch oyó cómo se cerraba la puerta del sótano.

Ahora, años después, Moloch recordó aquella primera noche y a la chica atada. Willard lo conocía, entendió sus apetitos, sus deseos, pues éstos existían también en él, aunque de una forma más profunda. La chica fue un obsequio que le hizo y él lo aceptó gozosamente.

Moloch quería a Willard, pero Willard había perdido el control de sus deseos, si es que alguna vez los había dominado. La muerte de Jenna y el daño infligido a la mujer que usaron de cebo en la fuga indicaban que Willard estaba cayendo en algún lugar oscuro del que no sería capaz de salir. Moloch quería a Willard y Willard quería a Moloch, y el amor tenía sus obligaciones.

Sólo que, como Moloch sabía muy bien, y su mujer iba a descubrir pronto, todos los hombres matan lo que aman.

Como siempre que su madre lo dejaba solo una noche, Danny estaba armando un escándalo. Ella pensaba que era porque el niño no tenía un padre cerca. Eso lo había hecho dependiente, incluso blando, y a ella le preocupaba. Quería que fuese fuerte, porque en algún momento tendría que saber lo que era el mundo que habían dejado atrás y quién era el hombre que lo había engendrado. Pero quería que fuera fuerte también por puro egoísmo: porque estaba cansada, cansada de vivir siempre con miedo, siempre alerta, cansada de no tener a nadie en quien confiar. Quería que Danny creciera y se hiciera grande y fuerte para protegerla a ella como ella lo protegía a él. Pero aquel día parecía muy lejano.

—¿Adónde vas? —le preguntó de nuevo con aquella voz lastimera que ponía cuando le parecía que el mundo era injusto con él.

—Ya te lo he dicho. A cenar.

—¿Con Joe?

—Sí.

—Joe no me gusta.

—No digas eso, Danny. Sabes que no es verdad.

—Es verdad. Lo odio. Mató a la gaviota.

—Ya hemos hablado de eso, Danny. Tuvo que hacerlo. Estaba herida. Sufría tanto que lo mejor que podía hacer Joe era acabar con su sufrimiento.

Le había dado la gaviota que Dupree le había tallado. Su hijo la miró un momento y la tiró. Más tarde, cuando ella fue a recogerla del suelo, no estaba. Pero antes de irse se asomó a la habitación de Danny y la vio en la estantería. Su hijo era un niño complejo.

Pilló un bache en la carretera, el coche dio un tumbo y, por un momento, los faros alumbraron los árboles. Se preguntaba si hablaría esa misma noche de lo que la turbaba o lo olvidaría hasta el día siguiente.

El caso era que, al salir a echar agua al coche, le había llamado la atención el pequeño túmulo en el que Joe había enterrado a la gaviota. Habían quitado la piedra que señalaba el lugar y ahora se veía un agujero poco profundo y tierra esparcida alrededor. El ave no estaba, pero encontró sangre y plumas en torno al hoyo. Podía haber sido un animal, pensó, pero recordó haberle visto a Danny las uñas sucias cuando cenó, y que al preguntarle por qué las llevaba así, se había quedado callado. Hasta que examinó la tumba no empezó a sospechar lo que de verdad había ocurrido.

Decidió dejarlo correr. Esperaba disfrutar de la velada y no quería despedirse de su hijo tras discutir con él.

—¿Estará Richie en casa de Bonnie?

—Seguro que sí —contestó Marianne. La edad mental de Richie no era mucho mayor que la de Danny, pero parecía preocuparse mucho por éste, y a Danny le gustaba que el muchacho mayor estuviera de su lado. Esto no solía ocurrirle, porque le había costado hacer amigos e integrarse en el colegio.

Giró a la izquierda por el camino de entrada a la casa de Bonnie y apagó el motor. Danny se quitó el cinturón y esperó a que ella saliera a abrirle la portezuela. Se encendió una luz y Bonnie apareció en los escalones del porche, con el pelo suelto por los hombros, el codo apoyado en la mano y un cigarrillo entre los dedos. Bonnie Claessen había tenido una vida dura: un marido que le pegaba y que al final se escapó con una profesora de *line dance*; un hijo que siempre dependería de ella y una sucesión de hombres que en el mejor de los casos no le convenían y en el peor no le duraban. A veces, pensaba Marianne, era como si Bonnie Claessen viviera solamente para llorar. Entonces ocurrió el accidente en el que murió su sobrino Wayne Cady. Marianne asistió al entierro, como muchos de la isla, y vio cómo metían el ataúd en la fosa del pequeño cementerio de la iglesia baptista, y a la hermana de Bonnie, que, destrozada por el dolor, cuando empezaron a echar tierra sobre el ataúd, se arrodilló y hundió la cara en el suelo mojado como si quisiera abrirse paso por él y llegar al chico muerto.

Aquel día, Bonnie se había mostrado fuerte por su hermana, pero ella ya lo era casi siempre: no le había resultado fácil criar a un hijo inválido, y el saturado sistema

sanitario del estado le había ayudado poco. Gran parte de la ayuda consistía tradicionalmente en internar a los niños con problemas mentales en psiquiátricos o residencias, algo a lo que Bonnie se había negado desde el principio. Durante un tiempo, cuando su marido la dejó, recibió asistencia a domicilio, pero los recortes y el prohibitivo coste de enviar a alguien regularmente a la isla obligaron a suspender el servicio al cabo de menos de un año. Marianne se sintió de pronto agradecidísima de que algún día Danny dejara de depender tanto de ella y ella pudiera recurrir a su hijo en busca de apoyo.

Bonnie se había portado muy bien con ellos desde el primer momento y ella pagaba esta benevolencia como podía, encargándose de Richie alguna noche para que Bonnie descansara, o llevándolo al cine con Danny los fines de semana. Nunca le había hablado a Bonnie de su pasado, pero sabía que su amiga sospechaba más de lo que dejaba traslucir. Bonnie había sido víctima de tantos hombres que podía reconocer a una compañera maltratada nada más verla.

—Gracias —dijo Marianne acercándose, con la mano en el hombro de Danny.

—No hay de qué, cielo. ¿Qué tal, Danny?

—Bien —murmuró Danny.

—¿Sólo bien? Bueno, a ver si arreglamos eso. Dentro tengo palomitas y gaseosa, y Richie se ha comprado un videojuego nuevo que seguro que está deseando enseñarte. ¿Qué te parece?

—Bien —repitió Danny en el mismo tono desganado.

Marianne hizo un gesto de resignación y Bonnie se encogió de hombros como diciendo: «Ya veo».

—Si no se me hace tarde, me pasaré luego a recogerlo. Si no, vendré mañana temprano.

—No te apures, cielo. Tú pásatelo bien.

Marianne besó a Danny en la cara, lo abrazó y le dijo que fuera bueno, y volvió al coche. Arrancó y se despidió con un ademán, pero Danny ya estaba entrando en la casa y pronto, con la promesa de juegos nuevos, dejaría de pensar en ella. Salió a la carretera, que continuaba en Island Avenue y aceleró. Aparcó en la acera de enfrente del local, el Good Eats, en el que se oía música de *bluegrass*, y se miró el maquillaje en el espejo. Se retocó los labios, se arregló el pelo y suspiró.

Tenía treinta y dos años y era la primera cita que tenía en mucho tiempo.

Con un gigante.

Joe Dupree la esperaba tomándose una cerveza. Estaba sentado a una mesa al fondo del restaurante, ligeramente ladeado para no chocar con las piernas en el tablero. De nuevo la impresionó lo muy fuera de lugar que debía de sentirse muchas veces.

*Nada parece ajustarse a él. Las cosas son siempre demasiado pequeñas, demasiado estrechas, demasiado ceñidas. Vive en un estado constante de inadaptación. Ni siquiera la isla parece bastante grande para él. Debería vivir en espacios abiertos, en Montana, por ejemplo, donde parecería un enano comparado con las dimensiones del mundo natural.*

Dupree se levantó al verla llegar y, al hacerlo, golpeó la mesa con el muslo. Intentó impedir que cayera un vaso de agua y lo atrapó con mano tan torpe que el agua se derramó por la mesa y la rosa que contenía el vaso perdió un pétalo. El local estaba medio lleno, sobre todo de gente del lugar, aunque ella vio a una pareja joven que miraba con curiosidad a aquel hombre tan grande. Eran visitantes. Le parecía curioso cómo, después de sólo un año viviendo allí, notaba enseguida la presencia de forasteros.

—Hola —dijo—. Empezaba a preocuparme.

—Danny se ha puesto pesadito. Sigue sin gustarle que salga y no lo lleve conmigo. Si por él fuera, ahora estaría aquí pidiendo patatas fritas y gaseosa.

—Y no pasaría nada.

Ella enarcó una ceja con aire inquisitivo y preguntó:

—¿Quieres que vaya y me lo traiga?

Joe levantó las manos en señal de rendición.

—No, te prefiero sola. —Se sonrojó y pensó en explicar lo que quería decir, pero al final decidió que si lo hacía se liaría más.

La verdad era que hacía mucho que no tenía una cita con una mujer, y suponía que sus habilidades en la materia, ya de por sí limitadas, estarían bastante oxidadas. A veces se le insinuaba alguna mujer, sobre todo cuando iba a pasar el rato a los bares de Puerto Antiguo, en el continente, con el último trayecto que hacía el pequeño ferry diésel de la isla. En esas ocasiones bebía hasta la una o las dos de la mañana, hora en que llamaba a Thorson y le pedía que fuera a recogerlo. Al viejo capitán no le importaba. Tampoco él dormía mucho. Las raras ocasiones en que Thorson no podía ir por él, Dupree tomaba un taxi acuático o pasaba la noche en una habitación sencilla de un hotel barato, durmiendo con el colchón en el suelo y cojines para apoyar las piernas que sobresalían.

Y en aquellos bares, sobre todo los que no entraban en la ruta turística, a veces llamaba la atención de las mujeres. Oía a dos o tres riendo como ríen las mujeres con alcohol en el cuerpo y sexo en la mente, con una risa áspera, fea, que les sale de dentro, con los párpados pesados, los ojos entornados, los labios levemente hacia fuera. Y sus comentarios parecían arrastrarse por el suelo manchado.

«Me pregunto si también la tiene tan grande».

«Las manos y los pies. Tú fíjate siempre en las manos y en los pies».

O se deslizaban por entre las mesas como humo.

«Ya le haría yo sitio».

«Guapa, pues tendrías que sacarte algo para que te cupiera».

Hasta que al final se le acercaban y él las recibía con una leve sonrisa, y ellas seguían riendo y miraban a otro sitio, o quizá le sostenían la mirada con una expresión que prometía cosas sucias.

Algunas veces había aceptado el ofrecimiento y casi siempre lo había lamentado. La última vez fue con una mujer a la que acompañó a su casita de Saco, una casa tan pulcra y femenina que al instante se sintió aún más fuera de lugar que de costumbre, y con miedo a moverse para no tirar ninguna de las muchas muñecas de porcelana que lo miraban con sus pálidas caras desde todos los estantes y repisas. La mujer se desvistió en el cuarto de baño y entró en el dormitorio sin más prendas que un sujetador muy apretado y unas bragas negras, y con algún michelín desbordándosele por los tirantes de la espalda y el elástico de la cintura. Traía un cigarrillo que se llevó a la boca mientras retiraba las sábanas de la cama, se desabrochaba el sostén y se lo quitaba deslizándolo por los brazos, y mientras se metía luego los pulgares por el ribete de las bragas y se las bajaba y se las quitaba dando un paso fuera de ellas, todo eso sin mirarlo a él en ningún momento. Se metió en la cama, se tapó hasta la cintura y siguió fumándose el cigarrillo mientras él se desnudaba a su vez, con la cara roja de vergüenza y aborreciéndose.

Dupree no veía en los ojos de ella ni lascivia ni necesidad, ni siquiera curiosidad, sino simplemente la perspectiva de un alivio temporal del tedio que le producía su persona y sus deseos. Dio una última calada al cigarrillo, lo apagó en el cenicero que había en la mesilla de noche y retiró la sábana para invitarlo a tumbarse a su lado. Cuando él lo hizo, oyó rechinar los muelles del colchón, aspiró el olor rancio a tabaco que desprendían las almohadas y sintió las uñas de ella dejándole cinco marcas blancas muslo arriba, camino de su sexo.

La dejó roncando y salió de la casa de puntillas, con los zapatos en la mano, bajo la mirada impasible de las muñecas de porcelana. Se calzó sentado en la veranda, llamó a un taxi desde una cabina y volvió a Puerto Antiguo. En un banco de la terminal de ferries de Casco Bay esperó a que amaneciera, caminó hasta el Miss Portland Diner de Marginal Way y desayunó junto con los pescadores unos huevos con beicon que comió metódicamente, sin alzar la vista del plato para no cruzar la mirada con nadie. Y cuando vio llegar el ferry de Thorson, que traía a los que trabajaban en la ciudad, Joe Dupree fue a recibirlo y, saludando apenas a los que desembarcaban, esperó a que se vaciara. Tomó asiento en la parte de atrás y Thorson, cuando vio que no subían más pasajeros, arrancó el motor y sacó de Portland a Joe Dupree, y durante el trayecto el viento se llevaba de su ropa y de su pelo el olor a perfume y alcohol y tabaco, lavando así la prueba de sus pecados.

Desde entonces no había vuelto a los bares de Puerto Antiguo, y ahora bebía

poco. Podía ver la sorpresa en la cara de los camareros y en la sonrisa de Dale Zinner cuando se levantó a recibir a la mujer que tenía sentada enfrente. No le importaba. Había tardado casi un año en armarse de valor y pedirle que salieran. Le gustaba su hijo. Le gustaba ella. Ahora aquella mujer le decía algo, pero él estaba tan ensimismado que tuvo que pedirle que se lo repitiera.

—Digo que es difícil hacer algo secreto aquí. Parece que todo el mundo lo sepa antes que tú.

Joe sonrió.

—Eso me recuerda lo que le pasó a Dave Mahoney... Tendría entonces casi setenta años, el viejo verde. Resulta que se prendó de una viuda llamada Annie Jabar, que vivía a menos de un kilómetro de él, carretera adelante. Entre ellos no había pasado nada, sólo miradas desde la mesa de bingo de la American Legion, supongo, o manos que casi se tocaban en los estantes del mercado, pero estaba claro que ella se le insinuaba. Conque un día Dave se resolvió a tomar la iniciativa. Se puso su mejor chaqueta, se envolvió en una gabardina y salió para la casa de Annie Jabar bajo la lluvia. Cuando llegó, ella estaba esperándolo.

Joe sacudió la cabeza riendo.

—¿Quién? —preguntó Marianne—. ¿La viuda?

—Qué va. La mujer de Dave. No sé cómo, pero llegó antes que él. Imagino que debió de correr por el bosque para poder esperarlo, y no era mucho más joven que Dave. Además, llevaba un arma, el rifle de Dave. Dave se quedó mirándola, giró sobre sus talones y se volvió derecho a su casa. Y nunca más volvió a fijarse en la viuda, ni en ninguna otra mujer que no fuera su esposa. Ésta murió hace un par de años, y entonces oí decir que Annie Jabar esperaba juntarse con Dave dado que su mujer ya no estaba, pero, por lo que sé, él no ha vuelto a acercársele desde aquel día en que su mujer se le puso delante y le apuntó con su propio rifle.

—Eso es que la quería.

—La quería y la temía. A lo mejor creía que ella podía aparecérsele si se pasaba de la raya, o quizá la echaba de menos más de lo que nunca imaginó. A veces hablo con él y creo que está esperando reunirse con ella. Creo que cuando la vio dispuesta a pegarle un tiro antes de permitir que se lo quitara otra mujer, se dio cuenta de lo mucho que ella lo quería, incluso a los setenta años. Quizás a veces uno tiene que amar terriblemente a alguien para estar dispuesto a matarlo.

En ese momento se distrajo al advertir movimiento en la puerta y así no vio la expresión que puso Marianne. Si la hubiera visto, es posible que la velada hubiera tenido un final brusco, pues él se habría sentido obligado a preguntarle qué le ocurría. En lugar de eso, Dupree miraba a un hombre corpulento con una camisa roja a cuadros que salía acompañado de su no menos corpulenta mujer. El hombre le hizo a Dupree un gesto con la cabeza entre reconocido y desdeñoso. Marianne, agradecida



por la distracción, lo miró también, y el hombre le sonrió antes de que la mujer que lo acompañaba le diera un codazo tan fuerte en las costillas que casi lo hizo salir despedido por la puerta.

—Tom Jaffe —dijo Dupree.

—Su padre es el dueño de la constructora, ¿verdad?

—Exacto. El padre tiene también casi setenta años, pero sigue sin pasarle el negocio al hijo. No se fía de él. Tom sigue creyendo que es la «gran esperanza blanca». Fue el primer estudiante de mi promoción y cuando nos graduamos en el instituto le tocó hablar. Se creía todo un orador.

—¿Y cómo fue el discurso?

—Terrible: una especie de prolongado «Que os jodan» dicho a todos sus conocidos. Luego hubo uno que intentó atropellarlo en el aparcamiento.

—A lo mejor fue un simple accidente.

—No. Porque se me escapó y lo intenté otra vez. El tipo corría mucho, eso se lo concedo.

Marianne se echó a reír y, por primera vez, Dupree empezó a relajarse. El pequeño restaurante iba llenándose poco a poco, pero sin que nadie tuviera que esperar mesa de pie. Hablaron de música y de cine, y un poco de sus respectivos pasados, no mucho. En el caso de Joe, su reserva se debía a la timidez y a que se sentía cohibido y pensaba que su vida en la isla debía de parecerle provinciana y aislada a aquella mujer que tenía un leve acento sureño y un hijo y conocía muchos otros lugares.

Pero ¿y en el caso de ella? Sus razones para callar eran diferentes.

Marianne habló poco de su pasado porque todo lo que podía decirle sería mentira.

Estaban en los postres cuando la puerta del restaurante se abrió y entró Sally Owen. Era una de las camareras del Rudder, y lo era desde que Dupree tenía memoria. Se contaba que, cuando era más joven, arrastró a un tipo por la barra porque no le dijo «por favor» al pedir. Ahora era mayor y estaba más calmada, y se conformaba con fulminar con la mirada a los clientes maleducados. Se acercó corriendo a la mesa y le dijo a Joe:

—Joe, siento mucho molestarte, pero a Lockwood lo han llamado por un robo en una casa en Kemps Road y Barker está fuera con un camión de bomberos apagando un coche en llamas.

Dupree no pudo ocultar su disgusto. Les había pedido a los policías de servicio que procurasen no molestarlo mucho esa noche, aunque estuvieran hasta el cuello de trabajo, cosa que al empezar la jornada parecía poco probable. Pero tampoco tenían la culpa de que los coches ardieran y hubiera quien robara casas, pero, eso sí, como pillaran a los culpables de una y otra cosa, ya les diría él cuatro palabras.

—¿Qué pasa, Sally?

—Terry Scarfe está en el Rudder y no va solo. Con él está Carl Lubey y parecen uña y carne. Pensé que debías saberlo.

Marianne vio que el semblante de Dupree se ensombrecía. Y que también se entristecía, pensó, porque regresaban a él recuerdos que había tratado de olvidar. Ella conocía la historia del hermano de Carl Lubey. Todo el mundo en la isla la conocía.

Ronnie Lubey era un delincuente de poca monta con condenas por tenencia ilícita de armas y robo con premeditación y a mano armada. La noche en que murió llevaba entre pecho y espalda un cóctel de anfetaminas y alcohol y andaba buscando bronca. Empezó disparando contra las ventanas de la casa vecina, a la vez que gritaba no se sabe qué sobre troncos y límites, y cuando Joe y Daniel Snowman, ahora jubilado, llegaron en coche a la casa, Ronnie estaba apoyado contra un árbol, hablando entre dientes, con la camisa, los pantalones y los zapatos perdidos de vómito.

No bien los dos policías detuvieron el coche, Ronnie los miró, levantó la escopeta a la altura de la cadera y disparó salvajemente. Snowman cayó, con la pierna acribillada a perdigonazos, y Dupree, después de avisar en vano, abrió fuego a su vez. Apuntó bajo y alcanzó a Ronnie en el muslo, pero la bala le dio en la femoral. Dupree hizo todo lo que pudo, aunque su prioridad era su compañero. Snowman sobrevivió, Ronnie Lubey murió, y su hermano menor, Carl, que también vivía en la isla, nunca perdonó al policía gigante.

Marianne no sabía quién era Terry Scarfe, pero si se juntaba con Carl Lubey, no merecía la pena conocerlo. Cuando llevaba un mes viviendo en la isla, Carl intentó tirarle los tejos un día en que estaba con Bonnie en el bar del Rudder. Cuando ella rehusó su invitación a tomar algo, Carl primero la puso de vuelta y media y luego intentó tocarle las tetas, sin duda para desquitarse. Ella lo rechazó y Jeb Burris saltó por encima de la barra y lo sacó a rastras. Aquella noche estaba de servicio Berman, el policía joven. Marianne recordaba que fue muy amable con ella. Desde entonces sólo había tratado ocasionalmente a Carl, cuando acudía a la tienda. Si se cruzaban en la calle o en el ferry, él se limitaba a mirarla, con la vista clavada en sus pechos o en su entrepierna.

—Será mejor que vaya a ver —dijo Dupree, y Sally se despidió y volvió al bar—. ¿Me perdonas unos minutos? Volveré lo antes que pueda.

Se levantó y al irse le puso suavemente la mano en el hombro. Ella se la acarició y sintió que él la dejaba allí un momento más.

Dupree caminó por Island Avenue y torció a la derecha. Justo abajo a la izquierda estaba la terminal del ferry de la isla, y, frente a la terminal, el Rudder Bar. En la parte trasera había una terraza que se llenaba de turistas en verano, pero que ahora, en invierno, estaba vacía. Dentro se veían luces y una media docena de personas bebiendo y jugando al billar.

Entró en el bar e inmediatamente vio a Scarfe y a Lubey. Estaban en la barra, inclinados uno sobre otro. Al ver a Sally salir de la pequeña cocina de la trasera, Lubey levantó el vaso y dijo:

—Eh, Sal, ¿no tendrás algún chupito que sepa a coño?

—Es que no sé a lo que sabe un coño —dijo Sally mirando a Dupree, que se acercaba.

Lubey levantó un dedo y se lo enseñó:

—Pues chupa éste y lo sabrás —dijo, y los dos hombres se partieron de risa.

—¿Qué tal, hijos? —dijo Dupree.

Los dos hombres se volvieron a la vez a mirarlo.

—No somos tus hijos —dijo Lubey. Tenía la mirada opaca. Intentaba fijarla en Dupree y se tambaleaba un poco.

—Si es el Alegre Gigante Verde —dijo Scarfe—. ¿Qué pasa, don Gigante? No pareces tan alegre.

—No se te ve mucho por aquí, Terry. Lo último que oí es que te cayeron de uno a tres.

—Libertad condicional. Por buena conducta.

—Me parece que esta noche no estás comportándote muy bien.

—¿Te pasa algo, madero? —replicó Lubey—. Estoy tomándome una copa con mi colega. No molestamos a nadie.

—Creo que ya has bebido bastante.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Lubey—. ¿Pegarme un tiro?

Dupree se quedó mirándolo. Lubey le sostuvo la mirada todo lo que pudo y luego la desvió sonriendo bobamente. Dupree se volvió hacia Scarfe.

—Quiero que te vayas de la isla, Terry. Thorson zarpa en diez minutos. Sube al ferry.

Scarfe miró a Lubey, se encogió de hombros, se deslizó del taburete y cogió la chaqueta.

—El Gigante Verde quiere que me vaya de la isla, Carl. Así que tengo que irme. Te veo luego.

—Vale, nos vemos, Terry. Lucha contra el poder.

Dupree se retiró y observó cómo Scarfe se dirigía tambaleándose a la puerta. Luego se volvió hacia Lubey.

—¿Has venido en coche? —le preguntó.

Lubey no contestó.

—Te he hecho una pregunta, Carl.

—Sí, he venido en coche —contestó finalmente Lubey.

—Dame las llaves.

El otro se metió las manos en los bolsillos y sacó las llaves. Dupree fue a echar

mano de ellas y Lubey las dejó caer al suelo.

—¡Ay! —dijo.

—Recógelas.

Se bajó del taburete, se agachó con cuidado y se cayó. Dupree lo ayudó a ponerse en pie, a la vez que alcanzaba las llaves. Cuando se vio nuevamente erguido, Lubey trató de zafarse del policía.

—Quítame las manos de encima.

—Si quieres que te espose, te esposo. Vamos, tomamos un barco y pasas la noche en una celda.

Lubey tomó su abrigo.

—Me voy —dijo.

—Puedes recoger las llaves en la comisaría por la mañana.

Lubey hizo un ademán desdeñoso y se encaminó a la puerta. En la barra, Jeb Burris se quitó el mandil y dijo:

—Yo lo llevo.

Dupree asintió.

—Sí, llévalo.

Salió y observó cómo Terry Scarfe y otras dos personas, turistas que habían comido en el bar, subían al ferry de Thorson y regresaban a Portland.

Scarfe estuvo mirando la isla y a Dupree hasta que el ferry desapareció de la vista.

Marianne había tomado un par de copas de vino durante la cena, Dupree una cerveza. Se brindó a llevarla a casa y le dijo que él se encargaría de que tuviera el coche en su puerta a la mañana siguiente antes de las ocho. Marianne se sentó en el asiento del acompañante del jeep de Dupree y se quedó mirando en silencio por la ventana. Dupree quería creer que era un silencio placentero, pero intuía que ella estaba triste.

—¿Estás bien?

Ella asintió, pero torció la boca y Joe pudo ver que estaba al borde de las lágrimas.

—Hacía mucho tiempo, ¿sabes?

Él no sabía a qué se refería y se sintió estúpido.

—¿Mucho tiempo?

—Que no pasaba una velada grata con un hombre. Casi había olvidado cómo era.

Joe tosió para disimular su embarazo y su secreto gozo.

Marianne sonrió y se enjugó las lágrimas con las yemas de los dedos.

—¡Vaya! Seguro que se me ha corrido el maquillaje.

—No, estás muy bien.

—Mentiroso.

Joe giró a la derecha por el camino que llevaba a la pequeña casa de Marianne y paró delante de la puerta. La miró. Ella lo miró.

—¿Quieres entrar? Puedo hacerte un café.

—Sí. Un café estará bien.

La siguió hasta el interior y se sentó en el borde del sofá del salón, mientras ella iba a arreglarse el maquillaje. Cuando volvió, fue derecha a la cocina y puso a hervir agua. Soltó un juramento.

—Lo siento —dijo—. Sólo tengo café soluble.

—No pasa nada, será como en casa.

Marianne asomó la cabeza por la puerta, para ver si lo decía con ironía.

Joe alzó los ojos hacia ella.

—No, de verdad, como en casa. Yo sólo tomo café soluble.

—Bueno, si tú lo dices. Pon música, si quieres.

Joe se levantó y fue a la pila de cedés que había arrimados a la pared. En la tercera balda de una estantería Home Depot había un equipo JVC. Primero se acuclilló, ladeado, para mirar los cedés; luego se arrodilló y al final se tumbó y fue pasando el dedo por los lomos.

—No reconozco nada —dijo, cuando la vio entrar trayendo una bandeja con dos tazas de café.

—Estás fuera de onda —dijo ella.

—Aquí, tan lejos, la radio se oye fatal y ahora no voy tanto al continente como solía. Eh, ¿siguen juntos los Doobie Brothers?

—He oído que Michael McDonald se ha ido —dijo ella—. Tampoco las cosas les van muy bien a Simon & Garfunkel.

Se arrodilló a su lado —él aspiró su perfume— y al estirar el brazo para alcanzar un cedé le rozó levemente el pelo. Joe sostuvo la pila para que los otros cedés no se cayeran. Marianne puso un cedé azul brillante en el lector y pasó las pistas hasta que llegó a la número seis. Por los altavoces se oyó un funk lento.

—Parece Prince —dijo él.

Ella lo miró con inteligencia.

—Veo que, después de todo, no estás tan fuera de onda. Casi aciertas. Es Maxwell. Esta canción se llama «Hasta que la poli llame a la puerta». Pensé que te gustaría el sentido del humor.

—Es bueno —dijo él—. Quiero decir, la canción. El humor no sé si se lo veo.

Ella hizo amago de golpearlo en broma, se levantó y tomó un sorbo de café contoneándose levemente al son de la música. Dupree la miró desde el suelo, se giró con torpeza y se puso de rodillas, con el tronco erguido. Alzó su taza, cogiéndola por instinto con toda la mano en vez de intentar meter el dedo por el asa. «Detalles»,

pensó. «Detalles que siempre hay que tener presentes».

Marianne se acercó a la ventana y se quedó mirando los oscuros bosques de fuera. Dejó de moverse. Joe esperó a que hablara.

—El ave... —empezó ella, y él reaccionó poniéndose tenso.

¿También ella había notado la ausencia de las aves? Recordó la conversación que había tenido con Amerling y con Jack y el placer de la velada empezó a disiparse como humo.

—La gaviota a la que remataste...

Él se sintió aliviado un instante, hasta que pensó en Danny y en la cara que puso cuando mató al animal.

—Ya dije que lo sentía —la interrumpió—. Tendría que haberle dicho a Danny que se alejara.

—No, no es eso. Es que creo que Danny la desenterró cuando tú te fuiste. Creo que la desenterró y que... hizo algo con ella.

—¿Algo?

—He encontrado sangre y plumas. —No terminó de expresar sus temores, esperando que el policía entendiera.

Dupree dejó la taza y se le acercó.

—Es un niño. Los niños tienen curiosidad por esas cosas. Si quieres, puedo hablar con él.

—Supongo que me preocupo demasiado.

—¿Le ha hecho alguna vez daño a un animal vivo?

—Lo regaño porque les tira piedras a los gatos y a veces juega con los bichos, pero no creo que haga daño a conciencia.

—Pues eso. Yo no le diría nada esta vez.

Ella asintió, pero Joe notó de nuevo que ella estaba lejos, viajando por su pasado. Se acabó el café y dejó con cuidado la taza en la bandeja.

—Será mejor que me vaya —dijo.

Ella no contestó, pero cuando él fue a coger su abrigo, ella extendió la mano y la apoyó dulcemente en su brazo. A través de la camisa, Joe pudo percibir el calor que ella emanaba. Marianne lo miró, con una expresión indefinible, y dijo:

—Lo siento. Como te dije, hacía mucho tiempo. He olvidado cómo se hace.

Entonces él inclinó la cabeza y el cuerpo, doblándose casi por la mitad para ponerse a la altura de ella, y la besó. Ella abrió la boca y apretó su cuerpo contra el suyo. Al rato lo llevó a su habitación y se desnudaron en la oscuridad, y Joe la encontró guiándose por la luz de sus ojos, por la palidez de su piel y por los tenues efluvios de su perfume. Y por un tiempo se olvidaron de su dolor, y se unieron y se envolvieron en el seno de la noche, y por un instante se sintieron en paz.

Y mientras ellos hacían el amor, el pintor Giacomelli estaba en su estudio sentado a la mesa, sobre la que había una lámpara que proyectaba su luz cruda sobre los pinceles, los tubos de pintura y los lienzos apoyados. Jack quería beber. Lo deseaba rabiosamente, pero tenía mucho miedo de hacerlo. Quería mantenerse alerta. Después de su conversación con Dupree y con Larry Amerling, había salido a media tarde a pasear por los boscosos caminos que serpentean por el centro de la isla, pero sin aventurarse a entrar en el Asentamiento. Se detuvo en un bosque de árboles secos, cuyas raíces se hundían en los pantanos, y miró hacia el oscuro interior en el que yacían las ruinas. Allí había una calma que parecía la quietud que reina los últimos días de verano, cuando el cielo está nublado, el calor es opresivo y el mundo espera que la atmósfera se rompa y las nubes se deshagan en lluvia torrencial. Desde la senda veía el hayedo seco, cuyos troncos grises se inclinaban conforme las podridas raíces cedían, incapaces de sostenerlos enhiestos. Sobre ellos parecía flotar una niebla, o no, no era exactamente niebla, más bien parecía que el lento declinar de los árboles se hubiera hecho visible y los minúsculos fragmentos formaran un velo que cubría los árboles y el suelo. Se restregó los dedos por el pecho del abrigo y se los miró, temiendo vérselos cubiertos de una capa gris, pero no, estaban limpios.

Ese día no se adentró más.

Ahora estaba allí sentado, mirando una de sus defectuosas pinturas, que eran, en cierto sentido, lo mejor que había hecho, pues las olas parecían moverse por encima de los cuerpos, dando la impresión de que éstos flotaban en la marea, y se veía una luz plateada en el agua y en las rocas que nunca había logrado captar, porque nunca le había resultado tan evidente como en aquel momento. De hecho, reconoció, no recordaba haber pintado aquella luz, y tampoco se veía ninguna luna en el cielo crepuscular de su cuadro.

O de lo que había sido un cuadro.

Moloch se despertó.

Por un momento creyó que se hallaba en la penumbra de la cárcel, pues en el bloque de las celdas siempre había encendida una luz tenue, incluso de noche. Oyó ronquidos y pasos. La almohada estaba sudada, se incorporó y se pasó las manos por el cabello, y entonces vio a Willard, también despierto ya, que lo miraba desde su puesto al pie de la ventana, cuyas cortinas habían corrido para disuadir a los fisgones.

Había vuelto a soñar, pero esta vez no con chicas y asesinatos. Había soñado que se hallaba solo en el bosque, recorriendo senderos entre árboles, pisando hojas secas que crujían, en medio de una claridad de luna que daba un matiz plateado a las ramas. Pero cuando miraba al cielo, no veía ninguna luna, sino un firmamento cuajado de nubes negras. Ante él se extendía la oscuridad, salpicada sólo por las finas formas de las hayas secas, clavadas en el suelo como lanzas de gigantes.

«Podría trazar el plano de este lugar», pensó, de este paisaje de mis sueños. Lo conozco porque durante este último año lo he visto todas las noches, y cada vez me resulta más familiar. Conozco sus sendas, sus rocas, los atracaderos de su costa. Sólo esa oscuridad, y lo que hay dentro de ella, se me oculta.

«Pero en su debido momento lo conoceré también».

Se puso en pie. Willard seguía sentado, mirándolo.

—¿Estás bien? —preguntó Moloch.

—A Dexter no le gusto —dijo Willard—. Ni a Shepherd.

—No tienes por qué gustarles.

—Creo que quieren hacerme daño.

Moloch agradeció hallarse al amparo de la oscuridad.

—No te lo harán. Harán lo que yo les diga.

—Lo que tú les digas —repitió Willard. Hablaba en un tono neutro.

—Exacto. Ahora bajemos y comamos algo.

Esperó a que Willard se levantara. Por un momento coincidieron juntos en la puerta, como si se resistieran a darse la espalda el uno al otro. Al final, Willard se adelantó y Moloch lo siguió, como lo había seguido para salir del bar años atrás.

*Confío en ti.*

Como lo había seguido para entrar en la casa.

*Harán lo que yo les diga.*

Como lo había seguido hasta una mujer.

*Lo que tú digas.*

Y hasta la perdición.



# El último día

*Y cómo puede tener el hombre una muerte mejor que haciendo frente a una  
adversidad terrible...*

MACAULAY, «Horatius»

El gigante se había ido. La dejó cuando el reloj dio las cinco, pues tenía que relevar a los agentes de servicio para que éstos pudieran tomar el ferry de regreso al continente. En el viaje de vuelta venía un policía nuevo, un novato, le había dicho, que prestaba servicio en la isla por primera vez. Hablaba acariciándole el pelo, ciñéndola con el brazo, tumbados los dos en la falsa intimidad que queda después de hacer el amor.

Porque era falsa. Dupree quería estar cerca de ella, pero ¿cómo podía acercársele cuando le había contado tan poco de sí misma y cuando él dudaba de la verdad incluso de los pequeños detalles que ella había accedido a revelar? Se presentó en el restaurante tan bella que se quedó deslumbrado. A él siempre le había parecido que Marianne, en el tiempo que llevaba viviendo en la isla, había procurado no llamar la atención, disimular e incluso ocultar su belleza. Pero cuando entró en el Good Eats esa noche, la gente se volvió a mirarla, y Dupree tuvo que esforzarse por ocultar su orgullo cuando la vio avanzar hacia su mesa. Decidió que haría lo posible para que la velada fuera especial para ella, para los dos. Sin que se lo pidieran, Dale Zinner se encargó personalmente de la cena, yendo y viniendo de la cocina al comedor, solícito pero no pesado. Por la ventana que daba al mar podían ver las luces de las islas vecinas que brillaban resplandecientes, como pequeños soles nocturnos que quisieran deslumbrar a las estrellas. A la luz de las velas, Dupree se sentía a veces intimidado por ella, y tanto se había concentrado en no romper ni tirar nada que al final de la cena le dolía la cabeza. Las únicas pegadas de la velada fueron el encuentro con Lubey y Scarfe en el Rudder, y la persistente sensación de que su compañera seguía ocultándole cosas.

Marianne era consciente del malestar de Joe. Los años que había pasado huyendo y escondiéndose habían agudizado sus facultades de percepción, la habían hecho muy sensible a lo que pensaban los demás de ella. Ahora, sola, repasó mentalmente el transcurso de la noche, recordó las reacciones de Joe, sus titubeos, los bruscos cambios de expresión cuando la escuchaba. No esperaba que la noche acabara como había acabado, o si lo esperaba, al menos no se lo había confesado a sí misma. Pero conforme transcurría la velada, y el vino iba haciendo su efecto, empezó a preguntarse cómo sería hacer el amor con él, recibirlo en su seno. Le había dado un poco de miedo; miedo de su corpulencia, de su peso, de la torpeza que esa

corpulencia conllevaba, pues no tenía casi nada de garboso. Era un hombre constantemente presa del temor de oír caer un objeto, un hombre siempre desacompañado con el mundo. Pero cuando entró en su cama, estuvo dulce y su tacto la sorprendió por lo tierno que era.

Se sintió culpable por haberle mentado sobre su pasado, pero no tenía elección. Decirle la verdad podía significar perder a Danny. Peor aún, exponerse ella misma y que el otro la encontrara.

Y viniera con su gente.

Mientras oía el canto de los pájaros, y sintiendo el calor de él aún en la almohada, Marianne se echó a llorar.

Dupree fue primero a su casa, se duchó y se puso el uniforme. En el baño, mientras oía correr el agua de la ducha, aspiró el olor de Marianne en su cuerpo y lamentó con punzante pesar que aquel olor fuera a desaparecer muy pronto de él. Luego, cuando se hubo cambiado, tomó la camisa de la noche anterior y la examinó de cerca. Había una manchita donde ella había oprimido su cara contra él, y Joe tocó los rastros de maquillaje con las yemas. Luego colocó cuidadosamente la prenda sobre la cesta de la ropa sucia que tenía en el armario del baño.

Cuando llegó a la comisaría encontró a Barker sentado leyendo una novela. Lockwood estaba cepillándose los dientes en el cuarto de baño con la puerta abierta y se oía el rumor del agua corriente.

—¿Has dormido bien? —le preguntó Barker, sonriendo de oreja a oreja.

—Bastante bien —contestó Dupree, sin inmutarse.

—¿La cena bien?

—Bastante bien también.

—¿Y el desayuno?

—Aún no he desayunado.

—Tienes que desayunar. Tienes que recobrar fuerzas. A mí me gusta que las mujeres me hagan el desayuno a la mañana siguiente.

Dupree lo miró frunciendo el ceño.

—¿Hablas del mundo real, o de uno fantástico?

Ahora fue Barker quien arrugó el entrecejo.

—Oye, ahora que lo pienso, mi mujer me prepara el desayuno todas las mañanas. A veces hasta hacemos el amor la noche de antes. No a menudo, pero a veces.

—Más de las que quiero saber —dijo Dupree—. Muchas más.

Lockwood salió del cuarto de baño. Caminaba como un bailarín, con la punta de los pies. Él y Barker, que estaba gordo, formaban una pareja chocante, pero Dupree los apreciaba tal como eran.

—¿Puedes venir un momento conmigo? —le preguntó Dupree a Lockwood.

Quería que alguien le ayudara a llevarle el coche a Marianne, pero prefería no pedírselo a Barker. Era menos probable que Lockwood bromeara sobre lo que sospechaba que había hecho Dupree aquella noche.

—Claro.

Lockwood recogió su chaqueta y siguió a Dupree afuera.

—Tengo que llevar un coche a casa de su dueño. Me gustaría que me siguieras en el Explorer, no tienes que hacer nada más, y luego me traes de vuelta.

—Perfecto.

—Te lo agradezco.

Fueron en sendos coches hasta la casa de Marianne. Dupree aparcó delante de la puerta y dejó las llaves puestas. Miró hacia la ventana del dormitorio de ella, pero las cortinas estaban corridas. Se preguntó qué estaría haciendo Marianne, y de pronto vio que las cortinas se movían ligeramente y ella se asomaba y lo miraba. Marianne sonrió nerviosa y lo saludó con un ademán. Él la saludó a su vez, dio media vuelta y subió al Explorer.

Lockwood se quedó mirándolo.

—¿Qué, te ha preparado el desayuno?

Dupree se puso rojo.

—Te lo he pedido a ti porque creía que no eras tan capullo como Barker.

Lockwood se encogió de hombros.

—Capullo igual, pero menos bocazas.

Continuaron un rato en silencio, y al final Lockwood le preguntó a Dupree si Sally Owen lo había encontrado la noche anterior.

—Sí, ya me encargué del asunto.

—¿Te dio problemas Lubey?

—No, sólo soltó un poco la lengua.

—¿Crees que él y Terry Scarfe estaban simplemente poniéndose al día?

—No lo sé. A lo mejor estaban planeando formar un club de lectura.

—De lectura de tebeos. Esos dos son bobos.

—Lubey sí, pero Scarfe es más listo. Es una rata. Vendería el cadáver de su madre si no le costara mucho desenterrarlo.

—¿Crees que trafica en la isla?

Dupree hizo una mueca. Se había dejado distraer tanto por Marianne que no se acordó de registrar a Scarfe ni a Lubey, aunque no creía que Scarfe fuera tan tonto como para llevar droga encima. Pero no sabía que Scarfe y Lubey fueran colegas, y aunque la noche anterior se los encontró riendo, seguía pensando que no eran tan amigos. Scarfe quería algo de Carl Lubey y no podía ser nada bueno, pues Carl Lubey no tenía nada bueno que ofrecer.

—Le echaré un ojo a Lubey —dijo al final—. Si oyes algo de Scarfe en Portland,

llámame.

—Lo haré —contestó Lockwood. Entraron en Island Avenue. Seguía estando oscuro, pero el cielo empezaba a clarear.

—¿Algo más que deba saber? —preguntó Dupree.

—Pues que seguimos teniendo problemas con la radio. Y con los teléfonos.

Los problemas con la radio eran cosa reciente. El sistema de radio del Explorer era doble. Cuando la policía de Portland renovó el equipamiento de la isla, dejaron la vieja radio en el coche y conectaron a ella un nuevo dispositivo portátil. La nueva radio permitía al agente del coche estar en contacto con la comisaría de la isla e informar a la vez a la policía de Portland. Con la vieja radio, por otra parte, podía comunicarse con agencias externas, como la policía estatal o los bomberos. Durante la última semana se habían registrado fallos de transmisión. Todos los agentes de la isla, incluido Dupree, habían tenido dificultades para contactar por radio con Portland o con la comisaría, o se habían encontrado con lo que parecía un cruce de líneas, con voces que se oían de fondo. Los aparatos habían sido examinados y al parecer funcionaban perfectamente. «Fantasmas en el aparato», dijo Lockwood. Ahora el problema parecía haberse extendido a los teléfonos.

—¿Qué les pasa a los teléfonos? —preguntó Dupree.

—Lo mismo que a las radios. Anoche la línea se cortó al menos cuatro veces por unos segundos. O sea, cogía el teléfono y no se oía nada, y al momento volvía el tono de línea. Otras veces había parásitos. Puede ser la tormenta. El pronóstico del tiempo dice que descargará en la costa esta noche, aunque nunca había visto que la inminencia de una tormenta de nieve afectara a las comunicaciones de este modo.

Dupree no contestó. Se acordó de la conversación que había tenido con Jack y con Amerling —*Es como el preludio de una tormenta eléctrica*— y de la tarea que había estado posponiendo hasta después de cenar con Marianne: visitar el Asentamiento.

—¿Sabes algo de esa tal Macy, la nueva?

—Sé que es bonita.

—Eso me ayudará mucho.

—Perdona, Joe, pero tampoco es que venga a la guerra.

—No —dijo Joe—, supongo que no.

Mientras los dos hombres charlaban en el coche, Sharon Macy hacía cola para tomar el pequeño ferry. Le habían contado cosas raras sobre Thorson y su ferry, la mayoría (esperaba) pura exageración. Otro de los oficiales instructores de campo, Christine McCalmon, le había recomendado, en broma, que para la travesía se pusiera un chaleco salvavidas. El día anterior, Macy bajó al puerto a echar un vistazo al ferry cuando éste zarpaba para su trayecto de la tarde. Le pareció algo destartado, pero

pensó que sería mejor que ir a remo.

Había otras tres personas haciendo cola en el muelle de Commercial Street, todos con los ojos fijos en la pequeña embarcación diésel, que en aquel momento ocupaban Thorson y su tripulante. Thorson no se daba prisa en zarpar. Macy pensó que parecía tener resaca, y que muy probablemente podría arrestarlo por quebrantar algún tipo de norma marítima, aunque estaba segura de que nadie se lo agradecería. En cambio, si sacara la pistola y lo obligara, a punta de pistola, a darse prisa, seguro que la apoyarían y la admirarían. Hacía frío en el muelle y el viento le azotaba dolorosamente la nariz y las orejas.

—Jefe —dijo su vecino de cola—, ¿a qué leches está esperando?

—Material —contestó Thorson—. Le prometí a Huddie Harris que le llevaría unas piezas de maquinaria. Su hermana dijo que me las traería antes de las cinco.

—Son las cinco y cuarto.

—¡Vaya por Dios!

Eso es, pensó Macy. Aquella exclamación de Thorson era el equivalente a encogerse de hombros, una completa declinación de responsabilidad. Le había prometido a Huddie sus piezas, Huddie seguramente le había prometido a él unas cervezas y algún dinerillo a cambio, y no permitirían que nadie interfiriera en el acuerdo. Le dio una patada a un canto y hundió aún más las manos en los bolsillos. En eso vio venir por el muelle a una mujer con una chaqueta acolchada que empujaba una abollada caja de metal con ruedas. Erin Harris: vivía en Portland pero pasaba los fines de semana en Dutch con su hermano. Macy la conocía de un altercado que se produjo un mes o dos antes a las puertas del hotel Eastland, cuando la mujer de uno de los ex novios de Erin decidió que ya estaba bien y que Erin debía dejar de tontear con su hombre. Macy no se explicaba qué podía haber visto aquel hombre tanto en una como en la otra, porque si Erin Harris era fea por fuera y aún más fea por dentro, aún era una belleza comparada con la mujer con la que riñó aquella noche. Cuando Barron intervino, Erin Harris intentó pegarle y Macy tuvo que rociarla con espray. Macy le echó Mace, como dijo luego Barron. Fue todo muy desagradable. Macy mantuvo la vista baja y observó en silencio cómo la mujer le pasaba la caja a Thorson. Cuando pasó, Erin la fulminó con la mirada. No disimulaba su inquina. Macy no apartó la mirada.

—Bien —dijo Thorson—. Todo el mundo a bordo. Nos vamos.

Los cuatro pasajeros subieron a bordo del pequeño ferry y ocuparon sendos bancos de madera bajo el toldo, y minutos después se hacían a la mar entre gaviotas que chillaban en el cielo y olas que batían contra la proa. Macy ya iba de uniforme. Había dejado a sus pies la mochila L.L. Bean. Siguiendo el consejo de Barron, llevaba un par de libros, un *discman* y unos cuantos cedés. Cuando Portland empezaba a quedar atrás y la espuma del mar a salpicarle la cara, introdujo un cedé

en el reproductor y los primeros compases de «Freight of Fire» de los Scud Mountain Boys llenaron sus oídos, junto con el consejo de Joe Pernice de coger las armas y todas las municiones; y sintió el bulto de la pistola debajo de la chaqueta y sonrió recordando lo que le había contado Barron de gigantes y de esqueletos humanos enterrados bajo pinos.

Dupree estaba ocupado con un reportero que, a todas luces, mataba el tiempo del primer turno de mañana. El hombre llamaba desde Florida, con lo que, al menos, la entrevista no era cara a cara. Como la mayoría de los policías de patrulla, Dupree sentía una natural desconfianza hacia los reporteros. Varios días atrás se había producido un grave accidente en Keys: tres adolescentes habían caído por un puente en un coche robado y se habían ahogado. El periodista quería escribir un reportaje sobre el peligro que suponían los adolescentes rebeldes y el accidente ocurrido en Dutch le parecía muy a propósito.

—Sí, el chico ya había muerto cuando llegamos —dijo Dupree—. No pudimos hacer nada. La chica estaba gravemente herida y murió allí mismo. —Hizo una mueca incluso al decirlo y luego quedó a la escucha de la siguiente e inevitable pregunta—. Nos esforzamos todo lo posible para que tragedias como ésta no vuelvan a suceder. Estamos pensando en vallar la zona, incluso en llenar las pendientes de chatarra para evitar que vuelvan a robar coches.

«Eso tendría que haberse hecho hace años», pensó Dupree. «Tendría que haber obligado a las autoridades a hacerlo, pero éstas querían dejar el sitio como estaba, y de todas maneras los chavales son como son. Nunca había habido un accidente en el viejo emplazamiento de las baterías hasta que Wayne Cady y Sylvie Lauter se mataron. Pues lo mismo era aquello».

El periodista le dio las gracias y colgó. En el reloj de la pared vio que eran las seis y veinticinco de la mañana. El ferry no tardaría en llegar, trayendo a la que sería su compañera las siguientes veinticuatro horas. Barker estaba ya esperando en el pequeño embarcadero, fumando y dando patadas en el suelo con impaciencia, junto a Lockwood, que permanecía sentado tranquilamente.

Dupree se preguntó de nuevo quién sería Sharon Macy. La llegada de una cara nueva siempre le resultaba un poco complicado. Los policías veteranos ya estaban acostumbrados a Joe, pero los jóvenes no ocultaban sus impresiones cuando lo veían por primera vez: casi siempre eran de simple sorpresa, a veces tenían ganas de reírse, otras, muy pocas, se sentían violentos. Sabía que algunos lo consideraban un monstruo. Para colmo, casi nunca enviaban a la isla a agentes novatos o en prácticas, pero como había tanta baja por enfermedad, por asuntos familiares y por vacaciones, llenaban los huecos y los turnos con los agentes disponibles.

Subió al Explorer y se dirigió al muelle, tratando de atisbar el ferry en la

semioscuridad. El servicio de ferry les costaba a los isleños un pequeño impuesto anual, pero no se quejaban, porque aunque apreciaban su independencia, no dejaban de necesitar lo que Portland ofrecía, con sus tiendas, hospitales, cines y restaurantes. En caso de emergencia médica, como la vez que Sarah Froness se cayó del tejado y se rompió la espalda mientras colgaba las luces navideñas, la policía podía pedir por radio un helicóptero que aterrizaba en el campo de béisbol al norte de Liberty. En aquella ocasión la tripulación del aparato tardó sólo media hora en llegar a Dutch, y Sarah Froness podía seguir acudiendo al mercado a comprar su provisión semanal de revistas basura y cervezas en oferta, aunque ya no se subía a las escaleras el uno de diciembre y caminaba con algo más de cuidado que antes. Sylvie Lauter no tuvo tanta suerte y Dupree se sentía culpable. Repasaba una y otra vez los sucesos de aquella noche y se preguntaba qué habría ocurrido si hubieran llegado un poco antes al lugar del siniestro, si el viejo Buck Tennier hubiera llamado nada más notar que el coche aceleraba en lugar de hacerlo después de oír el choque. Pero no era culpa suya. Dupree y los demás policías deberían haber patrullado la zona con más frecuencia, para que los chicos que hacían gamberradas no se acercaran. Aunque Santuario no dejaba de ser una gran isla para dos policías. No podían estar en todas partes y ahora habían muerto dos jóvenes.

Santuario: en los últimos días venía usando este nombre más a menudo, no sólo cuando hablaba con viejos isleños como Amerling o Giacomelli, sino también con visitantes y nuevos residentes. Incluso se sorprendió empleándolo en la entrevista que acababa de hacerle el periodista. Siempre la llamaba Santuario para sus adentros, pero con los años había aprendido a distinguir entre este nombre y el oficial que se usaba en el trabajo diario. Santuario era el pasado de la isla, Dutch el presente. El hecho de que incurriera cada vez más a menudo en el uso del viejo nombre indicaba que el pasado de la isla se colaba en la percepción que él tenía de ésta, que admitía el poder que ese pasado ejerció sobre él, sobre todos.

Pensó en los últimos momentos de vida de Sylvie Lauter, en su dolor y en la sangre que manchó su ropa. Y pensó también en la autopsia y en los detalles que había revelado: la parte interior de la lengua y la garganta presentaban heridas, como si hubieran intentado meterle algo por la boca a la fuerza. Quizás ella y Cady habían discutido o hecho el tonto antes del accidente, y ella se había herido de algún modo. Como le había dicho a Jack y a Amerling, en una de las heridas habían hallado una materia gris que luego identificaron como perteneciente a las alas de una mariposa nocturna, la *Manduca quinquemaculata* o esfinge del tomate. Dupree nunca había visto una de aquellas mariposas y ni siquiera sabía cómo eran hasta que un amable investigador de la Universidad de Orono le envió un ejemplar. Medía unos diez centímetros de ala a ala y tenía el cuerpo ancho terminado en punta. A lo largo del abdomen se veían cinco o seis pares de motas amarillas. Las alas tenían cierta



belleza, e incluso en el ejemplar muerto parecían brillar, pero a Dupree le pareció, en conjunto, un insecto feo, cuyas marcas y extraño y puntiagudo rabo le daban un curioso aspecto de híbrido de mariposa y reptil.

No sabía cómo habían podido entrar en la boca de Sylvie fragmentos de aquel insecto, aunque fueran tan pequeños. La mayoría de las mariposas nocturnas moría en julio o agosto. La temporada de aquella especie era de junio a septiembre, pero ahora era enero y ninguna mariposa podía sobrevivir a las temperaturas de la isla. Había preguntado por ahí pero nadie criaba mariposas nocturnas. Mataban muchas, desde luego, pero no las criaban. Y, sin embargo, de algún modo Sylvie Lauter había entrado en contacto con unas esfinges del tomate, la misma especie que el ejemplar que Dupree había encontrado en el dormitorio de la señora Newton y que ahora, muerto, guardaba en el frasco de mermelada junto al ejemplar original que le enviaron de Orono. Resultaba curioso, se dijo, pero nada más. Por un momento casi lo creyó así.

Ahora podía verse el ferry claramente y la estela de humo que iba dejando tras de sí. Joe tomó los prismáticos del suelo del coche y enfocó la embarcación. Aún estaba demasiado lejos para distinguir las caras, pero contó seis personas a bordo. Notó un cosquilleo en los dedos y como si los pies no le cupieran en los zapatos. Pese al frío, el habitáculo del coche se le antojó caliente y sofocante. Bajó la ventanilla y, cuando notó el azote del viento helado en la cara, se dio cuenta de que estaba sudando.

El ferry dejó atrás Fort Gorges —de los barrotes de las ventanas se veían caer churretes de óxido—, siguió la ruta del barco correo entre Diamonds y Peaks, pasó Pumpkin Knob a la derecha, luego Long Island, dejó atrás Great Chebeague a la izquierda, camino de Luckse Sound, bordeó de nuevo Chebeague rumbo a Broad Souns, y zigzagueó entre Bangs y Stave, Bates y Ministerial, las pequeñas islas que salpicaban Casco Bay y cuyo número ascendía, según se creía, a trescientas sesenta y cinco, razón por la cual las llamaban Calendar Islands.

Poco a poco empezó a divisarse una isla más grande, con una parte central boscosa que se elevaba ligeramente, rematada por una torre vigía blanca, y con un pequeño faro en el extremo nordeste: Dutch Island, aunque Macy prefería el viejo nombre de Santuario. Macy se preguntaba con curiosidad por qué Santuario era jurisdicción de Portland. Después de todo, Long Island, más cercana al continente, era incumbencia de la policía de Cumberland. Santuario, en cambio, estaba mucho más lejos, más incluso que Jewell Island.

Barron se había encogido de hombros cuando se lo preguntó.

—La cosa viene de antiguo —contestó—. Tiene que ver con los primeros colonos y con los que llegaron después. Y también con los Dupree. Antes eran bastante ricos y contribuyeron mucho al desarrollo de Portland, sobre todo después del incendio de

1866. Ya no tienen dinero, pero los vínculos persisten. Los habitantes de Dutch votaron por seguir estando bajo jurisdicción de Portland, pagan impuestos, y como Joe Melancolía es allí una especie de mártir que trabaja más de lo que le corresponde, a la ciudad le sale barato.

Macy vio un Explorer blanco y negro aparcado cerca de la marquesina de los pasajeros. El sol naciente se reflejaba en el parabrisas mientras ascendía poco a poco.

El gigante estaba esperando.

El ferry atracó y Macy se echó la mochila al hombro. Erin Harris fue la primera en desembarcar. Su hermano estaba esperando sus piezas junto a un camión Dodge rojo. Macy pudo ver el parecido familiar, pues los dos eran igual de feos y los dos parecían hombres. El hermano miró un momento a Macy, a la que conoció el día que fue a pagar la fianza de su hermana, pero no había hostilidad en su mirada. Después de todo, a quien había rociado de espray había sido a su hermana, no a él, aparte de que tampoco parecía quererla mucho. Macy se cruzó con los dos policías, Barker y Lockwood, e intercambiaron algunas palabras de bienvenida. Le desearon suerte, ella les dio las gracias y se encaminó hacia el Explorer.

La portezuela se abrió y se apeó un hombre. Su primer impulso fue preguntarse cómo había podido meterse en el coche. El hombre fue irguiendo su corpachón como un enorme insecto hasta que descolló sobre ella más de medio metro. Tenía los ojos ocultos tras unas gafas de sol y no llevaba gorra. Le tendió una mano que parecía una pala.

Macy dejó que aquella mano engullera la suya un momento, como un pececillo tragado por una anguila.

—Sharon Macy.

Él le soltó la mano.

—Pon tus cosas detrás. ¿Empezamos el tour?

—Claro. ¿Tenemos que parar y hacer fotos?

Dupree rió. La risa sonaba, pensó ella, como placas tectónicas que entrechocaran.

—Creo que puedes dejar la cámara en el bolso tranquilamente.

Viraron en redondo y tomaron la corta carretera que comunicaba el embarcadero con el cruce principal. Dupree torció a la izquierda.

—¿Siempre acudes cuando llega el ferry?

—Lo intento. Es más importante en verano que en invierno. En julio y agosto viene un montón de gente. Lo de las fotos sólo era una broma. Este lugar es bonito en verano y hay algunas residencias veraniegas bastante lujosas. Mantel, el de la empresa de ordenadores Fable, tiene aquí una casa. Y una importante ejecutiva de la Time Warner llamada Sandra Morgan posee un chalé en Beech Cove, y hay un par más. Les jodería mucho que les destrozaran las casas. —Paró en el edificio municipal de ladrillo—. Aquí lo hacemos todo. Hay un médico que viene del continente dos

tardes por semana, y el doctor Bruder sigue aquí, aunque oficialmente está jubilado. Pero nosotros somos los primeros a los que se recurre. También hacemos las veces de bomberos, guardias forestales, guardas de escuela, de tráfico, perreros.

Se apeó del Explorer. Macy lo siguió. Las puertas correderas del garaje estaban abiertas y dentro se veían cuatro vehículos.

—Medcu 14 —dijo Dupree señalando una ambulancia—. En caso de emergencia, salimos con ésta, hacemos lo que podemos para aliviar al paciente y lo llevamos al atracadero del ferry o, si el caso es muy urgente, al campo de béisbol, donde viene a recogerlo un helicóptero. —Se acercó a los camiones de bomberos y dio una palmada al primero—. Éste es Engine 14. Lo usamos sobre todo para bombear agua. Aquél es Ladder 14, el vehículo que usamos primero, en el que acudimos a donde se ha declarado fuego hasta que los voluntarios se organizan. Aquel camión más pequeño del rincón es Tank 14. Más que nada, es un gran cubo con ruedas. Lo cogemos para ir a lugares donde no hay bocas de incendio.

—¿Y hay muchos lugares así?

—Un par —contestó Joe, en un tono que daba a entender que la mitad de la isla carecía de bocas de incendio. Entraron en las oficinas de la comisaría. Había una gran sala con una mesa que tenía libros y revistas y dos sillas arrimadas a ella. A la izquierda estaba la sala de comunicaciones, con una radio, un ordenador y un tablón lleno de anuncios, recordatorios y notas. Un gran mapa de la isla cubría una de las paredes.

—¿Hay secretaria?

—No. Todas las llamadas al 911 pasan por la centralita de Portland, pero casi todos nos llaman directamente. El papeleo lo despachamos nosotros.

Al otro lado de la recepción había otra habitación, en la que se veía un grupo electrógeno de emergencia, varios aparatos y una taquilla con una escopeta.

—¿Ésas son todas las armas? —preguntó Macy.

—Aquí los grupos especiales tienen poco que hacer —contestó Dupree—. La semana pasada usé esa escopeta para matar a un mapache rabioso. Hacía tanto que no disparaba con ella que di las gracias porque no me estallara en la cara.

Macy tomó la Mossberg de corredera de las manos de él. Notó que la habían limpiado hacía poco.

—No tiene mala pinta —dijo.

—La sometí a una buena limpieza el otro día.

Macy lo miró, alarmada por el tono con el que lo dijo.

—¿Por qué? ¿Ocurre algo?

—No —respondió él—. Pero nunca se sabe.

Lo dijo sin sonreír.

—Supongo que no —dijo ella.

En el piso de arriba había una sala con un sofá cama, un televisor y unas sillas, una pequeña cocina y un baño con ducha y retrete.

—No hay celdas —dijo Macy.

—No. Si arrestamos a alguien, llamamos a Portland. Mandan un barco y se llevan al detenido. Hasta ese momento utilizamos un par de esposas de acero que hay en recepción. He tenido que usarlas unas cuantas veces.

—¿Y sólo disponemos de un coche patrulla?

—También teníamos un cochecillo de golf, pero se averió. Yo vivo aquí mismo y tengo un jeep por si necesitamos otro vehículo. Ven, te invito a un café y te presento a unas personas.

Siguiéndolo por el edificio, Macy se frotó los dedos y los notó aceitosos. No podía decirlo con seguridad, pero, por el olor que desprendía la escopeta, parecía que la habían disparado hacía menos de una semana.

Alguien había estado practicando.

Dupree le presentó a la gente del mercado, a las hermanas Tooker en el restaurante (medio en broma, Nancy Tooker le advirtió de que no se acercara a «su» Berman), a Dale Zinner y Jeb Burris y, por último, a Larry Amerling. Para entonces era hora de comer y Dupree le propuso a Macy que tomara el Explorer y diera una vuelta por la isla acompañada del cartero mientras él hacía unos repartos. Amerling, el viejo donjuán, se alegró mucho de pasar la hora de la comida con una mujer guapa, especialmente si había leído su libro.

—Si intenta algo —le aconsejó Dupree—, pégale un tiro.

—¿Y si lo intenta ella? —protestó Larry.

Dupree miró duramente a Macy y le dijo:

—Si estás tan desesperada como para eso, pégatelo tú.

No había una carretera que llevara directamente al Asentamiento, que estaba rodeado de pantanos por tres de los lados, así que Dupree aparcó en lo alto de Ocean Street, que discurría al norte desde Island Avenue hasta casi el centro de la isla, y caminó por la senda hacia el cementerio. Mayoritariamente, componían el bosque árboles de hoja perenne, aunque también había algunos arces, hayas y cicutas. Amerling tenía razón: la senda estaba medio cubierta por ramas caídas y hojas secas, aunque también la habían invadido diversos arbustos de baya, cuyos redondos frutos crujían bajo sus pies, y alerces. Diez minutos después Dupree se vio en apuros. La senda prácticamente había desaparecido y sólo su conocimiento de la isla le permitía continuar en lo que creía que era la buena dirección. Sin embargo, al rato salió a una carretera y se dio cuenta con consternación de que, no se explicaba cómo, había

caminado hacia el sudoeste en lugar de hacia el sudeste, y se hallaba de nuevo en Ocean Street, aunque unos ochocientos metros más abajo de donde había partido.

Frustrado, volvió sobre sus pasos y vio que había confundido una senda secundaria con el camino principal, tan cubierto de maleza y zarzas que no había manera de distinguirlo del resto del bosque si no se sabía dónde mirar. Abriéndose paso con ayuda de la linterna, tomó el buen camino, que a punto estuvo de perder dos veces más porque volvía a desaparecer. Notó que, cuanto más se acercaba al Asentamiento, más árboles secos veía y más grande era la zona pantanosa del centro de la isla. En los trechos de camino que cruzaban los pantanos, el agua estancada, como un espejo negro, llegaba al mismo nivel que la estrecha calzada. Si en primavera llovía mucho, el camino quedaría sumergido. Allí por lo menos se comprendía que hubiera más vegetación, pues es bastante normal que las plantas que crecen en pantanos conserven las hojas. Matas de andrómida, de laurel de las turberas y de romero silvestre crecían sin parar junto con carnívoras jarras verdes, en cuyas bocas se veían aún restos de insectos. Allí los árboles crecían esmirriados, con los troncos hundidos en un terreno cada vez más pantanoso, o las raíces que salían a la superficie cubiertas por musgo esfagno verde oscuro o exuberantes parras. Allí la vida estaba escondida y sólo podían verla quienes tenían la paciencia y los conocimientos suficientes: garapitos y escarabajos, larvas de libélula y cachipollas, y pequeños mamíferos como ratones y ardillas corrían de aquí para allá por aquel mundo. Lo que parecía quieto y muerto estaba secretamente vivo; cauto, pero vivo.

Pero no había aves. Dupree notaba cada vez más el silencio que la ausencia de aves creaba. Todo estaba tan silencioso que el crujido de las ramitas que pisaba parecían disparos en el bosque, y su respiración sonaba tan fuerte que hubiérase dicho que la oían desde la costa. Dejó atrás los pantanos y penetró en el corazón del bosque. Empezó a ver al fondo, por entre los árboles, bultos de rocas. De nuevo parecía que en el camino hubieran crecido arbustos y zarzas, aunque no estaban verdes. Al contrario, las ramas estaban secas y se partían fácilmente cuando las tocaba. Parecían plantas muertas, y muertas hacía mucho, pero de algún modo seguían creciendo.

Llegaba ya al Asentamiento cuando vio algo que se movía. Una mancha gris se deslizó por entre los árboles a unos quince metros delante de él, en los alrededores del Asentamiento. Por un momento pareció que quedaba suspendida en el aire y que luego desaparecía en un tronco. A su mente acudió el recuerdo de las pinturas de Jack y de las manchas grises que parecían figuras humanas. Era, sin duda, un espejismo. Con todo, desenfundó el arma, aunque apuntó al suelo, y así se abrió camino por la última cortina de zarzas y ramas y se halló ante lo que quedaba del poblado. Incluso desde donde estaba podía ver lo que alguna vez fueron esquinas de casas, chimeneas, puertas. En invierno los restos eran más visibles porque en verano la exuberante vegetación de la isla ocultaba lo construido por el hombre. También allí,

inexplicablemente, habían crecido las plantas, aunque no tanto como en el camino. Justo en el centro del Asentamiento se elevaba la cruz de piedra que su antepasado había colocado, casi tan alta como él. Los nombres de los que allí habían muerto figuraban grabados en la cruz, pues la mayoría de las tumbas eran anónimas y había algunos cuyos restos jamás se encontraron, entre ellos los colonos expulsados a los pantanos. Dupree se dijo que nunca había visto aquel lugar tan silencioso, tan quieto.

Siguió adelante, pasando con cuidado entre las torcidas lápidas, y llegó a la cruz. Se apoyó con una mano en ella para recobrar el aliento y de pronto la retiró, como si fuera una columna de metal al rojo vivo. Retrocedió tres pasos y miró la cruz de arriba abajo, luego alzó la mano lentamente y la apoyó de nuevo en la piedra.

No se había equivocado. La cruz vibraba. Casi podía oír el zumbido.

Dupree se arrodilló, sin dejar de tocar la piedra. La vibración parecía intensificarse cuanto más bajaba. Por último, apoyó la palma en el suelo y notó que el temblor, pasando por los dedos y el brazo, se irradiaba por todo su cuerpo hasta que los oídos le zumbaron y el corazón empezó a latirle casi al mismo ritmo de las vibraciones. Era como hallarse encima de una mina y sentir la rítmica palpitación de las máquinas del subsuelo.

Entre los árboles que bordeaban el lugar volvió a ver la mancha gris. Dupree se levantó y se dirigió hacia allí, ahora apuntando al frente con la pistola.

Diez metros.

Cinco.

Dos.

Algo le tocó en la cara. Dio un paso atrás y soltó un grito, presa del pánico casi se le escapó un tiro, y, agitando frenéticamente la mano izquierda, golpeó de refilón lo que había en el aire. Miró al suelo y vio una mariposa nocturna que, aturdida, movía ligeramente unas alas estrechas y puntiagudas. Era otra esfinge del tomate. Había más en el tronco que tenía enfrente y las motas amarillas de sus abdómenes parecían moho de la corteza. De repente echaron a volar todas a la vez y se posaron de nuevo. Observó más atentamente y vio que también había en las ramas que lo rodeaban, y en las piedras, y en las zarzas secas. Dupree no había visto nada semejante en su vida. Aquellos insectos no debían estar en la isla, porque ni siquiera en verano había plantas de tabaco, de patata o de tomate de las que pudieran alimentarse. En invierno su extinción estaba asegurada. Tendrían que estar muertas, pensó Dupree.

Tenían que estar muertas.

Se volvió y observó que todo lo que lo rodeaba —las ruinas, las lápidas, incluso la gran cruz— estaba ahora cuajado de insectos, cuyo lento bullir parecía dar vida a las piedras. Dupree podía oír el rumor que hacían al rozarse unas con otras, como un suave susurro llevado por la brisa. Con el dorso de la mano tocó el árbol que tenía más cerca y notó en la piel el aletear de los insectos, aunque ninguno se apartó ni

echó a volar. En los dedos se le quedó pegada como una fina capa de polvo claro, formada por pequeños fragmentos de tejido. Pensó que podía llevárselos a la boca y probarlos, como Sylvie Lauter había hecho antes de morir.

Dupree se quedó allí quieto, en medio de los insectos, hasta que el sol surcó el cielo y las nubes descendieron, y cuando al fin se marchaba, el susurro empezó a aumentar más y más de volumen hasta que, bruscamente, cesó, como si una conversación secreta y casi inaudible hubiera concluido con unanimidad y determinación.

**B**arron estaba teniendo un día pésimo.

En realidad, estaba teniendo el segundo día malo consecutivo. El primero empezó cuando lo llamaron de Boston para decirle que en un futuro inmediato se necesitarían sus servicios. Él intentó explicarle al hombre del otro lado de la línea que no le pillaba en buen momento, porque se sentía presionado. La aparición de Parker en el bar lo había puesto muy nervioso. Ignoraba lo que el detective privado sabía o sospechaba, pero temía su perseverancia. Quería pasar inadvertido y comportarse como un policía modelo por un tiempo. Aun así, no le habló de Parker al que llamaba. Temía que se olieran problemas y lo denunciaran. Tenían fotografías. ¡Dios! Tenían hasta un vídeo. Tendría que pegarse un tiro, porque él no estaba dispuesto a ir a la cárcel.

Ni mucho menos.

Y luego estaba Terry Scarfe. Parte del pacto que Barron había hecho con los rusos era que debía cuidar de Scarfe. Scarfe tenía contactos. Era un intermediario. Además, les debía dinero y no podría pagarles si lo metían en la cárcel. Barron sabía que a Scarfe lo tenían en un puño, que seguirían teniéndolo en un puño el resto de su vida y que no le permitirían pagar toda la deuda. Lo sabía y temía hallarse en la misma y terrible situación. Lo que más le preocupaba era que Scarfe lo conocía y era un chapucero. El muy gilipollas salió corriendo la noche en que patrullaba con Macy. Si se hubiera hecho el sueco, podrían haber pasado de largo. Pero no: Barron tuvo que salir detrás de él, registrarlo y quitarle lo que llevaba porque el imbécil iba con droga. Si los colegas de otro coche patrulla lo hubieran registrado diez minutos después y se la hubieran encontrado, Barron tendría que haber explicado cómo no se la encontró él antes, si es que Scarfe no lo denunciaba directamente para salvar el pellejo. Podría, claro, haber aducido que Scarfe estaba limpio cuando él lo registró y nadie habría podido contradecirlo, pero no dejaba de existir el riesgo de despertar sospechas.

Además, estaba el problema de Macy. Barron no sabía lo que había visto mientras él registraba a Scarfe, pero ya se habían dado casos de policías novatos que cedían cuando se veían presionados y él no sabía hasta qué punto ella resistiría aquella presión. Y aunque mantuviera la boca cerrada, a Barron no le hacía ninguna gracia que Macy pudiera saber algo que llegara a comprometerlo.

El ruso no hizo caso de las objeciones de Barron. Él había comprado y pagado.



Tenía que esperar una llamada. La llamada llegó a la mañana siguiente y así se inició el segundo día nefasto de Barron.

Porque quien llamaba era Scarfe.

Dupree regresó al centro a tiempo de ver llegar el ferry de las doce y media, turbado aún por lo que había visto en el Asentamiento. Amerling tenía razón. Estaban ocurriendo cosas y ellos no podían hacer nada, salvo capear el temporal de la mejor manera posible y esperar que pasara pronto.

Olió un perfume cerca. Miró a la izquierda y vio que Marianne estaba a su lado, sonriendo tímidamente. Llevaba una mochila en la espalda y tomaba café en un vaso térmico.

—Hola —dijo.

—Hola. ¿Vas al continente?

—Tengo algunas cosas que hacer allí —contestó ella—. Vuelvo en el ferry de la tarde.

—¿Y Danny?

—Sigue en casa de Bonnie Claessen. Acabo de pasarme a saludar. Creo que me ha perdonado lo de anoche, pero de todas maneras le he prometido traerle algo de Portland y se ha puesto muy contento. —Le tocó la manga—. Lo pasé bien contigo anoche —dijo en voz baja.

—Gracias.

—Se supone que tienes que decir que tú también lo pasaste bien —bromeó Marianne.

—Lo pasé mejor que bien —dijo él.

Marianne metió la cabeza por la ventana del coche, lo besó rápidamente en los labios y se encaminó al muelle. Desde el restaurante, Nancy Tooker, que los había visto, le hizo un ademán de victoria.

Dupree quiso que se lo tragara la tierra.

Barron se había citado con Scarfe en el aparcamiento que había detrás de la tienda Levi's de Freeport. Allí se estaba tranquilo y la mayoría de los coches eran de otro estado, a juzgar por las matrículas. Se sentaron en el Plymouth de Barron, de cara al aparcamiento.

—Vienen hoy —dijo Scarfe—. Quieren verte.

—Imposible —dijo Barron.

—Me parece que no estás en situación de negarte.

Barron descargó un golpe con la mano derecha que alcanzó a Scarfe en la mejilla. Scarfe dio con la cabeza contra la ventana del pasajero.

—¡No me hables así nunca más! ¿Quién cojones te crees que eres para hablarme así?

Se quedó mirando al frente y agarró el volante apretándolo con fuerza. Scarfe no dijo nada. Barron tenía ganas de gritar, de clamar contra lo injusto que era todo. Él era un policía. Aquella gente no tenía derecho a hacerle pasar por aquello. Podía oler a Scarfe allí al lado. Apestaba a sudor, a ropa sucia, a desesperación. Tenía que deshacerse de él.

—Dame las llaves.

Scarfe le pasó las llaves de un Isuzu Trooper que había aparcado en Maine Mall. El Trooper lo ponía Scarfe e iba provisto de una radio policial. Barron tenía que usarlo para hacer su parte del trabajo y después dejar las llaves puestas y largarse. Scarfe se encargaba de lo demás.

—Ahora sal del coche —dijo Barron.

Scarfe se apeó sin decir nada. Tenía la mejilla izquierda enrojecida y el ojo izquierdo le lloraba.

—No deberías haberme pegado —dijo.

—Lo sé —replicó Barron—. Te he pegado porque me ha dado la gana.

Y arrancó.

Se deshicieron de las furgonetas en un cementerio de automóviles de las afueras de Brockton, con la idea de reemplazarlas por otras. Powell y Tell se ocuparon de los detalles, aunque el primero, que se había aficionado a conducir el Econoline, no dejó de lamentar que lo destruyeran.

—Bueno, a lo mejor podíamos quedárnoslo por ti —dijo Tell—. Y podríamos ponerle en el lateral: ¡SOMOS LOS TÍOS A LOS QUE BUSCÁIS!

Vieron cómo el techo del Econoline se hundía bajo la presión de las tenazas de la grúa. Los cristales saltaron hechos mil añicos y la furgoneta se estremeció como con dolor. A Powell le recordó el modo en que se arruga la cara de un hombre cuando le pegan un tiro.

—Sí, tienes razón —concedió—. Pero ¡qué buenos momentos hemos pasado en esa furgoneta!

Tell se preguntó si Powell lo decía en broma, pero no pudo saberlo.

—Lo que necesitas, macho, es echarte más amigos —le aconsejó.

Se dirigieron a la autocaravana que hacía las veces de oficina. Olía mal. El cajón abierto de un archivador parecía estar vomitando papel amarillento y la moqueta estaba salpicada de quemaduras de cigarrillo. Unas cortinas manchadas de nicotina tapaban las ventanas.

—Parece que el negocio va viento en popa —dijo Powell—. Tíos, seguro que estáis pensando en salir pronto a Bolsa.

Había tres hombres esperándolos y ninguno sonrió. Dos de ellos como dos losas de músculo de la Guerra Fría flanqueaban a un tercer hombre, que estaba sentado a un escritorio de plástico barato. Éste llevaba una chaqueta a cuadros sobre una infame camiseta de deporte. Los otros preferían las cazadoras de cuero, del tipo de las que llevan los malos pinchadiscos. Incluso Powell, que no había vivido los tiempos en que se podían llevar chaquetas de color pastel arremangadas hasta los codos, pensó que aquellos tipos vestían bastante mal.

A todas éstas, Tell se preguntaba de dónde podían ser. Dexter le había dicho que el hombre importante era ruso y por eso supuso que los otros también lo eran. Vestían horriblemente, lo que ya era una pista. Tell desconocía cómo era la nueva hornada de inmigrantes delincuentes, pero aquéllos vestían como putos lagartos. Todo tenía que brillar. Si aquellos tipos ganaban dinero, estaban gastándose todo en prendas

acrílicas.

El hombre sentado tenía la cara que parecía un campo de batalla. Trataba de disimular los estragos con una barba que, sin embargo, llevaba muy descuidada. El pelo le raleaba. Encima de la oreja izquierda se le veía una mancha rosada. Tell se preguntaba si tendría alguna enfermedad y agradeció no haberse visto obligado a estrecharle la mano. Se presentó con el nombre de Phil. Sí, claro, pensó Tell: Phil, diminutivo de Vladimir.

—¿No viene Dexter? —preguntó Phil.

—Dexter está ahora algo ocupado —contestó Tell.

—Me ofende que no tenga tiempo para ver a un viejo amigo.

—¿No recibiste su postal de Navidad? Porque me consta que te la envió.

—No recibí postal.

—Vaya, lástima —dijo Tell.

—Sí —dijo Phil—, sí es lástima.

Parecía herido de verdad.

Tell empezaba a impacientarse. Dexter le había advertido que no perdiera la calma, Shepherd también, pero Phil empezaba a ponerlo de los nervios y no llevaba allí más que un par de minutos.

—Tenemos un poco de prisa —atajó Tell.

—Sí, siempre prisa —dijo Phil—. Demasiado correr.

—Así es el mundo —concluyó Powell—. La gente no tiene tiempo de pararse a oler rosas.

Tell lo miró, pero Powell parecía decirlo en serio. Lo único que olía Tell allí era a moqueta vieja y a loción de afeitado barata.

—Tu amigo sabe —dijo Phil—. Él entiende.

Tell se prometió decirle cuatro cosas a Powell en cuanto salieran. No quería que empezara a dárselas de místico.

Phil tomó un sobre marrón de la mesa y se lo arrojó a Tell.

—Dos furgonetas —dijo.

—Queríamos tres.

—No tres. Dos sólo. No tiempo.

—Demasiado correr —dijo Tell.

Phil sonrió por primera vez.

—Eso, eso, demasiado correr. Dices a Dexter que venga a verme.

Tell agitó el sobre a modo de despedida y se esforzó por sonreír a su vez.

—Sí, descuida.

Él y Powell dieron media vuelta. Estaban saliendo cuando Phil dijo:

—¡Eh!

Tell se volvió. Phil se había levantado y los tres les apuntaban con pistolas.

—Dices a él que traiga el dinero cuando viene —ordenó Phil—. Y dices que se dé prisa.

Macy estaba disfrutando de la compañía de Larry Amerling. Podía decir que el hombre estaba acostumbrado a seducir a las mujeres que iban a la oficina de correos (a veces hasta las últimas consecuencias, estaba segura), pero era divertido y conocía muy bien la isla, y ella ya empezaba a hacerse una idea de la geografía del lugar.

Amerling le dijo que girara a la derecha y siguieron la carretera cuesta arriba hasta que llegaron a la torre de vigilancia principal. La torre tenía cinco plantas, cuatro de ellas con troneras horizontales en tres de los lados y salientes de cemento sobre las ventanas. En lo alto sólo había una chimenea. Cinco escalones cubiertos de cristales llevaban a la puerta de acero reforzada. Ésta estaba abierta.

—Los críos —aclaró Amerling—. Joe cierra una y otra vez las torres, pero ellos siempre fuerzan las puertas.

—¿Puedo echar un vistazo? —preguntó Macy.

—Tápate la nariz —advirtió Amerling—. Yo te espero aquí fumándome un cigarrillo.

Bajaron del Explorer. Amerling se volvió hacia la carretera para pegarle al cigarrillo y echó una ojeada a Macy, que estaba subiendo los escalones. «Bonita mujer», pensó. «Si yo fuera...».

Intentó hacer los cálculos, pero al final renunció por resultarle demasiado deprimente.

Macy empujó la puerta y entró. En la pared de la izquierda, sobre lo que antes era una chimenea, habían escrito con espray: VÁTER. Decidió no mirar más abajo. En aquella planta no había ventanas y el piso era de hormigón. A la derecha había un tramo de escaleras, también de hormigón, que llevaba a la segunda planta. Subió. Allí las troneras estaban tapadas con láminas de plexiglás entre las que había insectos muertos. Macy siguió subiendo. Todas las escaleras eran de hormigón menos la que conducía al último piso, que era de madera. De una trampilla que comunicaba con el tejado colgaba una escalera de mano. La subió y corrió el cerrojo.

Al salir al tejado, el viento la embistió y le agitó la chaqueta como si fuera un ala. Macy se cerró la cremallera y se acercó al borde. La torre descollaba muy por encima de los árboles más altos. Desde aquel ventajoso punto de observación podía verse el Cove, las torres más pequeñas a lo largo de la costa, las islas vecinas, barcos que se hacían a la mar y hasta el continente, a lo lejos. Se respiraba un aire puro y fresco con un ligero aroma a humo, pero el cielo estaba gris y cargado y el viento soplaba frío. Miró a la derecha y vio a Amerling fumándose su cigarrillo. Él miró hacia arriba y le

hizo una seña, y ella le correspondió agitando también la mano hasta que le llamó la atención un camión azul que subía por la carretera. El vehículo debía de hallarse en mal estado, pues un humo gris azulado no sólo salía del tubo de escape sino que parecía envolver por completo el vehículo. Eso no podía ser, se dijo Macy. Va rápido y además el viento sopla en contra. ¿Cómo puede el humo envolverlo de ese modo?

El camión redujo la velocidad y entonces el humo pareció disiparse, formando dos nubes que fueron desvaneciéndose a derecha e izquierda hasta desaparecer en el bosque. Macy siguió observando un momento más, sin explicarse lo que había visto, y luego bajó la escalera y se dirigió a la salida.

No advirtió los crudos dibujos de hombres moribundos y casas ardiendo que alguien había grabado con una piedra en el hormigón, ni el mechón de pelo blanco que había quedado atrapado en el último travesaño de la escalera de mano.

Ni la muñeca de tela que la miraba impassible desde un rincón de la estancia, con el cuerpo cubierto de mariposas nocturnas.

El camión había parado junto a Larry Amerling. Asomado a la ventanilla había un hombre que llevaba un impermeable verde sucio y una gorra de los Sea Dogs. La tez se le veía tostada por años de trabajo a la intemperie, pero tenía la nariz roja e hinchada y las mejillas surcadas por venas reventadas. Cuando vio acercarse a Macy, aspiró aire entre los dientes y se quedó mirándole los muslos y la entrepierna. A ella le alivió advertir que Amerling parecía sentir vergüenza ajena.

—Él es Carl Lubey —dijo Amerling—. Vive carretera arriba. Carl, la agente Macy.

—Mucho gusto —dijo Lubey, en el mismo tono que si la hubiera invitado a acostarse con él.

Macy se limitó a saludar con la cabeza y no dejó traslucir que el nombre le resultaba familiar. ¿Conque aquél era el hermano del hombre al que Dupree había matado? Odió estar de acuerdo con Barron, pero si el hermano era como Carl, a lo mejor Dupree le había hecho un favor a la sociedad. Carl Lubey le ponía la carne de gallina.

—¿Le pasa algo a su camión? —le preguntó.

—El camión va bien —contestó.

—Me ha parecido que echaba mucho humo. Tendría que llevarlo a revisión.

—No hay nada que revisar. El camión va bien, le digo.

—Si usted lo dice. Como vuelva a ocurrir, a lo mejor se encuentra usted con una multa.

Lubey volvió a aspirar aire entre los dientes.

—Si quiere venir a mi casa a ayudarme a limpiar el tubo de escape, avísame —dijo. Le hizo un guiño descarado, metió una marcha y siguió su camino. Ahora sólo

salía un poco de humo.

—¿Vive solo?

—¿Parece Carl la clase de hombre que se las lleva de calle? Sí, vive solo. No creo que haya superado... —Se interrumpió.

—Sé a lo que te refieres —dijo Macy.

—Pues eso, ya lo sabes. Siempre fue un hombre lleno de amargura. Lo que le ocurrió a su hermano no hizo más que añadir orina al vinagre, si me permites la expresión. Pero, perdona que te diga, yo no he visto que a su camión le pasara nada.

Macy sacudió la cabeza.

—Cuando venía por la carretera, me ha parecido que iba envuelto en una nube de humo gris. Luego fue como si... se disipara. Muy raro, la verdad.

Se volvió hacia Amerling, pero éste no la miraba a ella, sino que tenía la vista fija en la carretera por la que Carl Lubey acababa de irse, como si quisiera ver aquel humo por sí mismo.

—Será mejor que vuelva —dijo. Aplastó el cigarrillo en el suelo con el pie, recogió la colilla y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta—. El correo no se despacha solo.

De vuelta en el coche, estuvieron un rato silencio, y al final Macy dijo:

—No he podido ver el Asentamiento desde la torre. Lo llaman así, ¿no? ¿El Asentamiento?

Amerling tardó un momento en responder:

—Los árboles lo tapan.

—¿Incluso en invierno?

—Incluso en invierno. Hay un montón de árboles de hoja perenne.

—Está más al sur, ¿verdad?

—Sí, pero no se puede llegar en coche. E incluso a pie hay que conocer el camino. En esta época del año, en que anochece tan pronto, no sé si yo sabría encontrarlo.

—Otro día será —dijo Macy.

—Claro —mintió Amerling—, otro día será.

Moloch vio que Dexter lo miraba por el espejo retrovisor. Leonie y Dexter iban sentados delante, Braun detrás y Moloch en el último asiento. En el suelo de la furgoneta había un agujero lo bastante grande para que cupiera un hombre tumbado, aunque cualquiera que se metiera allí más de dos minutos probablemente se asfixiaría. Moloch sabía que era para esconder armas, quizá drogas. Para él sería el último recurso en caso de que la policía los registrara, pero nada más.

—¿Vas bien? —preguntó Dexter.

Moloch asintió. Llevaban unas tres horas viajando y le dolía la espalda. Habían

pasado el peaje de la frontera de New Hampshire y entrado en Maine poco después de las nueve. Había poco tráfico y la mayoría se dirigía a Boston, al sur. Tomaron la salida de Kittery y pararon ante el Kittery Trading Post. Braun y Leonie entraron en el edificio, dejando a Moloch solo y rabiando en silencio.

Según habían ido acercándose a Maine, a Moloch le había dolido cada vez más la cabeza. Empezaba a quedarse dormido, los ojos se le cerraban y daba cabezadas, hasta que una sacudida, como una descarga eléctrica, lo despabilaba de nuevo por completo. Pero en aquellos momentos de duermevela, físicamente agotado, lo atormentaban visiones, imágenes del pasado que conocía y desconocía, familiares y extrañas a la vez.

Se veía a sí mismo de niño, un niño que, olvidándose por un momento de la bici, oprimía con las manos la ventana de un coche negro que se alejaba de una casa suburbial; un niño que rascaba con los dedos el cristal mientras el coche aceleraba, un coche en cuyos asientos traseros iban un hombre que forcejeaba con los ojos desorbitados y otros dos que lo sujetaban. El primero le tendía la mano, como si él, un niño, pudiera salvarlo. Pero nadie podía salvarlo.

¿Su padre?

No, no era su padre verdadero, sino lo más cercano a un padre verdadero que había tenido; un padre y una madre adoptivos en una calle de casas idénticas, cada una con un cuadradito de césped, una calle cuyo silencio sólo turbaba el rumor de los aspersores y, ahora, el ruido del coche que se alejaba.

Dentro, en la casa, la mujer lloraba. Estaba tirada en un rincón de la cocina, con la nariz y la boca ensangrentadas. Había estado preparando un pastel y por el suelo había esparcidos harina y huevos rotos. El niño fue con ella y ella lo tomó en sus brazos y lo estrechó contra sí.

Al día siguiente vinieron más hombres y tuvieron que dejar la casa. El niño empezó a huir de ciudad en ciudad con aquella madre que no era su madre, a la que veía perderse cada vez más, entregándose a hombres que arremetían contra su cuerpo y dejaban billetes arrugados en el aparador cuando se iban. Y el niño que iba creciendo se preguntaba: ¿quién soy yo y de dónde vengo si no soy de esta mujer?

Luego hubo más mujeres —madres, hermanas, hijas— que fueron desfilando ante él, y oyó nombres que le eran medio familiares. Se veía en una casa junto a un lago. Se veía en un tranvía, de la mano de un hombre.

Se veía en la isla y su voz murmuraba: «Me conoces, esposa».

Moloch se despertó de nuevo sobresaltado. Dexter estaba leyendo un periódico. Moloch cerró los ojos.

«Ése no es mi pasado. Es un pasado, pero no es mío. Yo soy más que eso».

La isla lo atraía y él olió el mar y los pinos, y oyó un ruido como el de una mariposa nocturna que golpeará contra el cristal queriendo huir de la oscuridad.



O regresar a ella.

Los otros volvieron al cabo de una media hora. Habían comprado ropa de abrigo, impermeables y varias armas blancas: cuchillos, sobre todo, un hacha y un arco de caza para Dexter. En cuanto a las de fuego, ya tenían las que necesitaban.

Powell le pasó a Dexter la caja con el arco. Dexter la abrió y sacó el gran arco que había dentro.

—No entiendo para qué necesitas eso —dijo Moloch. Seguía sintiéndose mal y aturdido. Necesitaba dormir, dormir profundamente. El golpeteo que había oído en el sueño no había desaparecido ahora que estaba despierto, sino que seguía allí, como cuando se le queda a uno agua metida en el oído.

—No se trata de que lo necesite o no. Es que me gusta tener un arco.

—¿Has matado a algún hombre con un arco? —preguntó Powell.

—No. Pero sí maté a uno con una flecha. —Dexter sonrió de oreja a oreja.

—¿De verdad crees que vamos a necesitar todo esto? —le preguntó Braun a Moloch.

Moloch movió la cabeza, tanto para responder como para sacudirse aquel ruido infernal de la cabeza.

—Llegamos, la encontramos, le obligamos a que me devuelva el dinero y la matamos. No vamos a complicarnos la vida y que nos pillen. Si todo sale de acuerdo con el plan, habremos terminado antes de que sepan que hemos estado allí.

—Pues por eso pregunto, ¿para qué necesitamos todo esto?

Moloch lo miró como podría mirar a un deficiente.

—Porque nada sale nunca de acuerdo con los planes —dijo sin más.

El ferry a Portland no llevaba más que dos pasajeros: un anciano que iba a visitar al oncólogo y Marianne. Echaba de menos a Danny y le hubiera gustado que la acompañara, pero tenía que visitar bancos y su hijo se habría aburrido pronto de esperar y de verla rellenar formularios.

Bonnie no le había preguntado mucho sobre la cita, aparte de si todo había ido bien. Le había dicho que Danny y Richie habían pasado una tarde estupenda y que no le importaba quedarse a Danny un poco más. Richie se puso contentísimo al oírlo. Richie era un niño maravilloso —no podía considerarlo sino un niño— y la gente de la isla se preocupaba por él. En cierto sentido, Dutch era el mejor lugar para un chico como Richie. Allí no podía ocurrirle nada malo y en la estrecha comunidad de la isla encontraba siempre cariño y apoyo. Para Danny era casi como un hermano mayor, aunque Danny, que era un chico inteligente, reconociera que su compañero era diferente y que, en cierto sentido, tenía que cuidar más de él que al contrario.

Pero Marianne le había advertido a Danny que no acompañara a Richie en sus exploraciones por la isla. Sabía que a Richie le gustaba pasearse por los bosques y que Bonnie había renunciado a convencerlo de que no lo hiciera porque Richie no le hacía caso y se escapaba de casa, para gran desesperación de su madre. Mejor que le dijera adónde iba, a que desapareciera sin decir una palabra. Aunque Marianne quería mucho al chico, sabía que no estaba capacitado para cuidar de su hijo, y ya le tenía dicho a éste, so pena de verse encerrado y privado de su paga para siempre, que no fuera a ningún sitio con Richie si no los acompañaba Bonnie.

Podía ver ante sí los barcos meciéndose en los muelles de Commercial Street. Resignada ya a pasar el día sin Danny, estaba deseando despachar unas cuantas cosas. Tenía pensado ir a la peluquería, darse una vuelta por las tiendas, quizás acercarse incluso a Maine Mall y ver una película. Tendría casi cuatro horas para hacer lo que quisiera.

Pero lo primero era ocuparse del dinero. Después podría respirar un poco mejor. Llevaba una riñonera bajo el jersey, y aunque no cabe duda de que hubiera preferido no llevar dinero encima, las calles de Portland no la asustaban. No iba a andar por ellas de noche.

En el cielo iban formándose nubarrones. Según el canal del tiempo, nevaría al amanecer. Había consultado la previsión del tiempo antes de salir y lo peor de la tormenta no descargaría hasta bien entrada la noche. Thorson había anunciado que el ferry saldría de Portland a las seis y media, y de nuevo haría una última travesía a las diez. Seguramente ella podría tomar el de las seis y media, y, si no, tendría tiempo de sobra para coger el último, de manera que ella y Danny estuvieran a salvo en casa para cuando empezara a nevar.

En la cocina, Bonnie Claessen estaba viendo la CNN mientras troceaba verdura para la cena. Ya que estaba Danny, pensaba cocinar algo especial, por ejemplo asado de carne y pastel de calabaza.

En la televisión veía que estaban sacando un coche de un río en algún sitio del sur. Allí debía de hacer calor, porque los policías llevaban la espalda de la camisa empapada de sudor. Se preguntó si Mike, su actual novio, querría aportar algún dinero para llevarse a Richie de vacaciones ese verano. Se lo preguntaría cuando lo viera el fin de semana. Mike se ganaba la vida de camionero y era algo soso, pero tenía paciencia con Richie y era amable con ella, y con eso se conformaba, de momento.

Ahora la imagen había cambiado y llenaba la pantalla la cara de un hombre. Era guapo, pensó Bonnie, si no fuera por los ojos. Eran unos ojos rasgados, impresión que acentuaban las finas arrugas verticales que le surcaban las mejillas, y de mirada inteligente, aunque afeada por una expresión de desprecio. Quizás era desprecio por

la ley, pensó Bonnie, aunque no lo creía. Aquel hombre odiaba todo y a todos.

Bonnie subió el volumen a tiempo de oír su nombre.

Moloch. ¿No era un nombre bíblico? Lo parecía. Bonnie no era lo que se dice practicante ni le gustaban los sermones, pero el nombre le dio escalofríos. Siguió preparando la cena. Pronto iban a empezar las telenovelas, sus «cuentos», como las llamaba su madre.

No tardó en olvidarse del tal Moloch.

Pero su hijo no se olvidó. Siguió mirando la tele atento y observando las caras que desfilaban por ella: el hombre de los ojos penetrantes, y el de color, y el joven del pelo rubio. Sus fotos habían aparecido mucho en la tele últimamente.

Richie, sentado en silencio, las observaba fijándose bien en ellas.

Llegaron a Portland poco antes de la una. Moloch se había cambiado al asiento de delante, harto de ir enjaulado en la parte trasera de la furgoneta. Con los cambios que había hecho en su aspecto, sólo quien lo examinara muy detenidamente podría llegar a relacionarlo con la cara que aparecía en los noticiarios, y si Moloch veía a alguien examinarlo así, en fin, no viviría lo bastante para decirle a nadie lo que había visto.

Pararon en Commercial Street y miraron al mar. Allí cerca estaba el muelle del que salía el ferry a Dutch Island. No había nadie a bordo. Braun fue a consultar los horarios.

—La última travesía es a las diez —dijo cuando volvió—. El ferry vuelve al continente mañana por la mañana.

Moloch se lo pensó.

—De momento descansamos. Busquemos algún motel en las afueras. Ya veremos lo que hacemos cuando hablemos con Scarfe.

Dexter asintió. Había un Days Inn en el centro comercial. Había visto el letrero al entrar en la ciudad. A Dexter le gustaban los Days Inn. Cuando uno se acostumbra al hecho de que todos parecen el mismo, se siente un poco como en casa.

Marianne no tuvo problemas en los bancos. En total sacó unos ocho mil dólares de tres cuentas distintas, y fue metiendo con cuidado los fajos en la riñonera que llevaba debajo del jersey. Cuando terminó, se dio el gustazo de ir en taxi hasta Maine Mall y de dejarse mimar dos horas por el peluquero. Luego, sintiéndose como hacía meses que no se sentía, comió en un restaurante chino, entró, atravesando el aparcamiento, en una tienda T.J. Maxx, donde se compró una chaqueta de piel DKNY rebajada, según la etiqueta, en trescientos dólares, y le compró a Danny unas zapatillas nuevas, que metió en el bolso junto con una baraja de Harry Potter.

Pensó en ir al cine. Hacía mucho que no se sentaba en una sala a ver una película

que no fuera de dibujos animados o una comedia infantil. Enfrente podía ver los cines de Maine Mall, sobre el Days Inn. Consultó su reloj, vio que ya eran las seis y diez y se dio prisa.

—¿Qué cojones le pasa a ésa en la boca? —dijo Dexter.

Braun y él estaban viendo una película de pago en su habitación del motel. Tom Cruise era un tío deforme enamorado de una española morena. Tom había dejado a Cameron Diaz por la morena, cosa que a Dexter le parecía absurdo, sobre todo porque a la morena la boca no le pegaba ni con cola.

—¿Eh? —le dijo Dexter a Braun—. Fíjate.

—A mí me gusta —contestó Braun.

Dexter se había visto todas las películas que llevaba en el reproductor de DVD y había encendido el televisor. Braun no podía concentrarse en la lectura, así que se había resignado a ver también la película. Tampoco tenían nada más que hacer hasta que Scarfe se pusiera en contacto con ellos.

—No, no digo que no esté buena. Vamos, yo le echaba un polvo gratis. Pero esa boca... No sé, es demasiado grande. ¿Quién es, por cierto?

—Penélope Cruz.

—¿Está casada con él o qué?

—No, Cruz con zeta. Pero sí he oído que sale con ella.

—Puto Tom Cruise. ¿Crees que es verdad lo que se dice?

—¿Qué? ¿Que es...?

—Sí.

—No. ¿Tú crees que saldría con ésa si lo fuera?

—A lo mejor ella es una tapadera.

—Menuda tapadera. Y menudo culo.

—Sí, pero la boca... Que no le pega...

Tell y Shepherd estaban sentados en el International House of Pancakes contiguo al Days Inn, comiendo tortitas con un montón de azúcar, mantequilla y canela. Shepherd escuchaba a Tell. A veces Tell no decía más que chorradas, pero eran chorradas interesantes.

Habían visto pasar a un tío en silla de ruedas. Iba vestido de militar y llevaba una de esas camisetas negras con el símbolo del POW/MIA, los prisioneros de guerra y desaparecidos en combate. No tenía piernas y llevaba las perneras recogidas. Tenía unos brazos enormes. Shepherd se dijo que el tipo debía de haber subido mil laderas de montaña para desarrollar unos brazos tan grandes. De pronto dijo Tell:

—¿Sabes que mi hermano era un inválido?

—¿No jodas?

—Perdió una pierna en Vietnam, un par de meses antes de la ofensiva del Tet.

—¿Qué pierna?

—La derecha.

—¿No jodas?

—Volvió a casa con muletas y una de las perneras recogidas, como el tipo ese, sólo que a él le quedaba una pierna. Estaba hecho polvo.

—Cualquiera lo estaría si perdiese una pierna.

—Ya. Debe de ser terrible perder un miembro. Se pasaba el día en su cuarto, bebiendo, durmiendo en la mierda. No le abría a nadie. Un día lo llamó Ed Sullivan, ¿te acuerdas de Ed Sullivan?

—Sí. Tenía un aspecto extraño. Como si la cabeza no pegara con el cuerpo.

—Lo que le pasaba es que tenía los brazos cortos. Pero bueno: Ed era un gran partidario de la guerra y quería contribuir en algo, así que invitó a algunos veteranos a su programa, entre ellos a mi hermano. Le encantaba Ed Sullivan.

—¿Y fue al programa?

—Sí, ya lo creo. A él y a los otros los montaron en el avión, los llevaron al estudio en limusina, los pusieron en primera fila y toda la pesca. Todos habían perdido algún miembro en Vietnam, brazos, pierna, la hostia. Ed quería que todos fueran mutilados, porque si no podían ser cualquiera, ¿lo ves? El caso es que durante el último ensayo Ed mandó que las luces y las cámaras los enfocaran, y empezó a armar bulla, y el público a gritar y a vitorear. Ed miró a los muchachos, puso esa gran sonrisa que él tenía y les dijo que hicieran una reverencia. ¿Te das cuenta? Ed Sullivan diciéndoles que hicieran una reverencia. Así que mi hermano y los otros se levantaron para hacer la reverencia.

—¿Sí? ¿Se levantaron?

—Y mi hermano se vino al suelo. Sólo tenía una pierna. Se levantó, osciló un momento y cayó de lado. Y se golpeó la cabeza. Casi todos los que habían perdido una pierna pudieron sostenerse derechos porque se apoyaban en las sillas, aunque no parecían muy firmes. Pero mi hermano no. Él quería ponerse en pie y hacer una reverencia porque así se lo había dicho Ed Sullivan. A él le encantaba Ed Sullivan.

—Mucho tenía que gustarle para intentar ponerse en pie con una pierna sólo porque se lo dijera. Aunque seguro que se cabreó bastante con Ed.

—No, ni mucho menos. Al contrario, dijo que apreciaba que lo tratara como a una persona con dos piernas. Y después de eso mi hermano se compró una pierna postiza. Quería ser capaz de tenerse en pie la próxima vez que alguien importante se lo pidiera. Pero para dormir se la quitaba. Y por eso murió. Una noche se declaró un fuego en el bloque en el que vivía, y cuando saltaron las alarmas todo estaba lleno de humo y hostias, y murió porque no encontró la pierna. No quería salir como un

inválido, cojeando. Quería conservar su dignidad. Es lo que aprendió en el programa de Ed Sullivan. A él le encantaba Ed Sullivan.

—¿No jodas?

—No jodo.

A Shepherd aquello le pareció muy interesante. Es lo que pensaba de Tell.

—Un día robamos un banco en Pensacola —dijo Shepherd, que no quería ser menos en lo de contar historias—. Nos pasamos dos semanas estudiando el banco. Esto era en los viejos tiempos, antes de los nuevos sistemas de seguridad, láseres y hostias.

—Era otra época. Ahora hay que tener un máster para atracar un banco.

—Sí, la verdad es que hoy día lo ponen difícil. Total, que llegamos al banco una mañana, el jefe entra, los empleados lo siguen y nosotros entramos detrás sin darles tiempo ni a cerrar la puerta.

—¿Y?

—Y nos encontramos a dos tipos enmascarados ya dentro, esperando asaltar el banco. Habían entrado por el techo de noche y allí estaban cuando el jefe entró.

—¿No jodas?

—Imagínate, nos quedamos descolocados. Seguro que estuvimos preparando el atraco al mismo banco las mismas dos semanas, sin vernos nunca unos a otros.

—Puede ocurrir.

—¡Vaya que sí! Pues eso: allí estábamos, nosotros mirándolos a ellos con sus máscaras, ellos mirándonos a nosotros con las nuestras, y el jefe y el personal mirándonos a unos y a otros. «¿Qué cojones estáis haciendo aquí? Este banco es nuestro», dije yo. «¡Y una mierda! Llevamos un mes con este atraco».

—¡Mentira!

—No, no lo creo. Para atravesar un tejado hay que hacer planes.

Tell reconoció que tenía razón.

—Es posible.

—Conque allí estábamos como en suspenso hasta que dije: «¿Por qué no nos repartimos el botín?». Los dos tipos se miraron y se encogieron de hombros. «Vale», dijeron.

—¿Y os repartisteis el botín?

—Mitad y mitad, considerando que habían tenido que entrar por el techo y demás.

—¡Qué tíos más legales!

—Sí. Como tú dices, eran otros tiempos. Eso ocurre ahora y hay un baño de sangre. Pero entonces la gente tenía principios. Normas.

—¿Y os fuisteis todos tan contentos?

—Más o menos. Cuando los dos tipos subieron al coche los asaltamos y les quitamos la pasta.

—Y que sobreviva el más fuerte.  
—Exactamente. Eso sí, no los matamos.  
—Por supuesto. Teníais principios.  
—Tú lo has dicho. Otros tiempos. ¿Más tortitas?  
Shepherd se encogió de hombros.  
—Venga.

Willard estaba en el aparcamiento del Days Inn, fumándose un cigarrillo. El International House of Pancakes en el que estaban comiendo Shepherd y Tell quedaba a unos treinta metros. Podía verlos por la ventana. No le habían preguntado si quería acompañarlos. Seguramente en aquel mismo momento estaban hablando de él, tramando la manera de deshacerse de él. Tell no le preocupaba demasiado, pero Shepherd y Dexter eran unas verdaderas amenazas, y quizá también Braun.

Willard odiaba a Shepherd, a Dexter y a Braun.

Se caló la gorra de béisbol y se miró en el espejo de la furgoneta. Con el pelo rubio tapado y la barba de unos días apenas se parecía al de la foto que se veía por televisión. Moloch le había aconsejado que no saliera, pero Willard quería tomar un poco el aire.

Echó a andar y, cuando llegó a la acera, casi se había acabado el cigarrillo. Dio una última y larga calada a la colilla y se quedó mirando a la mujer que venía. Ésta se paró en la entrada del aparcamiento del cine y miró los horarios de las películas. Willard vio la decepción plasmada en su cara.

—¿Qué pensabas ver? —le preguntó.

Ella lo miró. Estuvo un momento sin contestar y luego dijo:

—Oh, lo que sea, la verdad.

—Todas empiezan hacia las siete.

—Sí. Bueno.

Él le puso la mejor de sus sonrisas —«Cuídate»— y se preguntó cómo sería hacerle unos tajos.

Marianne le sonrió a su vez, dio media vuelta y echó a caminar deprisa, aunque no demasiado. No quería despertar sospechas, aunque por dentro iba temblando y se decía: «Willard, es Willard.

»¡Están aquí!».

Al tal Willard lo había conocido por casualidad. Fue durante los últimos días, la época en que ella temía cada vez más a Moloch y sus maneras. Pensaba que también éste podía empezar a sospechar de ella, a preocuparse de lo que pudiera saber o de lo que podría ocurrir si la policía la obligaba a confesar lo que supiera de sus actividades

o confesaba ella misma por voluntad propia. Un día, una semana antes de la fecha fijada para escapar, vio a Willard sentado en un coche enfrente de su casa y supo que Moloch le había mandado que la vigilara. Reconoció al guapo joven por las fotografías de los periódicos que lo relacionaban con la muerte de la mujer madura, y porque ya lo había visto en una ocasión anterior, un día en que ella llegó temprano a una cita para cenar con su marido, algo muy poco frecuente, y los vio a los dos en el bar, hablando tan confidencialmente que llegó a preguntarse si no serían amantes. No los interrumpió ni se acercó a su marido hasta que el otro se fue.

Fue Karen Meyer quien le dijo cómo se llamaba el joven, cuando Marianne le contó que lo había visto esperando cerca de su casa. Por eso no se había puesto en contacto. Karen estaba enfadada. Era la penúltima cita, fijada para ultimar detalles. Estaban de pie en uno de los retretes del cuarto de baño de señoras del centro comercial.

—Has corrido un riesgo viniendo, un riesgo para ti y para mí —le dijo Karen.

—No, no he corrido ningún riesgo. Me ha seguido dos días sin saber que me he dado cuenta y no he dado muestras de saberlo. Me he comportado muy bien y sé que así se lo ha dicho a Edward.

Karen se relajó un poco.

—¿Quién es? —quiso saber Marianne.

—Se llama Willard. Es todo lo que sé de él. Aparte de que es guapo. Pero algo le pasa, algo muy serio. Si lo miras a los ojos, ves que sería capaz de matarte con sus propias manos. Si vuelve a seguirte, huye, ¿me oyes? Huye y no vuelvas la vista atrás. Ya encontraremos otra manera de hacerte llegar la cosa, pero si lo ves de nuevo por tu casa, sólo será por una razón: para vigilarte de nuevo, así que compórtate con naturalidad estos días.

Y eso fue lo que hizo, caminar tranquila, sin hacer caso de la presencia del hombre al que su marido quizá tenía planeado mandar que la matara. El último día, el día del atraco al banco, supo que estaba salvada. Willard estaría con su marido, o cerca de él, pero hasta que no se halló a unos trescientos kilómetros de la ciudad, y con Danny durmiendo en su asiento, no empezó a relajarse un poco. Siguió moviéndose de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, sin quedarse nunca mucho tiempo en ningún sitio, hasta que al final se estableció en aquella isla, el lugar al que había decidido huir muchos meses atrás, después de leer un artículo sobre las islas de Maine en una revista de viajes, convencida de que, por un tiempo, no resultaría fácil seguirle la pista.

Pero nunca olvidó a Willard, ni el peligro potencial que su marido suponía para ella aun estando en la cárcel. Podía ser, claro, que Willard estuviera allí por casualidad, pero no lo creía. No, estaban todos y venían por ella, porque si se encontraban en Portland, es que sabían que ella vivía en la isla y no tardarían en



llegar. Mientras se alejaba de Willard —ni muy rápida ni muy lentamente—, trataba de reconstruir los pasos que habían seguido, de descubrir cómo la habían encontrado. Sólo dos personas podían habérselo dicho.

Karen.

Y su hermana.

Marianne se dirigió a la carretera de Maine Mall e intentó parar a un taxi, lo que aprovechó para detenerse y echar una ojeada a Willard. El joven no la miraba. Pero de pronto se volvió y pareció posar los ojos en su cara. Marianne esperó a que entrara en el International House of Pancakes o regresara al motel. Pero no: Willard echó a andar a buen paso por la acera.

Hacia ella.

Willard hablaba poco. Sabía que muchos lo tenían por tonto, porque nunca le había gustado ir a la escuela y a lo mejor se pensaban que tenía miedo de hablar por si la gente se reía de lo que decía. Pero Willard no le temía a nadie y a quienes le entraran ganas de reírse de él se las tragarían en cuanto lo mirasen a los ojos. Sí, era verdad que tenía problemas para leer y que los números no eran los suyos, pero poseía el instinto y la inteligencia de un cazador nato, unidos a una curiosidad por el dolor y el sufrimiento ajenos.

Cuando la mujer lo miró, Willard detectó algo en ella. Era algo más que el miedo natural que con frecuencia percibía en las mujeres: el cuidado de no quedarse a solas con un extraño en un recinto cerrado; agarrar bien el bolso; mirar como si tal cosa alrededor antes de abrir la puerta del coche en el aparcamiento. No, aquello era diferente, más intenso. Separada, pensó, de un marido que no se lo ha tomado muy bien, o quizá tratando de huir de un novio que no quiere romper, porque tendría que buscarse a otra a quien pegar. Las fosas nasales le temblaron cuando la tuvo enfrente. Le gustaba su olor. Excitaba al cazador que llevaba dentro.

Aunque el pelo no acababa de convencerle. Se lo había teñido de un color feo que no le sentaba bien y que hacía más el efecto de mechas que de tinte completo. No se explicaba por qué se lo había teñido así; tal vez se debía a que estuvo de moda hacía unos años, según había oído en la tele. Si era así, aquella mujer tenía que volver a coger el tren de la moda, porque estaba perdiéndolo.

Willard la observó mientras caminaba. Tenía unas piernas esbeltas y un culo bonito, cuya forma podía adivinarse bajo el abrigo, que ella se ceñía. En otras circunstancias quizá la habría seguido, habría aprendido más de ella, por si decidía visitarla en el futuro, pero Moloch, tras el incidente de la mujer en el dormitorio, ya le había advertido que se comportara. A Willard no le había gustado la manera en que Moloch le habló. Ni le gustó tampoco la mirada que intercambiaron Moloch y Dexter después, mirada de director y profesor que llegan al tácito acuerdo de expulsarlo del

colegio, como le había ocurrido hacía mucho, cuando era joven y aquellas cosas le importaban.

Willard la vio llamar a un taxi. Extraño, pensó. Primero viene al cine desde el centro comercial, no parece que lleve prisa, ¿y ahora de pronto necesita un taxi? Pisó la colilla aún encendida y la restregó contra la acera. Y luego estaba el pelo: lo llevaba horrible, como si hubiera querido parecer más normal de lo que era. Allí debajo había una mujer muy guapa, pero daba la impresión de que quisiera disimular esa belleza. Le vino a la mente una imagen: una mujer con el pelo castaño claro, de pie junto a Moloch en la feria del estado, con una sonrisa forzada en los labios. Willard comparó la imagen de la mujer del pelo teñido con la de la mujer de Moloch.

¡Coño!

Marianne vio la señal del taxi casi al mismo tiempo que Willard apretaba el paso. El semáforo que había frente al restaurante Chili's cambiaba a ámbar y el taxista parecía disponerse a parar. Empezó a llamarlo con gestos frenéticos y echó a correr entre bocinazos por medio de la carretera, viendo que el taxista miraba a la derecha, por donde salía otro taxi libre de Hampden Inn. En un instante, el taxista tomó una decisión, apretó el acelerador y pasó el semáforo, que cambiaba a rojo, mientras miraba por el retrovisor. Se detuvo junto a ella y Marianne subió al taxi justo cuando Willard empezaba a correr.

—Commercial Street —le dijo Marianne al taxista—. Y rápido, por favor.

El taxista miró por el retrovisor para salir y vio a Willard.

—Oiga —dijo—, ¿conoce a ése?

Marianne miró atrás. Willard corría por entre los coches, esquivándolos hasta con elegancia. Estaba a unos diez metros.

—Un tipo con el que salí —contestó ella—. No quiero hablar con él. Diez dólares para usted si lo evitamos.

—Por diez más, soy capaz de salir yo con él —dijo el taxista. Arrancó y salió disparado de la acera. Marianne oyó un ruido extraño, como de dedos que se aferraban vanamente al maletero del taxi, pero no se volvió a mirar.

Willard se quedó en la acera viendo cómo el taxi se alejaba en dirección a Portland. Si el semáforo de la entrada al centro comercial hubiera estado en rojo, a lo mejor le habría dado tiempo de pillarlos, pero el taxi tenía vía libre hasta el cruce principal. Willard respiró hondo y se preguntó si debía contárselo a Moloch. Podía equivocarse de mujer, desde luego, pero la cara que puso cuando lo vio acercarse por la luna trasera le decía que sus sospechas eran ciertas. Era ella. La mujer sabía quién era él, y si lo sabía, debía de saber también que habían venido por ella. Su cara de

espanto revelaba otra cosa: no sabía que Moloch estaba suelto, porque en otro caso no se habría atrevido a pasar una tarde ociosa viendo películas de mierda.

Tenía que decírselo a Moloch. La mujer ya estaría preparándose para huir.

A Willard lo sorprendió lo tranquilo que pareció Moloch, al menos al principio. Pero la calma duró poco.

—¿Estás seguro de que era ella? —preguntó Moloch.

—Bastante seguro. Lleva el pelo distinto, y más bien feo, pero le vi la cara cuando el taxi arrancaba. Me ha reconocido.

—¿Cómo? ¿Cómo iba a saber ella quién eres?

—Quizá me vio seguirla antes de que huyera.

—Si te vio, es que eres el detective más mierda que he conocido en mi vida.

A Willard le hirió el insulto, pero no dijo nada.

—Tendrías que haberla atrapado. Ahora sabe que estamos aquí.

—¿Adónde va a ir? No puede haber cogido el ferry.

—¿Crees que es el único barco que hay aquí? Hay taxis acuáticos. Puede haber ido a otra isla y pedir a alguien que le lleve al niño. ¿Crees que tenemos tiempo para rastrear todas las islas? Llama a los otros. Descríbesela y mándalos a buscarla por la ciudad. Si a las siete ninguno la ha encontrado, lo adelantamos todo.

Willard se fue. Moloch telefoneó a Braun a su habitación. Braun escuchó y colgó.

—Tenemos que irnos —le dijo a Dexter.

—¿Qué dices? —preguntó éste—. Ahora que esta mierda empieza a ponerse interesante.

—Willard ha visto a la mujer de Moloch. Cree que lo ha reconocido.

Dexter soltó un juramento antes de apagar el televisor. Recogieron sus cosas y se reunieron con Moloch y los demás en la habitación de Moloch. Shepherd y Tell acababan de llegar. Tell aún llevaba azúcar en el jersey.

—Veinticinco mil más a quien la encuentre —dijo Moloch. Miró a Willard—. Y la quiero intacta, ¿me oyes?

Willard ni siquiera asintió, pero vio que Dexter sonreía. Se acordó de nuevo de la mirada que cruzaron Moloch y él. Decidió que tendría que vérselas con Dexter, y más pronto que tarde.

El taxi dejó a Marianne en Commercial Street, a unos pasos de la parada del ferry. El muelle estaba desierto y las luces del ferry se desvanecían en la oscuridad del atardecer. Soltó una maldición, le entró el pánico y estuvo a punto de romper a llorar. Procuró reponerse.

Esperarían que volviera a la isla, por lo menos para recoger a Danny. Si pudiera

conseguir que alguien recogiera a su hijo y lo sacara de la isla, ni siquiera tendría que ir a Dutch. Por un momento consideró la posibilidad de llamar a la policía y contárselo todo, pero temía que le quitaran a Danny e incluso que la metieran en la cárcel. No, la policía quedaba descartada de momento.

Salvo que...

Llamó al 911 y dijo al operador que había visto a un hombre en el centro comercial que se parecía al tipo de la tele, al rubio. Dio una minuciosa descripción de la indumentaria de Willard, empezando por la gorra de béisbol, y colgó.

Eso les daría en qué pensar.

No tenía mucho tiempo. Introdujo unas monedas en la ranura y marcó el número de Bonnie Claessen. El teléfono sonó dos veces y lo descolgaron.

—¿Hola? —dijo.

Había parásitos, aunque no eran constantes. Iban y venían, como ruidos de marea. Oyó su propia voz, esta vez distorsionada.

*Hoolaaa.*

Se sumaron otras voces, que repetían las palabras una y otra vez.

*Holaholaholahola.*

Y de pronto la comunicación se cortó.

Lo intentó de nuevo y oyó el tono de línea ocupada. Llamó a tres números más, incluido el de Jack, pero todos comunicaban.

Marianne agarró el bolso y corrió a coger un taxi acuático. En ese momento empezaban a soplar las primeras ráfagas de la ventisca.

Shepherd fue el primero en llegar al embarcadero, sólo para ver que el taxi acuático se alejaba mar adentro, reducido a una nubecilla de humo que parecía burlarse de él. Sacó unos prismáticos de su bolsa y atisbó a la mujer en la proa. Por lo que veía, era la única pasajera. De pronto vio que la mujer se volvía hacia tierra firme y tuvo la certeza de que estaba mirándolo a él. Le pareció que podía verle el miedo en los ojos.

Tell apareció a su lado y Shepherd sonrió.

—Vuelve a casa.

Willard había pulido sus instintos hasta la perfección. Vio el coche patrulla antes de que el agente pudiera reparar en él, y se metió en el Starbucks de Puerto Antigo, donde nada más entrar se quitó el abrigo y la gorra. No sabía a quién iban buscando, pero podía imaginárselo. La mujer lo había visto y había llamado a la policía para complicarle la vida.

A Willard no le importaba. La vida siempre había sido complicada para él.

Pidió un café, salió a la calle y se perdió de vista.

En cuanto Willard le contó su encuentro con Marianne, Moloch llamó a Scarfe y partió para el lugar donde le propuso que quedaran: el cerro rocoso que había cerca de los dos faros de Cape Elizabeth. Las rocas y la pequeña playa estaban desiertas. Ante la inminente tormenta, incluso los lugareños se habían recogido a sus casas.

Había dos hombres esperando en la playa, tenían el pelo y los hombros ya blancos de nieve. Uno era Scarfe; el otro, Barron.

—¿Conque éste es el poli malo?

Moloch miró al policía con una mezcla de desprecio y buen humor. Barron llevaba vaqueros, zapatillas de deporte y una chaqueta acolchada. Parecía incómodo.

—Yo no soy tu poli malo —replicó.

—¿Cómo prefieres que te llamemos? ¿Poli pederasta? ¿Poli viola niños? Por favor, dímelo. Quiero que te sientas lo más cómodo posible en tus tratos conmigo.

Barron se puso colorado, pero no contestó.

—Deberías haber tenido más cuidado, agente. Tus gustos te han convertido en la puta de todo aquel a quien tus acreedores quieran entregarte.

—Dime qué quieres —dijo Barron en voz baja.

Moloch se volvió hacia Scarfe.

—Me han hablado de ti. No me ha impresionado. Te aconsejo que no me falles. Bien, háblame de la isla.

Durante los siguientes diez minutos Scarfe les refirió con detalle lo que había sabido por Carl Lubey, incluyendo la vida que hacía el gigante policía Dupree y la llegada esa mañana de la agente novata Macy. («¿Una novata?», había interrumpido Moloch. «A lo mejor nuestra buena suerte continúa.»).

—¿Y la mujer, Marianne Elliot?

—Vive allí. Tiene la casa en la costa sudeste. No hay muchas más casas por allí. El chaval vive con ella.

—¿Tiene novio? —preguntó Moloch.

Scarfe tragó saliva.

—Lubey dice que la han visto salir con el poli, Dupree. Anoche cenaron juntos.

Moloch lo animó a seguir, pero no pareció alegrarse de la noticia.

—En el Marine Company hay una barca esperándoos. Cuando oscurezca, desembarcáis en la costa norte, lo más cerca posible de la casa de la mujer. Donde ella vive no es fácil atracar, salvo en una pequeña ensenada que pertenece a un viejo pintor que no quita ojo de la bahía. Si intentáis entrar por ahí y os ve, empezará a llamar a gente. Además, allí está lleno de arrecifes. Incluso los marineros expertos lo evitan. Cuando os acerquéis, procurad manteneros lo más lejos posible del muelle de Island Avenue y de las casas de la costa. Al igual que el pintor, allí la gente está muy

atenta a lo que ocurre, a quién va y quién viene. Aunque es verdad que la costa nordeste está casi deshabitada. Lubey se encontrará con vosotros en tierra. Tiene un camión. Os llevará a la casa de la mujer y luego, cuando hayáis acabado, de vuelta a la barca. No quiere dinero. Sólo pide un favor.

—¿Cuál?

—Que matéis a Dupree, el poli, si tenéis ocasión.

—Ni hablar —interrumpió Barron—. No se toca a nadie, ése era el pacto.

—No recuerdo haber hecho ningún pacto contigo, agente —dijo Moloch—. Tú harás lo que se te diga, o tus superiores recibirán una información que acabará con tu carrera y te echará en brazos de todos los violadores enfermos que haya en la prisión de tu estado. No vuelvas a interrumpir. —Se volvió hacia Scarfe—. No prometo nada con respecto al poli.

—Sería más fácil acabar con él al principio. —Era Leonie.

Moloch se mordió el labio. Si el poli estaba saliendo con su mujer, merecía lo que iba a pasarle. No había nada peor que imaginarse a otro hombre penetrando a su mujer.

Scarfe se sacó unos papeles del bolsillo.

—Esto es un mapa de la isla. He hecho varias copias. Es un poco rudimentario, pero se ven las carreteras principales, la ciudad y la ubicación de la casa de la mujer y la de sus vecinos más cercanos.

Moloch tomó el mapa, lo examinó, lo dobló y se lo dio, con las demás copias, a Leonie.

—Me he dado cuenta de que dices «vosotros» y no «nosotros». Eso me llama la atención.

—He hecho lo que me pedisteis que hiciera.

—Tú vienes con nosotros.

—No me necesitáis.

—Sabes de barcos y conoces la zona. Algunos de mis socios tienen experiencia en la materia, pero no conocemos estas aguas y se avecina una tormenta. Y si tu amigo Lubey nos falla, tendremos a quien recurrir. Con ganas.

Scarfe asintió.

—Entiendo.

Moloch se volvió hacia Barron.

—Tu cometido es simple, agente. Estar pendiente de la radio de la policía. Si oyes que se emprende cualquier acción que pueda relacionarse con nosotros, quiero que la anules. Tengo entendido que no hay cobertura de telefonía móvil en la isla.

—Sólo en ciertas partes, pero sólo cerca de la ciudad. En la costa este no hay cobertura.

—Te apostarás en el muelle. Si cuando volvamos ves que hay algún peligro, nos

haces una señal con las luces del coche antes de que atraquemos, ¿está claro?

—¿Es todo?

—De momento. Scarfe, tú vienes con nosotros. Salimos ahora mismo.

Moloch, Dexter y Willard dejaron a Leonie y a Braun en Commercial Street. Los dos hombres mayores se quedaron en la furgoneta cerca de la terminal del ferry de Casco Bay y Willard se apostó en la oscuridad para vigilar las entradas a la calle. El plan seguía siendo prácticamente el mismo: un grupo saldría para la isla con Scarfe, mientras Leonie y Braun los seguirían en taxi acuático y desembarcarían en Cove, ya que Thorson había cancelado la última travesía del ferry por su innata precaución y la temprana llegada de la nieve. Barron estaría pendiente de todos los barcos que llegaran, por si la mujer conseguía de algún modo volver a Portland.

—No quiero que nos vea antes de que lleguemos —le dijo Moloch a Dexter—. No quiero que sepa nada. Quiero ver la cara de espanto que pone la zorra.

—La verás igualmente. Seguro que tiene miedo de sobra metido en el cuerpo.

Pero Moloch no parecía tan contento, pensó Dexter. Dormía mal. Dexter lo había oído gritar. Sabía que eso les ocurre a los hombres que han estado en la cárcel. Incluso una vez en libertad, parte de su ser queda para siempre encarcelada y se les cuela en los sueños.

Dexter, por su parte, tenía sus propias preocupaciones.

—No me gusta todo este asunto de la isla —dijo—. Pueden salir mal demasiadas cosas. No me gusta que sólo tengamos una vía de escape, ni que tengamos que volver por el mismo sitio por el que vamos. Y no sabemos nada del tal Lubey.

—Tenemos una barca. Uno de nosotros se quedará en ella todo el tiempo. Como te dije, podemos coger y llevárnosla antes de que nadie sepa que hemos estado allí. Lo importante es no complicarnos la vida. En cuanto a Lubey, sólo conduce, nada más.

—¿Te fías del poli?

—No, pero creo que está demasiado asustado para traicionarnos. Además, nuestros amigos de Boston le han prometido un pequeño obsequio por su colaboración. El miedo y la lujuria lo mantendrán callado.

—¿Y el poli de la isla?

—Cuando lleguemos, Braun y Leonie lo matarán, aunque sólo sea por haberse atrevido a follarse a mi mujer.

—¿Y Willard?

Algo parecido a la congoja pasó por la cara de Moloch.

—Que no sufra —dijo—. No quiero que sufra.

En la oscuridad, Willard estaba mirando un pequeño mapa de la bahía protegido por una pantalla de plexiglás. Se había cambiado de ropa y ahora llevaba un forro polar con una langosta en el pecho. En unos lavabos masculinos se había teñido el pelo con un kit comprado en una tienda y ahora lo llevaba moreno muy oscuro. Con el dedo índice de la mano derecha seguía el trayecto del ferry, pasando por todos y cada uno de los puntitos con tanto esmero como si estuviera trazándolos en papel. Detuvo el dedo en la isla y bruscamente lo retiró.

Tapando la isla había una araña, que de algún modo se había colado en el panel que contenía el mapa y estaba ahora atrapada dentro, sin poder salir. Quizás había querido guarecerse allí del frío, pero ahora aquello sería su tumba. Allí dentro no encontraría insectos de los que alimentarse y poco a poco se consumiría y moriría. Willard la observó ir y venir por la superficie del mapa. A veces las patas resbalaban y caía unos centímetros, hasta que se sujetaba de un hilo. Al final volvió a la esquina superior derecha del panel y allí se acurrucó a esperar el fin.

Willard tenía la boca seca. Apartó la vista del mapa y la dirigió al mar, tratando de atisbar alguna luz en la distancia, pero no vio ninguna. Estaba inquieto. Le preocupaban Dexter y Shepherd, pero también el asunto de la isla. Willard tenía instintos de superviviente y ahora una vocecita interior que llevaba mucho tiempo escuchando le decía que se fuera, que escapara mientras pudiera. Sin embargo, no lo haría. Muy en el fondo seguía confiando en Moloch. Quería confiar en él. Lo necesitaba. Vivía por Moloch y por recibir su aprobación. Willard estaba loco, más loco de lo que él mismo sabía, más loco de lo que Moloch creía, pero en el fondo lo que quería era que lo amaran.



Powell tenía problemas con el tipo de la barca. Era un viejo gordo y bobo con la camisa llena de manchas. Y olía mal. Powell tenía que volver la cara cada vez que el hombre hablaba, porque el aliento le apestaba. Esperaba que la barca no oliera tan mal como el dueño. Él lo pasaba mal en el mar. Le costaba muy poco vomitar cuando subía a un barco, pero sospechaba, para colmo de males, que el hedor de la barca de aquel tipo remataría la faena.

La barca tenía unos tres metros de eslora y una cabina en la que apenas cabían dos personas. Powell se agachó, olfateó la cabina y retrocedió. Olía a pescado podrido y al aliento del propietario, como si fuera un olor tan tóxico que se hubiera pegado al casco y a los cristales. Powell había leído no sabía dónde que los olores son partículas, lo que significaba que pequeñas moléculas de pestilencia de aquella barca estaban penetrando por sus fosas nasales. Esto lo irritó aún más, y ya venía bastante cabreado con el hombre antes siquiera de hallarse a tres metros de la embarcación. Porque, además, el tipo no debía estar allí, pero, preocupado por el mal tiempo, había acudido al muelle a expresar sus inquietudes. Y ahora Powell tenía que deshacerse de aquel inoportuno, porque si Moloch y los demás llegaban primero y lo encontraban allí, era hombre muerto. En su opinión, lo último que necesitaba aquella operación eran más muertos. Había tantos cadáveres ya que, puestos en fila, llegaban de allí a Virginia. Scarfe le había asegurado que el barquero mantendría la boca cerrada, como había hecho en el pasado. Él esperaba que, por su bien, empezara a cerrarla ya, porque le daban náuseas.

—Has cobrado, ¿no? —inquirió Powell—. Lo sé porque Scarfe dice que te pagó.

—Sí, he cobrado. Aquí llevo el dinero.

—¿Entonces?

—Esta barca vale más de lo que me habéis pagado.

—Estamos alquilándola —dijo Powell, casi perdiendo la paciencia—. No tenemos que pagar lo que vale la barca. Por eso se llama «alquilar» y no «comprar».

—Pero ¿y si le pasa algo? Scarfe dijo...

El gordo miró por encima del hombro de Powell hacia la oscuridad, donde estaba Scarfe. Scarfe miró a otro sitio. El de la barca estaba solo. Powell lo agarró del hombro para llamar de nuevo su atención y enseguida lamentó haberlo tocado.

—Me importa un bledo lo que dijo Scarfe. Con un poco de suerte te

devolveremos tu barca esta noche. Cuatro, cinco horas como mucho. Hemos sido más que generosos. La tienes asegurada, ¿no?

—Sí, la tengo asegurada, pero el seguro nunca paga lo que debería.

—¿Y a mí qué me cuentas? Escríbele una carta a tu diputado. Yo lo único que quiero es la barca.

—¿No será nada ilegal?

Powell lo miró con dureza.

—¿Lo preguntas en serio? ¿Cómo coño se te ocurre preguntar eso? ¿De verdad quieres saberlo?

El barquero empezó a retroceder.

—No, no quiero saberlo.

—Pues llévate la pasta y quita tu apestoso culo de mi vista. Esta mierda tendrá el depósito lleno, ¿verdad?

—Claro, listo para arrancar.

—Muy bien. Como tengamos algún problema con la barca, no pediremos que nos devuelvan el dinero, ¿entiendes? Querremos otra clase de resarcimiento.

—Entiendo. No tendréis problemas con ella.

Por un momento, Powell pareció contrariado.

—¿Cómo sabes...? —empezó a decir y se interrumpió. La barca, se refería a la barca, joder. Powell dio un profundo suspiro.

—No tendremos problemas con ella —repitió—. Bien. Ahora ve a comprarte unos caramelos de menta.

Moloch, Dexter y Willard llegaron poco después de que el de la barca se hubiera ido, y Tell y Shepherd salieron de la oscuridad. Se habían abrigado para la travesía y llevaban puestos los impermeables que compraron en Kittery. En la última media hora se había levantado viento. La nieve les fustigaba la cara. A Powell le hizo gracia ver que los copos de nieve se posaban limpiamente en las trenzas de Tell y contrastaban con la piel negra. Pensó que Tell estaba así muy decorativo, lo mismo que Dexter, por cierto. No consideró oportuno compartir esta impresión con ellos.

—La tormenta azota con furia —dijo Powell.

—Bien —dijo Moloch—. Eso mismo haremos nosotros.

Powell, Shepherd y Dexter saltaron a la barca después de Moloch, seguidos de Scarfe y de Willard. Scarfe arrancó el motor y se volvió a mirar cómo los cuatro hombres se ponían un chaleco salvavidas y se sentaban en los bancos de plástico, Powell aparte y agarrado al costado. Tell soltó la amarra, la arrojó al muelle y saltó a bordo.

Moloch estaba de pie con Scarfe en el timón. Scarfe miraba al cielo y a la nieve cada vez más tupida. Apenas se veían ya los muelles y el mar era una visión borrosa. Estaban solos en el agua.

—¿Cuánto tardaremos en llegar? —preguntó Moloch.

—Llevamos el viento en contra y hay poca visibilidad. Tendremos que ir despacio. Si no chocamos contra nada ni nada choca contra nosotros, estaremos allí en dos horas como mucho.

—Para entonces ella puede haber llegado y haberse ido.

Scarfe sacudió la cabeza.

—No, no. Tendrá las mismas dificultades que nosotros. Además, imagino que hasta mañana por la mañana no habrá barcos que vayan a la isla o salgan de ella. El ferry ya está amarrado esta noche. Thorson no es el capitán Crunch. No la llevará mientras crea que puede ser mínimamente peligroso. A menos que alguien la saque de la isla en una embarcación privada, y no creo que eso vaya a suceder, está atrapada. El problema es que lo mismo puede ocurrirnos a nosotros.

Moloch tomó a Scarfe por la barbilla y le giró la cara.

—Eso no va a pasar. ¿Entiendes?

La respuesta de Scarfe salió ahogada porque Moloch le apretaba mucho, pero quedó claro que entendía perfectamente. Moloch lo soltó y Scarfe zarpó del muelle.

Powell ya estaba lívido. Enfrente, Dexter se sacó un paquete del bolsillo, lo desenvolvió y quedó a la vista un perrito caliente. En cuanto la barca se puso en movimiento, las mejillas de Powell se inflaron.

—No vomites en mis zapatos —lo avisó Dexter.

Powell no lo hizo.

Vomitó en los suyos.

Braun y Leonie tuvieron algún problema para convencer al del taxi acuático para que los llevara a Santuario. El tipo no quería, pero Leonie se hizo pasar por prima de Sylvie Lauter y le contó que había recorrido cientos de kilómetros para consolar a la madre. La trágica historia de Leonie habría conmovido a un hombre más blando, pero el barquero parecía hecho de teca, con un corazón de caoba. Braun prefirió no intervenir, porque si los dos se ponían a tratar de convencerlo, se asustaría tanto que se negaría a llevarlos.

Leonie le dio cien dólares. El barquero accedió. Ella lo vio doblar los billetes, guardarlos en una cartera impermeable que llevaba colgada del cuello y meterse la cartera por la camisa. Satisfecha, miró a otra parte.

Leonie no tenía tantos escrúpulos como Powell y Braun. A ella no le gustaba dejar cabos sueltos.

Recuperaría el dinero cuando lo matara.

Marianne iba sentada bajo el toldo del taxi acuático, abrazándose estrechamente

el tronco con los brazos, y con la barbilla sepultada bajo pliegues de abrigo y bufanda. Temblaba de forma incontrolada. El barquero, pensando que tenía frío, le ofreció un café de su termo. Ella le dio las gracias y rodeó la taza con las manos enguantadas.

Pero seguía temblando.

Había llamado a su hermana antes de partir, pero el teléfono había sonado sin que nadie atendiera. También había llamado a Karen Meyer, con el mismo resultado. En su fuero interno sabía que las dos estaban muertas, que habían muerto por su culpa. Por su culpa y sólo por su culpa.

Pero si ella moría, también Danny moriría y todo habría sido en vano. Aún tenían alguna posibilidad si recogía a Danny a tiempo. Thorson había cancelado la última travesía y apelar a sus buenos sentimientos sería inútil. Conocía su reputación y dudaba de que accediera siquiera a hacer el trayecto de ida, con el riesgo de quedarse tirado en Portland. Pero incluso si accedía, Marianne temía que hubiera alguien vigilando el ferry por si ella trataba de escapar; en el continente seguro que había alguien, y en la isla, probablemente.

Pero sabía de otros que podían llevarla, si no al continente, al menos a alguna de las grandes islas vecinas. Carl Lubey tenía un barco y a veces hacía travesías si alguien estaba en apuros y dispuesto a pagarle generosamente. Era una opción, aunque la idea de depender de él le hacía poca gracia. La otra posibilidad era Jack, el pintor. También tenía un barco y sabía que quería a Danny. Si estaba sobrio, era la mejor opción.

Se veían luces a derecha e izquierda: eran de las casas de las islas vecinas, cuyas ventanas parecían suspendidas en la oscuridad como orificios en el tejido de la noche o como promesas de nuevos mundos. Se imaginaba desapareciendo con Danny por uno de aquellos agujeros, que volvería a coser después de manera que nadie pudiera encontrarlos nunca más. Las luces iban desapareciendo a medida que la nieve caía más copiosa. El viento soplaba cada vez más fuerte y las olas sacudían la pequeña embarcación. Ella se agarraba con fuerza a las cuerdas y la espuma le bañaba la cara y le congelaba las manos. Llevaba un chubasquero que el barquero le había prestado, pero el agua seguía colándose. Pensó en su hijo y también en Joe Dupree. Podía recurrir a él, pero era demasiado arriesgado. Se vería obligada a revelar la verdad sobre sí misma y no podía hacer eso.

Pero había otra razón por la que se resistía a pedirle ayuda. Había visto a Willard y sabía que Moloch no podía andar muy lejos. Habría más hombres, quizá no tan malvados como su marido y el lindo y peligroso hombre-niño, pero malvados también.

Joe Dupree no era lo bastante fuerte para oponerse a ellos.

Si le pedía ayuda, lo matarían.

Los matarían a todos.

Dupree se encontraba en el umbral de la comisaría viendo caer la nieve. En Island Avenue ya no se veía un alma. Las tiendas habían cerrado pronto y Rudder y God Eats no abrirían. El ferry estaría a punto de llegar y, cuando lo hiciera, Thorson apagaría las luces del muelle y colgaría un cartel anunciando la suspensión del servicio. La nieve empezaba a cuajar en las aceras y la sombra de los copos que caían se veía agrandada por la luz de las farolas. No había tráfico en ningún punto de la isla. El riesgo de acabar en la cuneta o, peor aún, de caer a las aguas frías del mar era demasiado grande.

Oyó pasos a sus espaldas. Era Macy, que venía bien abrigada. Se había puesto otro jersey encima del uniforme y llevaba las manos doblemente calzadas con unos guantes de lana y otros de cuero que había tomado de la taquilla.

—Nada —dijo Dupree. Llevaba una hora intentando ponerse en contacto con Portland por radio, pero sólo había interferencias. Y, en la línea telefónica, el tono de llamada se había convertido en un zumbido continuo. Dupree se había acercado a la casa de Larry Amerling, detrás de la oficina de correos, pero tampoco su teléfono parecía funcionar bien. Era como si toda la isla fuera a quedarse incomunicada.

—¿Has ido al Asentamiento? —le preguntó Amerling cuando se iba.

—Sí, he ido.

—¿Y?

—Había mariposas nocturnas.

—¿Nada más?

Dupree dudó si contarle lo de las vibraciones del suelo y la inmensa cantidad de insectos que había visto, pero decidió no hacerlo. El cartero ya parecía bastante inquieto.

—Nada más, y después de esta nevada no creo que veamos muchas mariposas en la isla hasta el verano. Abrígate, Larry. Te llamo a la oficina mañana por la mañana.

Salió de la casa del cartero y cerró la puerta a sus espaldas. Al momento oyó que corrían los cerrojos.

Ahora vio que Macy, a su lado, marcaba un número en su teléfono móvil. En la pantalla apareció la imagen de un teléfono sonando, que indicaba que estaba intentando establecer la conexión, y luego volvió a verse la pantalla principal de Verizon. El icono correspondiente indicaba que la cobertura era prácticamente nula. Incluso la televisión de la sala de descanso se veía fatal.

—Habrá que estar preparados —dijo.

—Eso.

Ni siquiera la miró.

«Hora de relajarse», pensó Macy. «También yo puedo relajarme. Si al menos

cerraras la maldita puerta».

Macy se había pasado el día ocupada casi únicamente en asuntos rutinarios. Había habido una denuncia por allanamiento de morada que resultó no ser más que un marido borracho como una cuba que, avergonzado, había entrado por la ventana de la cocina la noche anterior, rompiendo platos y volcando el televisor portátil que tenían allí, tras lo cual se había acostado en la habitación de invitados, por miedo a despertar a su mujer, sin saber que ésta se había tomado tantos somníferos que dormirían a medio San Francisco en pleno terremoto. Cuando al final la mujer se levantó, vio el estropicio y llamó a la policía. Lo primero que el marido supo de todo aquello fue que Macy llamó a la puerta cuando él estaba en el baño vomitando. La mujer empezó a gritarle y a ponerlo de vuelta y media mientras él se sujetaba avergonzado la cabeza dolorida.

Macy los dejó solos.

Además de la feliz pareja, también había dado un aviso a los dueños de un escuálido perro bastardo que quería morder a los coches que pasaban, y había hablado con unos chavales que estaban fumando y bebiendo en el antiguo emplazamiento militar (escondieron las latas de cerveza entre la maleza, pero ni en broma iba ella a ponerse a hurgar con un palo entre la hierba en busca de un par de Miller High Lifes). Les tomó el nombre y les dijo que volvieran zumbando a sus casas. Una chica, vestida con una chaqueta de piel negra de motorista, unos pantalones militares, una camiseta de los Korn, y con un collar de perro con clavos, se quedó atrás.

—¿Va a decírselo a mis padres? —le preguntó a Macy. Según el carnet de conducir, la chica se llamaba Mandy Papkee.

—No lo sé. ¿Hay algún motivo por el que no deba decírselo?

—No estábamos haciendo nada malo. Sólo hemos venido a recordar a Wayne y a Sylvie.

Macy sabía lo del accidente ocurrido en la isla la semana anterior. Muchas de las personas a las que había conocido se habían referido a él, aunque sólo fuese para asegurarle que cosas como aquélla no ocurrían a menudo en Dutch. A veces, los más mayores decían «en Santuario», subrayando la naturaleza aparentemente dual de la isla.

—¿Los conocías?

—Aquí todo el mundo conoce a todo el mundo —respondió Mandy—. Jopé, claro, esto es una isla.

—¿Jopé? —repitió Macy con intención.

—Perdone —dijo Mandy—. Mire, le prometo que no volveremos por aquí... en mucho tiempo.

—¿Por qué?

—Porque este sitio da miedo. Hemos venido por una estúpida apuesta. No tendríamos que haber venido. No está bien.

—¿Por lo que les ha ocurrido a vuestros amigos?

—Puede.

Estaba claro que Mandy no quería decir nada más, pero miró alrededor como si Sylvie y Wayne fueran a salir de pronto llenos de sangre de entre los árboles a pedir una cerveza y una calada de porro.

—Mire, denos otra oportunidad, ¿vale?

Macy accedió.

—Vale —dijo, y Mandy volvió con sus compañeros a la carretera. De pronto algo revoloteó entre la hierba y se detuvo junto a su pie. Era una mariposa nocturna, gris y fea. Macy la espantó con el pie y el insecto se alejó volando. Se acercó al árbol contra el que se había empotrado el coche robado y vio el altarcito que habían erigido en memoria de los adolescentes muertos. No tocó nada. Cuando volvió al Explorer, Mandy y los otros chavales se habían ido.

Eso fue lo más interesante de la tarde. El resto del tiempo lo pasó dando vueltas por la isla, familiarizándose con las carreteras y caminos, hablando con la gente que iba a su trabajo diario. En alguna ocasión se puso en contacto con Dupree, pero le pareció distraído. Cuando empezó a oscurecer, volvió a la comisaría y ya no salió.

Subió a la pequeña cocina contigua a la sala de descanso, vertió en un cuenco de plástico sopa de pollo de una lata y lo metió en el microondas. Sacó un libro de su mochila, se tumbó en el sofá y empezó a leer. Tenía que matar el tiempo hasta que llegara el ferry.

En Sunset Road, Doug Newton fue a ver cómo estaba su madre. Respiraba muy levemente y tenía unas ojeras tan negras que parecía que tuviera los ojos morados. La tocó con el dorso de los dedos y la encontró fría, pese a que la calefacción estaba a tope. Doug fue al armario del recibidor y sacó otro edredón. Se lo echó a su madre por encima y se lo remetió por la barbilla, luego se acercó a la ventana y se quedó mirando el patio. Las luces de fuera estaban encendidas y podía verse cómo caía la nieve y las formas de los árboles, que iban trazándose a medida que los copos se posaban en ellos. Más allá sólo se veía oscuridad.

Doug comprobó el cierre de la ventana. Estaba bien cerrada, como lo estaban todas las ventanas de la casa. Recordó lo que creía que había visto: una niña en la ventana entreabierta de la habitación de su madre, intentando abrirla más con las manos. Al entrar Doug en la habitación, la niña se quedó mirándolo durante un segundo o dos y luego se retiró. Cuando él llegó a la ventana, ya no la vio. La niña tendría unos cinco o seis años y así se lo había dicho a Joe Dupree, pero cuando refirió esto último, la voz le tembló, dubitativa, porque si la niña tenía cuerpo de niña,

sus ojos parecían los de alguien mucho mayor, y tenía una boca rara, redondeada, como si fuera a dar un beso.

Lo curioso es que Joe Dupree, el viejo Joe Melancolía, no se había reído de él, ni lo había acusado de hacer perder el tiempo a la policía, como había hecho el otro agente, Tuttle. Joe le había dicho que hiciera lo que estaba haciendo: abrigar bien a su madre y cerrar con llave las ventanas y las puertas, por si acaso.

Por si acaso.

Doug volvió abajo, encendió la televisión e intentó ver un programa a través de una nevada peor que la de fuera.

En Church Road, Nancy y Linda Tooker estaban discutiendo por los perros. Habían dejado entrar en casa al collie y al pastor alemán a causa de la tormenta, pero ahora los perros no paraban de gemir. Nancy había abierto la puerta de la cocina por si querían salir, pero los animales, en vez de salir, se habían metido aún más en la casa, y ahora estaban en lo alto de la escalera, a oscuras, sin parar de gemir.

—Tú te empeñaste en que fueran de raza —dijo Nancy—. Estos animales se excitan muy fácilmente, te lo dije.

—¡Calla! —ordenó su hermana. Estaba tratando de conectarse a America Online, pero en vano. Al final el ordenador se quedó colgado y tuvo que desenchufarlo. Cuando intentó encenderlo, no se encendió.

—Nancy —dijo—, creo que he roto el ordenador.

Pero Nancy no la escuchaba. Estaba mirando por la ventana de la cocina unas formas grises que flotaban entre la nieve. Su hermana se acercó y juntas vieron en silencio cómo los insectos volaban entre los copos de nieve, sin que al parecer los molestara el viento que sacudía las ventanas y cerraba las puertas violentamente. Algunos chocaron contra el cristal y ellas pudieron ver con claridad las feas mariposas nocturnas.

Sin consultarse la una a la otra, las dos hermanas cerraron con llave todas las puertas, atrancaron las ventanas y se sentaron junto a los perros.

En su pequeño dormitorio, Carl Lubey se abrigó bien y se puso un par de botas Timberland de puntera de acero. El viento batía contra las ventanas que tableteaban furiosamente. El poco calor que había se fugaba por las innumerables grietas y huecos de la madera. El que tenía talento para las casas era Ron, no él. Él era mecánico, su hermano era el constructor, el mañoso. Ahora Ron estaba muerto y Carl tenía que bregar solo contra el viento, la lluvia y la nieve lo mejor que podía.

Cogió la Browning de la mesita de noche. Tenía una mierda de culata de plástico que se suponía que debía parecer de madera, y a veces el cierre del cargador se



atascaba, pero Carl no era quisquilloso. No creía que fuera a tener motivos para usarla. No si los visitantes le echaban una mano. Si las cosas salían como debían, esa noche su hermano dormiría satisfecho en su tumba.

En el corazón de la isla, cerca del Asentamiento, había movimiento entre los árboles y debajo de la tierra. Pese al fuerte viento que soplaba del oeste, los arbustos se inclinaban hacia el este y del suelo se levantaban remolinos de nieve que adoptaban formas casi humanas antes de disolverse y caer de nuevo suavemente al suelo. Visto desde arriba, era como si de la tierra brotara una luz gris, o un humo sucio y leve que no dejaba marcas en la nieve.

Y el viento sonaba como voces, voces de júbilo.

Desde su posición estratégica del segundo piso, Macy vio el ferry entrando en el puerto. Llegaba tarde a causa del mal tiempo y porque Thorson se resistía a pasar de una velocidad mayor de dos cifras. La tenue estela de humo apenas se veía entre la copiosa nieve, y eso que Thorson había iluminado tanto el barco que parecía un árbol de Navidad. Casi hería la vista mirarlo.

—Está llegando el ferry —le dijo a Dupree.

Éste estaba despachando papeleo en la reducida oficina. Las puertas exteriores se hallaban ahora bien cerradas y la calefacción había caldeado el ambiente al punto de permitirle quitarse la chaqueta.

—No tienes por qué ir —dijo—. Estoy seguro de que me toca.

—Bah, ya estoy vestida. Además, así hago algo.

—Gracias —dijo él, y volvió a sus informes.

Cuando Macy salió, el viento la hizo oscilar. Había arreciado y la nieve le azotaba directamente en la cara. Quitó el protector del parabrisas y lo echó en el asiento del pasajero, arrancó y se dirigió al puerto, donde aparcó junto a la parada del ferry. Las cadenas de las ruedas hacían un ruido de carraca y la quitanieves que Dupree y ella habían instalado en el morro del coche golpeteaba contra la rejilla del radiador.

Del ferry se apearon unos cuantos pasajeros, todos, al parecer, residentes, que corrieron a sus coches o se subieron a los de los amigos y familiares que habían ido a recogerlos. Cuando se fueron, Macy reparó en otra embarcación más pequeña que entraba en el puerto. El taxi acuático amarró y una mujer con aire apresurado se apeó ayudada por el barquero. Pareció que se entablaba una discusión, y estaba a punto de intervenir cuando el taxista dio media vuelta bruscamente, soltó amarras y zarpó. La mujer aún se detuvo un momento a hablar con Thorson, que se asomó por la cabina, y luego siguió su camino.

La mujer vaciló un momento, al parecer sorprendida de ver el Explorer, y luego se dirigió a su coche, que tenía aparcado cuesta arriba. Macy la siguió y paró a su lado mientras sacaba las llaves del coche.

—¿Todo bien, señora?

—Sí, gracias, muy bien. Es que llego tarde a recoger a mi hijo. Estará preocupado.

Macy sonrió, como si entendiera perfectamente lo que significaba tener a un hijo

esperándola, pero la mujer ya no la miraba a ella, sino que escrutaba el mar por encima de su hombro. Macy miró por el retrovisor, pero el único barco que se veía era el ferry. El taxi acuático había desaparecido entre la nieve.

—¿Puedo preguntarle cómo se llama, señora?

La mujer se estremeció como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—Marianne Elliot —contestó—. Me llamo Marianne Elliot.

—¿Tenía algún problema con el taxista?

—No nos poníamos de acuerdo sobre el precio de la carrera. Al final me ha salido un poco caro, pero la noche es mala. He perdido el ferry y ha sido muy amable trayéndome.

Macy estudió la cara de la mujer, pero no vio motivos para dudar de su historia. Soltó una palmada en el techo del coche y dio marcha atrás.

—Bien, señora Elliot, tenga cuidado en la carretera. Sé que lleva prisa, pero querrá llegar junto a su hijo sana y salva, ¿no?

Por primera vez, la mujer pareció reparar realmente en ella.

—Sí —contestó—, más que nada en el mundo.

Thorson estaba tomando café en la cabina del ferry cuando Macy subió a bordo.

El capitán le ofreció el termo y una taza, pero ella rehusó.

—No hará más travesías, ¿verdad? —preguntó Macy. Dupree le había dicho que preguntara, aunque estaba seguro de que Thorson no zarparía de nuevo.

Thorson se quedó mirando la noche. Tenía aspecto de capitán de ferry, pensó Macy: barba blanca, mejillas coloradas, chubasquero amarillo. Era, según Dupree, un buen capitán; en su larga carrera no había tenido ningún accidente. Y era porque respetaba mucho el mar.

—¿Bromea usted? La gente de Casco Bay se recogió a las siete. Dentro de una hora no habrá un solo barco en el mar. En cuanto me termine el café, me voy a casa y no hago nada más hasta mañana.

—Ya, sólo quería asegurarme. Diga, ¿conoce al capitán del taxi que acaba de irse?

—Sí, es Ed Oldfield. Me ha sorprendido verlo tan lejos en una noche como ésta.

—¿Le ha dicho algo de la mujer a la que traía?

—¿Marianne? No, sólo que al parecer quería que la esperara para llevarla de vuelta a Portland. Y no pensaba hacerlo. Si espera más, se queda aquí atrapado toda la noche, y tiene familia aguardándolo en Chebeague.

Macy le dio las gracias y volvió al Explorer, y regresó a la comisaría por el centro. Dupree seguía sentado a su mesa, tecleando penosamente en un ordenador que parecía una antigualla, con cuidado de no pulsar con sus dedazos dos teclas al mismo tiempo. Cuando Macy entró, sacudiéndose la nieve de la chaqueta, se quedó

mirándola.

—¿Algo extraño?

—Unos cuantos residentes y un taxi acuático. Con una única pasajera a bordo, que dice llamarse Marianne Elliot. —A Macy no se le escapó la cara que puso Dupree—. ¿La conoces?

—Sí —dijo.

¿Estaba poniéndose rojo?, se preguntó ella.

—Es una amiga.

—Llevaba mucha prisa. Dice que llegaba tarde para recoger a su hijo. Thorson creía que quería volver al continente esta noche.

Dupree frunció el ceño.

—Nadie va a volver a Portland esta noche. A lo mejor me paso luego por su casa, a ver si está bien.

Macy no pudo evitar enarcar una ceja.

—¿Qué? —dijo Dupree.

—Nada —contestó Macy, tratando de no parecer maliciosa—. Nada como una policía activa y comprometida.

—Eso. —Parecía dudoso—. Hablando de comprometida y activa, ¿te importaría salir de ronda?

Dupree estaba ahora preocupado por Marianne. No entendía por qué quería volver al continente aquella misma noche. Algo sucedía. Iría con su jeep a verla en cuanto terminara con el papeleo.

—Ningún problema, pero la nevada arrecia y el viento sopla cada vez más fuerte. Pronto habrá una buena capa de nieve.

—No quiero que recorras toda la isla con este tiempo. Larry Amerling me ha dicho que habéis ido a la atalaya grande. ¿Crees que podrías volver?

—Es bastante fácil: tuerzo a la derecha en Division y luego sigo todo derecho.

—Eso es. Me ha contado también que os habéis encontrado con Carl Lubey.

—Un hombre encantador. Y aún soltero. Un soltero de oro.

—Sí, de oro de pacotilla. ¿Podrías pasarte por su casa? —Se la señaló en el mapa de la pared—. Es como un basurero, no tiene pérdida ni aun con este tiempo. Un par de coches oxidados en la entrada y una antena parabólica en el patio. Anoche tuve que echarlo del bar, a él y a un golfo del continente llamado Terry Scarfe. Según Thorson, Terry no ha venido hoy, pero sigue sin gustarme la idea de que él y Lubey pasaran el rato juntos.

Macy se cerró la cremallera de la chaqueta y se dispuso a irse, pero Dupree la detuvo.

—Supongo que ya lo sabes, pero Carl Lubey es hermano de un hombre al que disparé. Lo maté. Carl es un degenerado, pero si está solo es inofensivo. Si fuera yo,

se pondría furioso y tendría que traérmelo, y entonces lo tendríamos esposado a la silla apestándonos la comisaría toda la noche. Odio tener que hacerte esto tu primera noche, pero me tranquilizará saber que Carl Lubey está bien metidito en la cama. La carretera debe de estar practicable porque los árboles la protegen, pero si tienes algún problema, vuélvete enseguida, ¿me oyes?

Macy le dijo que así lo haría. Secretamente, se alegraba de salir de la comisaría. La televisión no se veía bien y era posible que tuviera que quedarse encerrada allí toda la noche. Una última salida le permitiría matar el tiempo y le quedarían más páginas del libro por leer. Condujo con cuidado por Island Avenue hasta que dejó atrás las farolas; entonces puso las largas y siguió la costa en dirección a Division.

Carl Lubey no estaba metido tranquilamente en su cama, aunque empezaba a desear estarlo. Cosa curiosa, en aquel momento pensaba en Macy, igual que Macy pensaba en él, porque estaba mirándole las entrañas a la furgoneta, que se negaba a arrancar.

La poli lo había avisado. Le había dicho que había visto la furgoneta echando humo, pero él no le había hecho caso.

Hija de puta.

Había ido perfectamente todo el día, y ahora, justo cuando más la necesitaba, el motor se calaba con un chasquido. La batería era nueva, por lo que no podía ser la batería. En el garaje, con una lámpara colgada del capó, Carl echó mano de un trapo y se limpió la grasa de las manos. Podía ser el estárter, pero repararlo llevaría tiempo y él no disponía de tiempo. Había quedado con aquella gente, y si Scarfe decía la verdad, a esa gente no le gustaba esperar. Tampoco quería que esperaran. Cuanto antes hicieran lo que querían, antes conseguiría él lo que quería, que era ver a un policía grande muerto.

Carl era un cobarde. Sabía que era un cobarde, aunque a veces, cuando iba bebido, se dijera complacido que en realidad era listo y que los hombres como él, más pequeños y débiles que los demás, tenían que buscarse otras formas de devolver el golpe que recibían. Si eso significaba dar una puñalada por la espalda, pues la daba. Que no le hubieran buscado las cosquillas y así no tendrían que guardarse las espaldas.

Su hermano era diferente. Era fuerte y duro y..., sí, quizás un poco mezquino, pero todo un hombre, que había defendido a su hermano pequeño una y otra vez.

Y como Ron lo había defendido a él, un día él tuvo ocasión de defender a Ron.

Carl recordaba aquella ocasión. Habían estado bebiendo en Portland y Ron se marchó con una mujer a la que se había ligado en Three Dollar Dewey's y que parecía conocerlo. Según Ron, se llamaba Jeanne Aiello y ya era toda una mujer. Generaciones de Aiello habían vivido en Dutch hasta que sus padres se cansaron de

vivir aislados y se marcharon en busca de lugares más «civilizados». Ahora la pequeña Jeanne había vuelto a Maine y trabajaba en una de esas tiendas para turistas del Puerto Antiguo, y parecía alegrarse mucho de reencontrarse con Ron.

Carl los dejó solos, y como seguía teniendo sed y la cerveza le había dado apetito, se montó en un taxi y se fue al Great Lost Bear de Forest Avenue, donde se pidió una enorme ración de alitas de pollo. No era su bar favorito, por el hecho de que los policías de Portland iban allí a beber, pero tenía hambre y el local servía comida hasta tarde. Había dado cuenta de la mitad de las alitas cuando sonó el móvil y oyó la voz de su hermano. Ron no estaba asustado ni inquieto. Le dijo que tomara un taxi y se dirigiera a Wyndham, y eso hizo Carl, que se apeó, según las instrucciones de su hermano, a unos seiscientos metros antes de llegar a la dirección que le había dado. Ron estaba esperándolo en la puerta de la casa y, al verlo, le hizo señas de que se diera prisa. Tenía unos cortes en la cara y parecía que hubiera estado llorando.

La mujer estaba tirada en el suelo del baño y tenía la cara destrozada. El espejo del lavabo estaba roto y la mujer tenía clavado un gran fragmento en el ojo. Otros trozos más pequeños se le habían incrustado en las mejillas y en la frente. Carl miró las manos de su hermano y vio que se le habían quedado cabellos de la mujer entre las uñas.

—Se me ha ido de las manos, tío —dijo Ron—. No sé qué me ha pasado. Me traje aquí y estábamos bebiendo y riendo. Luego nos fuimos para la habitación y cuando intenté tirármela me rechazó y me llamó animal. Nos peleamos, ella corrió al baño, yo empecé a darle contra la pared y no pude parar. —Rompió a llorar—. No pude parar, Carl. No pude.

Carl estuvo genial. Le dijo a su hermano que fuera a buscar guantes de goma y productos de limpieza, lo que sirviera para adecentar todo aquello. Y mientras Ron limpiaba, Carl envolvió a la mujer primero en sábanas y luego en bolsas de basura negras, y la ciñó bien prietamente con cinta aislante. Lo limpiaron todo hasta que dejaron la casa más limpia de lo que nunca había estado, luego llenaron una maleta con ropa, cosméticos y toda la bisutería que encontraron. Con el espejo roto no podían hacer mucho, y por eso Carl quitó los últimos cristales del marco, cogió un espejo de aumento que había en el dormitorio y lo llevó al cuarto de baño, para que quien lo viera pensara que Jeanne había roto el espejo del baño y estaba usando aquél hasta que repusiera el otro. Colocaron la maleta y el cuerpo en el maletero del coche de ella y fueron en él hasta donde tenían amarrado el barco. Cargaron a Jeanne en la cabina y la cubrieron con una lona. Luego Carl aparcó el coche en India Street y regresó a pie. Cuando estuvieron a media hora de la costa, ataron al cuerpo la vieja caja de herramientas de Carl, que llevaba allí para casos de emergencia, y lo arrojaron por la borda. El cadáver se hundió y nadie volvió a verlo. Quedó oculto a los ojos del mundo; sólo lo observó el fantasma de un niño que moraba allí abajo.

Dos días después los padres de Jeanne Aiello denunciaron su desaparición, pero para entonces ya habían encontrado el coche. La policía sospechaba algo, quizá porque Carl y Ron se habían pasado con la limpieza y los agentes se preguntaban por qué una mujer que pensaba marcharse sin decirle a nadie adónde dejaría la casa tan limpia antes de irse. Pero no apareció ningún cadáver y la descripción del hombre con quien había salido del bar era tan vaga que podía ajustarse a la mitad de los hombres de Portland. Parecía que Carl y Ron se habían salido con la suya.

Pero la tranquilidad no duró mucho. Carl veía con gran pesar el deterioro de su hermano. Éste dejó de trabajar, empezó a beber más y a decir tonterías sobre el bosque. Esto es lo que más asustaba a Carl: lo que contaba del bosque. Su hermano pasaba cada vez más tiempo en él. Le gustaba cazar ciervos y, antes de la matanza controlada de 1999, la isla estaba casi invadida por ellos. Nadie se oponía demasiado a que la gente los matara y llenara los frigoríficos con su carne, aunque no había frigorífico lo bastante grande para almacenar toda la carne que Ron cazaba en el bosque. Pero ahora también había dejado de cazar. Simplemente se adentraba en el bosque con un par de paquetes de cerveza o una botella de whisky y, cuando volvía, lo hacía sosteniendo conversaciones que habían empezado mucho tiempo atrás y eran la continuación de alguna discusión inacabada.

—No, te digo que yo no lo hice. No soy culpable. No, no, no. Y ahora déjame tranquilo, ¿me oyes?

También había dejado de afeitarse y de peinarse, porque para eso tenía que mirarse al espejo, y a Ron no le gustaba mirarse en el espejo, porque la suya no era la única cara que veía reflejada.

La noche en que Ron murió, Carl lo dejó solo porque había quedado con algunas personas en el Rudder. Parecía bastante lúcido, más al menos de lo que lo había estado en los últimos meses.

—Eh, hermanito —le dijo Ron, cuando Carl se dirigía a la puerta. Ron estaba arrellanado en una poltrona mirando el fuego—. He estado pensando. Aquella noche con la mujer te obligué a hacer una cosa mala. No tendría que haberte implicado.

—Eres mi hermano —dijo Carl—. Haría lo que fuera por ti.

—Van a hacerme pagar por esto —dijo Ron—. Tendré que pagar por lo que he hecho. Hay límites que uno no puede cruzar. No lo toleran y te hacen pagar por ello.

—¿Quiénes? ¿Quiénes te hacen pagar por ello?

Pero Ron no pareció oírlo.

—Pero supongo que si la pagan conmigo se conformarán. A lo mejor no quieren más y a ti te dejan en paz.

Pero cuando Carl le pidió que se lo explicara, Ron se quedó dormido, de lo borracho que estaba.

Recordaba haberse sentado a una mesa en el Rudder, y que no bebió apenas,

porque las palabras de su hermano lo habían trastornado. De pronto oyó el helicóptero que se acercaba y alguien entró diciendo que le habían disparado a Snowman, el poli del estúpido mote, y que...

Y ese alguien se quedó mirando a Carl, y Carl supo lo que había ocurrido.

Luego le contaron que su hermano había estado disparando contra las casas de los vecinos y que estaba furioso por no se sabe qué disputa sobre los límites, pero Carl nunca se creyó esa versión. Ron no disparaba contra las casas cuando murió y los límites a los que se refería nada tenían que ver con lindes y céspedes. Disparaba a los seres que él se imaginaba que le hablaban en el bosque, y había muerto por violar los límites de esos seres. Eran desvaríos, por supuesto. La mente de Ron había sucumbido al peso de la culpabilidad. Pero desde entonces Carl no se había adentrado en los bosques que rodeaban su casa, y siempre iba por las carreteras y caminos principales. Lo que atormentaba a su hermano bien podía ser únicamente imaginaciones suyas, pero Carl recordaba un incidente ocurrido hacía un par de semanas, poco después del cuarto aniversario de la muerte de Ron: ese día estaba en el patio cargando provisiones en la furgoneta cuando, al mirar hacia el bosque, vio a alguien que lo observaba entre los árboles. Sin embargo, no se asustó. Dejó las bolsas de papel en el suelo, sin apartar los ojos de la figura del bosque, y sacó la escopeta de la funda que llevaba en la parte trasera de la furgoneta. La cargó protegido por la furgoneta y echó a andar hacia los árboles.

La figura iba vestida de gris y parecía brillar.

—¿Quién eres? —le preguntó Carl acercándose.

Y de repente la figura explotó, y trozos de ella salieron disparados en todas direcciones, hacia los árboles, hacia la hierba.

Y hacia él.

Carl volvió la cara y se protegió con el brazo. Notó que lo golpeaban cosas y que se movían. Cuando al final bajó el brazo, no vio más que oscuridad y árboles, pero algo había quedado atrapado entre los pliegues de su abrigo. Se agitaba y batía contra él, hasta que al final la dejó libre y salió volando.

Era una mariposa nocturna, gris. De algún modo, Carl había espantado aquel enjambre en el bosque. Era la única explicación que pudo encontrar, aunque, de vuelta a la furgoneta, recordaba la forma que, en cierta manera, aquel enjambre había adoptado: la silueta de una mujer.

Aquello fue todo. Joe Dupree, el policía monstruo, había matado a su hermano y ahora iba a pagar por lo que había hecho. Con tal de vengarse, Carl estaba dispuesto a adentrarse en el bosque. Después de todo, no estaría solo.

Miró el reloj, resopló irritado y siguió lidiando con el motor de la furgoneta.

El primer barco, pilotado por Scarfe, atracó en Cray Cove poco antes de las



nueve. La cortina de nieve apenas dejaba ver la isla, pero Scarfe sabía lo que hacía. De no haber sido por él, habrían chocado contra los arrecifes y se habrían ahogado antes de ver tierra siquiera.

La nevada, se decía Moloch, tenía sus ventajas y sus inconvenientes: por una parte mantendría a la gente recogida en sus casas, lo que les permitiría a ellos moverse con más tranquilidad; pero por otra corrían el riesgo de que alguno se separara y se perdiera. Y, si alguien los descubría, se verían en apuros para explicar qué hacían a la intemperie.

Pero en cuanto pisó la isla, los temores de Moloch se disiparon. A su mente acudieron imágenes, visiones de sueños, pensamientos extraños. Vio sendas que los otros no veían, recordó nombres de árboles y de plantas. Una gran oleada de conocimiento lo embargó.

*Conozco este lugar.*

*Lo conozco.*

Moloch hizo señas a Dexter, Powell, Shepherd y Scarfe de que lo siguieran. Tell no dijo nada. Willard lo observaba en silencio.

—Vosotros quedaos aquí de momento —les dijo Moloch a estos últimos—. Vigilad el barco. Cuando volvamos, habrá que irse rápido.

Y se marcharon desvaneciéndose en la creciente blancura.

En el taxi acuático acababan de ver aparecer la isla cuando Leonie se acercó al taxista. La travesía había sido dura, y ella y Braun iban mojados, tenían frío y llevaban la cabeza y los hombros cubiertos de nieve.

—¿Cómo sabes el camino para entrar desde aquí? —le preguntó Leonie.

El taxista se encogió de hombros.

—Lo peor ha pasado. Esto es fácil. Un niño podría hacerlo. La verdad es que podría atracar donde quisiera. El puerto es tan buen lugar como cualquier otro.

Sonrió y ella hizo lo mismo. Era una mujer guapa. Daba gusto ver a una pareja de distinta raza bien avenida, pensó el taxista. Miró hacia el pequeño aparcamiento de la parada, esperando ver el Explorer de la policía, pero el vehículo no estaba. No tenía por qué estar allí, supuso, ahora que el ferry de Thorson ya había amarrado.

—Si estáis buscando alojamiento, el motel está por ahí —dijo señalando hacia la derecha. El motel tenía cuatro habitaciones, y por detrás daba a una pendiente que bajaba hasta una pequeña cala de roca que daba su nombre a la ciudad—. Si no hay nadie, id al bar. El dueño es el mismo. Jeb Burris. Él vive justo detrás.

Leonie le dio las gracias y añadió:

—Parece tranquilo.

—Sí, parece que no viva nadie.

Leonie se apartó unos pasos, le apuntó a la cabeza con la pistola con silenciador y

disparó.

Willard vio marcharse al grupo de hombres. Cray Cove era una pequeña cala con un embarcadero de rocas que sobresalían un poco de la orilla. Era un paraje recóndito y no se veían luces en la costa. De la playa rocosa subía un sendero hasta la carretera, que ahora sólo se adivinaba por las luces oscilantes de las linternas de sus compañeros, cuesta arriba.

Durante la travesía, Moloch se le había sentado al lado y le había dicho que no los acompañaría.

—No confías en mí —dijo Willard.

Moloch puso la mano en el hombro del joven.

—Es que me preocupo por ti, nada más. Quizá te has esforzado demasiado esta última semana. Quiero que aflojes un poco, que te tomes un respiro. En cuanto a confiar, en quien no confío es en Tell. Es la primera vez que trabajamos con él. Si las cosas se complican e intenta escapar sin nosotros, quiero que te encargues de él, ¿de acuerdo?

Willard asintió. Moloch se despidió y volvió al timón.

Willard quería creerlo. Quería creer en Moloch, desesperadamente. Y podría haber desechado sus dudas si no fuera por Dexter. Cuando éste desembarcó, se volvió a mirarlo y Willard entendió que, por lo que a Dexter respectaba, era la última vez que se veían.

Incluso Dexter le sonrió otra vez.

Los cinco hombres avanzaban despacio por el sendero, resbalando en la nieve recién caída, tropezándose unos con otros. Dexter llegó arriba el primero, seguido de cerca por Powell. Moloch, Shepherd y Scarfe iban detrás, a cierta distancia.

Fue Dexter también el primero en divisar al hombre. Estaba en la puerta de una pequeña torre de tres plantas con troneras, y con la mano enguantada se protegía los ojos para ver mejor las luces de los hombres que se acercaban. La primera impresión de Dexter fue que el hombre le ponía cara de burla, pero enseguida vio que tenía los labios carnosos, unos ojos llenos de curiosidad, la mandíbula levemente caída.

—Tenemos problemas —dijo Dexter.

A Richie Claessen le gustaba la nieve más que nada en el mundo. Pensó en despertar a Danny y decirle que lo acompañara, pero luego se lo pensó mejor. Danny era un niño y no conocía el bosque como lo conocía él. Se vistió, pues, en silencio, se puso las botas, su grueso abrigo, su gorro y los guantes, y salió. No le dijo nada a su

madre. Ésta estaba durmiendo delante del televisor y no quiso despertarla. Además, le habría dicho que no, y él no quería que le dijera que no. Él quería ver la isla nevada, pero en vez de ir directamente a campo traviesa, siguió la carretera hasta que llegó a la costa.

A Richie no solía darle miedo el bosque, y él era, aunque nunca lo diría en estos términos, muy sensible al peligro, circunstancia que se debía a su condición y a que lo había salvado en ciertas ocasiones del daño que podían hacerle los chicos mayores, o aquel día en que fue a Portland con su madre y un hombre viejo intentó llevárselo a un callejón prometiéndole que le enseñaría unos viejos tebeos. Él se olió la amenaza que el anciano representaba, un olor acre a humores rancios y a ropa sucia, y echó a caminar con la cabeza gacha, arrimado a la pared, mirando de reojo por si el hombre lo seguía.

Pero el bosque era diferente. Era seguro. En el bosque había una presencia que a él no le parecía temible. El bosque seguía oliendo a lo que huele un bosque, a pino, a hojas secas, a excrementos de animal, pero había una paz, una vigilancia, que lo hacía sentirse a salvo, como si un ser más fuerte y mayor que él velara por su persona, como había velado el señor Arbinot en la guardería antes de que lo separaran de sus compañeros y lo metieran en una escuela especial de Portland. A él le gustaba aquella escuela. Allí hizo los primeros amigos de verdad. Incluso besó a una chica, Abbie, y recordaba los sentimientos que ella le había inspirado, y cómo casi se escabulló para que no vieran su creciente turbación.

Pero últimamente el bosque había cambiado. Richie ya había visto algunas veces al niño, uno que estaba en la orilla del agua contemplando el mar, uno que no dejaba huellas en la arena. Richie lo había llamado, le había hecho señas, pero el niño nunca se daba la vuelta, y al final dejó de intentar hablar con él. A veces veía al niño en el bosque, pero casi siempre estaba en la orilla del mar, observando cómo rompían las olas. Richie no le tenía miedo. El niño estaba muerto. Es que no quería dejar la isla y Richie podía entenderlo. Tampoco él quería dejar la isla.

A quien sí tenía miedo era a la chica de gris. Sólo la había visto dos o tres veces, suspendida en el aire, sin tocar el suelo con los pies, con unos ojos que parecían escarabajos negros que se le hubieran metido por la cabeza y hubieran anidado en sus cuencas, pero le tenía tanto miedo que se había orinado en los pantalones. La chica de gris estaba enfadada, enfadada con todos los que vivían porque ella también quería estar viva. El niño esperaba algo, pero la niña de gris no quería esperar. Lo quería ya. Por eso Richie había dejado de ir al Asentamiento, donde el bosque era más denso, y a la torre grande del centro de la isla. Antes le gustaba mucho ir a la gran torre. Desde lo alto tenía una panorámica de kilómetros y kilómetros y el viento le agitaba el pelo y podía notar el sabor del mar en la lengua cuando abría la boca. Pero ahora la torre era la casa de la niña de gris. Joe Dupree solía pasarse por allí a inspeccionar y se

aseguraba de que la puerta estuviera bien cerrada con candado, pero a la niña de gris esto no le gustaba y siempre conseguía abrirla. La niña de gris quería que la puerta estuviera abierta porque así podía entrar la gente.

Y si la gente entraba y no tenía mucho cuidado, podían ponerse a jugar con ella.

Ella era la peor, pero había más como ella, y los alrededores de la torre y de la cruz eran de ellos. Ir allí era como ponerse delante de un tren. El tren no quiere arrollarnos, no tiene intención de hacernos daño, pero si nos cruzamos en su camino nos matará, porque se dirige a toda velocidad a su destino. Eso era ahora el bosque para Richie: un túnel oscuro por donde pasaba un tren que destrozaría todo lo que se le pusiera por delante.

Pero la costa seguía siendo segura y había árboles bajo los cuales podía guarecerse, excepto aquella noche, en que nevaba más copiosamente que nunca y el viento soplaba con fuerza y le metía la nieve en los ojos. Había buscado cobijo en una de las antiguas torres, una pequeña que había junto a la carretera, resuelto a esperar allí a que pasara la tormenta. Pero entonces había llegado el barco. Apenas pudo verlo bien hasta que estuvo cerca de la costa, pero sí oyó a los hombres desembarcando.

Y de pronto tuvo miedo.

Quería irse a casa.

Salía de la torre cuando apareció el hombre de color y lo vio.

La voz de Tell devolvió a Willard a la realidad. Había dejado de ver a Moloch y a los otros, porque ya habían subido la cuesta, pero pensaba que aún podría atisbar la luz de las linternas entre la nieve. Le dolía en el vientre y le daban ganas de hacerse un ovillo como un recién nacido. Los ojos le escocían y notó que le resbalaban lágrimas por las mejillas.

—Digo que si guardamos esto.

Tell estaba pasándole unos chalecos salvavidas y Willard se enjugó rápidamente las lágrimas. Le señaló un arcón que había en la popa del barco.

—Ahí.

Willard tomó los chalecos salvavidas y se arrodilló para guardarlos. Oyó detrás a Tell buscando en su mochila y luego notó que se le acercaba. Miró por encima del hombro y vio el cañón de la pistola. La pistola de Tell, una Colt 45, seguía en su cinto. La que empuñaba era una de calibre 22 y un solo disparo, con un enorme silenciador.

«No hagas ruido», habían sido las instrucciones que le dio Moloch a Tell. «No hagas ruido y que no sufra».

—Eres un loco cabrón, ¿lo sabías? —dijo Tell—. Nos pones a todos los pelos de punta.

Apretó el gatillo y Willard no pestañeó.

—Es tonto —dijo Dexter.

Powell lo miró.

—¿Qué dices?

—Que el chaval es tonto —repitió Dexter—. Subnormal.

Richie seguía al otro lado de la carretera, sin moverse. Powell aguzó la vista y vio la cara del hombre, aunque ahora que se fijaba parecía más joven, más un niño que un adulto. Pero Dexter tenía razón. El niño o el chico, o lo que diablos fuera, era subnormal.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Powell.

—Llevarlo al barco y decirle a Tell que lo tenga vigilado hasta que volvamos, y luego soltarlo, supongo —dijo Scarfe.

Oyó un frufrú detrás y se volvió. Era Moloch, que subía el último trecho de pendiente agarrándose a un pino joven.

Moloch miró a Richie y Richie lo miró a él.

—Hombres malos —dijo Richie.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Powell.

El chico echó a andar deprisa, pero los otros podían oír que iba murmurando.

—Me ha reconocido —dijo Moloch.

—¿Cómo coño va a reconocerte? Dex dice que es tonto.

—No sé cómo. Por la tele, quizá. Detenedlo.

Dexter y Powell salieron tras él, pero allí, en la carretera, en terreno abierto, la nieve era más espesa y avanzaban a trompicones y resbalando.

—¡Eh, espera! —exclamó Dexter, pero Richie seguía caminando con la cabeza gacha y una expresión resuelta. Era la cara que ponía cuando los otros niños se metían con él o querían enseñarle fotos de tías desnudas.

Era la cara que ponía cuando tenía miedo y no quería gritar.

—Hombres malos —murmuraba para sí—. Hombres malos, hombres malos, hombres malos.

A sus espaldas, oyó cómo el hombre de color se caía y soltaba una maldición.

Richie echó a correr.

El pánico empezaba a adueñarse de Carl Lubey. Lo había intentado todo y el camión seguía sin dar señales de vida. Como último recurso, decidió cambiar la batería. Estaba cogiendo la de repuesto del fondo del garaje cuando la radio del camión se encendió sola y se oyeron los últimos compases de «Freebird». La radio siempre estaba sintonizada en la emisora de aficionados local que transmitía Dickie

Norcross desde su ático, aunque sólo emitía de dos a seis de la tarde, y ya hacía rato que Dickie había dicho adiós a la audiencia.

—Y ésta para todos los que en la isla están preparándose para pasar una dura noche —dijo la voz del pinchadiscos.

A Richie le sonó extrañamente familiar. No era la de Dickie Norcross, eso seguro. Dickie tenía una voz aguda y sólo hablaba en *off* para desear feliz cumpleaños o dar pésames. Aquélla era una voz de mujer.

—Y sobre todo para Carlie Lubey, que está perdido en medio del oscuro bosque y tiene problemas con su camión, ¿verdad, Carlie? —La voz sonaba distorsionada, como si la mujer acabara de acercar la boca al micrófono—. Ésta es para ti, Carlie —dijo la voz, y se oyeron los primeros compases de «Freebird». «Freebird»: la canción favorita de su hermano.

—De nuevo «Freebird», para toda la noche —siguió diciendo la pinchadiscos, y Carl reconoció la voz, la recordó de aquella noche en Puerto Antiguo en que su hermano se inclinaba hacia la pequeña Jeanne Aiello y juntos cantaban al son de una canción de rock sureño que sonaba en la máquina de discos.

Carl Lubey agarró una palanca y destrozó la radio de un golpe, mandando la voz de la mujer muerta a la nada de la que había salido.

—¡Mierda! —exclamó Dexter.

El subnormal se alejaba de su vista. Incluso con su ropa invernal de color naranja chillón, pronto se perdería en la nieve. Ya era poco más que una mancha entre los copos que caían, pero por alguna razón no entraba en el bosque. Al contrario, Dexter podía ver su silueta recortada contra el borde del acantilado a unos diez o doce metros del mar, corriendo de un modo raro y torpe, con los codos pegados al cuerpo.

Dexter sacó el arco de la mochila y colocó una flecha Beman Camo Hunter en la cuerda. Tenía la cabeza triangular, con tres filos que salían del centro.

—¿Qué vas a hacer?

Dexter notó que Scarfe le tiraba del brazo, lo que le impidió sentir el frío de la flecha en la mejilla.

—Quítame la mano de encima, tío.

—Es subnormal. No es un peligro para nosotros.

—Digo que quites la mano.

—Haz lo que te dice. —Era Moloch.

Scarfe dejó la mano en el brazo de Dexter un segundo o dos más y luego la retiró. Dexter apuntó y disparó.

Richie ya no oía a los hombres que lo perseguían. A lo mejor estaba salvado. A lo

mejor dejaban que se fuera. Pensó en su madre y empezó a llorar. Su madre le decía muchas veces que ya no era un niño, que era un hombre y que los hombres no lloran, pero él tenía miedo y quería estar en su casa, en la cama. Quería estar durmiendo. Quería...

Richie notó un impacto en la espalda, como si una gran mano le hubiera dado un fuerte empujón, y un dolor punzante le atravesó el cuerpo y le salió por el pecho. Tambaleándose, se miró. Con los dedos tocaba los filos tratando de verificar lo que veía.

Era una flecha. Que se le había clavado. Que lo traspasaba. Que dolía.

Richie dio una voltereta de puntillas y cayó por el acantilado al mar, que lo esperaba. Así se cerró el círculo, y ahora todo empezaría como había empezado una vez, hacía muchos años, con la pérdida de un niño y la llegada de unos hombres a la isla. La larga espera de Santuario había acabado. Era el principio y el fin.

Y en toda la isla se apagaron las luces, y la electricidad se fue, y Santuario quedó sumida en la oscuridad.

Carl Lubey tiró la cerveza de la mesa coja que tenía junto a la poltrona y maldijo la oscuridad. La tele, que siempre estaba encendida, aún difundió un débil resplandor, que enseguida se extinguió. Las gruesas cortinas de las ventanas estaban todas corridas, como las tenía siempre, porque no le gustaba que nadie fisgoneara en sus cosas. Arrastrando los pies por la alfombra, se desolló la espinilla contra la mesa, tropezó con un cable y a punto estuvo de caer de bruces, hasta que con la mano derecha encontró el interruptor de la pared y lo pulsó varias veces en vano. Nada. No es que esperase que ocurriera algo, pero Carl era en el fondo un optimista y prefería pensar que a veces la mejor solución es la más fácil. Para otros, sobre todo para quienes habían cometido el error de encargarle reparar las paredes o pavimentar las entradas de sus casas, Carl era un gandul y un chapucero. Él prefería considerarse un «optimista», que sonaba mejor.

Carlie había entrado un momento a servirse un buen trago y entonces se había ido la luz. El incidente de la radio lo había asustado, pero cuanto más pensaba en él, más se convencía de que era algún gilipollas de la isla que quería darle por culo. No sabía quién podía ser ni cómo lo había hecho, pero era la única explicación que se le ocurría. Ahora, perdido y desorientado en su propia casa, prometió vengarse de quienquiera que fuera.

En la cocina encontró una linterna, pero con las pilas gastadas. Rebuscó en los cajones hasta que encontró un paquete de velas y una caja de cerillas. Encendió una vela y la introdujo por el cuello de una botella de cerveza vacía para que la cera no le goteara en la mano.

En ésas oyó aletear algo contra la ventana y vio una sombra que le pasaba

volando por encima. Era una mariposa nocturna, atraída por la luz de la vela. Carl la observó hasta que fue a posarse en el fregadero. Era un bicho enorme, de cuerpo alargado y con motas amarillas. No tenía por qué estar en su cocina. Vamos, no tenía ni que estar vivo, ahora que había llegado el invierno. Carl estaba tan desconcertado que no se acordó de las mariposas nocturnas que había visto en el bosque una semana antes y que, por un momento, habían adoptado forma de mujer.

Lo que hizo fue aplastar el insecto con la base de la botella.

Los plomos estaban en el sótano, donde también había fusibles. Podía ser algo tan simple como que hubieran saltado los plomos. Después de todo, él mismo había hecho la instalación eléctrica y a veces, como en las raras ocasiones en que decidía darse una buena ducha, darle al agua caliente provocaba un apagón de todas las luces, así como del frigorífico.

Coño, pensó Carl. Tenía casi media ternera en el congelador del sótano. Mientras hiciera frío, la carne se conservaría, pero si el tiempo cambiaba de pronto, aquello no tardaría en convertirse en pasto de los gusanos. Levantó la vela y se encaminó al sótano. Casi había llegado a la puerta cuando oyó ruidos que venían de abajo. Eran muy leves, casi inaudibles, como si alguien se moviera con mucho cuidado y sigilo por entre el montón de basura y objetos robados que Carl almacenaba allí abajo. En el sótano había alguien, quizá la misma persona que había desconectado la luz y lo había dejado a oscuras para asustarlo más. Carl no tenía ni idea de quién podía ser, pero no pensaba jugársela.

Se sacó la Browning del cinturón y abrió la puerta del sótano.

Macy estaba como a diez minutos de la casa de Carl Lubey cuando el motor se caló. Detuvo el Explorer y se apeó, y el pelo empezó a cubrirse de copos. Alrededor no veía más que nieve y siluetas de árboles. Volvió al asiento y encendió la radio, pero no se oyó nada. Ni interferencias, ni chisporroteos, nada. Giró la llave de contacto y sólo se oyó un clic. Impotente, golpeó el volante con las manos y apoyó en él la frente. Tenía tres opciones: podía quedarse allí, lo que difícilmente era una opción; podía volver al centro y tratar de ponerse en contacto con Dupree, o podía seguir su camino hasta la casa de Lubey, ver que todo estaba en orden, como Dupree le había pedido, y luego telefonar desde allí pidiendo ayuda, o decirle a Lubey que la llevara de vuelta con su camión. Se apeó de nuevo, cogió una linterna y un botiquín del maletero y se encaminó a la casa de Lubey.

Carl abrió la puerta del sótano y se mantuvo apartado del vano. No había más puertas por las que entrar o salir, y sólo había dos ventanucos, ninguno de los cuales era lo bastante grande para dejar pasar un cuerpo mayor que el de un niño. Además,



los tenía muy bien cerrados, para que no entraran roedores ni mamíferos del bosque e hicieran allí su madriguera.

Ahora reinaba el silencio. Se preguntó si no habría sido su imaginación, o que se hubiera movido algún objeto, como suele ocurrir en tales sitios, por alguna corriente o porque se descompusiera. Respiró y por primera vez reparó en lo mal que olía. Era un hedor acre y húmedo, como a agua de mar estancada, y a otra cosa aún más desagradable, algo putrefacto, que le recordó la vez en que él y Ron encontraron una foca muerta en la playa, hinchada y medio podrida. Carl estuvo dos días sin poder comer, porque el olor de la foca muerta parecía habérsele pegado a la piel y metido por las fosas nasales.

Carl no se lo explicaba. Fuera estaba nevando y los días anteriores había hecho un frío que pelaba. Nada se descompone a esas temperaturas. Hasta la carne que tenía guardada podía aguantar unos días más si el tiempo no cambiaba. Pero allí estaba el olor, de eso no cabía duda. Ahora invadía el recibidor y empezaba a impregnar su ropa, pero salía claramente del sótano. A lo mejor se había reventado alguna cañería y se habían empapado los viejos periódicos y cajas de cartón y hasta la ropa de su hermano, que Carl no había tenido el ánimo de tirar.

Carl franqueó el umbral. La vela iluminó las escaleras de madera que bajaban y difundió una débil claridad en las profundidades del recinto. Pisó el primer escalón, que crujió, y siguió bajando. Según avanzaba, el halo de luz de la vela se expandía, alumbrando las paredes encaladas, los estantes llenos de botes de pintura y herramientas, cajas apiladas, objetos más valiosos —un par de televisores portátiles, unas tostadoras y unos vídeos— en un rincón, tapados con lona.

Notó que algo se movía. Carl estaba seguro.

—¡Eh! ¿Quién anda ahí? Vamos, sal, que quiero verte. No te escondas.

El bulto retrocedió hacia la sombra que había debajo de la escalera.

—¡Vamos, sal! —repitió Carl. Y miró por entre los escalones por si lo veía—. No quiero hacerte daño, pero me estás poniendo muy nervioso. Como no salgas, no sé de lo que soy capaz.

Carl bajó otros dos escalones y entonces la puerta se cerró bruscamente justo a sus espaldas. Se volvió y notó que los pies le resbalaban. Por un momento osciló en el borde del escalón, luego perdió el equilibrio y cayó rodando escaleras abajo.

Y mientras caía se decía: «manos».

«Me han agarrado unas manos».

Scarfe fulminó a Dexter con la mirada pero mantuvo la boca cerrada hasta que el otro se dirigió a él.

—¿Tienes algo que decir?

—Podíamos haberlo cogido vivo.

—¿Eso crees? Si apenas podía verlo para apuntarle. Si no le hubiera dado, se nos habría escapado.

—No tenías por qué matarlo.

Dexter miró a Moloch esperando que interviniera, pero Moloch ya estaba adelantándolos por la carretera que empezaba a descender, la carretera a la derecha, el ruido del mar a la izquierda.

—Mira —le dijo Dexter a Scarfe—. Tengo seis flechas más. Como sigas jodiéndome, puede que una de ellas lleve tu nombre.

—Olvidas algo.

—¿Qué?

Scarfe estaba rojo de frío y de justa indignación. Eso le hacía olvidar lo mucho que temía a Dexter.

—Que yo no soy un subnormal que huye de ti —replicó—. A mí te costará un poco más matarme.

Dexter se abalanzó sobre Scarfe, pero éste fue más ágil y lo esquivó, al tiempo que sacaba la pistola. En unos segundos, Dexter se vio encañonado por la Glock. A Scarfe le temblaba la mano.

—Eres hombre muerto, cabrón —dijo Dexter.

—Eres tú quien tiene un arma apuntándote.

—Pues mejor será que la uses, capullo, porque si no, te mato.

Scarfe oyó moverse algo a sus espaldas y que amartillaban un arma.

—Ya está bien —dijo Moloch—. Los dos, ya está bien.

Scarfe bajó la pistola. Dexter hizo ademán de acometerlo, pero Powell lo detuvo poniéndole el brazo en el pecho.

—No pienso olvidar esto —dijo Dexter.

Scarfe, más calmado después de la explosión de adrenalina, se quedó atrás. Shepherd, que había guardado silencio todo el tiempo, siguió a Moloch hasta la vera del bosque.

—Tendría que estar aquí —dijo—. Lubey tendría que estar aquí.

—Es el mal tiempo, que lo habrá retrasado —replicó Moloch.

Llamó a Scarfe, pero Scarfe no lo miraba. Estaba mirando fijamente al mar.

—¡Eh! —dijo Scarfe en voz baja, aunque en un tono que hizo que Moloch y los otros se acercaran, e incluso que Dexter olvidara su rabia—. ¡Eh! —repitió Scarfe—. El chaval. Sigue vivo.

Carl Lubey yacía de espaldas entre los periódicos y las cajas caídas, y lentamente volvía en sí. Le dolía la cabeza. No sabía cuánto tiempo había estado inconsciente, pero calculaba que no más de un minuto o dos. De un punto cercano le llegaba luz y sintió un olor penetrante.

Un olor a quemado.

Volvió la cabeza y vio unas llamas lamiendo los periódicos que había bajo las escaleras. Intentó levantarse, pero un peso en el pecho se lo impedía y no se notaba las piernas. Estiró las manos pero no encontró ningún obstáculo, sino simplemente aire frío que le helaba los dedos, pese al creciente calor. Las llamas lamían la pared del fondo y devoraban los papeles, la ropa y las maletas viejas. Pronto llegarían a los estantes donde tenía botes de pintura y disolvente.

Vio más llamas ardiendo en la oscuridad, a su izquierda. No se explicaba cómo había podido propagarse el fuego hasta allí, pues aquel punto era el que más distaba de las llamas que ardían en la pared del fondo, pero podía ver claramente lenguas de fuego cerca del suelo. Se movían despacio hacia él, pero no aumentaban de tamaño ni difundían calor. Más bien parecían suspendidas en el aire, como chispas arrastradas por el viento.

Y de pronto Carl comprendió que lo que estaba viendo no era fuego sino imágenes de fuego, reflejadas en fragmentos de espejo que iban aproximándosele más y más. El olor a pez muerto y a algas podridas se intensificó y llenó sus fosas nasales con el hedor de la putrefacción. La cara destrozada de una mujer emergió de las tinieblas y Carl abrió la boca. En ese instante, las llamas alcanzaron los botes de pintura y de aguarrás y su agonía final se perdió en medio de una gran conflagración.

Dupree se reclinó en la silla y se estiró. Al hacerlo, crujieron por igual la silla y los huesos del policía y prefirió detenerse a mitad de estiramiento y volver a inclinar el tronco hacia la mesa. Si rompía la silla, tendría que solicitar otra y eso significaría sufrir las burlas de los listillos de suministro, que supondrían —correctamente, en este caso— que la silla en cuestión había sucumbido víctima de su gran corpulencia. Al final, sería más cómodo para todo el mundo que él mismo se comprara una.

Miró su reloj de pulsera y apartó los papeles que tenía despachados a un lado de la mesa. Ningún asunto era muy urgente, pero en las últimas semanas había dejado que se acumularan los informes y la tormenta le había dado un pretexto para quedarse en la comisaría y poner al día el rutinario trámite de infracciones por exceso de velocidad, conducción en estado de embriaguez y accidentes de tráfico menores. Aquella tarea le había permitido también olvidarse por un rato de sus preocupaciones con la isla. Ahora, transcurrido un tiempo ocupado en las monótonas tareas del día a día, podía ver aquellas preocupaciones con perspectiva. Cuando Macy volviera, iría a visitar a Marianne para cerciorarse de que estaba bien. Quería saber por qué tenía tanta prisa por volver a Portland, y desde que había llegado en taxi ya había pasado tiempo suficiente para que no pareciera que la controlaba. Quizá tenía que ver con Danny, aunque si era porque éste se había puesto enfermo, Marianne habría contactado con él para pedir un traslado urgente. En fin, que era un rompecabezas.

Oyó que la puerta principal se abría, y pasos en el vestíbulo. Dupree había pedido a la central que consideraran la posibilidad de colocar un mostrador que separase la oficina de la zona abierta al público, pero hasta ahora no se había hecho. No pasaba nada en aquella época del año, pero en verano, cuando el índice de robos menores, desaparición de niños y hurto de bicicletas se disparaba de pronto, hasta una docena de personas podía llegar a apiñarse a la puerta de la oficina.

Se levantó de la mesa y salió a recepción. A la derecha había una bella mujer negra con el pelo a lo afro pasando los dedos por el lateral de Engine 14. Llevaba una chaqueta impermeable con capucha y unos vaqueros metidos en las botas de caña alta. El forro de piel de imitación de la capucha estaba salpicado de copos de nieve derritiéndose.

—¿Puedo ayudarla, señora?

La mujer lo miró y abrió los ojos.

—Ajá. Tú debes de ser el gigante, ¿no?

Dupree no reaccionó.

—Digo que si puedo ayudarla en algo, señora.

—Desde luego que sí, nene —dijo ella. Se volvió y Dupree vio que empuñaba una pistola con silenciador—. Puedes ayudarme sacándote esa pistola de la funda con los dedos pulgar y corazón de la mano izquierda. ¿Crees que puedes hacerlo?

Dupree advirtió que, a la derecha de la mujer, se movía algo, y de las sombras que había detrás de los camiones de bomberos vio aparecer a un hombre. Era pelirrojo e iba enfundado en un abrigo acolchado azul, pero, aunque no hubiera llevado el abrigo, Dupree se habría dado cuenta de que era un hombre corpulento. También llevaba un arma, cuyo silenciador parecía una especie de excrecencia hinchada que tuviera en el cañón, y también le apuntaba.

—Venga —dijo Braun—, hazlo.

Despacio, Dupree se llevó la mano izquierda a la pistola, desabrochó la funda y sacó el arma con el pulgar y el corazón, como le habían dicho. Los desconocidos no se inmutaron y él se sintió perdido. A gente como aquella sólo la conocía por los periódicos y por los comunicados internos.

Eran asesinos. Asesinos de verdad, fríos como el hielo.

—Déjala en el suelo y dale una patada hacia mí —dijo el hombre.

Dupree hizo lo que le decía. Cuando el arma llegó junto al hombre, éste la detuvo con el pie. La mujer cerró la puerta de la comisaría y echó la llave.

—¿Quiénes sois? —preguntó Dupree.

—No importa —dijo Braun—. Dime dónde está tu compañera.

—No lo sé.

—No me jodas.

—Está patrullando. No sé dónde está exactamente.

—Llámala.

El hombre y la mujer se movieron al mismo tiempo, manteniéndose a la misma distancia uno de otro y avanzando hacia Dupree.

—La radio no funciona.

Braun disparó a la izquierda de Dupree. La bala hizo un orificio en la pantalla del ordenador que había en una mesa a sus espaldas.

—¿Por qué crees que voy joderte, gigantón? Quiero que la llames y que le digas que venga.

Dupree miró alternativamente al hombre y a la mujer. No sabía si la radio seguía sin funcionar, pero no iba a usarla aunque funcionase. Macy no tenía nada que hacer contra aquella gente. Tal como estaban las cosas, tampoco él tenía nada que hacer.

—No puedo —dijo Dupree.

—Querrás decir que no quieres.

—Lo mismo da. ¿Por qué hacéis esto?

Braun sonrió como con pesar.

—No tendrías que haberte follado a su mujer —dijo. Levantó el arma y le apuntó —. No, no tendrías que habértela follado.

En ese momento se apagaron las luces.

Doug Newton estaba sentado en su silla favorita cuando se fue la luz. Su primera reacción fue la de la mayoría de la gente de la isla: buscar una linterna e ir a comprobar los plomos. Como la linterna tampoco funcionaba, empezó a buscar velas, y al final encontró un paquete de velitas entre bombillas de recambio en el armario de la cocina. Colocó una vela en un cenicero y la encendió, y luego otra en un platillo. Su madre se asustaría si se despertaba y veía que la tele no funcionaba. Le gustaba la luz de la pantalla, que le resultaba relajante. Su mayor temor, creía Doug, era morir sola, y prefería morir con *Nick at Nite* a morir sola.

Doug empezaba a subir las escaleras cuando las velas parpadearon levemente y él sintió una corriente de aire frío: se había abierto una ventana. Al mismo tiempo se oyó un ruido como de algo que se deslizaba y luego unos golpes que parecían de piecitos descalzos corriendo por el parquet.

Y, por último, oyó a su madre gritando.

Doug sabía que los policías, con la posible excepción de Joe Dupree, no se creían lo que él contaba de la niña. Él mismo no estaba muy seguro de creérselo, pero la había visto y sabía que su madre también la había visto, aunque luego ella se convenciera de que había sido una pesadilla. Desde entonces, como reconoció ante Dupree, Doug tenía una pistola en la mesita de noche y una escopeta cargada junto al perchero de la entrada. Dejó las velas en la mesa del vestíbulo y fue por la escopeta. A través de la ventanita cuadrada del primer rellano se filtraba luz, pero él no la necesitaba. Doug conocía su casa: había nacido en ella, vivía en ella y moriría en ella, si Dios quería.

La habitación de su madre era la segunda a la derecha. La puerta estaba un poco entreabierta, como siempre, y Doug creyó ver sombras que se movían por la pared. Dentro se oía forcejear y lo que parecían ser gemidos de su madre.

Doug abrió la puerta de una vez con la escopeta apuntando.

Habían retirado las sábanas y las habían amontonado en el suelo al pie de la cama. La nieve entraba por la ventana abierta y los copos revoloteaban y entrechocaban antes de posarse suavemente en el suelo. La niña de gris estaba acucillada sobre su madre, con su boca en la boca de la anciana, quien trataba de quitársela de encima empujándola con sus finos y esqueléticos brazos. La mujer tenía las manos metidas entre los pliegues del vestido de la niña, un vestido que parecía moverse independientemente de los miembros que cubría, como si el cuerpo se

hubiera fundido con el sudario en el que la habían enterrado y se hubiera formado una piel nueva que colgaba de sus brazos como alas.

Cuando Doug entró, la niña de gris soltó a la madre y volvió la cabeza hacia el intruso. Doug vio entonces que era vieja, terriblemente vieja, y que sólo su apariencia era infantil. El pelo, que visto a distancia parecía rubio, se veía ahora, sin duda alguna, plateado. Tenía las mejillas hundidas y los pómulos se le marcaban en la piel reseca debajo de los ojos. La boca era extrañamente redonda, una boca que a Doug le recordó a la de las lampreas, esas criaturas concebidas por la naturaleza para que se adhieran a otras criaturas y les chupen la vida. Debajo de la niña, Doug vio la cara de su madre, con los labios temblando y lágrimas resbalándole por las mejillas. Apenas se la oía respirar, y cuando Doug se acercó a la cama, la luz de sus ojos se apagó y se oyó el estertor que produjo la garganta cuando exhaló el último suspiro.

La niña de gris le siseó y él vio en sus ojos muertos la rabia que le daba lo que le había hecho: su presencia la había distraído y la había privado de lo que buscaba. Extendió la mano hacia él, una mano de dedos huesudos envueltos en una piel apergaminada.

Doug disparó.

La fuerza del impacto arrancó a la niña de la cama y la estampó contra la pared. Cayó, rodó por el suelo, se levantó y se plantó ante él, enmarcada por la ventana. El disparo había perforado el vestido y la piel, pero no salía sangre, y donde había chocado con la pared sólo se veía una mancha de sustancia gris. Lo miraba con tal perfidia que le dieron ganas de correr y esconderse, hacerse un ovillo en un armario y esperar a que se fuera. Por un instante se imaginó hecho aquel ovillo, escuchando en la oscuridad, oyendo al fin los pasos quedos de aquellos pies que se acercaban y se detenían ante su escondite, viendo que la puerta se abría despacio y...

Doug disparó otra vez y la niña se desintegró en una nube de mariposas nocturnas.

La habitación quedó llena de copos de nieve e insectos y cristales rotos, y del llanto de Doug Newton que lloraba por su madre muerta y por sí mismo.

Nancy Tooker bajaba con sigilo a la cocina por comida para su hermana y para los perros cuando se fue la luz. Era una mujer corpulenta —como el agente Berman no había dejado de advertir—, y una vez que pisó mal en el escalón ya no hubo manera de que recuperara el equilibrio. Rodó aparatosamente escaleras abajo, golpeándose la cabeza con violencia contra el suelo de pizarra, y se detuvo con un suspiro. Su hermana la llamó a gritos y, apoyándose en la pared y en la barandilla de la escalera, se precipitó hacia ella. Tras unos momentos de vacilación, los perros la siguieron.

Nancy se había descalabrado y sangraba por la cabeza. Un trozo de hueso roto le

asomaba por el brazo izquierdo, y era evidente que también se había fracturado el tobillo. Respiraba muy levemente y Linda temió que su hermana se hubiera hecho alguna lesión interna que sólo pudieran apreciar en el hospital. Fue a llamar a la comisaría pero no había línea. Apagó el teléfono, lo encendió y lo intentó de nuevo, pero seguía sin funcionar.

Linda corrió al salón, agarró los cojines de los sillones y del sofá y acomodó a su hermana lo mejor que pudo. Temía moverla, y tampoco sabía si podría aunque quisiera, pues pesaba veinticinco o treinta kilos más que ella. Lo que hizo fue levantarle con cuidado la cabeza e introducir un cojín debajo, y luego intentó hacer lo mismo con el brazo y el tobillo. En toda la operación Nancy sólo se quejó una vez, y apenas se la oyó, cuando Linda le puso un par de cojines debajo de la pierna. El hecho la preocupó, porque aquella pierna tendría que haberle dolido muchísimo. Fue al armario del pasillo y sacó todas las prendas de abrigo que encontró, y tapó a su hermana con ellas. Los vecinos más cercanos eran los Newton, que vivían justo al otro lado de Fern Avenue. Si lograba llegar hasta su casa, podría usar su teléfono, suponiendo que el problema del teléfono no afectara a toda la isla. No quería pensar lo que pasaría si así fuera. Alguien tendría que ir en coche en busca de Joe Dupree y decirle lo que había ocurrido, para que él pidiera ayuda al continente.

Se inclinó sobre su hermana, le apartó el pelo de los ojos y le susurró al oído:

—Nancy, voy a buscar ayuda. No tardo ni cinco minutos.

Linda besó a su hermana en la frente. Estaba sudada y caliente. Se levantó y se puso el abrigo. Los perros empezaron a dar vueltas a su alrededor, ladrando y gimiendo alternativamente.

—No, chuchos tontos, no voy de paseo.

Pero los perros no la seguían a la puerta. Al contrario, se alejaban de ella. *Max*, el pastor alemán, se agachó sobre las patas delanteras, metió el rabo entre las piernas y empezó a gruñir. Linda se volvió a mirarlos y algo del miedo de los animales se le contagió a ella.

—¿Qué demonios os pasa a los dos? —preguntó.

Abrió la puerta principal y la niña de gris se le echó encima.

Hubo un momento de confusión en la comisaría. Las cortinas del despacho de Dupree estaban echadas y el manto de nubes tapaba la luz de la luna. Como las farolas de la calle se apagaron también, la pequeña comisaría quedó repentinamente a oscuras. Las armas con silenciador hicieron fuego, pero Dupree ya se había movido. Braun y Leonie oyeron que se abría una puerta al fondo a la derecha y los dos dispararon hacia allí.

—Da la vuelta —dijo Leonie—. Que no llegue al bosque.

Braun corrió a la calle, giró a la izquierda y se dirigió a la parte de atrás. Leonie



avanzó con sigilo hacia el fondo de la sala. Para entonces su visión nocturna había mejorado y pudo ver enfrente el vano de la puerta. Se arrimó a la jamba y escuchó. No se oía nada al otro lado. Leonie se acuclilló y se asomó. Vio un gran tanque de agua y un pequeño grupo electrógeno detrás. De unas perchas de pared colgaban unos chubasqueros. Había dos armarios, uno de ellos abierto. Más allá, la puerta trasera se veía entreabierta y la nieve empezaba a cubrir el suelo.

Leonie entró despacio en el cuarto. A su derecha, entre el tanque y la pared, había un hueco estrecho, y en medio del hueco se veía la boca de un tubo. Leonie se detuvo un momento y el tubo escupió fuego. Oyó el estampido del escopetazo al mismo tiempo que el impacto la levantaba del suelo y la lanzaba contra la pared, y luego una voz que la llamaba por su nombre. Braun. Era Braun. Quiso hablar, pero no pudo articular una sola palabra. Sintió que se deslizaba por la pared y caía al suelo.

—Bra... —Había sangre en su boca—. Br...

Y de pronto sólo hubo oscuridad.

Braun casi había llegado a la esquina cuando oyó la detonación de la escopeta. Delante podía ver la puerta trasera de la comisaría abierta. No había huellas en la nieve.

—¿Leonie? —llamó instintivamente.

No hubo respuesta.

Braun miró hacia el bosque. El poli grandullón podía estar en cualquier lugar dentro de la comisaría. Si se acercaba a la puerta, sería un blanco fácil. Decidió, pues, dirigirse hacia los árboles dando un amplio rodeo. Caminaba lo más silenciosamente que podía y la nieve amortiguaba sus pisadas. La puerta estaba abierta de par en par, pero dentro estaba a oscuras y no percibía movimiento. De pronto la puerta blindada se cerró con un portazo por el fuerte impulso del pie de Dupree, y Braun profirió una maldición. No podía dejar vivo al poli allí dentro. El hombre pediría refuerzos y no tardaría en llegar a la isla un ejército de agentes vestidos de azul. Se disponía a moverse cuando oyó un ruido muy cerca de él. Se volvió rápidamente, dando la espalda a la comisaría. Había algo grande entre los árboles: un ciervo, quizá, o podía ser que la novata hubiera vuelto y se le acercara por la espalda.

Volvió a oír el ruido, esta vez más a la derecha. Fuera lo que fuese, pensó enseguida, aquello se movía velozmente, pero tras ese pensamiento tuvo enseguida la certidumbre de que nada podía moverse tan rápidamente entre los árboles. Tendría que haber oído el frufrú del ramaje, el crujido de las ramitas, aunque estuviera nevado. Ahora había más de una presencia y los ruidos parecían venir del aire, como si una gran ave invisible estuviera volando entre los árboles, por encima de su cabeza.

Braun se irguió y empezó a caminar de espaldas, pendiente al mismo tiempo del bosque y de la comisaría, apuntando a los árboles y moviendo la pistola de derecha a

izquierda. Había bultos moviéndose en la oscuridad. Eran formas grises que parecían iridiscentes, como la luz de la luna reflejada en el pelo de un animal, y se deslizaban por la nieve y se colaban volando por entre los huecos de las ramas de los árboles. De pronto una de las formas pareció detenerse y Braun entrevió una piel gris y un reflejo de sí mismo en una pupila negra.

Y dientes. Dientes amarillos y podridos.

—¿Qué coño...?

La forma gris se encogió sobre sí misma como si fuera un papel arrugado en un puño, y se abalanzó hacia él. Braun empezó a disparar, pero aquello seguía embistiendo. Tambaleándose, Braun salió a descubierto y, al volverse, vio a Joe Dupree apoyado en la pared de la comisaría apuntándole con la escopeta. Se arrojó al suelo y en ese momento el policía hizo fuego. Trozos de corteza y astillas saltaron del tronco del árbol al pie del cual había caído. Oyó otro disparo y notó un impacto en el brazo izquierdo. Se lo miró y se vio el codo ensangrentado y parte del antebrazo reducido a una masa de carne roja. Una quemazón punzante empezó a irradiársele por todo el tronco.

Braun se adentró titubeando en el bosque y las formas grises lo siguieron.

Linda Tooker no era particularmente rápida. Incluso en las horas de mayor afluencia en el restaurante (concurencia que nunca sobrepasaba la docena de clientes, pero que sin embargo ponía en apuros a las hermanas), siempre servía más lenta de lo que su hermana cocinaba, y eso significaba sándwiches tibios y sopa fría para todo el mundo. Con todo, en cuanto vio aquel ser abalanzarse sobre ella —con su ajada piel, los ojos negros, la boca como una ventosa de carne—, reaccionó más rápido de lo que había reaccionado nunca desde la adolescencia. Empujó la puerta violentamente y notó que la niña de gris se daba de bruces contra ella, pero la hoja no se cerró. Miró a la derecha y vio que los dedos de la niña habían quedado pillados entre la puerta y el marco. Eran unos dedos descarnados, de uñas amarillas y afiladas. Parecían sarmientos envueltos en papel marrón, tan finos que la presión de una puerta pesada debería partirlos.

Pero los dedos no se partían.

Se agarraban y empujaban.

Linda notó que sus pies resbalaban por el suelo a medida que la puerta se abría.

«No es posible», pensó. «Ninguna niña puede ser tan fuerte. Debe de haber alguien más, alguien ayudándola». Entonces apareció otra mano en el intersticio que se abría más y más, esta vez agarrada al marco, hasta que la niña de gris pudo asomar la cabeza y clavó los ojos, no en ella, sino en su hermana.

—¡No! —gritó Linda.

Afirmó el pie derecho contra el primer escalón, sujetó la puerta con el antebrazo y

con el puño derecho golpeó la cara de la niña con todas sus fuerzas. Oyó huesos que crujían y la cabeza de la niña retrocedió un poco. Pero enseguida apareció de nuevo, ahora con la piel de la nariz rasgada y dejando ver el asqueroso hueso de dentro. El puñetazo no parecía sino haberla enfurecido más, haberle dado más fuerza, pues volvió a empujar con renovado vigor. Linda sintió que las piernas le cedían y vio que la abertura ya era lo bastante grande para que la niña pudiese pasar todo el cuerpo. Con un sollozo notó que las fuerzas le fallaban y la puerta se abrió de par en par.

Un bulto negro salió disparado del vestíbulo y le pasó rozando el hombro. Era *Max*, que se había abalanzado sobre la niña, había caído sobre ella y, desgarrándole la garganta a dentelladas, la había desplazado del umbral. Linda cerró la puerta, echó la llave y los cerrojos y se dejó caer deslizándose hasta que quedó tendida cuan larga era en el suelo. El collie, *Claude*, empezó a arañar la puerta queriendo unirse a su compañero. Fuera se oía reñir y forcejear en la nieve, y a *Max* gruñir.

De pronto el perro lanzó un agudo aullido y todo quedó en silencio.

Los cinco hombres se asomaron al acantilado, era poco profundo, unos quince metros por encima de la cala, y miraron la figura que había de pie en medio de las olas. Los rasgos no se distinguían, pero la flecha que le traspasaba el tronco se veía perfectamente. Y se mantenía derecho, pese a la fuerza de las olas que lo embestían por detrás. A la derecha había un arrecife que tapaba al muchacho atravesado por la flecha e impedía que Tell y Willard, que seguirían en el barco, lo vieran.

—No puede ser —dijo Dexter—. No puede ser, cojones. He matado a un oso negro con una de estas flechas. No es posible que siga vivo.

Moloch miraba el mar en silencio y de pronto se volvió hacia Shepherd.

—Baja y remátalo.

Shepherd sacudió su canosa cabeza.

—Yo no —dijo—. No.

—Creo que no me has oído bien. Parece que has entendido que te lo pido y no que te lo ordeno.

Shepherd no se inmutó. Había estado observando atentamente a Moloch durante la travesía, cada vez más preocupado por lo que veía, y en el poco tiempo que había pasado desde que llegaron a la isla su inquietud no había hecho sino aumentar. Había visto cómo a Moloch los ojos se le ponían vidriosos cuando nadie lo miraba, lo había visto mover los labios articulando palabras no formuladas. Durante el ascenso por la pendiente, Moloch había resbalado más que ninguno y sus ojos parecían fijarse menos en la subida que en las matas y arbustos que habían crecido entre las rocas. Y, cuando llegaron arriba, Dexter tuvo que llamar su atención sobre la presencia del subnormal. Moloch no había mirado la torre, ni al hombre del abrigo naranja chillón. Su mirada estaba fija en el bosque y sus labios volvían a moverse. Esa vez, Shepherd pudo entender palabras y frases.

*Allá vamos.*

*¿No te dijeron que vigilaras por mí?*

*Te dije que volvería.*

Lo último lo repitió una y otra vez, como un mantra...

*Te dije que volvería. Te dije que volvería. Te dije que volvería...*

—Ya lo has oído: yo no —dijo Shepherd, sin dejar de mirar a Moloch a los ojos, pero muy consciente de que éste tenía un arma en la mano. Él mismo, durante toda la

confrontación, había apoyado tranquilamente la mano en la culata plegable de la Mossberg Persuader que llevaba al hombro, colgada de una correa de cuero. La había cargado nada más desembarcar y mantenía el dedo a unos centímetros del gatillo. Shepherd no sabía lo que ocurriría si se veía obligado a matar a Moloch. Suponía que tendría que cargarse también a Dexter. Powell podía ponerse tanto de una parte como de la otra. Scarfe no le preocupaba. Lo único que Scarfe quería era salir vivo de allí.

Moloch lo miró de arriba abajo y pareció tomar una decisión.

—Valga por esta vez —dijo.

Shepherd asintió y Moloch se volvió a Powell. Dexter, entretanto —observó Shepherd—, había colocado otra flecha en el arco. Shepherd se preguntó si sería para él. «Aún estamos a tiempo de averiguarlo», se dijo.

—Hazlo y luego síguenos —le dijo Moloch a Powell.

—¡Joder! —protestó Powell, señalando a Dexter—. ¿Este gilipollas no ha sido capaz de matarlo y ahora tengo que ir yo?

Dexter no reaccionó al insulto. En el lapso de un par de minutos, cuatro hombres blancos le habían plantado cara, cada uno de manera distinta: Scarfe le había puesto una mano encima, Powell lo insultaba, Shepherd casi lo había obligado a matarlo y un deficiente mental se negaba a morir. Ante tantos posibles frentes, la ira había dado paso más bien a la perplejidad.

—Mátalo —le dijo Moloch a Powell—. Y sin hacer ruido.

Powell suspiró teatralmente y desenfundó la pistola. Buscó en los bolsillos de la chaqueta hasta que encontró el silenciador y lo enroscó al cañón. La insistencia de Moloch en el silencio lo sorprendía. Allí no había nadie que pudiera oír el disparo, y aunque hubiera alguien, el viento y la nieve ahogarían cualquier ruido. Con todo, Powell no iba a discutir con Moloch. Como le ocurría a Shepherd, la actitud de Moloch le parecía peculiar, pero él no se arriesgaba a que le pegaran un tiro por llamar la atención sobre ese punto.

—¿Y cómo os encuentro luego?

—Hay una senda que atraviesa el bosque. La verás detrás de la torre. Síguela y te llevará derecho a nosotros. Y, ahora, nos vamos.

*Nos vamos.*

Shepherd no dijo nada, pero puso el dedo en el gatillo de la Mossberg y allí lo dejó.

—¿No esperamos a Carl Lubey? —preguntó Scarfe.

—No está aquí y yo quiero alejarme de la carretera y quitarme de la vista —dijo Moloch—. Por si no lo has notado, llevamos prisa. Vamos a su casa y seguimos desde allí.

—Hay tormenta —le advirtió Scarfe— y no conoces la isla.

—Te equivocas —replicó Moloch—. La conozco muy bien.

Scarfe sacudió la cabeza incrédulo y miró a los demás en busca de apoyo, pero éstos ya estaban preparándose para seguir a su líder. Powell, entretanto, lanzó a Dexter una mirada de asco y empezó a bajar por las rocas hacia la cala. Scarfe se quedó mirándolo y de pronto Dexter lo agarró del brazo:

—Según mis cálculos, chaval —dijo—, ya no te quedan vidas.

Después, Dexter lo soltó y escupió en la nieve junto a los pies de Scarfe. Éste miró por última vez la figura que había de pie en medio de las olas, se cargó la mochila a cuestas y echó a andar detrás de Moloch, de Shepherd y de Dexter por la carretera blanca que bordeaba el bosque. Suponía que Moloch se detendría y consultaría un mapa o miraría una brújula, pero no: se adentró en el bosque resueltamente. Minutos después, los cuatro hombres se hallaban siguiendo una vieja senda que serpenteaba por el bosque en dirección al centro de la isla. Mientras caminaban, Scarfe desplegó su mapa y trató de consultarlo. La oscuridad, la nieve y el viento le dificultaban la tarea, pero al final pudo confirmar lo que venía sospechando desde que tomaron la senda.

No figuraba en el mapa.

De algún modo, Moloch había encontrado una ruta no identificada.

Moloch fluctuaba. A veces iba junto a Dexter, atravesando un bosque blanco, con nieve en la cara y en el pelo deritiéndose. Otras veces no había nieve y sólo soplaba un fuerte viento y el suelo estaba helado, y avanzaba rodeado de otros hombres vestidos con pieles y cueros cosidos a mano. Por momentos, los dos mundos se solapaban, como transparencias puestas una sobre otra, y era al mismo tiempo Moloch y otro hombre, un hombre a la vez conocido y desconocido. La sensación confundía a Moloch, pero no lo asustaba, sobre todo porque experimentaba un sentimiento de pertenencia, de retorno. Aquélla no era su casa. No era un lugar para el recreo ni el reposo. Allí no había refugio para él, pero sí era el principio. Allí, Moloch, o quienquiera que fuese, había nacido a la existencia. Pasara lo que pasara, allí llegaría al fin a conocerse a sí mismo, y aquellas imágenes aisladas que lo habían atormentado en tantos sueños se recompondrían y le permitirían verse como realmente era.

Empezaba a reconocer que todo tenía que suceder como estaba sucediendo. Su mujer tenía que huir hasta allí y él tenía que seguirla. Lo acompañaban unos hombres porque antes ya lo habían acompañado otros hombres, porque así estaba escrito que ocurriera. Ya nada estaba en sus manos y todo cuanto podía hacer era seguir aquella senda hasta el final, hasta la revelación postrera que estaba esperándolo.

Powell sólo tardó unos minutos en descender, mitad saltando y mitad

deslizándose, la pendiente que llevaba a la cala. Cuando llegó abajo jadeaba y las manos le dolían del frío. Metió un dedo casi entumecido en el ojo del gatillo. Avanzó hasta llegar a la orilla del agua y asestó el arma apoyándola en el antebrazo.

El hombre con el tronco atravesado por la flecha seguía en el agua. Ésta le llegaba por el pecho, pero las olas que rompían contra él no lo estremecían. Estaba perfectamente recto y la chaqueta naranja brillaba a la tenue claridad que de algún modo se filtraba por las densas nubes del cielo. Powell pudo ver incluso los destellos de la punta de la flecha justo a ras del agua.

«Está muerto», pensó Powell. «Está muerto, pero es tan bobo que no se da cuenta. Es como un dinosaurio, que espera que el mensaje le llegue al cerebro. Bien, pues voy a echarle una mano. Ahí va un envío urgente directamente a la cabeza».

Powell suspiró y disparó dos veces en rápida sucesión, y vio satisfecho cómo en el pecho del hombre se abrían un par de boquetes entre salpicaduras rojas.

El hombre no se cayó.

Powell bajó el arma y esperó. Le pareció que la figura había avanzado un par de metros o más, pues el agua le llegaba ahora por el ombligo. Powell apuntó de nuevo y descargó el cargador contra el hombre herido. Le pareció ver que se sacudía por el impacto de las balas, pero ésa fue la única señal que tuvo Powell de que daba en el blanco.

Expulsó el cargador vacío, colocó otro y se adentró en el agua. El frío era intenso, pero no hizo caso. Se concentró en la cabeza del hombre, avanzando hacia él firmemente pese al embate de las olas, y a cada paso que daba efectuaba un disparo. El último alcanzó al hombre en lo alto de la cabeza, cuando Powell estaba a apenas metro y medio. Tenía la barbilla caída sobre el pecho, pero no se movía. Powell podía ver las heridas de los balazos, incluso algo blanco que brillaba por un orificio de la cabeza.

«Ahora sí está muerto», se dijo Powell. «Hay algo que lo sujeta —arena suelta, quizás, o rocas, o incluso restos de un barco—, pero está muerto, no cabe duda. No sé lo que lo sostiene, pero no puede sostenerse a sí mismo».

En ese momento, Powell percibió una presencia a sus espaldas. Se volvió y vio a un niño que lo observaba desde la orilla. Vestía ropas de otra época y las olas iban a morir a sus pies descalzos. Tenía la tez pálida y una mano en la garganta, como recordando una vieja herida. Powell iba a decirle algo cuando el hombre muerto del mar alzó la cara, con un chasquido de la garganta que alertó al pistolero. Powell se volvió despacio y dio una sacudida hacia atrás, procurando no perder el equilibrio por el efecto simultáneo de las olas y de la impresión. Era el subnormal, aunque no parecía subnormal. El rostro desencajado —la mandíbula caída, los ojos desorbitados, lo enajenado de su semblante en general— había desaparecido, y el hombre que ahora tenía delante era... bello, y sus ojos brillaban con insospechada inteligencia.

A tientas, Powell buscó un nuevo cargador, pero el frío y la humedad lo traicionaron y el cargador se le resbaló de la mano y cayó al agua con un chapoteo sordo. Se quedó mirando cómo se hundía, y cuando alzó de nuevo la cara, vio que detrás del hombre que tenía enfrente se formaba una ola enorme. La ola levantó al muerto y, arrastrándolo en la cresta como un pecio de naufragio, lo propulsó a toda velocidad contra Powell. El hombre chocó con el pistolero y éste, soltando un grito de dolor, sintió que la punta de la flecha se le clavaba en el pecho. Al mismo tiempo, el otro lo rodeaba con los brazos, oprimía fuertemente su cara contra la de Powell y esbozaba una sonrisa.

La ola rompió entonces sobre ellos y ambos desaparecieron en el mar.

La casa de Carl Lubey ya estaba completamente envuelta en llamas cuando llegó Macy. Había visto el humo y lo había oído, y eso le había hecho aligerar el paso. Hizo dos tímidos intentos de acercarse a la puerta principal, pero desistió porque el calor la obligaba a retroceder. Lo que más le preocupaba era que el fuego alcanzara el bosque, aunque Lubey había talado los árboles de su terreno para plantar un jardín, con lo que había creado un cortafuegos natural. Con un poco de suerte, eso y la nieve, que seguía cayendo copiosamente, impedirían que se propagara el incendio. Aun así, a alguien debía dar parte, por si acaso.

Macy cogió la radio que llevaba al cinto y por tercera vez desde que dejó el coche intentó contactar con alguien. Las dos primeras veces la radio no funcionó y sólo se oyó un clic, como el del contacto del coche. Ahora, que lo intentaba cerca de la casa incendiada de Lubey, oyó interferencias. Se llevó el micrófono a la boca y habló.

—Aquí Macy. ¿Me oís? Corto. —Lo intentó de nuevo, ahora con su número identificativo—. Aquí seis, nueve, uno. Corto.

Interferencias, sólo interferencias. Iba a colgar el micrófono cuando oyó que el tono de la línea cambiaba. Despacio, se llevó el auricular al oído y escuchó.

Ahora no eran interferencias. Quizá tampoco antes lo eran. Tuvo la impresión de que lo que oía era un siseo irregular, como si alguien estuviera regulando una salida de gas. Aguzó el oído y creyó distinguir cadencias y pausas, una especie de ritmo.

No eran interferencias ni siseos.

Eran voces que susurraban.

A la vera del bosque, Moloch y sus hombres contemplaron el cielo iluminado por encima de las copas de los árboles. Las linternas se habían apagado y, ahora que habían hecho una pausa al ver el incendio a lo lejos, Dexter aprovechó para cambiar las pilas por unas de recambio que llevaba en la mochila. Fue en vano. La linterna siguió sin encenderse.



—Las pilas son nuevas —dijo Dexter.

Scarfe también cambió las de su linterna y vio que tampoco se encendía.

—Lote defectuoso —dijo—. Parece que tenemos una suerte de mierda. —Sacó su Zippo del bolsillo de la chaqueta, lo encendió y alumbró el mapa, y señaló con el dedo—. Debemos de estar aquí. Si no me equivoco, la casa de Carl está en esta zona. —Levantó la mano e indicó las llamas—. Como en esta parte de la isla sólo vive él, significa...

Dexter acabó la frase por él.

—... que o el bosque se ha incendiado, lo que parece poco probable, o ahora mismo la casa de Lubey se encuentra en el punto más caliente de la isla. Eso explica por qué no ha acudido a la cita. Un hombre cuya casa arde por los cuatro costados es muy posible que se distraiga.

—Vendrá gente —advirtió Scarfe—. Aquí los policías hacen de bomberos. Dupree no tardará en llegar.

—No lo creo —dijo Moloch, interviniendo por primera vez. Se quedó un momento mirando a Scarfe hasta que éste abrió la boca, entendiendo, y apartó la mirada. Pasó el dedo por el bosque del mapa—. Seguimos, nos escondemos y echamos un vistazo. Necesitamos el camión de Lubey para salir de aquí antes de que llegue la poli. El fuego nos guiará.

Dupree miraba al este, donde se veía un halo rojo por encima de los árboles. A su lado estaba Larry Amerling. La casa del viejo cartero era la más cercana a la comisaría y había oído el tiroteo. Dupree estuvo a punto de dispararle a él, porque se presentó justo cuando Braun desaparecía en el bosque y él se disponía a seguirlo. Amerling echó un vistazo a la mujer que había en el cuarto del grupo electrógeno y salió pálido y tragando saliva.

—Necesitamos hombres que acudan a apagar el fuego —dijo Dupree—, pero ahí fuera hay al menos un hombre armado y posiblemente más.

—¿Por qué crees que hay más?

—Por algo que me dijo antes de que las luces se apagarán. Ve a llamar a Steve Macomber y a todos los bomberos que puedas reunir. Los teléfonos no funcionan, de modo que tendrás que ir casa por casa. Dile a Steve que coja un arma. Luego quiero que vuelvas aquí e intentes contactar con alguien por radio. Si no lo consigues en la próxima hora, ve al muelle y empieza a hacer señales de peligro. Tenemos que conseguir que la gente se quede en sus casas y no salga a la calle.

Ya se veía a algunas personas que vivían en Island Avenue acudiendo a la comisaría a preguntar por el apagón. Uno de ellos era Earl Kruhm, que destacaba por su buen criterio.

—Earl puede ocuparse de esto —dijo Amerling—. Nadie discutirá con él.

—Habla con él —dijo Dupree—. Explícale que si la gente no se queda en sus casas corre peligro. No le costará convencerlos, entre la nevisca y demás. Y Larry, dile a Steve y a los bomberos que se mantengan alejados del bosque, ¿me oyes? Que sigan los caminos.

Amerling asintió y fue por su coche. Volvió al rato, mientras Dupree se llenaba los bolsillos de cartuchos.

—Joe, mi coche no arranca.

Dupree se quedó mirándolo casi con irritación, tomó las llaves del Engine 14 de un gancho de su despacho e intentó arrancar el camión. El contacto hizo clic y se apagó.

—Sin radio, sin teléfono, sin coches, sin electricidad —dijo.

—Sin ayuda —añadió Amerling.

—Ha empezado, ¿verdad?

—Eso creo.

—Macy está ahí fuera —dijo Dupree—. Iba a casa de Carl Lubey cuando estalló el incendio.

Sintió una preocupación repentina por la joven. Esperaba que, al ver el fuego, no se le hubiera ocurrido cometer alguna estupidez. Por lo menos no parecía la clase de persona dada a las heroicidades vanas. Desechó de su mente la terrible idea de que el fuego y Macy tuvieran algo que ver, que pudiera estar herida o algo peor.

—El plan sigue en pie —le dijo a Amerling—. Ve casa por casa. Tendrán que ir caminando al lugar del incendio y que hagan lo que puedan cuando lleguen.

Se echó la escopeta al hombro y se encaminó a la puerta.

—¿Adónde vas?

—A seguir al colega de la muerta. Si no me equivoco, va por Marianne Elliot. Creo que Marianne está en serio peligro.

Amerling lo vio salir, pero no dijo lo que estaba pensando.

«Creo que todos estamos en serio peligro».

El tiempo se dilataba.

Scarfe era más consciente de ello que los otros. Ya tendrían que haber llegado a la casa de Lubey, pero seguían caminando por el bosque y muchas veces perdían de vista el resplandor del incendio. Incluso Moloch parecía darse cuenta. Se detuvo y miró alrededor, confuso.

—Nos hemos perdido —dijo Scarfe.

—No —replicó Moloch—. Seguimos en la senda.

—Entonces la senda da vueltas.

—Powell ya tendría que habernos alcanzado —dijo Dexter.

Moloch asintió.

—Vuelve atrás a ver si nos sigue.

Dexter salió corriendo y Moloch se sacó el mapa del interior de la chaqueta. Scarfe, después de unos instantes de vacilación, se acercó a examinarlo con él, mientras Shepherd se apoyaba en un árbol sin decir nada.

—Tomamos la senda más o menos aquí —dijo Scarfe señalando con el dedo— y la casa de Lubey está aquí. Eso son quince minutos con buen tiempo, veinte o poco más con mal tiempo, como ahora.

—Tenemos que estar cerca. A lo mejor hemos pasado de largo.

Pero cuando miraron, el resplandor del fuego seguía estando delante.

—No lo entiendo —dijo Scarfe. Miró a Shepherd en busca de apoyo, pero Shepherd no lo miraba. Escrutaba el bosque, con las manos protegiéndose los ojos. Moloch lo llamó.

—Me ha parecido ver algo —dijo Shepherd—. Por allí.

Señaló la espesura del bosque. Scarfe miró atentamente, pero no vio nada. La nieve le daba en la cara y le resultaba difícil distinguir incluso la forma de los árboles más cercanos. Pero olió a humo.

—Es el fuego —dijo—. A lo mejor has visto humo.

No, no era humo, pensó Shepherd. E iba a añadir algo más cuando Dexter regresó de su breve reconocimiento.

—Ni rastro de Powell —le dijo a Moloch.

Moloch dio una patada en la nieve recién caída.

—Si se ha perdido, ya se las apañará para volver a la barca.

—Si se ha perdido —repitió Dexter.

—¿Crees que se lo ha cargado un subnormal atravesado por una flecha? Que se joda. Si se lo ha tragado el mar, a más nos toca. Andando.

Se echaron las armas al hombro y siguieron a Moloch bosque adentro.

Marianne seguía turbada por su encuentro con la nueva agente de policía. Había temido que le pidiera que la acompañase a la comisaría, que algo en su expresión o en su actitud revelara la verdad de su situación. Pudo verlo en la cara de la agente. ¿Por qué, si no, se le había acercado?

*Sabe que estoy huyendo. Sabe que he sido mala. Me dirá que la acompañe y yo me vendré abajo y les contaré todo y ellos me quitarán a Danny y me meterán en la cárcel por robar dinero y...*

Se esforzó por mantener la calma. Dos veces se le cayó la llave del coche antes de introducirla en el contacto, mirando por el espejo a la agente, que pareció pararse y observarla de nuevo. Por fin giró la llave y el coche arrancó. Salió quizá demasiado deprisa, pero la agente no hizo ademán de detenerla. Cuando vio que el Explorer se dirigía hacia el ferry se relajó un poco, hasta que fue plenamente consciente de la terrible situación en la que se hallaba y agarró el volante con tanta fuerza que las venas de las manos se le hincharon como raíces en el suelo y los nudillos, blancos de tanto apretar, parecía que fueran a reventar la piel.

Había estado tan distraída durante los últimos días que en la tele no había visto más que comedias ligeras y, como no iba al mercado, llevaba sin leer la prensa desde el fin de semana anterior, y aun entonces la había leído sin ganas. Pero algo terrible debía de haber ocurrido y ahora él estaba libre, lo sabía porque no permitiría que otros la castigaran en su lugar. No, querría hacerlo él mismo. Si aquellos hombres estaban en Maine, él iba con ellos. La habían encontrado y probablemente Moloch se dirigía ya a la isla. Quizás ya tenía incluso hombres allí, esperándola. Iría a casa de Bonnie y se encontraría a Danny en manos de extraños y a Bonnie y a Richie heridos o incluso muertos. Nada podría hacer, aparte de consolar a su hijo mientras esperaban sentados a que viniera Moloch. Pensó de nuevo en su hermana, Patricia, y en el inútil de su marido, quien, según ella, la engañaba, pero con quien su hermana seguía viviendo porque, pese a todo, lo quería y creía que aún había algo bueno y puro en él. Quizá tenía razón, porque cuando les habló de su plan de fuga, y les recordó que si ella huía, también ellos tendrían que huir, lo aceptaron con ecuanimidad, y Bill, tomándole la mano a su esposa, le dijo a su cuñada que la apoyarían en todo lo que pudieran. Cierto es que Bill había perdido su trabajo y no había nada que los retuviera allí, pero su reacción la sorprendió sinceramente. Se acordó de aquello y se

avergonzó, porque sabía, en los rincones oscuros y silenciosos de su corazón, que los dos estaban muertos y que habían muerto por su culpa. Con todo, una parte de su ser le decía que Moloch no la había encontrado a través de ellos. Bill no conocía su paradero exacto y Patricia nunca hablaría.

Marianne se enjugó los mocos y las lágrimas con la mano.

Patricia nunca hablaría. Moriría antes que hablar.

*Dios mío, Pat, lo siento, lo siento mucho. Le tenía tanto miedo. Creí que no me cabía otra elección. Me maltrataba y empezaba a maltratar a Danny. Tendría que haberlo matado, pero entonces habría ido a la cárcel y no habría visto crecer a Danny. Ahora, sin embargo, si pudiera volver atrás, lo intentaría. Cogería un cuchillo mientras él durmiera y lo apuñalaría hasta que la sangre empapara el colchón y goteara al suelo. Lo apuñalaría una y otra y otra vez por todo lo que nos había hecho. Le haría cortes con el filo hasta dejarlo irreconocible. Lo haría para proteger a Danny, si no fuera...*

Si no fuera porque a veces, durante los últimos meses de convivencia, Marianne se despertaba en la cama, en mitad de la noche o cuando las primeras luces del alba se filtraban por las cortinas, y al volverse hacia él se lo encontraba despierto, mirándola fijamente, como retándola a luchar, como si le leyera el pensamiento y la invitara a medir sus fuerzas con él. Y al ver que ella no respondía, la atraía hacia sí y, sin ternura, la penetraba, sujetándole las manos contra la cama. No intercambiaban palabras, no se contaban intimidades. Sencillamente, era su manera de dejarle claro que podía hacer con ella lo que quisiera, que estaba viva por voluntad de él, y que esa voluntad tenía sus límites.

Si hubiera seguido con él no habría durado otro año, de eso estaba segura. A Danny quizá le habría dejado vivir, pero ¿qué vida le esperaba a su hijo con un hombre como aquél?

Por eso huyeron, y con eso contaminaron todas las vidas que habían tocado, y ahora Patricia y Bill estaban muertos por culpa de ellos.

Luego estaba Karen. Habían permanecido en contacto y hacía poco Marianne le había enviado una foto de Danny en su último cumpleaños, una foto en la que se lo veía con un churrete de chocolate en la cara y una corona de cartón en la que ponía su nombre en letras de colores. Se la había enviado desde Boston, adonde había ido de compras en su primera salida de Maine desde que estaban en la isla, con unas gafas de sol siempre puestas, el pelo muy recogido en un moño, sin maquillarse y creyendo que así pasaría inadvertida. Llamó a Karen aquella misma tarde desde un teléfono de South Station, antes de tomar el autobús de vuelta. El número que Karen le había dado era el de una línea privada. Sólo unas cuantas personas, en particular familiares y amigos, tenían aquel número. Si no estaba junto al teléfono, la llamada era desviada automáticamente a su móvil privado. De día o de noche, Karen no dejaría de

contestar a una llamada que recibiera en alguno de esos dos teléfonos.

Pero cuando Marianne la llamó hacía un rato, no había obtenido respuesta. ¿Habría hablado Karen?, se preguntó. Seguramente, aunque no de manera voluntaria. Marianne no sentía rabia ni rencor porque Karen hubiera revelado a Moloch su paradero. Al contrario, lo que sentía era la misma y terrible culpa que la atormentaba a causa de su hermana y de Bill. Su estupidez y egoísmo los habían expuesto a un gran peligro y habían pagado el mayor de los precios por amor a ella. Sólo esperó que Karen hubiera dicho todo lo que sabía al principio y se hubiera ahorrado algún sufrimiento.

Ya se veía la casa de Bonnie. Marianne redujo y apagó las luces, pero al acercarse vio que la casa estaba tranquila y el viejo Plymouth de su amiga aparcado en la entrada. Por la ventana del salón vio a Bonnie dormitando ante el televisor. Detuvo el coche con un frenazo delante de la ventana —la gravilla sonó bajo las ruedas como olas al romper—, corrió a la puerta y la aporreó. Bonnie tardó unos segundos en abrir.

—¿Dónde está Danny? —preguntó cuando su amiga le abrió.

Bonnie se retiró para dejarla pasar.

—En la cama. Puede quedarse si quieres. Eh, queri... —Quiso tocarla pero Marianne la apartó y corrió hacia la escalera—. ¿Qué ocurre?

Marianne subió la escalera de dos en dos, seguida de Bonnie. Abrió bruscamente la puerta del dormitorio y vio una de las dos camas vacías. En la otra estaba Danny dormido. Se apoyó en la pared, se puso las manos en las rodillas y dejó caer la cabeza con alivio.

—¡Ah, sinvergüenza! —exclamó Bonnie—. Richie ha debido de escaparse. Este chico es de lo que no hay. Tendré que llamar a Joe y pedirle que lo busque.

Marianne la agarró de la muñeca.

—Tengo que llevarme a Danny antes de que llames a nadie, Bonnie.

—Pero Richie está ahí fuera.

—Siempre está ahí fuera, Bon. Tengo que sacar a Danny de aquí.

—¿Por qué? ¿He hecho algo malo?

—Bonnie, ahora no puedo explicártelo todo, pero unos hombres vienen por Danny y por mí y va a haber jaleo. Tenemos que irnos de la casa y luego salir de la isla como sea.

Bonnie pareció consternada.

—Querida, no sabes lo que dices. ¿Qué hombres? Si tienes problemas, llamemos a la policía.

Marianne sacudió la cabeza. Le entraron ganas de agarrar a Bonnie y obligarla a entender. Quería pegar a alguien, descargar parte de su rabia y de su miedo. Y, sobre todo, quería tomar a Danny en brazos y llevárselo de allí. Venían por ellos. Moloch y sus hombres venían por ellos. Según sus cálculos, ya se dirigían resueltamente a su

casa, tratando de olfatear su rastro.

—No, nada de policía. Hice algo malo hace unos años. Tenía que hacerlo. Tenía que salvar a Danny y salvarme a mí misma. Ahora tengo que escapar de nuevo. Bonnie, por favor, ayúdame a vestirlo.

Bonnie le puso una mano en el hombro.

—Escucha —dijo—. Si hay una cosa que conozco, es a los hombres: a los hombres que se vuelven malos o a los que empezaron siéndolo. Si esa gente te ha encontrado una vez, es que pueden hacerlo de nuevo. No puedes pasarte toda la vida escapando. Tienes que hablar con Joe. Tienes que confiar en él.

—Bonnie, infringí la ley. Me llevé un dinero que no era mío. Si puedo salir de la isla con Danny, ya arreglaré eso.

—Querida, no puedes salir de la isla. Está nevando mucho, por si no te has dado cuenta. Han sacado todos los barcos del agua. Lo han dicho en las noticias. No va a venir ningún taxi hasta aquí y nadie en la isla va a salir en barco con este tiempo. Es demasiado arriesgado.

Marianne casi se dio por vencida. Era demasiado. Dejaría de escapar. Se lo contaría todo a Joe. Aún mejor, se echaría delante de su casa, con Danny entre los brazos, y esperaría a que la encontrasen. Así todo acabaría y por fin podrían descansar juntos.

—Bonnie —dijo, y esta vez su tono de voz estremeció a su amiga—. Tengo que irme.

Tell se quedó mirando la pistola con la que encañonaba a Willard. El chasquido del martillo percutiendo en falso parecía seguir resonando en el aire. Lo sentía retumbando en su cerebro. Miró a los ojos de Willard y supo que había llegado su hora con la misma certeza que si lo estuvieran encañonando a él y fueran a levantarle la tapa de los sesos. Tragó saliva e intentó golpear a Willard con el cañón. Willard lo esquivó y algo relampagueó en su mano. Tell sintió un fuerte dolor en la tripa cuando el cuchillo lo alcanzó. Willard se levantó, empujando la hoja hacia arriba y rajando el vientre de Tell. Éste pudo oler el aliento de Willard en su cara. Olía dulzón, como a perfume barato.

—Podía verlo en tus ojos —le susurró Willard—. Podía olerme lo que estabais planeando antes incluso de salir del puerto. Te rezumaba por los poros de la piel junto con el sudor. No tendrías que haber perdido de vista esa pistola.

Con el cuchillo en las entrañas, Tell daba sacudidas y se aferraba a los hombros de Willard.

—Él te dijo que lo hicieras, ¿verdad? Te dijo que me mataras.

Tell intentó hablar, pero sólo le salía sangre por la boca.

—Adiós —dijo Willard, y Tell murió sobre él.

Marianne llevaba a su hijo, al que habían vestido en cinco minutos y que estaba somnoliento e irritable porque lo habían despertado. Se despidió de Bonnie en la puerta y salió para su casa mientras su amiga los observaba con angustia. Necesitarían ropa, cosas de aseo. Sobre todo, necesitarían dinero. Sentó a Danny en su silla, le puso el cinturón y se miró el reloj. No quedaba mucho tiempo. Arrancó el coche y encendió los faros. Danny, detrás, se quedó dormido de nuevo.

«Lo siento, Danny, siento todo esto. Lo siento mucho».

En cuanto perdió de vista a Marianne, Bonnie Claessen se fue derecha al mueble bar y se sirvió un vodka. Se quedó mirándolo un momento y después, obedeciendo un impulso, fue a la cocina y lo vació en el fregadero.

Estaba preocupada por Marianne y por Danny, pero aún más por Richie. Seguramente no había ido lejos, y nunca le había ocurrido nada cuando deambulaba por la isla. Su hijo conocía bien el terreno y no se separaba de las carreteras y caminos. Pero el tiempo estaba poniéndose muy feo y esto era un factor que su hijo no habría tenido en cuenta cuando emprendió su excursión nocturna. No, tenía que llamar a Joe, por la cuenta que les traía.

Fue al recibidor, descolgó el teléfono y empezó a marcar. Pero dejó de hacerlo. No se oía tono de línea. Colgó y descolgó el aparato y lo intentó de nuevo, pero seguía sin línea.

No, se oía algo. Unos ruidos débiles. Como cuando uno escucha una caracola y oye, aunque muy tenue, el sonido del mar.

De pronto oyó la voz de Richie.

—*¡Mamá, mamá! Hombres malos. Hombres malos, hombres malos, hombres malos...*

—¡Richie! —lo llamó.

Oyó un sonido agudísimo, una especie de gemido eléctrico que casi le destrozó el tímpano, y apartó el teléfono. Cuando el sonido disminuyó, volvió a llevarse el auricular al oído.

—¿Richie? —Ahora Bonnie lloraba, y tuvo la sensación, inequívoca, de que lo había perdido, como una profunda oscuridad que la envolviera y la ahogara. Y de pronto la oscuridad se hizo real porque las luces se fueron y la televisión se apagó y el zumbido del frigorífico cesó. Y en medio de su pena y de su dolor, oyó un sonido que parecía un suspiro, como si un gran número de almas hubieran encontrado al fin la liberación que llevaban tanto tiempo buscando.



Marianne acababa de salir a la carretera cuando el coche se caló.

—¡No! —gritó—. ¡Ahora no!

Intentó arrancar, pero el coche no respondía. Podía volver a casa de Bonnie y pedirle prestado el Plymouth, pero para entonces su amiga habría llamado a la policía y volvería a discutir con ella, o insistiría en que primero tenían que encontrar a Richie, y perdería más tiempo, y Joe vendría, y ya no habría escapatoria.

Se apeó, abrió la portezuela de Danny y empezó a sacarlo de su silla.

—No, mamá. Tengo sueño.

—Lo siento, Danny, de veras que lo siento.

Lo tomó en brazos y salió corriendo.

El primero que se perdió fue Shepherd. Era el que cerraba la marcha, detrás de la mole de Dexter, que parecía un gran oso negro. Los bultos que había visto en el bosque lo habían desconcertado. Quizá Scarfe tenía razón: podía ser humo del fuego, o incluso las sombras de los árboles más altos que ese mismo fuego hubiera proyectado. Los había visto fugazmente, pero le había parecido que se movían de cara al viento, avanzando paralelos a ellos. Había intentado explicárselo a Dexter, pero éste sólo lo escuchó a medias.

—Será gente de la isla que acude a apagar el fuego —dijo—. Podemos ocuparnos de ellos cuando llegemos, o evitarlos. Lo mismo da.

Shepherd no creía que fuera tan sencillo. Es verdad que parecían seres humanos, pero juraría que llevaban pieles de animales, y seguro que incluso en aquella isla habían renunciado hacía tiempo a ponerse pieles de animales.

Continuaron caminando por la senda y Shepherd empezó a mirar atrás y a los lados más que a preocuparse por no perder de vista a Dexter. La nevada iba arreciando y el bulto osuno que avanzaba delante de él se volvía tan impreciso que sólo se distinguía de los troncos de los árboles porque se movía. Shepherd tropezó con una piedra y cayó de manos y rodillas en la nieve. Cuando se levantó, no vio a nadie delante y el camino había desaparecido.

—¡Mierda! —exclamó.

Se llevó los dedos a la boca, silbó y quedó a la escucha. No hubo respuesta. Silbó otra vez y luego dio unas voces. Ahora ya no le importaban las figuras que había entrevisto. Tenía una pistola y quienquiera que los siguiera debería de estar más loco que...

Que Moloch, se oyó concluir. Porque Moloch estaba loco. Todos lo sabían, aunque ninguno tenía agallas para decírselo a la cara. Aquella obsesión por la mujer los había llevado a un lugar extraño en medio de la peor tormenta de nieve que había

visto en su vida. Era una nevada en toda regla y ahora él se veía solo en medio de ella, cabreado a más no poder por el cariz que estaban tomando los acontecimientos. Él había ido porque le prometieron dinero fácil, cien mil atractivos dólares por un par de días de trabajo. Con esa pasta podía comprarse una parcela: una casita en algún sitio barato y tranquilo y quizás algunas acciones de alguna empresa. Como Dexter y Braun, Shepherd estaba cansado. Había pasado una temporada en la cárcel y en la cárcel se envejece pronto. Aunque los años en el trullo transcurren lentos, infinitamente lentos, parece que el envejecimiento se acelera. Dexter había visto salir a jóvenes hechos unos viejos tras una condena de cinco años, y a hombres mayores salir con un pie en la tumba después de diez. Shepherd dudaba de que pudiera sobrevivir a otra temporada entre rejas. Aquélla era su última apuesta y también la de Dexter y Braun, suponía, aunque Dexter había cambiado desde la última vez que se vieron. Ahora se pasaba el tiempo libre pensando en las musarañas o viendo aquellos putos DVDs en los que al final todos morían a mucha honra. Dexter había renunciado a la esperanza y ahora Shepherd no sabía si su colega estaba más cuerdo que Moloch. Más bien, su locura era más cabal.

Shepherd miró la brújula del reloj. Si se dirigía al nordeste, desandando el camino por el que habían venido, saldría a la carretera y luego podía seguirla hasta la barca. Tal como se presentaban las cosas, aquella barca iba a ser un foco de atracción para personas extraviadas. Llamó por última vez a los otros en vano, dio media vuelta y echó a andar en dirección al mar.

El primero que advirtió la ausencia de Shepherd fue Dexter, pero el viento soplaba con renovado ímpetu y les ululaba en la cara. Cuando abría la boca para hablar, los copos de nieve se le metían dentro como bichos en un día de verano.

—¡Eh! —exclamó.

Moloch y Scarfe se detuvieron.

—Shepherd no nos sigue.

Moloch, azotado por el viento, con las botas llenas de nieve, se acercó a Dexter.

—¿Desde cuándo?

—No lo sé. Acabo de mirar y no lo veo.

Scarfe se reunió con ellos, se llevó los dedos a los labios y dio un silbido. Sonó fuerte y agudo, pese al efecto amortiguador de la nieve. No hubo respuesta. Dexter le susurró a Moloch al oído:

—Esto está poniéndose jodido.

—¿Qué propones que hagamos?

—Volvemos.

—No.

—Ya sólo quedamos tres y no tenemos medios para comunicarnos. Propongo que

volvamos a la barca y esperemos a que esto acabe.

—¿Y entonces qué? ¿Crees que no van a limpiar las carreteras por la mañana?

—En cuanto amanezca, tío. En cuanto amanezca lo hacemos y nos vamos antes de que los de la isla empiecen a desayunar.

—Ella sabe que estamos aquí. Cuando amanezca, se habrá ido. Peor, puede que decida que lo mejor es confesárselo todo a la policía. Y si lo hace, amigo, estaremos bien jodidos. Seguimos.

—Escucha...

Moloch le dio un empujón.

—¡Seguimos! La zorra se está escapando. No tenemos mucho tiempo.

Shepherd no tardó en darse cuenta de que se había perdido. El bosque tendría que ir raleando, pero era al contrario: cada vez le parecía más tupido, aunque, según la brújula, siguiera caminando en dirección nordeste. Tenía que ir retirando las ramas de la cara. Llevaba los guantes llenos de savia y pegajosos y las mejillas arañadas. El único consuelo era que el manto de nieve del suelo no era tan espeso y que los grandes árboles que lo rodeaban lo protegían un poco de la tormenta.

Se apoyó en un tronco, sacó su Zippo, se encendió un cigarrillo y, protegiéndolo con la palma, dio una larga chupada, cerró los ojos y expulsó el humo por la nariz.

Cuando abrió los ojos vio a tres hombres caminando por el bosque a unos quince metros delante de él. Shepherd les silbó pero no le respondieron, así que tiró el cigarrillo y fue a su encuentro. Había recorrido unos metros cuando el hombre que cerraba la marcha se volvió.

No era Dexter.

Para empezar, Dexter llevaba un chaquetón negro y pantalones militares verdes. Aquel tipo llevaba una especie de prenda con capucha hecha de cueros y pieles. La capucha le tapaba la cara. Cuando se detuvo, los otros se pararon también y se volvieron a mirar a Shepherd.

De pronto, el último hombre le apuntó con su arma, y, Shepherd, aun a través de la nieve, pudo ver que era un arma antiquísima, de las que se cargan por la boca.

Shepherd se tiró cuerpo a tierra al mismo tiempo que el hombre disparaba y provocaba una nube de humo y un estampido como de cañón que resonó por el bosque. Cuando Shepherd miró, los hombres estaban desplegándose. El que acababa de hacer fuego corría recargando el arma.

Shepherd le apuntó con el arma y disparó dos veces. La necesidad de actuar con sigilo le importaba ahora un comino. Lo que él quería era sobrevivir. Vio que uno de los hombres se levantaba y disparó de nuevo. Comprobó con satisfacción que la bala le atravesaba las pieles y el hombre se desplomaba.

Pero se levantó de nuevo.

—No es posible —dijo Shepherd—. No es posible, joder.

Estaban cercándolo. Uno de ellos trataba de rodearlo para cortarle la retirada. Shepherd retrocedió sin dejar de disparar y cubriéndose con los árboles. Dos veces oyó los cañonazos de aquellas armas y uno de los proyectiles le pasó tan cerca que notó el calor en la mejilla.

Llevaba retrocediendo unos treinta metros cuando salió a un calvero. A sus espaldas había una serie de casas de troncos toscamente labrados, seis o siete en total. En la puerta de una de ellas vio el cuerpo de una mujer, desnudo de cintura para abajo. Tenía la cara y el cuello ensangrentados. Cerca yacían otros cuerpos, en diversos estados de desnudez y mutilación. Olía a quemado.

—No —dijo en voz alta, recordando la forma de la isla que había visto en el mapa de Moloch—. Yo me dirigía hacia la barca. Esto es...

*El sur. No puedo haberme extraviado tanto.*

La imagen se desvaneció y entonces se vio rodeado únicamente de piedras quebradas, tumbas viejas y una inmensa cruz de piedra cuya sombra caía sobre él.

Oyó el disparo casi al mismo tiempo que sentía que la tripa le explotaba. Soltó la escopeta y, sujetándose el vientre, cayó de rodillas. El cuerpo empezó a arderle, como si estuviera envuelto en llamas. El dolor era insoportable. Retiró las manos para examinarse la herida, pero la chaqueta estaba intacta.

*Pero me duele. Me duele.*

Oyó que se acercaba alguien haciendo crujir la nieve y, al volverse, vio a los tres hombres que iban hacia él, con la cabeza gacha y encapuchada, sosteniendo las armas al frente. Dos de ellos se detuvieron y el otro avanzó tanto que Shepherd pudo oler el hedor a animal muerto que el cazador desprendía. Quiso escapar arrastrándose, pero notó que una mano lo agarraba por la pierna y tiraba de él. Shepherd buscó en el interior de su chaqueta y encontró la culata del Colt. Se dio la vuelta, apuntó al hombre que lo arrastraba y le descerrajó seis tiros.

El cazador lo soltó y se quitó la capucha de pieles.

—¡Ah, joder! —gritó Shepherd, viendo al fin al ser que había ido por él. Y empezó a llorar. Nunca tendrían que haber ido allí. Era un error, un terrible error—. ¡Ah, joder, joder, joder, joder...! —Se puso el cañón de la pistola en la sien—. ¡Ah joder, joder...!

Y disparó.

Moloch y sus hombres oyeron los arcabuzazos y el tiro final que Shepherd se pegó. Dexter y Moloch se miraron pero no dijeron nada.

Willard, que seguía la carretera bordeando el bosque, se detuvo también al oír los disparos y luego echó a correr más rápido. Quería respuestas y los hombres muertos no podían dárselas. También quería creer en Moloch, asegurarse de que Tell había

actuado instigado por Dexter y por Shepherd, y no por el propio Moloch. Si Moloch tenía problemas, necesitaría su ayuda. Willard le mostraría su lealtad y Moloch le correspondería con su amor.

Y también Sharon Macy, que se calentaba con las llamas que envolvían la casa de Lubey, oyó los disparos. Sonaron a cierta distancia. Se quedó mirando el bosque, cuyos márgenes iluminaba ahora el fuego, y trató de distinguir algún movimiento en la espesura, pero no vio nada. Manteniéndose a distancia de las llamas, dio la vuelta a la casa y se escondió en las sombras.

Moloch parecía más tranquilo. Dexter lo observaba mientras caminaban hacia el fuego, pero no dijo lo que iba pensando. Ya habían perdido a dos hombres. Moloch podía tener razón: quizá Powell había desistido y se había vuelto a la barca, y lo mismo habría hecho Shepherd, pero él no lo creía. No casaba con ellos. Los había reclutado porque sabía que no se rajarían: Shepherd porque quería dinero, sobre todo, y Powell porque aquello prometía un poco de acción. Pero además habían aceptado porque a hombres como ellos no les quedaban muchas ocasiones de desquitarse de todo lo que odiaban: liberar a un recluso, perseguir a una traidora, matar a un policía. Tenían una disciplina casi militar. No eran la clase de hombres que se echan para atrás a las primeras de cambio.

Moloch dio un manotazo al aire, como espantando una mosca. «No», pensó Dexter, «no son moscas».

«Es más compañía indeseada».

Moloch sentía voces en su cabeza. Le susurraban, le decían cosas en un tono burlón y familiar, pero él no entendía las palabras. Y cada vez que notaba que los pies le resbalaban y debía agarrarse a un árbol o a una roca, tenía como una visión momentánea.

Sangre.

Hombres en los árboles.

Él encima de una mujer, que moría mientras él la violaba, moviéndose al compás el hombre y el cuchillo.

Y oscuridad; la sensación de estar atrapado en una mina, o en un dédalo de túneles, o en un laberinto.

Notó una mano en el hombro y pensó: *Grisés, son grises.*

—¿Estás bien?

Era Dexter.

—Estoy bien —contestó—. Estoy... —*Son grises y llevan luces*—... muy bien.

Braun iba dejando un rastro de sangre en la nieve. Nada podía hacer para impedirlo. Había tratado de restañar la herida producida por el balazo del policía, pero era una herida fea. Pese al frío, sudaba y estaba febril. Quería descansar, recostarse en una piedra y dormir, pero Dupree lo seguía. Lo había vislumbrado entre los árboles y pensaba que podía esperarlo en la oscuridad y tenderle una emboscada, pero temía que, si se paraba a descansar, perdería el conocimiento y sería un blanco fácil.

Y no huía solamente de Dupree. En un momento en que se había parado para recobrar el aliento y, apoyado en un gran abeto, con el brillante pelo rojo y los hombros cubiertos de nieve, estudiaba su copia del mapa rudimentario, oyó unos susurros y vio unas figuras grises avanzando a rastras por el suelo, para adelantarlo e impedirle escapar. El dolor le hacía delirar, se dijo. Su mente le hacía ver visiones, quería convencerlo de que había unas figuras grises que, agarrándose a las raíces y a las piedras con manos sarmentosas, se arrastraban por el suelo.

Braun miró la brújula del reloj. Lo que sí sabía era que, si seguía dirigiéndose al este, llegaría al centro de la isla y de allí podría tomar una senda para turistas que cruzaba el bosque y llevaba cerca de la casa de Lubey. Atravesó un macizo de vegetación y salió a un claro lleno de árboles secos, la mayoría poco más que palos blancos, con ramas muertas. Algunos habían caído de lado y se apoyaban en sus compañeros más robustos, formando aquí y allá arcos a lo largo de la senda. Braun observó la tierra negra que había a ambos lados y notó que los pies empezaban a hundírsele. Era un pantano, pensó, o algo parecido. Apretó el paso, ansioso de volver al amparo de los árboles. Si el poli lo pillaba allí, sería un blanco facilísimo.

Braun había recorrido la mitad del pantano cuando se dio cuenta de que las figuras grises habían dejado de seguirlo. Miró atrás y creyó atisbar sólo una forma de color claro que se movía de aquí para allá por la nieve como un perro rabioso atado a un palo. Braun apuntó y disparó un tiro. Ahora no le importaban ni el poli, ni Moloch, ni la mujer, ni el dinero. Lo que quería era no morir allí, entre aquellas cosas.

Percibió entonces movimiento a su alrededor. La superficie del pantano se ondulaba porque unas formas que buceaban por debajo afloraban por momentos. Braun disparó contra una, que salpicó una sustancia oscura y se hundió. Oyó a sus espaldas que se deslizaba algo y al volverse vio un cuerpo oscuro que entraba en el pantano: tenía los pies ajados y ennegrecidos, que se entreveían por debajo del sudario mojado, unas caderas aún redondas, una melena de cabellos blancos que se juntaron un momento en la superficie antes de hundirse en las aguas pantanosas.

«Es una mujer», pensó Braun.

No, lo fue.

De pronto se oyó una voz y Braun se volvió: era Dupree, que se cubría detrás de

un árbol y le apuntaba con la escopeta.

—Digo que la sueltas.

A Braun le entró la risa tonta.

Dupree no se explicaba lo que estaba haciendo el pistolero. Lo había visto pararse en medio del pantano y ponerse a disparar como loco contra los árboles y contra el agua. Probablemente sufría alucinaciones causadas por el dolor de la herida. Si era eso, su imprevisibilidad lo haría aún más peligroso. Aprovechó que el hombre se volvió con un rápido movimiento, al parecer distraído por algo que se movió por el suelo a sus espaldas, para tomar posición detrás del abeto más grande que encontró, y entonces le dio un aviso.

El hombre se volvió.

Dupree lo avisó por segunda vez.

El hombre se echó a reír e hizo fuego en dirección al policía.

Dupree apretó el gatillo y derribó al pistolero.

Braun recibió el tiro en la parte inferior del cuerpo. Resbaló y cayó de espaldas. Vio cómo los árboles se inclinaban extrañamente y por un momento quedó suspendido en el aire, en medio de copos de nieve. Luego dio con la espalda en el agua y su cabeza se hundió en el fango. Notó en la boca un sabor a podrido. Aunque el dolor empezaba a separar su mente de su cuerpo, la vida de la muerte, intentó levantarse. Sacó la cabeza y escupió barro y vegetación. Abrió los ojos, pero la vista se le nublaba. Pudo ver la mancha del poli, Dupree, que se acercaba por la senda con la escopeta en el hombro, y percibió a derecha e izquierda el movimiento de las cosas negras que convergían hacia él.

El poli estaba ahora a su lado. Braun se moría, percibía aquel tránsito como si fuera una oscuridad creciente, salpicada de rayas rojas semejantes a cortes en una piel quemada. Aquello llegaba lentamente, muy lentamente. Los seres del pantano eran más rápidos. Iban a alcanzarlo antes y él no quería eso. No quería morir de ese modo.

Reuniendo sus últimas fuerzas, Braun sacó la pistola del pantano y murió de un escopetazo piadoso.

Moloch apartó las ramas y se quedó mirando la casa de Lubey en llamas. La puerta del garaje estaba abierta y se veía el camión dentro, con el capó levantado y el chasis de la cabina que parecía la calavera llameante de un ave enorme. Scarfe y Dexter se situaron a su lado. Nadie dijo nada durante un rato.

—Parece que nos hemos quedado sin vehículo —dijo Dexter.

Scarfe se protegió la cara del calor de las llamas y pensó en huir de allí. Se arriesgaría con los rusos de Boston. Eran brutales, pero por lo menos no estaban locos. Se suponía que iba a ser sencillo: él debía preparar el terreno, ponerlos en contacto con Lubey y desaparecer. Luego se vio metido a piloto de barco, y ahora había policías asesinados, y subnormales traspasados por flechas, y la casa de su colega Carl ardía como si fuera una hoguera de Halloween, y Carl, estaba seguro, ardía también dentro. Scarfe tampoco albergaba muchas esperanzas de que la mujer a la que perseguían se salvara, y tampoco su hijo. Moloch no se conformaría con el dinero. No sabía lo que la mujer le había hecho, pero se imaginaba que debía de ser algo muy malo.

Se oyó un rumor de arbustos a la derecha de Scarfe y apareció una agente de policía. Empuñaba una pistola. Scarfe la miró y luego Moloch y Dexter se volvieron también.

Scarfe reconoció a Macy al mismo tiempo que ella lo reconoció a él.

—¡Ajá, esto sí es tener suerte! —dijo Scarfe.

Dexter ni siquiera esperó a que la agente hablara. Empezó a disparar de buenas a primeras.

«He sido muy lenta», pensó Macy, «lenta y tonta», pero el hombre negro había actuado con mucha rapidez y a ella no le quedó más remedio que correr. Los otros tampoco tardaron en reaccionar, y ahora el bosque parecía cobrar vida con todas esas ramas que caían, las hojas que volaban en pedazos, el silbido de las balas que derretían la nieve. Macy tropezó con una piedra y rodó por la pendiente que había detrás de la casa de Lubey, torciéndose violentamente el tobillo, hasta que fue a detenerse en medio de un montón de basura y chatarra. Era el vertedero particular de Lubey y apestaba. Se levantó, pero el tobillo cedió casi al instante bajo su peso y tuvo que apoyarse en un árbol. Oyó a los hombres arriba, pero los árboles de la ladera la ocultaban de la luz del fuego.

Hubo otro disparo. Macy pegó la cara y el cuerpo todo lo que pudo al tronco. Una bala hizo saltar la corteza a unos centímetros de su cara y ella no llegó a cerrar los ojos a tiempo de evitar que fragmentos de madera y savia la cegaran un momento. Algunos trozos se le metieron en la boca y la hicieron toser. Tosió procurando ahogar desesperadamente el ruido con la manga de la chaqueta.

Pero los hombres la oyeron.

Con gran destrozo de ramas, uno de ellos empezó a descender.

Macy, herida y asustada, se adentró en el bosque.

Mandaron a Scarfe.



Según el mapa de Moloch y las últimas indicaciones de Carl Lubey, debían de estar bastante cerca de la casa de la esposa de Moloch. Scarfe se ocuparía de la poli mientras ellos iban por la mujer. Lo esperarían en la casa misma de la mujer, luego cogerían un coche y volverían a la barca.

Parecía simple.

También Scarfe pensaba que parecía simple, aunque no tenía intención alguna de ir a la casa. Él no era un asesino. Nunca había matado a nadie, aunque estaba decidido a hacerlo si se veía obligado. La poli sabía quién era. Si ella escapaba, él lo pasaría canutas. En Maine no había pena de muerte, pero se pudriría entre rejas por su complicidad en los asesinatos si la agente de policía vivía para contar lo que había visto. Scarfe era un hombre débil y un cobarde, pero también perfectamente capaz de matar a un policía en aquellas circunstancias.

La pendiente del terreno empezaba a acentuarse. A Macy le costaba subir y la pierna derecha acusaba el esfuerzo. Procuraba no apoyar peso en el pie izquierdo, aunque ahora le doliera menos. Se había torcido el tobillo de mala manera, pero por lo menos no se lo había roto. Con todo, su perseguidor ganaba terreno. Con la nieve no podía verlo, pero sí lo oía. Sólo era uno, pero no estaba herido como ella y probablemente iba mejor armado.

De pronto, en medio de la cortina de nieve, vio ante sí una construcción alta: la torre principal de la isla, la que había inspeccionado aquel mismo día en su paseo iniciático. Atenta a las piedras y a las raíces, se dirigió a ella.

La puerta de hierro oxidada estaba entreabierta. Recordaba que había echado el cerrojo y enrollado la cadena. Alguien había estado allí después que ella. A sus espaldas oía a su perseguidor. No podía correr más, el tobillo le dolía demasiado. Después de dudarle un momento, entró en la torre, pisando cristales rotos que crujían. Por dentro, la puerta no tenía cerrojo. A la derecha, el tramo de escaleras de hormigón llevaba a la segunda planta. Empezó a subirlas y se detuvo.

Una mariposa nocturna golpeteaba contra una de las ventanas. Miró hacia arriba y a la luz tenue vio más insectos de aquellos volando por la estancia. Uno le pasó rozando la cara y ella lo ahuyentó de un manotazo. Instintivamente se limpió la mano en la pierna como si temiera que el contacto la contagiara.

Oyó ruido arriba. Era como el crujido de tablas al pisarlas. A Macy se le encogió el corazón. No tendría que haber ido allí. Caer en la cuenta de eso fue como un mazazo. Todo daba mala espina en aquel lugar. Era como una rata pillada en una trampa sin cebo o como un insecto paseándose por el borde de una jarra de agua azucarada.

Volvió a oír ruido, ahora más nítidamente. Macy creyó oír a alguien llorando. Parecía una niña.

—¿Hola? —dijo en voz baja—. Hola, ¿estás bien?

Scarfe vio una forma gris en la oscuridad que se movía casi a ras del suelo. Le apuntó con el arma, pero entonces percibió otra presencia entre los árboles y empezó a rotar lentamente, y luego otra detrás, formas que se movían sin cesar y, protegidas por la espesura, iban rodeándolo.

—¿Quién anda ahí? —susurró, más para sí mismo que para los demás. Y añadió, en voz más alta—: ¿Quién anda ahí?

El sonido del viento entre los árboles era casi ensordecedor. Delante de él empezó a levantarse una bruma y creyó ver figuras y, por un momento, incluso caras. A continuación las figuras se desplegaron, moviéndose más rápido, y empezaron a rodearlo.

Scarfe echó a correr, por un terreno cada vez más cuesta arriba, hasta que salió al claro de la torre.

Macy cruzó la estancia y se detuvo al pie del segundo tramo de escaleras. Arriba todo estaba oscuro, pero podía ver, vagamente, los márgenes del piso de madera. Apoyó la mano en la pared para guardar mejor el equilibrio y la retiró al instante porque notó que algo se había movido. Allí arriba había más mariposas nocturnas. Miró atentamente y vio que la pared de la escalera estaba cuajada de ellas. Macy retrocedió un paso y vio pasar una figura por lo alto de las escaleras. Fue una visión fugaz de algo menudo y gris, con el pelo rubio claro, envuelto en un vestido andrajoso que parecía la piel mudada de un insecto.

Era una niña, una niñita vestida de gris.

Volvió a oírse el llanto.

—Ven, cielo, baja —dijo Macy—. No tengas miedo.

—No, *sube tú*.

Pero Macy no se movió. No era la voz de una niña. Era la voz de un adulto. De un adulto enfermo. En aquella voz había deseo pese a que lloraba, y hambre. Macy siguió quieta, indecisa, y volvió a sentirse encerrada.

Y entonces decidieron por ella. Se oyó un escopetazo, seguido de otro. Momentos después oyó que la puerta de la torre se cerraba de un portazo y se hizo el silencio.

Willard era raro por muchas razones, entre ellas, por su falta de imaginación. No leía libros ni le gustaba el cine, ni siquiera veía mucha televisión. No necesitaba vivir en un mundo fantástico creado por otros. No: Willard se movía por este mundo y de él sacaba su propia realidad.

Pero incluso él sentía que pasaba algo con aquella isla. Sentía un zumbido en su cabeza que parecía una radio mal sintonizada. Creía percibir cosas que se movían a su alrededor, pero cuando fijaba la vista no veía nada. Willard se sentía el tema de una conversación que no podía oír, o el final de un chiste que no le habían contado.

Sopesó las opciones que tenía. Podía volver a la barca y regresar al continente, pero entendía poco de navegación y, aunque consiguiera arrancar el motor, con aquel tiempo no se sentía capaz ni de encontrar el continente. Pero también tenía cabos que atar y preguntas que requerían respuestas. Cuando dispusiera de toda la información que necesitaba, decidiría cómo actuar contra los otros.

Macy bajó las escaleras lo más silenciosamente que pudo, pisando con cuidado para no resbalar. Escuchaba con atención y una o dos veces creyó oír jadeos, como los de un hombre que recobraría el aliento después de un esfuerzo repentino al que no estuviera acostumbrado. Avanzaba con la espalda pegada a la pared e iba atenta al mismo tiempo a lo que ocurría arriba y a lo que ocurría abajo.

Llegó a la segunda planta y a los escalones de hormigón que bajaban a la primera. Una sombra cruzó por la ventana tapada con plexiglás que le extrañó y distrajo su atención. La sombra pasó de nuevo. Había algo que flotaba al otro lado de la ventana, que no se veía pero que le robaba la poca luz que había. Empezó a bajar el último tramo de escalones, moviendo la pistola arriba y abajo, para apuntar alternativamente al desconocido de la planta baja y a las tinieblas y a la niña que no era una niña de la planta superior. La oscuridad en la escalera era casi líquida, como si rezumara de las paredes y chorreara hacia abajo. Había bajado la mitad de la escalera cuando oyó un siseo, la mano de la niña de gris apareció entre la oscuridad y la empujó.

Macy perdió el equilibrio y cayó rodando por los últimos escalones de hormigón.

Marianne llegó por fin a casa y vio que la luz de la veranda estaba apagada y todo completamente a oscuras. Incluso las lamparitas que se encendían de forma automática cuando anochecía estaban apagadas.

*Están aquí. Han cortado la corriente y están esperándome.*

Pero entonces miró a la derecha y vio que la casa de Jack también estaba a oscuras. Eso nunca ocurría, porque el viejo siempre se quedaba hasta altas horas de la noche trabajando en su estudio. A veces, cuando en las noches de verano no podía dormir y se sentaba fuera, en la veranda, lo veía pintando sus horribles cuadros. Había habido un apagón, ni más ni menos, aunque eso no explicara que el coche se le calara. Una coincidencia, pensó. Si no, ¿qué otra razón podía haber?

Encontró las llaves, abrió la puerta, entró y la cerró bruscamente con el tacón. Llevó a Danny arriba y lo acostó en su cama, cogió dos bolsas del armario y empezó

a llenarlos de ropa: primero suya, luego de Danny. Tomó algunos juguetes y libros y los metió en las bolsas, y por último cerró las cremalleras.

Entonces abatió la escalera del desván y empezó a subir. La linterna no funcionaba y estaba segura de que había llenado su bolsa de ropa desaparejada, pero eso no importaba. Lo que importaba era la mochila que había escondida debajo de montones de trastos al fondo del desván. Caminaba con cuidado, con la mano al frente para evitar darse con la cabeza en el alero. Se arrodilló y empezó a retirar bolsas y cajas hasta que notó las correas de lona. Sacó la mochila, la arrastró hacia la puerta del desván y la dejó caer al vestíbulo.

Cayó con un ruido que sólo tres cuartos de millón de dólares pueden hacer.

Scarfe también había visto las sombras de fuera. Presa del pánico, y empuñando la pistola con las dos manos, intentó atinar a las figuras que se movían al otro lado de la ventana.

En eso se oyeron dos ruidos simultáneamente: un estrépito en los escalones que había en la otra punta del recinto, y un traqueteo en la puerta como si algo se hubiera arrojado contra ella por fuera. Pillado entre dos amenazas, Scarfe se pegó a la pared y oyó la voz de Macy:

—¡Policía! Suelta el arma.

Y entonces la puerta se abrió bruscamente. Macy vio que Scarfe se volvía a mirar hacia la puerta, apuntaba a algo y disparaba. Ella, consciente sólo del arma y de la amenaza que el arma suponía, hizo fuego al mismo tiempo y vio cómo el hombre salía despedido contra la pared y se deslizaba al suelo, a la vez que soltaba la pistola.

Macy se acercó a Scarfe y alejó el arma de una patada. En el vano de la puerta no había nada. Sólo nieve que entraba. El tiro lo había alcanzado en pleno pecho y sangraba por la boca. Quiso abrirle la chaqueta pero él le cogió las manos e intentó hablar.

—Dime —le dijo Macy—. Dime qué haces aquí.

—Elliot —susurró Scarfe—. ¡Moloch!

La miraba fijamente y la atraía hacia sí, pero de pronto desvió los ojos hacia un punto situado detrás de ella y la apretó con más fuerza. Macy aún no se había vuelto por completo cuando intuyó una presencia cercana, que revoloteaba como una mariposa nocturna en la oscuridad.

Era la niña de gris, que iba y venía rápidamente por el aire tratando de abrirse paso hacia el moribundo. Macy pudo verle los ojos, de un negro azabache en medio de la piel arrugada, y las puntas de los dientes medio ocultos por los labios de la boca redonda.

Macy le apuntó con la pistola, pero entonces Scarfe empezó a dar sacudidas, clavándole la uñas. La niña de gris se precipitó hacia él, pero Macy cubrió con su

cuerpo al moribundo y la obligó a retroceder de nuevo. Scarfe tosió y las manos se le distendieron al expirar. Macy vio que el rostro de la niña se crispaba y la cabeza y las manos le temblaban de pura rabia, y que acto seguido volvía a hundirse en las tinieblas del rincón. Segundos después, un enjambre de mariposas nocturnas salía de la oscuridad y desaparecía en la noche, formando una bruma que avanzaba contra el viento y se adentraba más y más en el bosque, en dirección al corazón de la isla.

Dexter y Moloch dejaron atrás la casa ardiendo y se dirigieron al sudeste hasta llegar a una carretera flanqueada por unos abetos que parecían columnas de un templo.

—¿Quieres el mapa? —preguntó Dexter.

—Sé adónde vamos —dijo Moloch. Parecía distraído, casi distante—. Tenemos que desplegarlos, atacarlos por todos lados.

Dexter se quedó mirándolo.

—¿Desplegarlos? Pero si sólo somos dos.

Moloch reaccionó como quien despierta repentinamente de un extraño sueño. De nuevo tuvo la sensación de vivir en mundos solapados, aunque con un desagradable sentimiento de separación. Hacía un momento iba rodeado de hombres dispuestos a acatar sus órdenes. Tenía fuerza y autoridad. Ahora sólo lo acompañaba Dexter y él se sentía débil. Cada vez era más intensa la turbadora sensación de que estaba menos vivo ahora que en el pasado, de que cada vez que cambiaba de mundo se dejaba algo de su ser en una vida anterior.

—¿Aún no han vuelto? —preguntó.

—¿Quiénes, Shepherd y Scarfe? No, aún no han vuelto.

Moloch asintió y señaló un punto.

—Ella vive justo ahí arriba. No tardaremos ni...

Se miró el reloj. Se le había parado.

—¿Sabes qué hora es?

Dexter llevaba un Seiko digital. En la pantalla verde se veían las cifras 88:88.

—No. El reloj no me funciona.

—No importa —dijo Moloch, aunque Dexter advirtió otra vez un eco indeciso en su voz. «No te me vengas abajo ahora, tío», pensó, «después de todo lo que hemos pasado».

Saltaron la cuneta, que estaba completamente cubierta de nieve, y tomaron el sendero. Y en el sendero casi se toparon con la mujer. Al verlos, ella dio un gritito de sorpresa, y cuando reparó en las armas empezó a retroceder.

—¿Adónde vas? —dijo Dexter. Se abalanzó sobre ella, la agarró del pelo y la llevó ante Moloch.

Bonnie Claessen se había olvidado del teléfono, del coche, de Joe Dupree. Se

había olvidado de todo. Algo se había quebrado en su interior cuando oyó la voz de su hijo resonando en un teléfono sin línea y se había refugiado en una bonita ilusión. Richie, su pobre, perturbado, amado hijo estaba ahí fuera, solo, perdido en la nieve, seguramente cansado y asustado. Tenía que encontrarlo y llevarlo a casa. No llevaba más que un abrigo desabrochado sobre el jersey y los vaqueros, y toda la ropa se le había cubierto de copos de nieve. Sus malas botas no le protegían bien los pies, pero ella no sentía el frío. Ya estaba perdida y ahora lo único que quería es que su hijo saliera de la oscuridad, con su chaquetón naranja destacando entre la nieve, la cara llena de alivio y amor por aquella madre que iba por él y lo abrazaba.

—Busco a mi hijo —dijo—. ¿Lo han visto?

Primero miró a Dexter, luego a Moloch, escrutó sus caras. Le resultaban familiares. De pronto, un relámpago de lucidez iluminó su nublada mente. Sacudió la cabeza y empezó a alejarse de los dos hombres sin apartar la vista de sus caras.

Eran los hombres malos de Richie, los hombres de la tele. Oyó la voz de su hijo gritándole sus últimas palabras.

«¡Mamá! ¡Mamá! Hombres malos. Hombres malos, hombres malos, hombres malos...».

Dexter supo por sus ojos que los había reconocido.

—¡Mierda! —dijo—. Vamos a...

El disparo sonó tan cerca de su cabeza que retrocedió aturdido, con los oídos zumbando. La mujer se desplomó y la sangre empezó a empapar la nieve. A su lado, Moloch enfundó la pistola.

—Podíamos habérnosla llevado —dijo Dexter—. Quizá nos habría ayudado.

—¿Me estás vacilando, Dex? —replicó Moloch, y Dexter supo que estaba loco. En aquella velada amenaza vio la sentencia de muerte dictada contra Willard, la decisión de dejar a Powell, a Shepherd y a Scarfe entregados a su destino y la obsesión que los había llevado a aquel lugar. Ya no era cuestión del dinero, ni de la mujer ni del niño. Quizá Moloch creyó en algún momento que lo era, pero no lo era. Había ido allí siguiendo algún designio secreto y todos los que lo acompañaban eran prescindibles.

Vamos a morir aquí, supo Dexter. Creo que siempre lo he sabido y sólo esperaba que no fuera cierto, pero esto será el fin. Ya no tengo otra elección que seguir hasta el final y aceptarlo cuando llegue.

—No —dijo Dexter—, no te estoy vacilando.

Se acercó a la mujer tendida y la miró. Estaba muy quieta. Los ojos parpadeaban y el pecho subía y bajaba. De la herida del seno izquierdo manaba sangre. Sus labios articularon una palabra.

—Richie —susurró, pues tenía a su hijo al lado. Él siempre había sido bueno con ella, siempre amable, pero ahora parecía transformado, y sus facciones tenían una

perfección escultural; y sus ojos, una vida y una inteligencia que nunca antes le había visto.

—Richie —repitió. Él la tomó de la mano, la levantó y se la llevó de allí para que no sintiera el tiro que Dexter le descerrajó.

Y atrás quedó el dolor para siempre.

Marianne estaba en la puerta de su casa cuando oyó los disparos. Sonaron cerca. A sus pies tenía dos bolsas de viaje llenas de ropa y llevaba a cuestas una mochila. Danny estaba sentado en una de las bolsas, medio dormido. Cuando oyó los disparos, levantó un momento la cabeza y luego volvió a bajarla, con la cara apoyada en las manos y los ojos medio cerrados.

—Vamos, Danny, tenemos que irnos.

—¿Adónde? —Lo dijo con aquel tono lastimero que tenía y por primera vez Marianne perdió la paciencia.

—A casa de Jack. ¡Venga, levántate, Danny! ¡Ahora mismo! O te levantas o te doy una zorra que estarás sin poder sentarte una semana. ¿Me oyes? ¡Arriba!

El niño rompió a llorar, pero por lo menos se levantó. Marianne agarró una bolsa en cada mano y con una de ellas le dio a Danny un golpecito que lo propulsó hacia la calle. Cerró la puerta con el pie y lo instó a dirigirse a la casa de Jack. Cuando llegaran, convencería al viejo de que los sacara de Dutch. Aunque no fuera más que a una de las islas vecinas, sería suficiente. Lo importante era salir de allí. Al andar, la pistola que llevaba en el bolsillo de la chaqueta le golpeaba en la pierna y le dolía, pero le daba igual. Había estado en la mochila con el dinero. Desde que huyó no la había limpiado y engrasado más que un par de veces, siguiendo las instrucciones de un vendedor de armas, y nunca había disparado con ella, ni siquiera en un campo de tiro. La usaría, sin embargo, si se veía obligada. Esta vez no tendría miedo. Esta vez aceptaría el duelo. Era más fuerte de lo que él había sospechado, más fuerte incluso de lo que ella misma creía. Lo mataría si tenía que matarlo, y alguna parte secreta de su ser esperaba que le dieran la oportunidad.

Desde lo alto de la cuesta, Moloch y Dexter los vieron salir de la casa, pero no fueron los únicos. A la derecha, a bastante distancia de ellos, casi en la misma casa de Jack, un guapo mozo rubio admiraba de nuevo, escondido entre los árboles, las bien torneadas piernas de la mujer, sus pechos turgentes bajo el abrigo abierto, las ingles ceñidas por los vaqueros. Ella tenía buena parte de la culpa de lo que estaba ocurriéndole, del repudio y abandono por parte del hombre al que tanto admiraba. Lo había engañado, había traicionado a su adorado Moloch, y él la haría pagar por ello. Recordó vagamente lo que les advirtió Moloch de no hacerle daño a la mujer, pero él



era ahora presa del hambre. Primero la obligaría a decirle dónde escondía el dinero y luego la remataría.

Después de todo, también él tenía sus necesidades.

Jack dormitaba en el sillón cuando oyó que llamaban a la puerta de la cocina. Había intentado pintar, pero no le salía nada. Una y otra vez se sentía atraído hacia la pintura en la que se veían grabadas las dos figuras, y pasaba los dedos por ellas preguntándose cómo habían aparecido allí. De pronto la luz se había ido y la calefacción también. El fuego de la chimenea fue apagándose y él sólo lo notó cuando empezó a sentir frío. Como no le quedaba leña dentro, se puso el abrigo y abrió la puerta dispuesto a desafiar el frío para ir por más al cobertizo en el que la guardaba.

Pero cuando se disponía a salir notó una presencia fuera.

No, no una presencia sola, sino muchas presencias.

—¿Quién anda ahí? —dijo, pero no recibió respuesta. Sin embargo, por entre la nieve que caía copiosamente, creyó ver una sombra que se movía contra el viento, algo gris que destacaba sobre el manto de nieve, como una telaraña o una capa vieja. Había más sombras a la izquierda y a la derecha. Parecían querer rodear la casa, esperar.

—¡Fuera! —dijo en voz baja—. ¡Idos, por favor!

Cerró la puerta, echó la llave y fue a comprobar las ventanas. Tomó una manta de la cama, se la echó por los hombros y fue a sentarse lo más cerca que pudo de las ascuas medio extintas. Pensó que se había quedado dormido un rato, porque soñó con sombras que se acercaban al ventanal, con caras que se pegaban al cristal, caras grises y ajadas que enseñaban las raíces de los dientes, de labios finos y pálidos, de ojos negros y ávidos. Golpeaban el cristal con uñas largas, golpeaban más y más fuerte hasta que el cristal estallaba, y entonces se abalanzaban sobre él y empezaban a devorarlo.

Jack abrió los ojos. Seguía oyendo que llamaban a la puerta y por un momento fue incapaz de distinguir entre sueño y realidad. Entonces oyó a Marianne Elliot que lo llamaba y fatigosamente se puso en pie, sintiendo las articulaciones agarrotadas por la mala postura que había tenido en el sillón. Se dirigió a la puerta de la cocina y vio a Marianne y a Danny, asustada y nerviosa ella, soñoliento y con la cara surcada de lágrimas él. Abrió la puerta.

—Entrad —dijo—. ¿Qué ocurre?

Marianne soltó las bolsas que llevaba, se arrodilló y abrazó a Danny.

—Siento haberte gritado, Danny. Lo siento mucho.

El niño rompió a llorar de nuevo, pero por lo menos la abrazó también. Marianne, con la cara de su hijo hundida en el cuello, miró a Jack con aire suplicante.

—Tenemos que salir de la isla.

—No es posible irse hasta que la nevada amaine —dijo él—. Hay poca visibilidad y el viento sopla muy fuerte.

—No podemos esperar.

Jack no dijo nada. Marianne entendió que quería saber más cosas.

—Danny —dijo—, ve dentro y tumbate un rato.

El niño no necesitó que se lo repitieran. Sorteó al anciano y se echó en el sofá, donde se quedó dormido al instante.

—He contado algunas mentiras —confesó Marianne, cuando vio a su hijo acurrucado y con los ojos cerrados—. Mi marido no está muerto. Lo metieron en la cárcel. Yo lo denuncié a la policía para que Danny y yo pudiéramos huir de él. Y... le quité dinero. Mucho dinero.

Abrió la mochila y le enseñó a Jack los fajos de billetes. Él abrió la boca asombrado y la cerró con un chasquido.

—No sé cómo lo consiguió, pero puedo imaginármelo y tú también. Ahora ha venido a la isla con otros hombres. Están cerca. He oído disparos.

Le tocó la mano.

—Mi coche no arranca pero tú tienes un barco. Sólo te pido que nos saques de aquí, aunque sea a otra isla. Si no nos vamos, nos encontrarán y me matarán y se llevarán a Danny.

Hizo una pausa.

—O a lo mejor matan también a Danny. Mi marido nunca lo quiso.

El anciano se volvió a mirar por la puerta batiente de la cocina al chico que dormía.

—¿Se lo has contado a Joe Dupree?

Marianne negó con la cabeza.

—Él te ayudará, lo sabes. Él es diferente.

—Tenía miedo, miedo de que me metieran en la cárcel y me quitaran a Danny.

—No entiendo tanto de leyes como para decir una cosa u otra, pero creo que se mostrarían más comprensivos.

—Pero sácanos de la isla, por favor. Ya pensaré en contárselo a alguien cuando nos vayamos.

Jack se mordió el labio y asintió.

—Muy bien, vamos a intentarlo. ¿Esto es todo lo que llevas?

—Es todo lo que me ha dado tiempo de coger.

Jack tomó una bolsa en cada mano y dio una patada a la mochila:

—Será mejor que lleves tú eso.

Entraron en el salón, Jack el primero. Marianne iba tan pegada a él cuando sonó el tiro que la sangre de Jack le salpicó en plena cara antes de que el hombre se

desplomara. Jack tenía un balazo en el hombro. Se llevó la mano a la herida, apretó las mandíbulas y empezó a temblar en un estado creciente de postración. Danny se despertó y empezó a llorar, pero Marianne no podía acudir a consolarlo. No podía moverse.

Lo único que podía hacer era mirar impotente a su marido, incluso mientras Dexter la registraba y le sacaba la pistola del bolsillo de la chaqueta. El hombre se la enseñó a Moloch.

Moloch sonrió.

—¿Es eso una pistola o es que no te alegras de verme? —preguntó.

Se le acercó y con la mano derecha le propinó un fuerte golpe que la derribó. Marianne cayó sobre una alfombra y quedó allí tendida un momento. Luego, arrastrándose por el suelo, se fue hacia Danny y lo abrazó.

—Abrazalo fuerte porque os queda poco tiempo para estar juntos —dijo Moloch.

Moloch se quedó mirando su reflejo en el cuadro. Su cara parecía flotar por encima de las olas que el viejo había pintado, y los dos brazos del arrecife eran como cuernos que le salieran de la cabeza y casi se tocaran por encima del pelo. Examinó el siguiente, una acuarela llena de verdes y azules, y luego volvió al primero. En esta versión, las olas eran muy oscuras, casi negras, y entre ellas destacaban peñascos blancos como cuerpos pálidos de hombres ahogados. Un rayo de luz de luna difundía una tenue claridad plateada por el firmamento. No se veían estrellas.

—Me gusta éste —dijo.

Jack, sentado en el suelo, con las manos atadas delante con un trozo de cuerda de tender la ropa, miró al intruso. Estaba mortalmente pálido y un rastro de sangre le cruzaba la mejilla. En la penumbra de la habitación, la sangre parecía negra comparada con la palidez de su cara, lo que creaba un extraño parecido entre el artista y la obra que Moloch observaba.

—Si te vas te lo regalo —dijo Jack.

Moloch torció la boca, como única muestra de que el chiste podía haberle hecho gracia.

—Una cosa he aprendido —dijo—. Que en la vida nadie regala nada. Aunque puedo decir, con bastante certeza, que si me jodes, no volverás a tener que preocuparte por el dinero.

Dexter estaba en pie detrás del sofá. La aparición de la mujer y del dinero parecía haber centrado la mente de Moloch. Ya no divagaba. Dexter empezó a abrigar cierta esperanza de salir vivo de aquello. Descansaba la mano en el cuello de Danny en una actitud que casi podía creerse protectora, si no fuera porque le clavaba dolorosamente los dedos, casi llegando a las vértebras.

—Dile que pare —dijo Marianne—. Es tu hijo. Dile que deje de hacerle daño.

Moloch se acercó al niño, que intentó apartarse pero se vio clavado en el sitio por la fuerte mano de Dexter. Moloch le tocó la mejilla con el dorso de la mano.

—Estás frío —dijo—. Como no tengas cuidado cogerás un buen resfriado.

Se quedó mirando a Marianne.

—No se me parece. ¿Estás segura de que es mío? A lo mejor es algo que esa guarra tortillera te inseminó con algún instrumento. Está muerta, por cierto, aunque supongo que ya lo sabes.

Marianne cerró los ojos y se mordió los labios para contener el llanto.

—Por cierto, he de decirte que por tu culpa ha muerto un montón de gente. Tu hermana, su marido, no sé cuántos en esta isla, y todo porque eres una zorra codiciosa que jodió a su marido. A ver cómo le sienta esto a tu conciencia.

Se volvió a Dexter.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

—Diez, quince minutos más o menos.

—No podemos esperar más a los otros, pero ahora que disponemos de un barco más a mano —y le propinó una patada en la pierna a Jack, que se estremeció de dolor—, parece que tenemos más tiempo que matar, nunca mejor dicho.

Agarró a Marianne del brazo, la levantó y se dirigió con ella a la habitación. Danny quiso alcanzarla, pero la mano de Dexter lo mantuvo quieto en el sofá.

—Ya tenía ganas de verte —murmuró. Le agarró el seno izquierdo y se lo estrujó—. Considera esto una visita conyugal.

Marianne intentó apartarse, pero él la empujó violentamente hacia la entrada.

—Hubo un tiempo —dijo Moloch— en que me rogabas que te hiciera lo que voy a hacerte ahora.

La puso contra la pared, le oprimió el cuerpo con el suyo y le apretó las mejillas hasta que los labios adoptaron la forma de un beso. Puso cara de tristeza.

—A lo mejor es que has olvidado los buenos tiempos —dijo—. Yo te prometo que, en todos los años que hemos pasado separados, no he estado con ninguna mujer.

Y empezó a besarla en la boca. Marianne forcejeó, emitiendo gemidos de asco que los labios de él ahogaban. Luego empezó a relajarse y a besarlo también. Moloch aflojó la presión con la que le apretaba las mejillas.

Y entonces ella le mordió el labio inferior con una dentellada tan violenta —los dientes se tocaron a través de la carne hendida— que casi se lo cercenó. Moloch dio un alarido y le soltó un puñetazo en la sien. Marianne cayó del costado derecho, aplastó una mesita y derribó un jarrón de flores recién cortadas que se hizo añicos contra el suelo.

Danny empezó a gritar.

Moloch se llevó la mano a la boca herida y trató de restañarse la sangre que manaba del corte. Se miró en el espejo del recibidor y luego miró a Marianne. Habló

tratando de no mover el labio destrozado y sus palabras sonaron distorsionadas, pero ella lo entendió. Todos los entendieron.

—Voy a descuartizarte por esto —dijo—. Después de follarte, voy a hacerte pedazos. Y luego haré lo mismo con el crío.

Se sacó la navaja del cinturón, abrió la hoja y avanzó hacia ella. La sujetó del pelo y empezó a arrastrarla por el recibidor, mientras Danny seguía gritando y Jack luchaba contra los nudos.

De pronto las puertas correderas reventaron y del pecho de Dexter salió un chorro de sangre. Cuando quiso volverse, otro disparo lo derribó sobre la chimenea. Dexter cayó entre las ascuas y rodó fuera. Un tercer tiro lo alcanzó en la región lumbar y al fin quedó quieto.

Willard entró por la destrozada ventana, pisando los cristales.

—Veo que os sorprende verme —dijo.

Joe Dupree casi veía la casa de Jack cuando oyó los disparos y el estrépito de los cristales. En la casa de Marianne no había nadie. Se imaginó que debía de haber llevado a Danny con Jack. Se acercaba a la casa por el oeste y, como los ventanales daban al otro lado, no podía ver lo que estaba sucediendo dentro.

Apretó la escopeta y empezó a rodear la casa.

Moloch le sonrió a Willard.

—Sabía que lo conseguirías —dijo.

Willard pareció confundido.

—Les dijiste que me mataran.

Moloch sacudió la cabeza.

—No, eso fue decisión de Dexter, y no me lo dijo hasta que nos vimos en apuros. Quise matarlo por eso, pero para entonces necesitaba toda la ayuda que pudiera tener. Hay algo en esta maldita isla que quiere que muramos todos, y si queremos salir vivos tenemos que mantenernos unidos.

Willard lo miró y Moloch pudo ver que quería creerlo. Si a alguien amaba Willard en el mundo era a Moloch.

—Si no hubieras matado a Dexter, lo habría hecho yo en cuanto llegáramos a tierra. No derramaré lágrimas por él.

Pese al dolor del labio, Moloch quería dar la impresión de que se compadecía y preocupaba por Willard. Parecía funcionar. La pistola, que apuntaba a Moloch, vaciló y cayó.

—Gracias, Willard —dijo Moloch.

Willard inclinó la cabeza.

—¿Qué hacías? —preguntó.

Moloch sacudió a Marianne por el pelo con brusquedad.

—Mi mujer y yo íbamos a hacer el amor, pero ahora he decidido pasar directamente al poscoito.

—¿Qué te ha pasado en la boca?

Moloch sonrió, con los dientes rojos.

—El amor muerde —dijo y miró a Jack—. ¿Tienes botiquín?

—En la cocina, debajo del fregadero.

Moloch señaló la cocina con la cabeza.

—Ve a ver lo que encuentras para mi boca —le dijo a Willard.

Willard echó un último vistazo a Dexter, que seguía inmóvil en el suelo, y se encaminó a la cocina metiéndose la pistola por el cinturón. La única muestra de vacilación que dio fue cierta resistencia a dar la espalda a Moloch. Seguía avanzando para atrás mirándolo cuando la puerta de la cocina giró sobre sus goznes y se cerró e impidió a los del salón ver que la manaza de Joe Dupree lo agarraba por el pescuezo. Willard echó mano de su arma, pero el gigante se la sacó con la mano izquierda y la dejó sin hacer ruido sobre el frigorífico.

Los pies de Willard empezaron a levantarse del suelo. Intentó emitir algún sonido, pero Dupree le apretaba la garganta con tanta fuerza que no pudo. Empezó entonces a dar patadas, esperando golpear las paredes o la puerta y alertar a Moloch, pero el gigante se lo llevó al mismo centro de la amplia cocina, donde no hubiera nada que Willard pudiera golpear para delatarlo. Willard intentaba alcanzar la cara del gigante, pero los brazos no le llegaban. Le clavó entonces las uñas en la mano, y le arañaba y se las hundía, aunque notaba que los ojos se le salían de las órbitas y los pulmones le ardían. Empezó a echar saliva por la boca y a dar sacudidas.

El gigante apretó entonces con más fuerza y los huesecillos del cuello de Willard empezaron a quebrarse.

Fuera, Moloch volvió la cabeza hacia la cocina, extrañado.

—¿Willard? —lo llamó—. ¿Todo bien?

Dejó el cuchillo y, sin soltar a Marianne, sacó la pistola. Se la apoyó a ella con fuerza en la sien y la obligó a avanzar despacio hacia el salón. Vio que Jack miraba a la derecha y el niño también. Moloch se asomó a la esquina.

Había una agente de policía en la ventana destrozada, empuñando un arma. La mujer disparó. El cristal del cuadro que Moloch tenía más cerca de la cabeza saltó hecho pedazos. Al mismo tiempo Dupree, agachándose un poco para pasar por la puerta, que llenó con su mole, salió de la cocina. Rápidamente, Moloch obligó a Marianne a erguirse por completo y la atrajo hacia sí, escudándose con su cuerpo, al tiempo que le clavaba el cañón de la pistola en la blanda carne del cuello, debajo de

la barbilla. Sólo Dupree pudo verlo. Macy siguió en la ventana, sin saber qué hacer. Moloch se colocó de manera que pudiera ver a Macy reflejada en el espejo del recibidor.

—¡Veo, veo! —dijo—. Quédate donde estás, nena.

Dupree permanecía quieto, encañonando a Moloch. Los dos hombres se veían por primera vez, arrastrados por fuerzas que no entendían muy bien, y unidos por circunstancias de las que apenas eran conscientes: el conocer los dos a la mujer que se interponía entre ellos; sus vínculos con la isla y el extraño y sangriento legado de ésta; sus respectivas condiciones, curiosamente parecidas, por ser ambos dos marginados y Santuario el único lugar del mundo que podía ofrecer una promesa de pertenencia.

—Suéltala —dijo Dupree—. Se acabó.

—¿De veras? —contestó Moloch—. Yo creo que acaba de empezar.

—Tus hombres están todos muertos y tú no podrás salir de aquí. Suéltala.

—No. Yo no pienso lo mismo. Mi mujer y yo acabamos de reunirnos después de una larga separación y tenemos muchas cosas que contarnos.

Moloch estiró hacia atrás la cabeza de Marianne y, pese al dolor que le causaba, la besó en la mejilla, dejándole una marca de sangre.

—Apuesto a que no te ha hablado de mí. Me sorprende. La gente tiene que ser sincera desde el principio, si no, ¿qué pueden esperar del mundo dos amantes?

Marianne evitaba mirar a Dupree por miedo a verle la cara. A su izquierda veía a Macy, que movía el arma esperando que Moloch le ofreciera un buen blanco.

—Sí, sé lo de mi mujer y tú. No me gusta que un hombre posea a la mujer del prójimo, le hayan dicho lo que le hayan dicho, pero me siento inclinado a perdonarte. Después de todo, te utilizó.

Dupree no pudo disimular su confusión.

—¿Qué crees, que se sintió atraída por ti, maldito monstruo? Esto no es la bella y la bestia. Esto es la vida real. Nos ha engañado a los dos, pero, ojo, no te castigues por eso. Es más lista de lo que yo creía y no puede negarse que es un bombón. Puede que no por mucho tiempo, pero ahora mismo casi todos los hombres darían lo que fuera por darse un revolcón con ella. Te ha utilizado, utilizado como a un centinela, como una especie de sistema de alarma para poder largarse con mi dinero cuando llegara el caso.

Marianne quiso decir algo, pero Moloch le clavó el cañón con tanta fuerza que temió que éste le saliera por la boca. Pero al menos se decidió a mirar a Dupree a la cara, para comunicarse con él, para manifestarle su vergüenza, su pesar, su miedo, sus sentimientos.

*Miente. Está mintiendo. Yo nunca quise herir a nadie, y a ti menos que a nadie.*

—Ella lo negará, pero eso es lo que tenía en mente. La conozco. ¡Joder! He

estado casado con ella bastante tiempo y aun así seguía pegándomela. A lo mejor incluso pensaba que podrías protegerla si las cosas se torcían. Bueno, por lo menos en eso acertaba, porque aquí estás.

Moloch vio en el espejo que Macy se movía hacia la puerta principal, con idea de cortarle esa salida.

—Nena, te digo que te veo. Como te muevas otro centímetro, le vuelo la tapa de los sesos a mi zorra.

Macy se quedó quieta.

—Suelta la escopeta —le dijo Moloch a Dupree—. Y tira también la Smith que llevas en el cinturón. No voy a perder tiempo contando hasta tres.

Dupree, contra todos sus instintos, hizo lo que le decía y lentamente dejó en el suelo primero la escopeta y luego la Smith & Wesson.

—Tú también, nena —dijo Moloch. Se mantenía de espaldas a la pared para ver a Macy con claridad. Ella no se movió.

—¿Crees que lo digo en broma? ¡Hazlo!

Macy empezó a bajar el arma despacio y Moloch volvió su atención a Dupree.

—Mírate —le dijo—. Eres un monstruo, un gigante jugando a ser un caballero de reluciente armadura. Pero no lees tus cuentos de hadas, Don Gigante.

Retiró la pistola de la cara de Marianne y apuntó a Dupree.

—Al final, el gigante siempre muere.

Apretó el gatillo y la garganta del policía se abrió como una flor nueva.

A Joe Dupree le pareció que todo ocurría muy despacio. Pensó que casi podía ver la bala partiendo el aire frío en dos y sentir cómo le penetraba en la piel poco a poco, milímetro a milímetro, desgarrando la carne y quebrando los huesos, y cómo salía por la derecha de la columna vertebral. Se desplomó de espaldas por la puerta de la cocina y cayó junto al cuerpo de Willard. Intentó respirar, pero la sangre le inundó enseguida la garganta. La puerta de la cocina quedó abierta, sostenida por su pie, y vio que Marianne se daba la vuelta, golpeaba a Moloch en la boca herida y se echaba sobre él intentando arrebatárle la pistola. Vio que Macy se movía por el salón, con el arma al frente, y lo miraba horrorizada. Vio que Moloch rechazaba a su mujer y corría hacia la puerta disparando, y que Marianne se apresuraba a cubrirse tras la esquina, mientras las balas hacían saltar trozos de yeso y pintura de las paredes.

Y Moloch se fue. Macy se quedó sin saber si seguirlo o acudir en ayuda de su colega herido. Al final corrió con Dupree, cojeando ligeramente con la pierna izquierda.

—No te vayas, Joe —dijo—. Pediremos ayuda...

Dupree la agarró de la camisa y la apartó.

Macy calló. Dupree no podía hablar, pero con la mano señaló en dirección al



hombre que acababa de escapar. Ella entendió y salió corriendo tras Moloch, no sin detenerse antes un momento y volverse a mirar al policía que agonizaba. Estaba ahogándose en su propia sangre.

Marianne fue con él. Estaba llorando. El niño se acercó por detrás y se quedó mirando a los dos hombres tirados en el suelo de la cocina.

—Lo siento —dijo—. Lo siento mucho.

Quiso quitarse la chaqueta para taparlo pero él le cogió la mano y se la llevó a los labios. Le besó los dedos y la mano le temblaba.

—No —murmuró ella—. Deja que te ayude. Hay que abrigarte.

Pero ella reparó en el charco de sangre que había detrás de su cabeza, sangre que manaba del orificio de salida que no veía, y entendió.

—No —repitió, en voz más baja—. No puedes...

El gigante tosió y empezó a convulsionarse. Ella trató de sujetarlo, pero era demasiado corpulento. Daba sacudidas agarrado al suelo y la nuca producía chasquidos irregulares.

Al poco los espasmos cesaron y Joe Dupree murió abriendo los ojos, como si de pronto hubiera entendido lo que era el mundo.

Moloch corría.

Percibía movimiento a su alrededor: ramas que se agitaban con el viento, hojas secas que revoloteaban y formas que permanecían en los márgenes de su campo visual, sin preocuparse de si las veía o no, y que lo seguían por el bosque. Llevaba la camisa y la cara manchadas de sangre, y notaba cómo se enfriaba en el aire nocturno. El labio le dolía, era como si cada vez que respiraba le pincharan con agujas. Oía ruido a sus espaldas y sabía que era la agente que lo seguía. Pensó en todo lo que quería hacerle a la mujer, en todo el dolor que quería infligirle a ella y a su mujer. Por lo menos había acabado con el policía grandullón. Algo es algo.

Se golpeó la cabeza con una rama rota que la violencia de la tormenta casi había partido, y cayó de espaldas dando un grito. Cuando el dolor de la boca y de la cabeza se le calmó, respiró hondo y echó a andar a trompicones por una estrecha senda que atravesaba un terreno pantanoso, hasta que salió a un claro en medio del bosque. Había piedras medio enterradas y en el centro se veía una sencilla cruz también de piedra. Avanzó lentamente hasta que llegó al pie del monumento. Los nombres que había grabados aún podían leerse, y alargando la mano y estirando los dedos ensangrentados, quiso palpar las letras. Tocó la piedra y...

*Hombres. Un bosque. Disparos. Mujeres.*

*Una mujer.*

Los empastes de la boca empezaron a hormiguearle y de pronto se sintió mareado. El suelo comenzó a desmoronarse bajo sus pies y él retrocedió tambaleándose. A su mente acudieron visiones de sufrimiento y muerte. Tuvo la impresión de estar tocando carne con las manos y oliendo pólvora en el aire. La tierra se abrió con estruendo y Moloch se precipitó en las tinieblas.

Marianne le dio la vuelta a Danny para que no viera el cadáver de Dupree y le escondió la cara entre los pliegues de la chaqueta como unos días antes —¿años antes?— había hecho él mismo para huir de la realidad del ave muerta. El cuerpo de Willard yacía en una esquina, medio oculto por la barra de desayuno. Danny no paraba de llorar, agarrado tan fuertemente a ella que le hacía sangre con las uñas. Jack se había levantado y ahora se hallaba en la puerta de la cocina, detrás de ellos.

Marianne buscó un cuchillo y le cortó las ataduras. Luego le quitó suavemente a Danny las manos de sus muslos y le dijo:

—Quiero que te quedes aquí con Jack, ¿vale?

Danny emitió un fuerte gemido y quiso aferrarse de nuevo a su madre, pero ella se lo impidió echándolo en los brazos de Jack, que lo sujetó todo lo que pudo, ciñéndolo por el pecho con su brazo sano. Marianne recogió del suelo la pistola de Dupree y se encaminó a la puerta de la calle.

—Estaré de vuelta antes de que te des cuenta, Danny. Cuida de Jack por mí.

Pero Danny no hacía más que llorar, y en el caos y conmoción del momento nadie reparó en que el cuerpo de Dexter había desaparecido.

Moloch estuvo cayendo lo que le pareció una eternidad, aunque no podían ser más que cinco o seis metros, pues cuando llegó al fondo seguía viendo la boca irregular del hoyo, tierra que se desprendía de los bordes y copos de nieve que caían. Abajo llegaba una claridad débil que lo teñía de gris, como si estuviera desvaneciéndose del mundo. El golpe le hizo atragantarse, y por un momento tragó bilis y sangre.

Olía a tierra húmeda y a putrefacción. Palpó a su alrededor y notó que tocaba lo que parecía cabello áspero.

*Una mujer. Cabello de una mujer.*

Rápidamente retiró la mano, conjurando el miedo. La poli venía tras él. Si se quedaba allí esperando, lo pillaría como a un animal atrapado. Tenía que salir de allí. Tenía que saber lo que lo rodeaba.

Se movió en la oscuridad agradecido de haber bregado durante horas con la nevada sin linterna, lo que había mejorado su visión. Descubrió que había estado tocando raíces de árboles, raíces que habían quedado al descubierto. Moloch soltó una risotada entrecortada, que fue muriendo en sus labios según se hacía cargo del lugar en el que se hallaba.

Era un hoyo semicircular de unos cuatro metros y medio de diámetro. A los lados había unas aberturas lo bastante grandes para que cupiera una persona arrastrándose boca abajo. Moloch se acercó a la mayor de las bocas, metió la mano por ella con cuidado —lo que espantó a algunos escarabajos— y tocó más raíces que colgaban del techo del túnel. Escuchó. Al fondo se oía agua que fluía. Se volvió a mirar el hoyo en el que había caído y luego las paredes de tierra. No podría escalar por ellas. O se quedaba allí esperando a que lo encontraran, o se aventuraba a internarse por uno de los túneles. Moloch no temía los recintos cerrados —en este sentido ni la prisión lo molestaba—, pero seguía sin convencerlo la idea de meterse por aquel agujero. Si más adelante se estrechaba, podría quedarse atascado, y tampoco sabía cómo ni por qué habían construido aquellos túneles. Con todo, se oía agua, lo que podía significar

que el túnel desembocaba en la orilla de un río o de una corriente, y pensó que más adelante podría atisbar alguna luz.

Se decidió, pues.

Se puso de rodillas y entró en el túnel.

Cinco o seis metros más arriba, Macy llegó al claro. Seguía afectada por la muerte de Dupree y por lo que ella misma había hecho en la torre. Hasta aquella noche, nunca había disparado con su arma en acto de servicio y apenas había tenido motivos para desenfundarla. Ahora había matado a un hombre y otro huía de ella, y Joe Dupree estaba muerto porque ella no había sido lo bastante rápida.

Joe Dupree había muerto por su culpa.

Tropezó con unas rocas. Vio las ruinas medio enterradas y la cruz de piedra que se elevaba en medio del pequeño cementerio. Se resistía a salir al descubierto. Su presa iba armada y no quería exponerse. Se agachó y examinó el entorno.

Vio que había sangre en la nieve al pie de la cruz.

Tragó saliva y se encaminó al centro del calvero. Casi había llegado cuando pisó en vacío, se le hundió la pierna, perdió el equilibrio y cayó de espaldas. Rápidamente se apartó del hoyo, temiendo que le dispararan desde abajo, pero no ocurrió nada. Contó hasta cinco y avanzó de nuevo hacia el borde, muy despacio. El agujero era reciente. Se veía tierra oscura y cuando tocaba las raíces de los árboles las notaba húmedas. Se asomó al hoyo, sacando muy poco la cabeza para ofrecer el menor blanco posible. No vio nada, aparte de la tierra que había caído, ramas partidas y una leve capa de nieve en el fondo.

El asesino de Joe Dupree estaba allí abajo. Tenía que estar allí.

Se disponía a descender cuando la agarraron del hombro. Alzó la cara y vio a Marianne Elliot detrás de ella.

—No —dijo Marianne—. Tienes que irte de aquí. Las dos tenemos que irnos de aquí. Ya.

Aunque seguía nevando de forma copiosa, a Marianne le fue fácil distinguir el rastro dejado por Moloch y por Macy. Se dirigían al Asentamiento. Marianne los siguió con cuidado, observando el bosque y tratando siempre de protegerse tras los árboles, pero no vio a ninguno de los dos. Iban muy por delante.

Casi había llegado al claro cuando notó que algo le rozaba el pie. Miró al suelo y vio una figura gris que pasaba rápidamente, envuelta en andrajos, con la piel apergaminada y mechones de pelo que sobresalían por entre los pliegues de la mortaja. Parecía flotar a ras del suelo sin dejar huellas, y asiéndose con sus delgadas manos a las rocas y las raíces, se impulsaba hacia delante como un buceador que

explorara el fondo marino. Marianne se apartó de aquel ser y con las piernas rozó a otro que se deslizaba también como el primero, al parecer sin reparar en su presencia.

Alzó la cara y vio que estaba rodeada. Eran formas grises que se movían de aquí para allá por el suelo, algunas grandes como seres humanos adultos, otras pequeñas como niños. Vislumbró rostros hundidos entre pliegues de vestidos y mortajas, pies quebrados, piel rasgada, y ojos negros y grandes. Clavada en el sitio, quiso gritar, pero no pudo.

Entonces se oyó una voz, y era la suya, aunque no salía de ella.

—*Vete* —dijo la voz, y Marianne creyó sentir una mano que la rozaba y ver...

*A un hombre que se le echaba encima, un Moloch que no era Moloch, y sintió que la penetraba, y que le clavaba el cuchillo y la rajaba. Se moría, y otros morían también a su alrededor.*

Oyó la voz de nuevo, una voz queda, de mujer.

—*Vete.*

Y las formas grises seguían yendo y viniendo a su alrededor, desaparecían bajo las piedras y los troncos de los árboles, y descendían por oscuros hoyos al mundo subterráneo.

La última en descender bajo tierra fue una mujer. Marianne le vio el bulto de los pechos bajo la ropa, y el pelo largo que ondulaba tras ella y barría levemente la nieve. Antes de desaparecer se volvió hacia ella y Marianne vio su propia cara. Era una cara destruida por viejas heridas, con la nariz rota, los pómulos aplastados, los ojos negros como roídos por un terrible cáncer, pero seguía siendo una cara que se parecía a la suya.

Entonces la mujer encontró un hueco entre las raíces de una gran haya y desapareció.

Dexter consiguió salir al patio de la casa del anciano y, arrastrándose a trompicones, llegó a los árboles. Se había metido fajos de billetes por la cintura de los pantalones, billetes que ahora estaban empapados en sangre. Delante vio un estrecho sendero que llevaba desde el borde del acantilado hasta la orilla del mar. El barco debía de estar allí. Si conseguía llegar hasta él, se aventuraría a zarpar. Si se quedaba en la isla, lo encontrarían o moriría.

Se apoyó en un árbol para recobrar el aliento, pero cuando quiso erguirse vio que no podía. Lo habían alcanzado demasiados tiros. Había perdido demasiada sangre. Se sentía desfallecer.

Se dejó caer tronco abajo hasta llegar al suelo. La nevada empezaba a amainar, advirtió. La nieve caía ahora menos copiosa. Estiró las piernas y se sacó el dinero de los pantalones. Los billetes estaban tan manchados de sangre que apenas si podía ver su valor. Quitó la tira de papel de uno de los fajos, lo sostuvo en la palma y vio cómo

el viento se llevaba los billetes, algunos se elevaban en el aire, otros revoloteaban por el suelo.

Dexter advirtió que entre los billetes se movían otras formas. Una de ellas vino a posarse en su pierna. Estiró la mano y tocó delicadamente las alas de la mariposa nocturna. El insecto las agitó entre sus dedos y echó a volar. Dexter siguió su trayectoria hasta que se posó en una niña que había de pie entre los árboles, mirándolo. Podía verle el pelo largo y claro, pero la cara estaba en penumbra. Parecía una mariposa nocturna también, pensó Dexter. Llevaba una capa puesta, de manera que cuando extendía los brazos parecía que tenía alas.

—Eh —dijo Dexter—, ¿no querrías ayudarme? —Tragó saliva—. Quiero llegar al mar. Tengo dinero. Podrías comprarte algo bonito. —Le tendió un fajo de billetes. La niña dio un paso al frente—. Eso es —dijo Dexter—, acércate. Si me ayudas te...

Los pies de la niña de gris no tocaban el suelo. Avanzaba flotando hacia él, con los brazos abiertos, los ojos negros brillando, la piel arrugada y putrefacta. Dexter abrió la boca para gritar y la niña de gris aplicó sus labios a ella. Le agarró la cabeza y con las rodillas le sujetó los brazos contra el tronco. De sus bocas unidas empezó a manar sangre mientras Dexter daba sacudidas y la vida iba pasando poco a poco de él a la niña de gris, una vida que ella quitaba a cambio de la que le habían quitado.

Finalmente, la niña de gris se apartó del hombre muerto, cerrando un momento sus ojos negros extasiada, y entre mariposas nocturnas que caían muertas siguió por fin a sus compañeros a las profundidades.

Moloch había recorrido ya tres metros y el túnel, en lugar de estrecharse, parecía ensancharse. Se detuvo y escuchó. Si la poli decidía seguirlo por allí, lo pondría en un serio apuro, pero no creía que lo hiciera. Era un hoyo bastante profundo. Él estaba sorprendido de no haberse herido en la caída. No, la poli esperaría, quizá buscaría una cuerda. No se arriesgaría a quedarse atrapada con él bajo tierra. Siguió avanzando.

Había recorrido dos o tres metros más cuando creyó oír algo a sus espaldas. Se detuvo y comprobó que todo estaba en silencio.

Estoy poniéndome nervioso.

Entonces lo oyó de nuevo, más nítidamente. Por un momento pensó que era tierra que se desmoronaba y sintió pánico al pensar que el túnel podía hundirse y él quedar atrapado. Aguzó el oído y se dio cuenta de que era el ruido de alguien rascando la tierra, rascando con uñas y manos, el mismo ruido que probablemente estaba haciendo él desde que se internó en el túnel. Quiso volver la cabeza, pero el túnel aún era demasiado estrecho para permitirle ver bien lo que había detrás.

La poli. Tiene que ser la poli. Al final ha bajado. Quizá llevaba cuerda, o ha encontrado alguna entre la basura del bosque.

Mierda.

Siguió avanzando, ahora más rápido. Estaba seguro de que podía oír agua. Dios, hasta podía olerla. Por el túnel empezaba a correr aire frío. Lo notaba en la cara, inspiró hondamente y...

Y de pronto cesó. Moloch se detuvo de nuevo. La corriente de aire se había interrumpido. Pero no oyó que nada se derrumbara. Algo había obstruido deliberadamente el túnel.

El ruido de detrás se oía ahora más cerca, y el olor a agua y a bosque había dejado paso a otro olor, un olor a carne rancia que hubiera cocido mucho tiempo, a asadura pasada, que le dio náuseas. Notó que en el túnel se filtraba luz, una luz plateada, casi gris. Dio las gracias por ello, aunque no pudiera identificar la fuente. No quería quedarse atrapado allí en la oscuridad con...

¿Con qué?

Volvió de nuevo la cabeza y comprobó que esta vez sí tenía espacio suficiente para ver lo que había a sus espaldas. Levantó el pie derecho y miró atrás. La pared del túnel se curvaba ligeramente pero aún podía oír el ruido. Le pareció que ahora sonaba más cerca. Era la agente, le daría un aviso.

*Si era la agente.*

—¿Quién va? —dijo.

El ruido cesó, pero Moloch sintió que su perseguidor estaba justo detrás de la curva del túnel, casi a la vista.

—Llevo un arma —dijo—. Más te vale dar media vuelta. Si te oigo seguirme, la usaré.

La luz pareció intensificarse a su alrededor. Había gusanos de color gris blanquecino que brotaban de la pared del túnel, que se enroscaban, que sondeaban...

Moloch vio entonces las uñas de los dedos pálidos y las heridas en el dorso de la mano, heridas que nunca cicatrizarían.

Se volvió y se oyó a sí mismo sollozando de miedo.

Y en los últimos momentos de vida que le quedaban, vio una cara, una piel gris y apergaminada, un pelo que eran unos cuantos filamentos pegados al cuero cabelludo, unos labios separados y unas encías retraídas que dejaban a la vista la raíz de los dientes. Pudo ver los profundos cortes de la cara de la mujer, los estragos causados por puño y cuchillo. La lámpara que ella llevaba en las manos lo iluminaba con una claridad tenue, pues incluso en los lugares más oscuros los muertos necesitan luz.

Moloch aspiró el aliento de la mujer, fétido, y oyó su voz —«Me conoces, esposo»— al tiempo que la luz se extinguía y él quedaba sumido en la oscuridad.

—Está ahí abajo —dijo Macy—. No puede escapar.

Pero Marianne la apartaba.

—Tú no lo entiendes —dijo—. Ahí abajo hay algo más.

Macy la miró. Recordó lo ocurrido en la torre, y la niña suspendida en el aire, y la cara que puso Scarfe cuando miró hacia el bosque y vio lo que lo perseguía.

Macy echó a correr. Con un fragor sordo, la tierra empezó a hundirse bajo sus pies. Aceleró, y Marianne corría con ella. Las dos mujeres corrían al mismo tiempo que el suelo se abría y se tragaba las piedras, la cruz y todos los vestigios del Asentamiento, ahogando los últimos gritos de Moloch en el fragor de la destrucción.



Barron estaba sentado en el todoterreno junto a la Portland Marine Company, con una taza de café del 7-Eleven de Congress vacía en el posavasos que había a su derecha, y oyendo a los Cheap Trick en una emisora de radio para trasnochadores. Habían pasado uno o dos coches patrulla, pero como el todoterreno era un vehículo más de los que había estacionados en el aparcamiento, ni él se había agachado, ni los policías habían reducido siquiera la velocidad. Seguía nevando, pero el viento había amainado un poco. El habitáculo estaba bien caldeado, porque tenía la calefacción a tope, pero no se había quitado ni los guantes ni el abrigo.

Barron se había pasado casi toda la tarde discutiendo qué hacer con el detective privado que iba por ahí metiendo las narices donde no lo llamaban. La gente escuchaba a Parker y sólo era cuestión de tiempo que alguien con verdadera autoridad hiciera caso de lo que decía acerca de que en la zona había suelto un pedófilo, y posiblemente un pedófilo con uniforme de policía.

Su único recurso eran los hombres de Boston. Estaba vendido a ellos y sabía que siempre lo estaría. Si les decía que se encontraba en un apuro, quizás estuvieran dispuestos a ayudarlo. A los rusos les importaba un cojón la reputación o la influencia. Lo que ellos querían era dinero y lo que amenazara su fuente de ingresos, o sus contactos celosamente cultivados, sería eliminado sin vacilación. Hubo un tiempo en que esperó que le permitieran irse, pero era una esperanza vaga. Tan vaga que quizá lo mejor era rendirse a la evidencia y sacar provecho de su situación.

Miró de nuevo el reloj del salpicadero: casi medianoche. Todo estaba tranquilo. Si los colegas de Scarfe volvían efectivamente al puerto, podrían llevarlo a cabo sin problemas. Barron incluso había visto un par de barcos con muchas luces haciéndose a la mar, ahora que la nevada empezaba a amainar y el viento soplaba con mucha menos fuerza. Las calles estaban desiertas y el viejo Gran Am de Scarfe estaba aparcado a menos de tres metros, junto con dos furgonetas. Disponían de vehículos. En cuanto llegaran a Portland estarían sanos y salvos. Él había hecho todo lo que tenía que hacer. Había esperado, había estado al tanto de lo que se decía en las dos radios policiales. Tenía el móvil preparado y el número que le habían dado los hombres de Boston escrito en una servilleta, en lugar de grabado en la memoria del teléfono, por si las cosas se complicaban.

De pronto la radio policial arrancó a funcionar y lo siguiente que supo Barron fue

que un helicóptero se disponía a volar a Dutch, la guardia costera se dirigía también allí y había tanta policía armada embarcándose con el mismo destino que parecía que iban a invadir la isla. Barron arrancó y partió.

Todo se había jodido, como suponía.

Barron se deshizo del todoterreno en Hoyt's Pond, recuperó su propio coche y se dirigió a casa. Se pasó las dos horas siguientes yendo y viniendo por su apartamento, preguntándose si no sería mejor escapar, temiendo que Scarfe lo hubiera delatado y sus colegas estuvieran yendo ya por él. Al rato decidió que tenía que informarse. Volvió a Commercial Street y se las arregló para encontrarse con uno de los detectives de la comisaría central, que lo puso al corriente del caso. Dupree había resultado muerto, a manos de personas que aún no habían identificado. Algunas de ellas, quizá todas, estaban también muertas, aunque seguían rastreando la isla. Macy se había estrenado: se había cargado a Scarfe, que parecía ser cómplice de aquella gente. Barron se alegró muy particularmente de saber esto último. Si hubiera salido vivo, no habría dudado en denunciarlo a la policía.

Aliviado, Barron volvió a casa y sintió que el viejo deseo empezaba a apoderarse de él, a causa en parte de la tranquilidad que había sentido al conocer lo ocurrido en Dutch. Sus apetitos le habían hecho jugarse el trabajo y exponerse a acabar en la cárcel por gente a la que ni siquiera conocía, pero seguía siendo incapaz de controlarlos. Lipska, el polaco bajito que actuaba de representante de Boston en Maine, le había prometido, aunque lo chantajeaba en nombre de otros, cierta recompensa si llevaba a cabo lo que le decían. Barron sintió que se le hacía la boca agua y que la querida comezón le acudía a la ingle. Hizo la llamada.

—Sí, soy yo. Algo ha salido mal y la policía está yendo a la isla.

Le contó a Lipska lo poco que sabía.

—Ahora quiero lo que me corresponde.

Cuando oyó lo que el otro contestó dio un suspiro.

—Sí, sé que aún no he pagado, pero me prometiste algo fresco, con un pequeño extra por mi tiempo.

Barron sonrió.

—Tío, tú sí que sabes. Estaré esperando.

Barron vivía en las afueras de Forest, cerca de la universidad. Su apartamento ocupaba toda la planta superior del edificio, y los cuartos de abajo los tenía alquilados a estudiantes y a enfermeras de Maine Medical. Los inquilinos le pagaban a él, sin saberlo. Barron usaba una agencia. Para ellos, era otro inquilino. No quería que lo molestaran.

Cogió una cerveza del frigorífico, fue al baño, encendió unas velas, abrió el grifo de la bañera y con los dedos comprobó la temperatura del agua. La quería más bien caliente, para que cuando llegara el paquete se hubiera enfriado lo justo. Se desnudó, se puso una bata, puso música a poco volumen. Estaba por ir a la cocina a coger otra cerveza cuando oyó que llamaban a la puerta. Sin tocar al timbre, sin llamar por el interfono. Fue al dormitorio, cogió la pistola de la mesita de noche y fue a abrir la puerta con el arma colocada a un lado y algo a la espalda. Miró por la mirilla y, más relajado, abrió la puerta.

Era un chico de unos quince o dieciséis años como mucho, la edad que a él le gustaba. Tenía el pelo moreno y la tez pálida, y debajo de los ojos se le veían unas manchas rojas. A decir verdad, Barron pensó que parecía enfermo, y por un momento se preguntó, preocupado, si no tendría el sida, pero Lipska le había dicho que estaba sano, y una cosa sí tenía Lipska: nunca mentía en cosas como ésta.

—¿Cómo has subido? ¿Me he dejado la puerta abierta? He debido de dejarme la puerta abierta.

Barron se oía a sí mismo parlotear pero, ¡caramba!, el chico tenía algo. Parecía de otro mundo. Barron tuvo la seguridad de que esa noche sería especial. Se echó a un lado para dejarle pasar y reparó en sus pantalones burdos y descoloridos, en su camisa de algodón áspero, en sus pies descalzos. ¿Descalzos? ¿Cómo se le ocurría a Lipska traerlo descalzo, en una noche como aquélla?

—¿Te has dejado los zapatos en el portal? —preguntó Barron.

El chaval asintió. Olía a limpio, como a mar.

—Sí, apuesto a que estaban chorreando. Mañana podríamos salir y comprarte unas zapatillas.

El chico no contestó. Se quedó mirando hacia el cuarto de baño. Salía vapor de la bañera.

—¿Te gusta el agua?

El chico habló por vez primera.

—Sí.

Siguió a Barron al baño, frotándose los dedos con el pulgar, unos dedos llenos de estrías que las olas habían marcado en la piel como surcos de un viejo disco que esperara el toque de la aguja para volver a la vida.

—El agua me gusta muchísimo.

Lipska llegó cuarenta minutos después y tocó el timbre. No contestaron. Tocó dos veces más y tanteó la puerta. Se abrió. Le hizo una seña al chico que esperaba en el coche y el chico se apeó. El joven llevaba unos vaqueros, una camiseta blanca y una chaqueta negra de piel. Siguió a Lipska adentro tiritando.

Cuando llegaron al apartamento de Barron, encontraron la puerta entreabierta.

Lipska llamó una vez, luego otra, más fuerte. Empujó la puerta y el pestillo cedió. Dentro había agua en el suelo; no mucha, como si alguien hubiera salido de la ducha o del baño sin secarse bien. A la izquierda se veía la puerta del baño entornada y se oía gotear el grifo. La única luz salía de allí.

—¿Barron? —lo llamó—. Barron, tío, ¿estás ahí? Soy yo, Lipska.

Fue al baño y abrió la puerta. Vio al hombre desnudo, con las rodillas sobresaliendo del agua, la cabeza sumergida, los ojos y la boca abiertos, un brazo colgando por fuera de la bañera; notó también el leve olor a agua salada que flotaba en el aire.

Se volvió al chico, que se había quedado en la puerta.

—Vámonos —dijo.

—¿Y mi dinero? —preguntó el chico.

—Yo te doy tu dinero —contestó Lipska—. Olvida que has estado aquí. Tú olvida que has estado aquí...

# Epílogo

*La mejor manera de saber lo que puede venir es recordar lo que pasó.*

GEORGE HALIFAX (1633-1695)

Marianne miraba por la ventana a su hijo, que estaba sentado en un pequeño banco de madera al fondo del jardín. Desde allí, a través de las ramas de los árboles, se vislumbraba el mar. Estaba de pie ante el fregadero, con las manos inmersas en agua jabonosa, esperando a que su hijo se moviera, pero su hijo no se movía.

«No ha llorado», pensaba. «No ha llorado desde la noche en que Joe Dupree murió. No me ha pedido que nos vayamos de aquí, aunque de momento tampoco podemos. Aún están investigando lo ocurrido. Ha muerto gente y ha invadido la isla un alud de periodistas que preguntan a todo el que ven por la calle. Han pasado dos semanas pero ellos siguen haciendo preguntas».

Muchas personas han muerto por culpa de ella: ha muerto Bonnie Claessen y también Richie. El cadáver de éste lo encontraron en la orilla del mar la noche siguiente a la nevada, junto con el de otro hombre, ensartados ambos en una flecha. A Joe Dupree, el hombre que compartió su cama, lo enterraron la semana anterior. Ella lloró ante su tumba, atormentada por la idea de que murió creyendo que lo había utilizado y de que no sentía nada por él. La policía se negaba a dejarla salir del estado hasta que acabaran las investigaciones, por lo que los cadáveres de Patricia y Bill los conservaban en el depósito de cadáveres. Del descubrimiento del cuerpo de Karen Meyer se había enterado por los periódicos. Todos habían muerto por su culpa y nunca se lo perdonaría.

El cuerpo de su marido lo habían encontrado dos días antes, en un túnel que había debajo del cementerio. Parece que murió a consecuencia del hundimiento. Los investigadores le hallaron tierra en la boca; tierra y restos humanos. En la garganta tenía alojados huesos de dedos.

En los días que siguieron, Sharon Macy fue su aliada y protectora. Las experiencias que habían vivido unían a las dos mujeres. Los investigadores se habían incautado del dinero, pero le habían dicho confidencialmente que no presentarían cargos contra ella. Los estados de Maine y Virginia se mostraron sumamente comprensivos con ella, reconociendo que el hecho de que fuera una mujer maltratada que escapó de su marido para salvarse y salvar a su hijo no dejaría de influir en el jurado más riguroso.

Pero lo que más la preocupaba a ella era Danny. Su hijo había pasado por una terrible experiencia, había visto morir gente delante de él. Lo mejor sería llevárselo de la isla, alejarlo de los recuerdos que la isla le traía, y esperar que el tiempo y la distancia le hicieran olvidar. La primera vez que sacó el tema estaban sentados a la mesa, desayunando, aunque él más bien jugueteaba con su taza de cereales Cheerios.

—No quiero irme —contestó Danny—. Quiero quedarme aquí.

—Pero después de todo lo que ha ocurrido...

—No importa. Los hombres malos están muertos.

—A lo mejor tenemos que irnos. A lo mejor la gente de aquí no quiere que nos quedemos después de lo ocurrido.

—Ellos no nos echarán —dijo.

Y de pronto pareció que ella era la niña, la pequeña, y él el adulto, el que le daba seguridad.

—¿Cómo lo sabes?

—Él me lo dijo.

—¿Él quién?

—Joe. Me dijo que todo iría bien.

En aquel momento no quiso insistir, no quiso revivir la imagen del policía moribundo tirado en el suelo, con la garganta abierta y la sangre encharcando las baldosas. La imagen le volvió por la noche, sin poder evitarlo, como suponía que le volvía a Danny. No permitiría que atormentara también los sueños de su hijo.

Pero un día Larry Amerling y Jack fueron a verla y los tres se sentaron en el salón. Amerling le dijo que nadie en la isla le echaba la culpa de lo ocurrido, al menos nadie importante, y que ella no era responsable de los actos de su marido. Bonnie, Richie y Joe estarían con ellos para siempre, y nadie que los conociera los olvidaría nunca, pero echar de la isla a Marianne y a Danny no les devolvería la vida.

—Joe os quería, y sé que Bonnie y Richie también os querían —dijo Amerling—. Son los que más habrían deseado que os quedarais.

Ella rompió a llorar y les dijo que lo pensaría, pero Jack le tomó la mano —aún llevaba el brazo en cabestrillo—, le impuso silencio y le dijo que no había nada que pensar. Entonces Larry Amerling dijo algo muy extraño:

—Quizás es que me estoy volviendo fatalista con la edad, pero creo que lo que ha ocurrido tenía que ocurrir. Aunque parezca extraño, algo os trajo aquí a Danny y a ti, lo mismo que a tu marido. Esa noche pasaron cosas que no entiendo y que no quiero entender. He hablado con la agente Macy, con Linda Tooker y con su hermana, con el viejo Doug Newton y con otros. Mucha gente de la isla puede contar lo que vio esa noche. Tú no causaste eso. Estaba ahí, esperando. Lo que yo creo es que llevaba esperando mucho tiempo la ocasión de manifestarse. La isla está diferente ahora. Se ha deshecho de algo que la perturbaba y ahora está en paz. Tienes que quedarte. Eres parte de nosotros. A veces pienso que siempre lo fuiste.

Ahora, mirando a su hijo, la sorprendía el cambio que había dado en los últimos días. Era más callado, más taciturno, lo que era de esperar. Pero más que inseguro, o temeroso del mundo que había más allá de la isla, parecía que aquellos sucesos lo habían hecho madurar. Los ruidos nocturnos que antes lo asustaban ya no le daban miedo, y tampoco necesitaba seguir durmiendo con una lucecita encendida, la lucecita con forma de cohete que le había comprado en el Abacus de Puerto Antigua para su último cumpleaños. La verdad es que ahora parecía más feliz en la oscuridad.

De pronto vio una sombra que pasaba sobre él.

«Debe de ser una nube», pensó, mirando el cielo invernal. «Será un efecto de la luz, porque no hay nada, nada que yo vea. El cielo está despejado y el patio lleno de luz, excepto en el banco en el que está sentado mi hijo, sobre el que se alarga una sombra como la sombra de un centinela».

Sentado en su banco, el chico miraba fijamente al frente. No se volvió cuando advirtió que la sombra crecía y sintió la presencia a su espalda.

—Escucha —dijo la voz del gigante—. Esto me lo contaba mi padre y ahora voy a contártelo a ti. Es importante que recordemos, para que se sepa lo que es la isla. El primer hombre que vino aquí se llamaba Thomas Lunt, y trajo a su esposa, Katie, y a sus hijos, Erik y Johann. Eso fue en la primavera de 1691. Con ellos iban los Leggits, Robert y Marie. Marie estaba embarazada y poco después dio a luz a un varón, William. En las semanas siguientes fueron llegando más. Éstos son sus nombres. Recuérdales, Danny. Es importante que los recuerdes.

Y el chico escuchó y recordó todo lo que le decía.



## AGRADECIMIENTOS

Aunque Santuario es una isla del todo ficticia, parte de su historia y de su geografía se basan libremente en las de Peaks Island, una isla de Casco Bay situada cerca de Portland, Maine, Estados Unidos. Doy las gracias a los agentes Christopher Hawley y Bob Morton, del departamento de policía de Portland, que prestaron servicio en Peaks Island y tuvieron la amabilidad y paciencia de responder a mis interminables preguntas acerca de la isla y del trabajo que allí desempeñaron. También doy las gracias al capitán Russell Gauvin, del departamento de policía de Portland, por haber tenido la bondad de facilitarme la tarea de documentación, y a Sarah Yeates, fuente de cordialidad y de información. Los libros *Peaks Island: An Affectionate History*, de John K. Moulton (1993); *Islands of Maine*, de Bill Caldwell (Down East Books, 1981); *The Maine Coast Guide*, de Curtis Rindlaub (Casco Bay, 2000), y *The Handbook of Acromegaly*, editado por John Wass (BioScientifica, 2001), también me resultaron útiles. Como siempre, todos los errores son míos.

A título personal, doy las gracias, como siempre, a mi editora, Sue Fletcher, a su ayudante, Swati Gamble, y a todo el personal de la editorial Hodder & Stoughton por su constante confianza; a mi agente, Darley Anderson, y a sus colaboradores, por todo lo que han hecho por mí; y a muchos librereros y críticos generosos que me han apoyado en mi trabajo.



JOHN CONNOLLY (Dublín, 1968). Estudió filología inglesa en el *Trinity College* de Dublín y periodismo en la *Dublin City University*. Fue funcionario en la Administración local y trabajó como chico para todo en los almacenes *Harrod's* de Londres, y como camarero, antes de colaborar con *The Irish Times*. Pronto se cansó de la profesión, y decidió pasar a escribir ficción, pese a lo cual todavía sigue publicando artículos periódicamente, entre los que destacan sus entrevistas a otros escritores consagrados.

Vive en Dublín, pero pasa parte del año en Estados Unidos, donde se desarrolla su serie de novelas policíacas protagonizadas por el detective Charlie Parker, alias «*Bird*».